

EVANGELIO
EN TRIUNFO

53

ONOMA

B2145

.E82

E8

V. 3

1834

008240



1080014420

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

UAN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
CAPILLA ALONSO DE BILACOSTA U.IVERSITARIA

4-19-83. MICROFILMADO P-53-



EVANGELIO EN TRIUNFO,

HISTORIA

DE SU AUTOR DESDE SU NACIMIENTO

U A N L

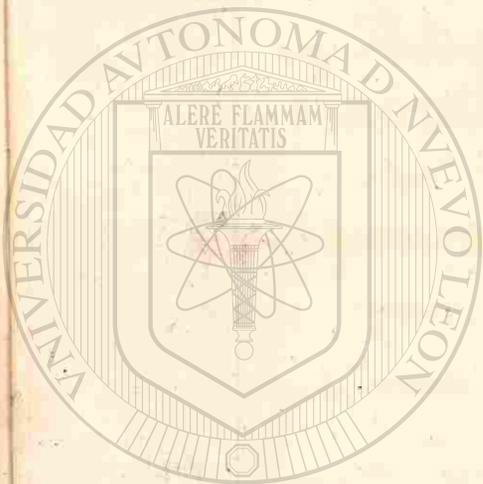
TORREÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



RECORRIDO
CENTRO DE INVESTIGACIONES Y SERVICIOS
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



EL
EVANGELIO EN TRIUNFO,

6

HISTORIA

DE

UN FILÓSOFO DESENGAÑADO.

PRIMERA EDICION MEJICANA.

TOMO III.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

MÉJICO.

IMPRENTA DE GALVAN

A cargo de Mariano Arévalo, calle de Cadena N. 2.

1884.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Torres

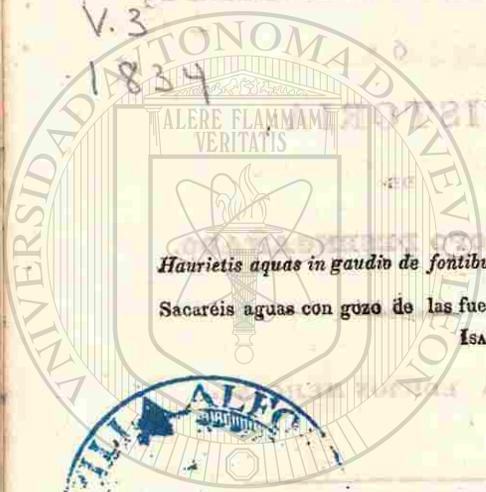
B 2145

.E82

E8

V.3

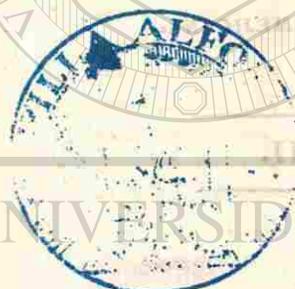
1834



Haurietis aquas in gaudio de fontibus Salvatoris.

Sacaréis aguas con gozo de las fuentes del Salvador.

ISAIA XII. 3.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

132951

CARTA XXII.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

QUERIDO amigo: yo pasé aquella noche con mucha inquietud. Mi corazón estaba verdaderamente afligido, porque á pesar de lo que me dijo el padre, no veía camino ni descubria senda por donde poder salir del laberinto de mi deplorable vida. Muchas veces me había aplicado á hacer recuerdo de mis delitos, y ponerlos en órden: su multitud me espantaba, su peso enorme me estremecía; pero cuando quería coordinarlos y darles una sucesion metódica para confesarlos, se confundían en mi memoria.

Toda la noche me ocupé en este objeto; pero á pesar de mis esfuerzos siempre acababa por no ver mas que un monton de horrores intrincados, montañas de matorrales tan enmarañados y confusos, que ni aun la vista podia penetrarlos. Yo me perdía en este trabajo, y no se me presentaba otra luz que la funesta del despecho.

008240

Desde que llegó el padre le expliqué mis congojas y le dije: Si el exámen de conciencia debe ser tan circunstanciado y por menor como me habeis explicado, es imposible que yo le haga. Para esto seria preciso hacer una historia de toda mi vida, y yo no soy capaz de contarla. El padre se sonrió, y despues que me hizo sentar me dijo:

Yo espero que le hagamos bien, y sin que sea necesario contar la historia de vuestra vida; porque reflexionemos un poco, ¿á qué se reduce este exámen para la confesion? A darse á conocer á su confesor tal como el mismo penitente se conoce delante de Dios en las cosas que tienen dependencia ó conexion con la Religion y sus preceptos: todo lo que no importa para esto es inútil. Ve aquí, pues, la mayor parte de la historia suprimida. Ayer os dije que el mejor método era dividir su vida en cuatro ó cinco partes, segun la edad que cada uno tiene, y no pasar de una á otra ni en el exámen ni en la confesion sin haber apurado la primera. Esto es muy útil para fijar las ideas del penitente y del confesor, y el medio mas seguro para evitar la confusion. Desde que esta division se entabla, es menester examinar y confesarse de aquella parte de vida que se emprende, como si verdaderamente se estuviese en el punto que la termina. Y esta confesion no puede tener mas que dos obje-

tos: los pecados que se han cometido en aquel tiempo, y las disposiciones interiores del ánimo.

En cuanto á los pecados, es difícil olvidarlos, sobre todo cuando son considerables; y es conveniente empezar por estos, principalmente por aquellos cuyo recuerdo es mas urgente ó mas vergonzoso. Desde que el corazon los sacude se siente aliviado, se dilata, y adquiere mas libertad para confesar los otros con mas orden ó ménos turbacion; y en cuanto á los que son de la misma especie, no es necesario acusarse de cada uno en particular, sino de todos juntos; por ejemplo, el que ha tenido la costumbre de mentir, no necesita de contar menudamente todas las ocasiones en que ha mentido.

Pero para hacer sentir la necesidad de distinguir las diferentes especies de pecados, suponemos que alguna de estas mentiras hubiera sido apoyada con un juramento, ó que hubiera denigrado al prójimo con alguna calumnia grave, entónces seria preciso explicar estas circunstancias, porque ya no son simples mentiras; la primera es un perjurio, y la segunda una calumnia. Es verdad que se debe tambien declarar el número; pero es solamente cuando se puede, ó del modo que se pueda. Es claro que es muy difícil hacerlo con exactitud, y mas cuando se trata de una costumbre ó de tiempos remotos; pero basta decir poco mas ó ménos, cuánto ha du-

rado el intervalo en que se cometian, y de cuántas veces tambien, poco mas ó ménos, caia durante aquel intervalo. En fin, no se exige del penitente sino que diga lo que le parece, y que pueda acercarse mas á la idea que su conciencia se forma, con tal que no quiera engañar al confesor, y que despues de un exámen prudente diga lo que le parece acercarse mas á la verdad. Esto le basta.

En cuanto á las disposiciones interiores es menester explicarlas, porque pueden haber sido muy delincuentes, sobre todo cuando lo ha sido la conducta exterior; pero fuera de que por la confesion de los pecados el confesor se halla en estado de conocerlas, estas disposiciones son de dos especies, ó generales é inseparables del pecado, que son el olvido y desprecio de sus obligaciones, ó particulares que nacen de las mismas pasiones, como por ejemplo movimientos de animosidad, venganza, enemistad, envidia, y otros semejantes. Es preciso confesar estas últimas, sobre todo si han sido violentas, y explicar del modo que se pueda el tiempo que han durado, y el grado de fuerza mayor ó menor que han tenido; pero como las otras son una necesaria consecuencia del pecado, basta confesarlas en general.

Solo añadiré, que puede ser muy útil explicar las inspiraciones y romordimientos que se han sentido estando en pecado, el uso que se ha he-

cho de aquellos auxilios, y de qué manera se ha correspondido á ellos. Esto me parece importante, porque puede dar muchas luces al confesor para conducirse, y preservar al penitente de malograr en adelante las gracias de Dios.

En una palabra, nosotros fuéramos muy dichosos en confesarnos tan perfectamente como lo hizo S. Agustin en el libro admirable que intituló sus *Confesiones*. No solo contiene una confesion de cerca de treinta años, sino una relacion muy circunstanciada de su vida despues de su conversion; y no obstante si quitáramos de aquel libro las elevaciones á Dios, y las reflexiones que hace el santo, que sintiéramos mucho perder por estar llenas de doctrina y de uncion; si le redujéramos digo, á los hechos y disposiciones personales, seria una lectura de tres ó cuatro horas.

Yo sé bien que todos no pueden tener el talento y comprension de S. Agustin, y que es menester que el confesor tenga mucha paciencia, y sobre todo al principio. Una alma llena de confusion y de dolor no sabe por donde empezar: dirá muchas cosas inútiles; y si la conversion no es todavía tan perfecta como debe ser, los estímulos del amor propio podrán cerrarle la boca, harán que no se explique sino á medias, y deseará que el confesor le alivie, ayudándole para moderar su rubor.

Pero para eso nos ha puesto Dios allí. Su ministro en el sagrado tribunal de la Penitencia, lo debe ser tambien de la dulzura y de la inmensa caridad de Jesucristo. Nosotros debemos ponernos en el mismo lugar en que estan los pecadores humillados. ¿Qué nos enseña la parábola del pastor que carga sobre sus hombros la oveja descarriada, sino que debemos evitar á los penitentes toda la aspereza del camino, allanándole y quitándole todos los estorbos? No debemos pensar en nuestra pena, sino considerar mucho la suya. ¿Qué somos en aquella sagrada funcion sino ministros de Jesucristo? Allí ni oimos ni hablamos con nuestros hermanos sino en su nombre; y aun no digo bastante: no los oimos ni los hablamos, sino en persona de Jesucristo, y el penitente debe considerarnos como tales. Y así el confesor no debe respirar sino bondad, caridad, paciencia, dulzura, consuelo, alivio; y el penitente de su parte candor, ingenuidad, franqueza, docilidad, confianza y buena fe.

¡Ay señor! ¡cómo la presencia de Jesucristo quita todas las dificultades! ¡Y cuán cierto es que el que le sigue no anda en tinieblas! El que no le ve en todas partes, y principalmente en la confesion, es porque no le sigue atentamente. ¡Cómo el que se representa que está á sus piés podrá dudar que debe confesarle lo que se ha ya desordenado en sus inclinaciones, acciones,

motivos, y en el uso que ha hecho de sí mismo, del tiempo y de los bienes? Es menester tener muy poca fe para venir con desvío, y no hallar el mayor de los consuelos en la bondad que tiene de escucharle; porque yo espero que no olvidaréis jamas dos cosas que os dije ayer.

La primera, que en el tribunal de la Penitencia hablais con Jesucristo que está allí presente para oiros, porque allí mas que en otra parte se juntan dos en su nombre. La segunda, que por un efecto de su misericordia no se hace presente sino por su ministro, á quien ha revestido de su poder para que le confeseis los pecados, lo que es necesario para obtener el perdon de ellos, para que podais decir con verdad: Yo os hice conocer mi pecado, yo no os he ocultado mi injusticia; lo que no le podeis decir sino por el ministro que ha puesto en su lugar; porque por este ministro recibe vuestra confesion, por este ministro que la ignoraba, y que no podia saberla sino por vos; pues á su adorable persona nada se puede ocultar ni hacer saber nada de nuevo. Y así ya conocéis, señor, que desde que no perdemos de vista á Jesucristo que está presente, no hay dificultad en nada, y que no puede haberla si nos acordamos con S. Pablo que en nuestra Religion Jesucristo es todo, y está en todo (1).

(1) Ad Colos. iii. 11.

Así, aunque sea cierto que el pecador está obligado á confesar sus pecados, esta obligacion léjos de ser una carga es un alivio para el alma penitente y fiel. Su dolor á la vista de su iniquidad seria un peso intolerable si la Religion no le hubiera preparado este consuelo.

¿Qué hará, pues, una alma verdaderamente affligida de haber ofendido á Dios? Jesucristo no la pide para perdonarla sino que se haga conocer al ministro de la reconciliacion tal como á ella misma le parece ser en la presencia de Dios. Esto debe hacerlo por una confesion clara; porque el dolor sincero no sabe hablar de otra manera. Tambien la pide Jesucristo que no oculte nada de lo que la affige: la confesion debe ser entera. ¿Y qué interes hallaria el dolor en disimular nada de lo que le causa, cuando no se puede aliviar sino con decirlo?

Es menester pues decir al confesor todo lo que nos turba, todo lo que nos parece que en nuestra vida ha podido ofender á Dios. Ya os he dicho, señor, los medios; ya os he explicado hasta dónde, y no mas, se extiende esta necesidad. Si á pesar de esto creéis, señor, que no podréis hacer el exámen fácilmente, ó si pensais lo que es mas natural, que yo puedo ayudaros y facilitaros con mi experiencia el medio de hacerle, estoy dispuesto á lo que os sea mas agradable, y ved aquí el método que os propongo.

Pensad esta noche, y dividid vuestra vida en cuatro ó cinco épocas fijas. Desde mañana despues de la misa nos juntaremos y emprenderemos la primera. Yo os preguntaré, vos no haréis mas que responderme, y veréis como en breve tiempo ajustamos esta cuenta. Luego que esta esté acabada, empezaremos otra, y con la ayuda de Dios en breve llegaremos al fin. Pero como no quisiera que acertáramos estas instrucciones que habiamos empezado, y en que creo poder deciros cosas útiles, reservaremos su continuacion para la tarde, y de este modo lo haremos todo á un tiempo, la confesion por la mañana, y la instruccion por la tarde. ¿Aprobais esto?

El santo hombre me proponia esto con tal interes, tal calor, como si me pidiera una gracia; yo conocí su caridad, y comprendí el esfuerzo de su virtud. No pude dejar de enternecerme, y tomándole las manos quise besárselas; pero él mas ágil y mas acostumbrado que yo á la humildad, tomó las mias y me las besó. Esta accion me llenó de rubor, y me hizo conocer por la primera vez cuánto es mas alta la humildad que la soberbia. Despues de haber convenido en ello, el padre me dijo: Ahora, señor, preguntadme lo que quisieréis; pero no olvideis que estamos en presencia de Jesucristo.

Yo le pregunté: ¿Es preciso, padre, en la con-

fesion declarar su nombre, su estado ó profesion y sus bienes? El padre me respondió: En cuanto al nombre, es muy raro que sea necesario decirle: Jesucristo jamas le preguntó á ninguno de los enfermos que ha sanado, y no fué sin misterio. Era el Salvador de todos, y sobre todo de los fieles. *Venid*, decia (1), *todos los que estais fatigados, y yo os aliviare*. En efecto, Jesucristo no nos llama por nuestros nombres, sino por nuestras necesidades. Los que necesitan de su socorro tienen derecho á él. Jamas se niega á nuestros ruegos, y solo se priva de esta ventaja el que no le pide nada. Así, señor, el nombre es inútil; porque no se trata en la penitencia de nombres, y todos son iguales á los ojos de Dios, sino de necesidades y miserias.

Pero como Jesucristo quiere conocerlas por el ministro que ocupa su lugar, y que la profesion de cada uno puede ser la causa ó la ocasion de sus culpas, es necesario hacerla conocer, como se demuestra por tres razones. La primera, porque el estado mismo ó la profesion puede ser delincuente, y en este caso debería ser parte de la confesion. La segunda, porque aunque el estado no lo fuera por sí mismo, puede ser para el penitente una ocasion próxima de pecado, y en este caso la obligacion de decla-

(1) Matth. xi. 28.

rarle es evidente, porque no se pudiera hacer conocer bien la culpa sin hacer conocer el estado; y porque es preciso dar al confesor las luces suficientes á fin de que le aconseje lo que se ha de hacer, para que el estado deje de serle una ocasion próxima, ó para que le abandone, si es posible.

La tercera, porque cuando el estado no fuera vicioso, ni ocasion próxima para el penitente, cada estado tiene sus obligaciones propias. La negligencia en no enterarse de ellas no solo es un pecado de que debe acusarse, sino que puede ser el principio de otros muchos. No repetiré lo que ya dije, que todos los cristianos deben cuidar que su estado sirva á su santificacion; pero para hacerlos conocer cuán léjos estamos del juicio de Dios en este punto, permitidme que os pregunte: ¿Si alguno hace escúpulo de sus afanes para conseguir mayores dignidades y extender sus relaciones con los hombres por la autoridad que adquiere sobre ellos; y si con tal que no haya que reprender en los medios de que se valen, no se mira la ambicion en el mundo como una bella y noble pasion y como la virtud de las almas grandes, aunque en la verdad sea la ruina entera de todas las ideas que sugiere la religion? Os preguntaré tambien: ¿Si es ordinario acusarse de los pecados de sus hijos y criados, que tal vez no hubieran cometido si se hubiese teni-

do el debido cuidado de instruirlos y de velar sobre su conducta? Y sin embargo estos pecados que los penitentes miran ligeramente, son pecados enormes que pueden separarnos de Dios por toda la eternidad. San Pablo lo dice (1): *Quien no cuida de los suyos, y en especial de los domésticos, ha negado la fe, y es peor que el infiel.*

¿Y cuál es este pecado que no se comete sin renunciar á la fe? No consiste todo en vestirlos y pagarles sus salarios: esta es la parte ménos considerable; la esencial es que en todas las cosas sea glorificado Dios, el Padre de Jesucristo, y nosotros en él. ¿Y quiénes son las personas á quienes debeis este cuidado? Sin excepcion todos los que nos pertenecen, de cualquier modo que nos pertenezcan. ¡Padres y madres de familia! son vuestros hijos, vuestros parientes, vuestros criados, vuestros aprendices, si los teneis. ¡Grandes del mundo! son vuestros vasallos y cuantos vuestras dignidades y empleos hacen dependientes de vuestra casa. De todos estos debeis cuidar: vuestro cuidado debe ser que todos glorifiquen á Dios por Jesucristo, y los que no tienen este cuidado son los que el Apóstol dice que han negado la fe y son peores que los infieles.

De esto inferiréis, señor, que en el cristianis-

[1] Timoth. v. 8.

mo no es gran ventaja ser opulento y poseer grandes mayorazgos, y que las ideas que inspira no son compatibles con la ambicion ni con los deseos de adquirir con los empleos autoridad sobre los demas hombres. He dicho esto de paso para haceros conocer con un ejemplo solo cuántas son las obligaciones del estado, y cuán poco conocidas son.

En cuanto á los bienes ó caudales, el confesor no pedirá cuenta; pero os hará observar, sin entrar por ahora en si son bien ó mal adquiridos, y si pueden gozarse sin zozobra, que los que viven con abundancia deben ayudar á los pobres á proporcion de sus facultades; que la obligacion de dar lo superfluo está declarada por Jesucristo, y sirve para el perdon de los pecados; que este superfluo tiene reglas muy diferentes de las que el lujo, el fausto y la profanidad quieren imponerle, y que la Religion impone tambien obligaciones á los ricos.

El que viniera á decir á Jesucristo en la persona de su ministro, y con la misma buena fe lo que Zaqueo le dijo (1): „Señor, yo voy á dar la „mitad de mis bienes á los pobres, y si he hecho „agravio á alguno le volveré el cuádruplo;” mereceria que los ministros de Dios no le hablemos de sus bienes, que los abandonemos á la dis-

(1) Luc. xix, 8.

posicion de un corazon tan santo, generoso, y que nos contentemos con decirle como Jesucristo: „Ahora ha entrado la salud en esta casa.” Pero es justo que el penitente haga lo que Zaqueo, si quiere que le repitamos estas palabras de tanto consuelo.

El confesor debe ser tan poco curioso de los negocios domésticos de los penitentes, como de adquirir la noticia de sus haciendas; pero si el penitente ha oprimido al pobre, si le ha perdido con su poder, si ha movido ó defendido pleitos injustos, ó si ha hecho otras iniquidades, ¿no es preciso hacerle reparar estos daños? ¿Qué otro interes deben tener los ministros, que el de los penitentes? Si estos buscan á Jesucristo en sus personas, no es mas que para buscar la instruccion y el consuelo de que necesitan; y en Jesucristo no puede haber curiosidad. Sus ministros pues, nunca harán preguntas que no sirven mas que á satisfacer esta curiosidad. Así, señor, el conocimiento del nombre es inútil, pero el del estado, la profesion, los bienes y los negocios, no lo son siempre.

Yo le dije: ¿Y no pudiérais darme una regla segura para distinguir las circunstancias que es preciso decir, de las que se pueden callar? Hay algunas que son tan vergonzosas.... Yo no puedo, respondió el padre, daros otra regla, que la que nos da el concilio Tridentino: que no es pre-

ciso confesar, sino las que mudan el pecado ó le agravan. Es verdad, como decis, que hay algunas que son vergonzosas; pero esta vergüenza y humillacion es la que mas nos advierte la necesidad de acusarlas. ¿Y qué dificultad no debe vencerse? ¿Podemos olvidar que estamos á los piés de Jesucristo, y que es él á quien las confesamos en su ministro? ¿No sabemos que este ministro no solo no puede revelarlas á nadie, pero ni hablarnos á nosotros mismos, sino cuando vuelve á tomar el lugar de Jesucristo? No es, pues, á él, es á Jesucristo á quien se ha confiado aquel secreto, Jesucristo es quien le guarda; y si el ministro fuera capaz de descubrirle, fuera traidor al mismo Jesucristo. Ni la santa religion del juramento puede dispensarle; y si en justicia se le interpelara en nombre de Jesucristo á decir lo que sabe, jamas podia descubrir cosa alguna de lo que supo por confesion.

Pero vuelvo á mi principio y digo: ¿Quién puede sentir dificultad en decir á Jesucristo lo que sabe mejor que nadie, y que solo quiere que se le diga por su ministro, porque esta confesion libre y voluntaria es el único medio de obtener el perdon? Si considera que está á los piés del mismo Jesucristo, ¿en qué otra cosa debe pensar sino en exponerle sus miserias, la afficcion de su corazón, el pesar de haber ofendido á un Dios tan grande y tan amable, el temor de volver-

le á ofender, y el deseo de recibir su absolucion?

Esto es lo que debe hacer para oír de sus divinos labios: Anda, hijo, tu confianza en mí te ha salvado, y ya no puedo dejar de derramar mis bendiciones sobre tí. Nadie te acusa aquí sino tú mismo. Ya he hecho desaparecer todos los que te acusaban. Tú has quedado solo conmigo: ve si tu conciencia te condena todavía de algo; si ya nada te condena, ni yo tampoco te condenaré. Ved aquí mi sentencia: Ese corazón que tanto tiempo se ha alejado de mí, será confortado con el lleno de mi misericordia; como no tiene otro acusador que él mismo, yo no le doy mas castigo que su mismo pesar; anda, hijo, y no peques mas: esta es toda mi venganza. Este es, señor, el modo con que nos trata Jesucristo, y no puede haber dificultad que no se desvanezca en su presencia.

Confieso, padre, que el que fué tan temerario que cometió delitos, debe, por mas trabajo que le cueste, confesarlos á Jesucristo; pero cuando ve en sí mismo que hay algunas razones que en ciertos casos pudieran excusarle... ¡Ay, señor, me interrumpió el padre, con Jesucristo no gana nada, sino el que se acusa! Adán excusándose no adelantó nada, y sus infelices hijos solo pueden perder. Pero son tan débiles, que por poco que puedan excusarse, es difícil que no abu-

sen. Empiezan por confesar sus faltas; pero las atribuyen si pueden á otros, y á fuerza de decir que estos tienen la culpa, se olvidan de las suyas propias. Esta disposición en que los tiene el amor propio, es la causa de que no se corrijan. Uno dice: Yo soy vivo por temperamento, yo no me hice á mí mismo, y aunque quiera no podré refundirme; no soy dueño de mí, y sin saber cómo, entro en cólera, digo palabras ofensivas, y se me escapan las blasfemias y juramentos. Ved aquí el modo con que algunos suelen acusarse de sus vivezas y prontitudes, y de las consecuencias que han tenido, aunque sean muy grandes. Les parece que esto basta, y que Dios no pide mas; pero debieran pensar que las faltas de otro no justifican las nuestras; que la paciencia no fuera virtud si no sufriera sinrazones; que este temperamento fuera ménos impetuoso si en vez de fortificarle con la costumbre se hubiera domado con la resistencia, y que jamas un defecto puede ser buena excusa de otro, porque se debe corregir. Así me parece que pocas veces un penitente se puede excusar; y no obstante no me atrevo á decirlo absolutamente, porque puede haber alguna circunstancia en que le sea permitido, y que no quisiera faltar á la regla de la simplicidad, la cual ordena que el penitente se haga conocer del confesor tal como él mismo piensa que es.

Digo con simplicidad, porque solo esto puede hacer tolerables sus excusas, respecto de que no basta que no quiera engañar al confesor; es menester tambien que cuide de no engañarse á sí mismo. Por ejemplo, una muger dice en la confesion que ella va á la comedia porque así lo quiere su marido. ¿Pero no lo quiere tambien ella misma? ¿Le ha hecho las representaciones convenientes? ¿Ha explicado bien á su marido que esto la daba un sincero disgusto? ¿Y le sentia en efecto? ¿Cómo esta muger, que en tantas otras cosas sabe los modos de no hacer mas que su propia voluntad, es en esta dócil á la de su marido? ¿Ha procurado merecer con su dulzura, virtud y religion que su marido la deje la libertad de ser cristiana; y se podrá creer fácilmente que un marido se imagine que su muger será mas casta, mas aplicada al cuidado de su casa y á la educacion de sus hijos, en una palabra, mas virtuosa cuando asista á los teatros? Lo mismo digo de estos adornos y galas excesivas, de este esmero exquisito de trages y peinados. Todas estas excusas por lo comun son vanas, y no es menester mucha penetracion para conocer la verdad. Uno de los mayores cuidados del confesor ha de ser que el penitente no se engañe á sí mismo. Señor, el verdadero dolor no piensa en excusarse; léjos de querer disminuir sus faltas, las exagera á sus propios ojos, y esta es la mejor disposición para la penitencia.

Hay otro error bien comun en los cristianos débiles, que los aleja mucho del verdadero fruto de este sacramento, y es que miran la confesion como un deber penoso, como un yugo duro de su Religion, y no quieren entender que suelta la flaqueza del hombre y santidad de Dios, y que no puede dejar de castigar el pecado, no ha podido su misericordia mostrarse mayor, que dándole un remedio fácil para que obtenga el perdón. Sin este sacramento, ¿qué hiciera un cristiano pecador de muchos años que cerca de la muerte se sintiera penetrado del dolor de los pecados y temeroso de la justicia divina? Si se le dijera que Jesucristo habia bajado á la tierra, que podia ir á arrojarle á sus piés y pedirle perdón, ¿no miraria esta esperanza como el mas dulce de sus consuelos? ¿no miraria como la mayor felicidad hallar la ocasion de que le oyera este divino Salvador? Por otra parte, ¿cuando este se viera cargado de los delitos mas atroces, no estuviera seguro de que si tenia la dicha de presentarse á sus piés y de implorarle, el amable Jesus le recibiria con bondad, le escucharia con paciencia, le absolveria, y le daria con su absolucion todos los frutos de su gracia? Y ve aquí lo que no conocen los hombres por su poca fe, Jesucristo está en el confesonario, y no es ménos bueno ni ménos poderoso allí que en el cielo; está mas cerca para atender á nuestras necesidades.

Si Jesucristo viniera á la tierra, ó se mantuviera en ella como estuvo, aquellos que no pudieran ir á buscarle por la distancia de los lugares, ó por sus propios impedimentos, se quejarían de su suerte, y envidiarían la de aquellos que le trataban. ¿Qué ha hecho pues? Se ha retirado al seno de su Padre, y se ha acercado á todos por medio de la fe: desapareció de la tierra, pero fué para que todos podamos igualmente acercarnos al trono de su misericordia, sin que nos sea necesario correr tierras ni atravesar mares. Ha distribuido en todas partes sus ministros, á quienes ha dejado en su lugar, revistiéndolos de su poder, y prometiendo que cuando el penitente vaya á buscarlos, le hallará á él mismo en ellos. Concibamos, pues, que el que está á la derecha de su Padre nos ve y nos oye cuando le hablamos en la confesion. Yo quisiera, señor, que estuviérais penetrado de esta verdad. ¿Y quién que créa que Jesus es su Dios y que lo ha prometido así, puede dudarle?

¿Quién no ve tambien que no pueden ser mas que obra suya los efectos que se ven diariamente en este sacramento? ¿Qué otro que el Omnipotente ha podido causar las mudanzas que se ven en tantas almas que llegan penetradas de horror por los pecados que pocos dias ántes eran el embeleso de su corrupcion, y que ahora con la compuncion en el pecho y la vergüenza en el

rostro vienen ellas mismas á condenar sus injusticias y descubrir todas las iniquidades que ántes encubrian?

No ha mucho que veíamos una alma altiva, que locamente embriagada del amor de sí misma y de los placeres, despreciaba el cielo y la tierra. Vivamos y gocemos de este mundo, se decia á sí misma: ¿quién nos ha dado noticias del otro? Dios está muy léjos para cuidar de nuestras cosas; ¿cómo es posible que se ofenda de que nos divertamos?

Así hablaba, así vivia esta alma insensata. ¿Y quién la ha mudado tan en breve? Ahora la parece delirio, horror y locura lo que ántes juzgaba razonable. Detesta los placeres que anhelaba, y ya no los ve sino como delitos. Sus antiguas ideas ya no la parecen mas que delirios y abominaciones. Esas pasiones que adoraba con tanta complacencia, la parecen mas amargas que la hiel y los agenjos; ya no la interesan sino por el dolor de haberlas escuchado, y su único consuelo es afligirse.

Para esto viene á los piés de Jesucristo, explica á su ministro los motivos de su pena, y créa aliviar su vergüenza á medida que la descubre. El ministro ve un espectáculo digno de Dios: aquella alma penitente, depuestos ya los arreos profanos, alimento de la vanidad y símbolo de la soberbia, está á sus piés, y poniendo en tierra

aquellos ojos que no se levantaban al cielo sino para insultarle, se humilla, se postra, y empieza por decirle que va á confesar á Dios y descubrirle sus iniquidades en presencia de los ángeles y de toda la corte celestial.

Invoca particularmente á María, la Santa Madre de Dios, á Juan, el héroe de la penitencia, á todos los apóstoles y santos, y les pide sean testigos de su dolor. Como no puede comunicar con la Iglesia del cielo sino por la de la tierra, pide á esta en la persona de su ministro que la oiga sus pecados. Sus gritos son los de la penitencia: le dice que ha pecado mucho y de todas maneras con pensamientos, palabras y obras, y que va á declararlo aunque le cueste mucho á su rubor.

Añade que es un monstruo, que no merece mas que cólera y castigo; y para probar que lo siente, da golpes en su pecho, como que quiere maltratar á su corazón insensato. No busca excusas, declara que es delincuente, que no tiene á quien atribuir sus desacatos y ofensas á Dios, sino á su culpa y á su grandísima culpa. Se reconoce indigna de perdon, y solo le espera por los ruegos del cielo y de la tierra, *ideo precor*: y luego hollando al amor propio, forzando las barreras de la vergüenza, y con un valor que solo puede inspirar la fe, descubre secretos que solo Dios y ella pueden saber. Yo lo repito, señor: ¿quién

sino el Omnipotente ha podido hacer tanta mudanza?

Los incrédulos nos piden milagros. Vé aquí uno, y quizá mas asombroso que la resurrección de un muerto. El mundano no lo considera; pero el cristiano atento lo venera, y los ministros de Dios que son los instrumentos que lo ven con sus ojos y lo tocan con sus manos, reconocen continuamente la divinidad de una Religión que sola es capaz de tales maravillas. Los penitentes en quienes Dios las hace, por un efecto aun de la flaqueza humana, nos suelen preguntar: ¿Qué concepto formamos de ellos? ¿si no nos parecen monstruos de abominación?

¡Almas felices! ¡almas queridas de Dios! dejad esos importunos y frívolos pensamientos. ¿Qué concepto podemos formar, sino que sois escogidos, y que sois vasos de misericordia en que el Omnipotente hace cosas grandes, y en que muestra á nuestros ojos la santidad y gloria de su nombre? ¿Podemos pensar mas en lo que érais? Ya sabemos que sois hombres hechos de barro deleznable: lo que nos ocupa es ver lo que ahora sois por la gracia de Dios. Si hemos oido vuestro desarreglo, es solo para admirar la paciencia de nuestro Salvador. Este valor que os da de acusaros de todo sin disimular nada; ese candor y buena fe con que declarais que vuestra mayor inquietud es no confesaros con la exac-

titud que deseais; esta docilidad con que recibís las instrucciones, consejos y penitencias que os damos; ese corazón, caverna ántes de las más venenosas sierpes, de las más crueles fieras, que ya está abierto á la inocencia y á la gracia, y que no aspira sino á crecer en virtudes: ved aquí lo que nos ocupa, pues nos hace ver vuestra felicidad, y á la extensión de las misericordias divinas.

Yo le interrumpí para decirle: Vos alentáis, padre, mi corazón abatido, que en realidad lo necesita. Vos veréis lo que nunca habéis visto, un monstruo cual nunca lo ha habido. El padre me dijo algunas palabras para tranquilizarme, y continuó diciendo: Después de haberos dicho lo que es menester para la confesión, paso á hablar de las diferentes disposiciones interiores que preparan el hombre á la conversión del corazón; porque es menester concebir firmemente que sin esta conversión no se puede conseguir el perdón de los pecados, ni recibir con utilidad la absolución. El temor de los juicios de Dios y la fe que le inspira, pueden contribuir mucho, porque aunque sin el amor no hay justicia, aquel temor y aquella fe nos encaminan á él; por consiguiente son medios santos, útiles y necesarios. Debemos pues, con gran cuidado fomentarlos y fortificarlos en nuestro corazón, y debemos mirar el temor de Dios que la fe nos inspira, como la primer base de la virtud cristiana. David de-

cia al Señor (1): *Penetra de tu temor mis carnes: tus juicios me hacen estremecer.* Este Profeta, cuyos cánticos respiran el amor más vivo de su Dios, pide que sus carnes sean penetradas de temor, sobre todo del temor de sus juicios y de los castigos que reserva á los transgresores de su ley. Jesucristo, que es el autor y consumidor de nuestra fe, nos dice: Temed al que puede entregar el alma y el cuerpo al tormento del fuego que no se extingue. Este Soberano Maestro no omite el proponernos el temor como motivo de la resolución con que debemos arrancarnos el ojo, ó cortarnos el brazo que nos escandaliza; porque mejor es, nos dice, entrar en la vida con un ojo ó un brazo menos, que ser arrojado á las llamas eternas con los dos. Es verdad que su Religión es de amor y caridad; pero sin dejar de encendernos en tan divino fuego, es menester no olvidar los motivos justos que él mismo nos propone.

El concilio de Trento nos dice (2): „Los hombres se preparan á la justicia cuando habiendo sido excitados y ayudados por la gracia, y persuadidos por la fe, se dirigen á Dios con libre movimiento de su voluntad, creyendo las verdades que Dios ha revelado, sobre todo que el pecador se justifica por la gracia y redención de

(1) Psalm. cxviii. 120. (2) Sess. v. cap. vi.

„Jesucristo; y cuando haciendo ellos reflexion
„de que son pecadores, movidos por el temor de
„la justicia divina, se vuelven á considerar su mi-
„sericordia, y animados de esta esperanza con-
„fian en ella, y esperan que Dios querrá perdo-
„narles sus pecados por los méritos de Jesucris-
„to, y reconciliarlos con él.” Observad, señor,
que el concilio no separa el temor de la espe-
ranza, y que no hace de los dos mas que un movi-
miento, cuyo principio es el temor y la espe-
ranza el fin; y observad tambien la graduacion
con que se eleva el alma hasta la conversion del
corazon.

La gracia empieza; porque segun nuestra fe
todo buen movimiento viene de Dios y de su gra-
cia. Esta gracia es interior ó exterior: la inter-
ior es el estímulo del corazon que desea ins-
truirse de lo que debo hacer para convertirse á
Dios. La instruccion misma es la gracia exte-
rior, y el anhelo y cuidado de aprovecharse de
ella es su efecto. El primer fruto de esta gracia
es que la fe nazca en el que no la tenia, ó que
resucite ó despierte en el que la tenia muerta ó
dormida.

En efecto el concilio añade, que esta fe es el
principio de la salvacion, la raiz y fundamento
de toda justicia. ¿Y por qué? Porque nos descu-
bre á un tiempo nuestras obligaciones y nues-
tras faltas; lo que debiéramos ser, y lo que so-

mos; las dichas que perdemos, y los castigos que
nos amenazan, y sobre todo que podemos salir de
tan mal estado por la gracia y redencion de Jezu-
cristo.

El temor, pues, es un don sobrenatural de la fe;
peró la fe no le propone nunca sin la esperanza,
porque desde que el alma siente la inquietud que
la agita, busca el remedio que la tranquilice. El
infeliz que en medio de las olas teme por instan-
tes la muerte, no se acogerá con mas ardor al le-
ño que puede salvarle del naufragio, que el peccador
se acogerá al de la cruz, que es el que la fe
le presenta; y quanto mas vivo y penetrante sea
su temor, tanto mas se entregará á los motivos
de confianza que debe tener en Dios por Jezu-
cristo.

Yo quiero suponer que ama todavía el pecado.
Figuraos, señor, el hombre mas disoluto, que Dios
le penetre en un instante con la luz de la fe, que
esta le muestre el horror de su conciencia y el
castigo que le espera, que vea el infierno bajo de
sus piés, y oiga tan vivamente como San Geróni-
mo la trompeta espantosa que pregona: *Levan-
taos, muertos, y venid á juicio.* Quiero suponer
que no se haya mudado ni convertido; pero si no
es mas detestable que un demonio, si no dice co-
mo Cain: *Mi pecado es demasiado grande para
merecer perdon, es imposible pensar que cuando
éstos terribles pensamientos ocupan su espíritu,
la pasion mantenga su antigua fuerza.*

¿Por dónde empieza el pecado, y por dónde acaba? Apartaron los ojos para no ver el cielo, ni acordarse de los juicios de Dios, dice la Escritura, hablando de los infames viejos, que calumniaron á la casta Susana, y se puede decir lo mismo de todos los pecadores. ¡Cuántos combates cuesta el primer delito! ¡Cuántos baldones nos hace el corazon despues de haberle cometido! ¡Ojalá los hubiéramos escuchado, y que su impresion hubiera sido mas fuerte que la pasion que nos arrastró hácia él! Pero el pecado, haciéndonos olvidar sus repetidos ataques, los ha desterrado, y entónces nos quisiera persuadir que quizá la Religion y sus terrores son una quimera. Lo peor es que quisiéramos hallar razones para creerlo: ¿y por qué? Porque es difícil que el pecado se halle junto con aquel temor, y de aquí nace que si por haberle perdido hemos caido en la culpa, es menester recobrarle para levantarnos.

Es cierto que el temor solo, aunque sea loable, no convierte el corazon, porque no muda la voluntad, y solo suspende sus actos; pero porque el temor solo no haga toda la obra, se sigue que no tenga parte en ella? Supongamos una alma que el temor abate, que en su primer terror no ve en la enormidad de sus delitos mas que la proximidad de sus castigos. Ya he dicho que es imposible que no vuelva los ojos á la misericordia; pero puede ser que esta esperanza sea débil, que

no se la presente sino como desde léjos, y los castigos tan de cerca, que ya van á caer sobre ella. Pregunta aterrada ¿si puede confiar en la misericordia que tanto ha despreciado? No duda que es infinita; pero no se atreve á esperar por lo mismo que teme con extremo.

¿Qué es lo que la dice la fe en esta desolacion? Espera. El mayor de tus delitos fuera desesperar de la misericordia sin término: y cuando ve que el mismo Dios que la atemoriza, no solo la permite, sino que la manda esperar en su bondad; cuando considera que estos mismos terrores que la acobardan vienen de su mano, porque Dios no la espantara si no quisiera llamarla; que todos estos golpes son dones suyos, y el mayor fundamento de la confianza; cuando en fin, la fe la presenta todos estos objetos de consuelo, como entónces nacen de sus temores sus esperanzas, empieza á estimar y bendecir á estos mismos temores.

Así, pues, el temor y la esperanza luchan por hacerse dueños de aquel corazon que la fe les ha puesto en las manos, y le hacen sentir un combate, que cuanto es mas penoso, le parece mas dulce, porque cuanto mas le penetran, mas se entrega al dolor. Las lágrimas corren, los sollozos se atropellan, las postraciones acompañan á la oracion y á los gemidos, y el alma no encuentra otro consuelo que abrir todas las puertas á las expresiones de su dolor. La felicidad, la dulce paz de

los justos se la representa vestida de toda la calma y serenidad de que ella misma aun no goza; la compara con las angustias voraces que la devoran, siente la diferencia, envidia la suerte, y se promete imitar sus ejemplos.

Desde aquel instante ya no ve mas que delirios y tribulaciones en los caminos de la corrupcion: se asombra de haber podido estar tan ciega. Si no ha roto ya sus cadenas, á lo ménos siente su peso, reconoce su fealdad, y levanta los ojos al Omnipotente para que las rompa con su mano fuerte, y la ponga en estado de cantar en su gloria el cántico de su libertad.

¿Quién podrá decir que un temor de esta especie no obre sobre el corazon, y no le disponga á la justicia? Lo que yo sé es, que la fe cristiana no puede inspirar otro; y si sus movimientos no son siempre tan vivos, siempre son de la misma naturaleza. Confieso que es menester algo mas que este temor de los juicios de Dios para producir la conversion entera del corazon del pecador, y que nazca en él la justicia, porque esta sola puede producirla el amor; ¿pero no es menester romper la tierra, y que el arado la prepare ántes que reciba la simiente? Pues yo digo que nada puede romperla tan bien como este santo temor que produce la fe.

Pero, padre, para eso seria necesaria una fe muy viva; y si apénas la tienen los justos, á quie-

nes el amor inflama, ¿cómo pueden tenerla los pecadores, que solo estan animados del temor? Sin duda, me respondió, que la fe debe ser viva, esto es, fuerte y activa. ¿De qué puede servir una fe muerta y sin accion? ¿Pero de quién depende que la fe no sea viva? No seguramente de la santa religion que seguimos, no del nombre de cristianos que tenemos, ni del juramento que hicimos de conservarla tal como la recibimos. La Iglesia no nos la dió muerta, ni nos la dió para hacerla morir en nuestras manos.

Sin duda la fe debe ser viva. ¿Y por qué no lo es? Porque no nos cansamos de darla golpes mortales, ya con desórdenes de toda especie que nos ciegan hasta el punto de que creamos que nuestro interes es perderla, ya con conversaciones impías y licenciosas, en que solo buscamos el modo de confirmar las duqas que han hecho nacer las pasiones, ya en fin con lecturas tan disolutas como irreligiosas, tan capaces de corromper el espíritu como el corazon. ¿Y despues de esto podemos extrañar que nuestra fe no sea viva? ¿Y cómo puede serlo, cuando hacemos cuanto podemos para sofocarla; cuando se hace casi gala de no tenerla, ó á lo ménos se aparenta así por vanidad? ¿Es cosa triste, señor, que este vicio insensato quiera ser hoy una gala de moda!

Hombres sin freno ni instruccion quieren ser maestros, y enseñar su incredulidad á los infelices.

ces pecadores, á quienes aflige su conciencia, y desearan desembarazarse de la Religion tan ignorantes como sus discípulos, pues en toda su vida no han dado un cuarto de hora de atencion á lo que debiera ser el único estudio del hombre. Hablan de los objetos mas sagrados, y deciden con autoridad. Una chanza, una ironía, un chiste son todas sus demostraciones. ¿Y cómo pudieran tener otras? Pero la ignorancia de los unos y de los otros se satisface con esto. Se rien de aquellas bufonadas, y aplauden aquellos dichos insensatos, cuando bastaria una razon modesta con poca ciencia para oirlos con extremo desprecio. Y despues de esto vienen á decirnos que su fe no es viva. ¿Cómo puede serlo? Lo que debe sorprender es que no haya desaparecido del todo.

Si alguno viniera á decirme que su fe no es viva, yo le preguntara: ¿Y qué es lo que haces para que lo sea? Yo quiero suponerte muy léjos de los excesos que acabo de censurar, y que tienes fe y Religion; pero pasas toda tu vida en el juego, en los teatros y en las diversiones: y si la fe apenas vive en el justo, que no omite nada para sostenerla, y hacerla vivir con el retiro, santas lecturas, meditacion, oraciones, vigilancia y mortificacion de sus sentidos, ¿cómo es posible que viva en tí, que por un lado te entregas desmedidamente á todo lo que puede matarla, y por otro nada haces de lo que pudiera darla vida?

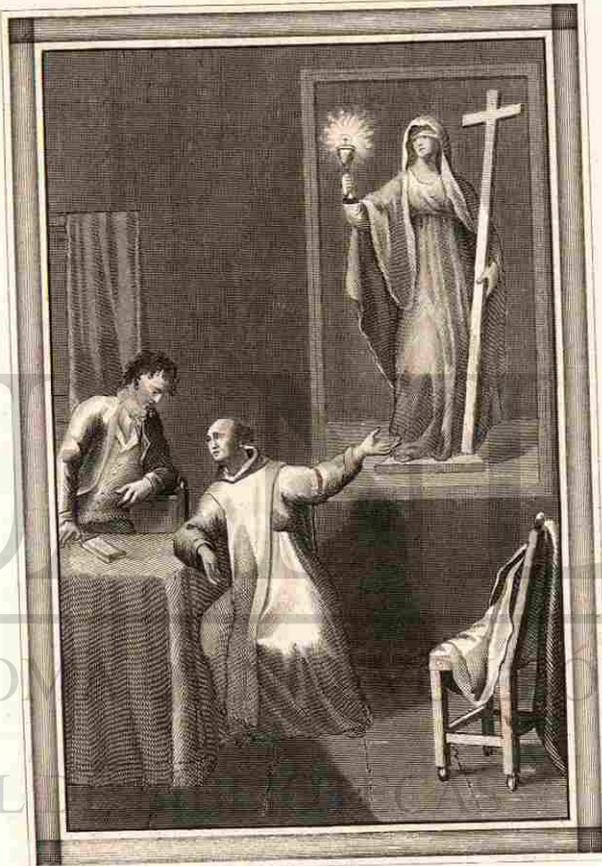
Que se nos pregunte despues de esto, ¿qué mal hay en esta vida ociosa, tejida casi toda de placeres, de afanes inútiles, de adornos, galas, conversaciones frívolas y disipaciones de toda especie? ¿Qué mal, señor? El mayor, el mas terrible de todos, que es dar muerte á lo que debe ser el principio de la vida, á la fe de que vive el justo, y sin la cual todo está muerto á los ojos de Dios.

¿Tu fe no es viva! ¿Y porque no lo es, te atreves á añadir muerte á muerte? ¿Porque no lo es, como si temieras que vuelva á revivir, trabajas en cortarla las raices mas pequeñas, y no dejarla una reliquia de resurreccion? Si estando tan muerta, todavía te da esos latidos con que te estremeces, y si con sus gritos hace que la escuches y la temas; si aunque muy débil para convertirtte es bastante para inspirarte algunas veces el deseo, y te obliga á dar como de por fuerza algunos pasos hácia el bien, ¿qué no hiciera si la dejaras la libertad de obrar sin sujecion, si te contentaras con no resistirla y dejarla obrar?

Pero tú no lo quieres, porque conoces que tomaria mucho ascendiente sobre tí. ¿Y te sienta bien venirme á decir que tu fe no es viva? ¿Es culpa suya, ó tuya? Deja de resistirla, no combatas contra ella, no la mates, y verás que como es el principio de la vida y de la inmortalidad, se vuelve á animar de nuevo para conducirte derechamente por el camino de la vida eterna.

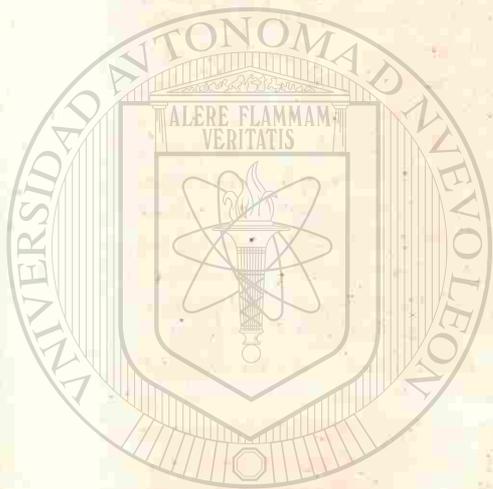
La verdad es, señor, la que el concilio nos dice: Los hombres se disponen á la justicia por la fe, que les inspira temor de los juicios de Dios, y este temor obligándolos á volver los ojos á la misericordia, los eleva hasta la esperanza. Este es el orden que Dios ha establecido para la conversión del pecador, y es menester seguirle con fidelidad. Cultivemos con aplicacion las impresiones preciosas de la fe, huyamos con cuidado de todo lo que hasta ahora las ha debilitado ó las ha hecho inútiles. Sostengámoslas con el retiro, la oracion, las lecturas santas; y la semilla de la fe, como el grano de mostaza, aunque al principio sea la menor de las semillas, crecerá hasta hacerse un árbol grande. Lo esencial es no oponerse á lo que ella puede hacer. Si los que se quejan de su poca fe, consultaran su propia conciencia, ella les responderia del mismo modo.

Pero, padre, ¿cómo es posible conciliar ese temor con la confianza? Por otra parte, me parece que si el pecador viendo los excesos de su vida, no puede desprenderse del temor, el justo, el que siempre ha vivido en la inocencia, no debe tener mas que confianza. ¡Ah! si yo volviera á vivir de nuevo, yo creo que seria de modo que no tuviera las inquietudes y terrores que ahora me devoran. ¡Qué, señor! me respondió el Padre, vos no podeis conciliar el temor con la confianza, y yo no veo cómo pueden separarse, si se entiende bien el objeto de entrambos.



J. Salas del. A. 1804.

*Los hombres se disponen á la justicia por la Fe,
que les inspira temor de los juicios de Dios.*



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE INVESTIGACIONES Y SERVICIOS

El que examine sólidamente nuestra Religión divina, hallará que jamas podemos ni tenemos nada que temer de parte de Dios, y que debemos temerlo todo de parte de nosotros mismos. Dios es soberanamente bueno; es la bondad misma: si es terrible en su justicia, es porque le forzamos á serlo: nunca lo es sino de nuestra parte. Dios ama las almas que ha criado á su imagen, segun la expresion de la Escritura, y porque las ama, quiere que todas se salven, y lleguen al conocimiento de la verdad. Pero si de parte de Dios nada tenemos que temer, de la nuestra lo debemos temer todo. Es imposible en la Religión separar estos dos objetos.

Así el justo teme, porque puede tropezar y caer, á causa de que por sí mismo no es mas que corrupcion y flaqueza. El pecador teme, porque no puede levantarse él mismo de sus pecados ó caidas, ni puede por sí evitar los justos castigos que merece. Uno y otro deben desconfiar de sí mismos. El justo debe dar gracias, orar, velar, andar con atencion, mortificar sus sentidos, y guardar su corazon con no interrumpida solicitud. El pecador debe afligirse, implorar, gemir, recordar los desórdenes de su vida en la amargura de su corazon, avivar su fe, y llenarse de temor con la vista de los fuegos inextinguibles. Como el uno está por tierra, y el otro puede resbalar, la fe dice á los dos: *Satagite, conten-*

dite: Haced cuanto podais, ó para sosteneros ó para levantaros.

Pero vos, señor, que hallais tan difícil conciliar el temor con la confianza, decidme: si Dios os asegurara hoy por el ministerio de uno de sus ángeles, que habia perdonado todos vuestros pecados, y que os daría la felicidad eterna, ¿estariais seguro entónces de vuestra dicha? Yo respondí: Sin duda, padre; y si pudiera estar cierto de que no era ilusion, sería un delito no estarlo. Pues yo os digo, replicó el padre, que vos no estariais mas seguro entónces de lo que hoy estais de su misericordia, y que no es posible que lo esteis mas. Porque ¿cuál sería entónces el fundamento de vuestra seguridad? Sin duda la palabra de Dios y la verdad de sus promesas. Pues su bondad y su misericordia no son ménos ciertas, ó para decirlo mejor, la verdad de sus promesas y su misericordia no son dos cosas diferentes. Y porque hoy no os propone mas que su bondad por motivo, porque quiere que el sacrificio sea entero, porque exige que su bondad sola excite esta confianza, ¿vos no le ofreceréis este sacrificio de justicia?

Al Padre, le dije yo, ¿qué confianza puede tener aquel que ha pasado una entera y larga vida en un diluvio continuado de iniquidades, y aquel cuyos pecados se han multiplicado mas que los cabellos de su cabeza? Si Dios me ve como yo

me veo, no puedo ser á sus ojos mas que un objeto de cólera y de furor. ¿Si Dios os ve? respondió el padre; sin duda que Dios os ve mil veces mejor de lo que vos podeis veros: y ¿qué fuera de vos si permitiera que vos os viéseis como él os ve, ó tal cual sois?

¿Pero os figurais, señor, que Dios busca en el hombre lo que es ó lo que ha sido para ejercer su misericordia? El corazon humano es todo corrupcion, y la vida ménos delincuente no pudiera inspirar el menor fundamento de confianza; y ve aquí otro carácter de nuestra flaqueza. El hombre no quiere contar con su Dios absoluta y exclusivamente: no puede resolverse á no contar tampoco consigo mismo; y ¿qué resulta de esto? Que como cuanto mas examina tanto mas descubre en sí miseria y corrupcion, tanto mas tambien se turba y desalienta. Dejemos, pues, estos vanos terrores, estas injustas desconfianzas, que no inspira la fe, y que ella misma debe someter y arreglar. Léjos de que el conocimiento de nuestras miserias deba acobardarnos, él debe animar nuestra confianza para esperar en la bondad divina; porque ¿quién sino Dios nos ha dado este conocimiento?

Yo encuentro sobre este asunto en la Escritura una reflexion que me parece llena de razon y buen sentido. El ángel del Señor se muestra á Manué, padre de Sanson, y le anuncia que ten-

dria un hijo. Manué, que no le conoció, le pide que espere un momento para asistir al sacrificio que va á ofrecer á Dios en accion de gracias; y cuando el fuego estuvo bien encendido, el ángel se metió entre las llamas, y desapareció. Manué y su muger asombrados, caen por tierra el rostro contra el suelo, y él dice: Preparémonos á la muerte, porque hemos visto á Dios. Este discurso no era digno de un buen Israelita; pero su muger con mas razon le responde: ¿Si Dios hubiera querido matarnos, nos hubiera hecho ver todas estas cosas? Lo mismo debe decirse á aquellas almas que por un movimiento natural se turban y se abaten.

Porque, señor, ¿quién es el que os ha dado este conocimiento que hoy os agita tanto? ¿Le tenia vuestra alma en aquel tiempo en que bebia los pecados como el agua? ¿Cuando os parecia que solo vos teniais razon? ¿Quando disputábais con tanto orgullo contra las máximas del Evangelio? ¿Quando en fin, cerrábais los ojos con tanta obstinacion á las mismas luces que hoy os descubren los errores y delitos de vuestra vida? ¿Quién, pues, os ha abierto los ojos? ¿Quién os ha dado estas luces? ¿Erais mejor? ¿Veiais mas cuando no la teniais? ¿Y qué! porque ahora Dios os ha hecho conocer vuestro estado, porque os ha hecho sentir vuestra flaqueza y miseria, porque no os deja ignorar la necesidad que

teneis de su socorro; en fin, porque estais desengañado y no podeis disimularos que no podeis nada sin su gracia, ¿os dais por perdido, y no veis el modo de tranquilizaros? ¿Y os decís que vais á morir porque habeis visto al Señor? ¿Pero Dios se deja ver de aquellos que quiere perder? ¿Y este mismo conocimiento que os da del abismo de vuestras miserias, no es señal de que las quiere perdonar?

Señor! las inquietudes y terrores, cuando los mira el pecador con este espíritu, cuando léjos de querer escondérselos procura penetrar con los ojos de su dolor hasta lo mas íntimo de su conciencia, en lugar de desalentarse con la funesta vista de sus llagas, el sentimiento de su propia flaqueza hace que se arroje con mas fuerza en los brazos de Dios, y dice como la muger de Manué: ¿Si hubiera querido perderme, me hubiera mostrado todo esto? ¿Por qué me perdí, sino porque me obstiné á no verlo? Así, señor, el verdadero penitente se eleva del temor á la esperanza, de la esperanza al amor, y el amor consuma la justicia. La fe empieza la obra, y la misma fe con la caridad la perfecciona.

Hoy hemos hablado del temor y de la esperanza, y uno y otro no son mas que los medios para llegar al fin. Hay otro que es mas inmediato, mas eficaz, y tan necesario, que sin él, como ya os he dicho, no se puede conseguir la conver-

sión perfecta del corazón: este es el amor. Ved aquí, señor, lo que seguramente justifica al pecador; ved aquí lo que le muda de esclavo del demonio en hijo de Dios, lo que le restituye todos los bienes y derechos que le dió el bautismo, y en fin, lo que le hace heredero de Jesucristo y compañero de los espíritus celestiales.

Pero como el amor tiene diferentes grados, mañana trataremos de este asunto. Espero que no olvidaréis el nuevo orden que nos hemos propuesto. Por la mañana vendré á ayudaros en el exámen, y por la tarde hablaremos del amor. Yo repetí mi reconocimiento al padre, y con esto se retiró. Te aseguro, Teodoro, que este padre es un ángel de Dios: yo no puedo dudar que ha venido del cielo para ayudarme. No puedo explicarte qué consuelo da á mi corazón. Discurre qué fuera de mí sin sus consejos y reflexiones. Cuando considero la diferencia que hay de él á mí, á tí y á todos los que viven tan ciegos, me parece que hay mas distancia que del cielo á la tierra. ¡Ay, Teodoro! ¡qué diera yo por verte con él! A Dios.

CARTA XXIII.

EL FILOSOFO A TEODORO.

QUERIDO Teodoro: ¡qué necios somos los infelices cuando enredados entre las cadenas de los vicios, no conocemos mas que los placeres groseros que ellos presentan! Si tú pudieras comprender el regocijo y la satisfacción que experimenté la mañana de este dia, cuando despues que estuve con él padre, ví que con la ayuda de sus esfuerzos quedaba desenmarañada y puesta en orden la primera época de mi tenebrosa vida, comprendieras tambien que hay placeres morales, placeres del corazón, que la carne y sangre no pueden experimentar jamas.

¡Ah! que los hombres que gobierna el Espiritu de Dios son muy superiores, ó para decirlo mejor, de un orden mas elevado que los que viven segun el espíritu del mundo. Anda á ver esos filósofos profundos, esos genios brillantes, esos espíritus sutiles que hablan con tanto fausto, que disputan con tanta arrogancia, y fascinan la ra-

sión perfecta del corazón: este es el amor. Ved aquí, señor, lo que seguramente justifica al pecador; ved aquí lo que le muda de esclavo del demonio en hijo de Dios, lo que le restituye todos los bienes y derechos que le dió el bautismo, y en fin, lo que le hace heredero de Jesucristo y compañero de los espíritus celestiales.

Pero como el amor tiene diferentes grados, mañana trataremos de este asunto. Espero que no olvidaréis el nuevo orden que nos hemos propuesto. Por la mañana vendré á ayudaros en el exámen, y por la tarde hablaremos del amor. Yo repetí mi reconocimiento al padre, y con esto se retiró. Te aseguro, Teodoro, que este padre es un ángel de Dios: yo no puedo dudar que ha venido del cielo para ayudarme. No puedo explicarte qué consuelo da á mi corazón. Discurre qué fuera de mí sin sus consejos y reflexiones. Cuando considero la diferencia que hay de él á mí, á tí y á todos los que viven tan ciegos, me parece que hay mas distancia que del cielo á la tierra. ¡Ay, Teodoro! ¡qué diera yo por verte con él! A Dios.

CARTA XXIII.

EL FILOSOFO A TEODORO.

QUERIDO Teodoro: ¡qué necios somos los infelices cuando enredados entre las cadenas de los vicios, no conocemos mas que los placeres groseros que ellos presentan! Si tú pudieras comprender el regocijo y la satisfacción que experimenté la mañana de este dia, cuando despues que estuve con él padre, ví que con la ayuda de sus esfuerzos quedaba desenmarañada y puesta en orden la primera época de mi tenebrosa vida, comprendieras tambien que hay placeres morales, placeres del corazón, que la carne y sangre no pueden experimentar jamas.

¡Ah! que los hombres que gobierna el Espiritu de Dios son muy superiores, ó para decirlo mejor, de un orden mas elevado que los que viven segun el espíritu del mundo. Anda á ver eso filósofos profundos, esos genios brillantes, esos espíritus sutiles que hablan con tanto fausto, que disputan con tanta arrogancia, y fascinan la ra-

zon de los fatuos con su oropel engañoso; mas cuando llega un momento crítico, se conoce su inutilidad y su falacia. Ponlos cerca de la muerte ó entre las aflicciones y dolores, y busca sus auxilios, y entónces no son nada, sus socorros son fútiles y sus consuelos vanos.

Al contrario, estos hombres de Dios sencillos, modestos, con traje humilde y expresion moderada, de nada se jactan, nada prometen, se conceptuan como incapaces de todo; pero cuando llega la ocasion que se necesita de ellos y se implora su auxilio, entónces se transforman, se encienden en la hoguera de la caridad, son todo fuego, ardor; y los mismos que ántes parecian inútiles, son los que dan los verdaderos y sólidos consuelos, se hacen los amigos ardientes del necesitado, y se apresuran á socorrer á los infelices con celo, miéntras que los profanos fanfarrones del mundo los abandonan en las ocasiones que mas se necesitan. Por otra parte, parece que el cielo los ayuda y les da los medios de consuelo que los otros no tienen.

¿Cómo te explicaré el celo, la caridad y la ternura de mi dulce bienhechor? Si le hubiera encontrado ó hubiera venido á verme un mes ántes, le hubiera mirado con el mayor desprecio, me hubiera burlado de él, y apénas me hubiera dignado de fijar en él los ojos, y ahora lo venero como un hombre superior á todos los que yo

estimaba, y no me hallo digno de besar la tierra que él pisa.

¡Con qué amor, con qué interes, y tambien con qué sagacidad, con qué arte y talento me escudriñaba hasta los mas íntimos escondrijos de mi corazon! Yo me puse en sus manos: él me preguntaba, yo le respondia con sencillez y buena fe, y él hacia no sé cómo con la oportunidad de sus preguntas, que me acordase de muchas cosas que me parece hubiera olvidado sin ellas. Al fin con mucha paciencia y método supo desenredar el ovillo enmarañado de mi primera edad, y me pareció que ya le habia dicho todo lo que le podia decir, y tambien creí que quedó satisfecho.

Por este medio lo que me habia parecido imposible, ya lo veia como hecho. Esta cuesta tan difícil de repechar se me hacia fácil, porque me guiaba por senderos en que yo le seguia, y me hizo conocer que estaba muy acostumbrado á estos ejercicios. La experiencia de esta mañana me alentó mucho, porque ví que con el mismo método podia en poco tiempo llegar al fin; pero me repetia muy frecuente: Señor, no os fatiguis. Desde que teneis intencion de no ocultar nada al confesor, y que haced los posibles y prudentes esfuerzos para acordaros, que olvidéis una ú otra cosa no importa nada; lo que solo importa es que tengais dolor de haber ofendido

á Dios en todas ellas, que propongais muy firmemente no volver á hacer ni esas ni ninguna de las que pueden ofenderle, que esperéis en la misericordia de Dios que os las perdonará, y sobre todo, que vuestro corazón se convierta, que se resuelva á mudar de vida, y guardar toda la ley de Dios. Ved aquí los requisitos esenciales. Uno ó muchos olvidos, cuando no vienen de una negligencia culpable, no alteran el valor del sacramento; pero no hay buena confesion, ni la absolucion aprovecha, si no hay una entera y verdadera conversion.

Al fin el padre se fué, dejándome muy consolado, y convenimos en que yo procuraria en el discurso del dia ver si me ocurría alguna especie nueva, respectiva á la primera época que dejamos apurada; que la mañana siguiente emprenderíamos la segunda, y así seguiríamos hasta concluir, sin dejar de venir por las tardes á continuar su instruccion. En efecto, volvió aquel mismo dia, y empezó así:

Ayer os ofrecí, señor, hablaros de lo necesario, que es el amor de Dios en el sacramento de la Penitencia. Ya os he dicho que el temor empieza, que la esperanza le sigue, y que esta engendra al temor, que es el que perdona y justifica. El mismo Cristo es el que ha enseñado á sus ministros la necesidad de este amor, pues en la primera absolucion que dió en el mundo,

que fué la que él mismo dió á la muger pecadora, dijo (1): *Muchos pecados le han sido perdonados, porque ha amado mucho*; y con esto nos hizo conocer que el amor era la condicion mas esencial para recibir con fruto las absoluciones que se darian en la carrera de los siglos.

Este divino Maestro no dijo: *Muchos pecados le han sido perdonados, porque ha temido mi justicia, porque ha renunciado públicamente á sus pecados y su mala vida, porque ha venido á arrojarse á mis piés y regarlos con sus lágrimas*. Sin duda que su bondad daba el precio que merecian estas señales exteriores de su dolor; pero el perdon fué precisamente por su amor, pues era el principio que daba precio á todo lo demás, y el requisito mas esencial para la absolucion.

Así, aunque el concilio de Trento haya definido que el temor prepara y dispone al pecador para su justificacion, no quiere esto decir que el temor solo y sin la compañía del santo y casto amor nos pueda hacer conseguir el perdon de los pecados. El Apóstol dice que la ley, esto es, el temor puede empezar la obra: que es como un pedagogo que medio de gana, medio de fuerza nos toma y nos lleva de la mano (2): *Lex pedagogus*; pero que no conduce al término de la

(1) Luc. vii. 47.

(2) Ad Galat. iii. 24.

perfeccion (1): *Nihil ad perfectum adduxit lex.* Por eso el Espíritu Santo solo hace entrar al temor en las disposiciones que preparan á la justificacion, en cuanto excita al pecador á elevarse hasta la esperanza, y que empezando á amar á Dios como autor y fuente de toda justicia, se siente por consecuencia animado del tal odio del pecado, que llega á detestarle.

No añado una palabra á lo que dice el concilio, y os ruego, señor, que observeis los cuatro grados que indica con tanta precision, todos anteriores al sacramento. Observad tambien el orden con que los propone, conduciéndonos de los unos á los otros, El primero es el temor que inspira la fe, y que espanta, abate, trastorna; pero como no hace mas que aterrarr, de este grado pasa el penitente al segundo que es la esperanza: esta consuela, anima el corazon que teme, y le hace confiar tanto en Dios, que le persuade que se dignará perdonarle por los méritos de Jesucristo. Pero ¿cómo es posible que espere de Dios este perdon, si no empieza á mirarle como Dios de su corazon, como Dios bueno y misericordioso, el Dios de su esperanza por toda una eternidad? Es pues consiguiente, que el tercer grado sea un principio de amor, que le conduzca á Dios como al autor de toda justificacion, y como al que debe hacer la

(1) Ad Hebr. vii. 19.

suya, librarle de sus iras, y darle toda su felicidad. De este tercero se va progresivamente al cuarto; porque si ama al Dios de su corazon, que es autor de toda justicia, es preciso que deteste la iniquidad que Dios aborrece, y ved aquí lo que el concilio dice (1): *Que el penitente porque ama á Dios, aborrece y detesta el pecado.*

Así pues la contricion es la parte principal de la penitencia, y tan principal, que nada puede suplirla; y puede ser tan intensa, que en el caso de que no fuera posible recibir el sacramento, pudiera ella suplirle, con tal que el pecador tuviera un deseo y una resolucion sincera de recibirle luego que le fuese posible.

¿Pudiérais, padre, dije yo, definirme exactamente la contricion? No puedo, respondió el padre, dar mejor definición que la misma que da el concilio. La contricion, dice, es el dolor del alma, la detestacion de los pecados cometidos, y la resolucion de no volverlos á cometer; y añade, que este movimiento de contricion ha sido siempre necesario para obtener el perdon de los pecados: de lo que debéis inferir, que no habla ahora de aquella contricion eminente y perfecta de que habla despues, y que sola basta para justificar ántes de que se haya recibido el sacramento; sino de la contricion que es absolutamente necesaria para

(1) Conc. Trid. sess. XIV. cap. IV.

conseguir la remision de las culpas, y esta contricion debe ser un dolor íntimo del alma.

No basta pues el temor, y que en fuerza de este se haga una especie de resolucion de no volver á pecar; es menester que el alma se aflija, y que se penetre de dolor el corazon, porque sin esto no se puede mudar ni convertir. ¿Y qué debe producir este dolor? Un odio del pecado, odio que debe llegar hasta la detestacion, lo que es mas fuerte que un odio comun y ordinario. Tanto como se amaba el pecado, tanto como se complacia en cometerle, el que está verdaderamente contrito debe aborrecerle y detestarle; y aunque es natural que el corazon no vuelva á repetir lo que ya aborrece, el concilio para no dejarnos nada que inferir, añade expresamente, que á este dolor que produce el odio, debe juntarse la resolucion de no volver á pecar.

Así pues un movimiento pasagero, que no excluyera la voluntad de pecar sino cuando él subsiste; que no produjera una mudanza entera, y dejara el corazon como estaba ántes, no es suficiente para formar la contricion. Es menester que esta voluntad de no pecar mas se establezca tanto en el corazon, y que esté tan determinado y resuelto á no volver mas á pecar, como lo está á no hacer ninguna de aquellas cosas que aborrece y sabe que le hicieran mucho mal. Seria engañarse creer que puede bastar una voluntad del mo-

mento, cuando no se quita del corazon el amor dominante del pecado.

No es posible amar lo que se detesta; y no basta mudar la disposicion presente por las circunstancias actuales, es necesario mudarla en sí misma, y para siempre. El mercader que arroja sus fardos en el mar por temor del naufragio, los arroja voluntariamente, y él mismo ayuda con sus manos; ¿pero los aborrece? ¿los detesta? No. Ved aquí una idea de la contricion, cuando no es verdadera: toda disposicion del ánimo que no se extiende hasta el odio y la destruccion del amor dominante del pecado, no es la contricion que el concilio dice ser necesaria para conseguir la remision.

Ya he dicho que esta contricion es un dolor del alma: debo añadir que es un dolor, ó que debe ser un dolor de haber ofendido á Dios, inspirado por su gracia, y superior á todo otro dolor; y todo esto es de tal necesidad, que de ello depende toda la eficacia y el fruto del sacramento. El que dice dolor, dice un acto de la voluntad, un afecto del corazon que se aflige, y se determina á mudar de conducta. No es un simple conocimiento, una idea de la fealdad ó deformidad del pecado. No es tampoco una simple displicencia de la razon, que si es recta no puede dejar de percibir el desórden del pecado, y condenarle. Se puede tener todo esto sin estar contrito; porque

todos éstos actos se pueden quedar en el entendimiento sin pasar á la voluntad. Se puede con todo esto amar siempre, y complacerse en su pecado conservándole el mismo apego, y por desgracia esto sucede muchas veces. Es menester pues que la voluntad obré, y que el corazón se convierta con un arrepentimiento activo y verdadero. Es menester que el dolor nos le franquee, y por esto se llama contrición. Desde que la voluntad no se muda, todo lo demás no basta para agradar á Dios, como conviene comparecer á sus ojos purísimos.

Y no basta que sea un simple dolor natural, es necesario que sea sobrenatural, esto es, que sea en vista de su Dios ofendido; sin esto será un dolor infructuoso y sin efecto. Además, y esto es lo más esencial, este dolor que siente la voluntad, que ha sido inspirado por el Espíritu Santo, y que nace de la pena de haberle ofendido, debe ser supremo, esto es, más fuerte que todo otro dolor: quiero decir, que no hay reves, infortunio ni desgracia en la vida de cualquier naturaleza que sea, en que pueda concebir un dolor, no digo superior, pero ni igual al que debo tener de haber ofendido á Dios, y perder su gracia.

Es menester que esto me aflija más que pudiera afligirme la pérdida de toda mi fortuna, cuando fué la mayor y la más opulenta: es menester que esto me dé más pena que la afrenta ma-

yor, y que más me cubriera de oprobio; más que un abandono universal, que me redujera á la miseria más estrecha; más que el mal más violento y agudo, que me atormentará sin descanso; más que la muerte de los padres, los hijos, los amigos, y cuanto se ame más en el mundo; y en fin, más que el inminente peligro de perder mi vida. Si mi pena no es mayor que todas estas penas, no es suficiente, y no solo no tengo la verdadera contrición, pero ni siquiera tengo aquella atrición que es necesaria al sacramento de la Penitencia, y se llama contrición imperfecta.

Teodoro, yo me estremecí oyendo este discurso, y sin poder contenerme le dije: Padre, ¿y quién se confesará bien, si es menester todo esto? ¿Dios puede exigir tanto de un hombre miserable? Eso es capaz de turbar el universo, y solo sirve para desesperar. Sosegaos, señor, me respondió el padre; yo no he acabado de explicarme, y al fin veréis que tengo razón, y que con todo no perderéis la esperanza. ¿Vos decís, que esto puede desesperar? ¿Pero á quién? A las almas mundanas, que nunca han conocido bien á Dios, ni se aplican á conocerle; á las almas sumergidas en los placeres, solo sensibles para aquello que lisonjea al amor propio; á las almas disipadas que solo ven las cosas de la Religión superficialmente, y que están sin cesar distraídas en los objetos esteriotes que arrebatan su atención. Ved aquí los úni-

cos que deben espantarse de lo que digo, y estremecerse al oír estas verdades.

Pero yo les diré con San Agustin: Dadme una alma que ame á Dios, una alma llena del espíritu del cristianismo, en fin tal como debian ser todas; y si por efecto de la fragilidad humana, ó por la sorpresa de una pasion tuviera la desgracia de cogerse hasta caer en el pecado, cuando volviendo en sí, y ayudada de la gracia se convierta á Dios, decidme, si no sentirá la pena y el disgusto que he explicado, y que digo ser absolutamente necesario. Cuando vemos á David acostado sobre la ceniza, humillándose delante de Dios; cuando vemos á San Pedro cubierto de rubor, y llorando con amargura; cuando vemos á la Magdalena postrada á los piés de Jesucristo, que los riega con su tierno llanto, ¿podemos concebir que hubiera nada en el mundo de que pudieran estar, no digo mas, sino tan afligidos como lo estaban de sus pecados? ¿Podrémos imaginar ningun interes capaz de entrar en comparacion con el de aplacar á su divino Salvador, y volver á entrar en su gracia? Y nosotros mas pecadores sin comparacion que esos famosos penitentes, ¿no tenemos motivos mas urgentes para afligirnos? ¿Qué nos falta pues? Mas sinceridad, y mas celo de nuestra conversion.

Pero no os inquieteis, señor: confieso que vos y muchos pudieran desalentarse con razon, si es-

te dolor, necesario para la penitencia, consistiera en una pena sensible; porque la sensibilidad no depende de nosotros, y muchas veces es mas viva para estos males de la vida, ó para ciertos acontecimientos que tenemos y nos afligen, que no para los pecados que detestamos, y nos causan un pesar verdadero. No es pues de este modo sensible, ni con esta pena, que nuestra contricion debe ser un dolor superior á todo otro dolor; sino por la detestacion de la voluntad, por la preparacion del ánimo, que es la parte superior del alma, y por la disposicion interior en que está el penitente de sufrir todo género de males, y aceptar toda especie de adversidades y desgracias antes que consentir en un solo pecado mortal.

Con esto es claro que aborrece al pecado mas que todos esos males, y que quisiera á costa de ellos borrar los que ha cometido. No es necesario para esto sentir las mismas agitaciones y gemidos, ni caer en las mismas desolaciones que sentimos, cuando se nos anuncia un grande infortunio ó desastre. Para la contricion basta el odio y el dolor, que los teólogos llaman *apreciatio*, porque él sostiene los derechos de Dios, y prueba que nuestro corazon le da una preferencia entera y absoluta. Ved aquí lo que debe, señor, asegurarnos, y á todos; pues no hay nadie que con la asistencia de Dios no pueda tener este dolor.

Es verdad que para tenerle es menester apli-

carce, y se necesita de cuidados y esfuerzos. San Agustín decía: *Si todavía no te sientes llamado á Dios, trabaja, ruega, insta.* Los hombres experimentan muchas veces tal ceguedad en el corazón, que se puede temer que les falte la contrición que es necesaria para el perdón de los pecados en el sacramento de la Penitencia; pero es por falta suya. ¿Y cómo es posible que la tengan, si se observa el modo con que se preparan algunos para venir al sagrado tribunal?

Muchas veces vienen con tal precipitación, que no se han tomado tiempo aun para pensar en lo que van á hacer; se acercan con tanta indolencia y frialdad, que se conoce que no tienen presente que este es uno de los ejercicios mas importantes y serios de la Religión; y como no están acostumbrados al recogimiento ni á los actos que el corazón movido de la gracia produce en nosotros, se contentan con ciertas fórmulas que se hallan en los libros, y que leen ó dicen de memoria sin afecto interior, y casi sin inteligencia. Esto suele ser comun aun en las gentes de distincion. Nosotros les preguntamos si están contritos y arrepentidos, si tienen un sincero dolor de sus pecados: ellos sin vacilar nos dicen que lo creen así; pero hablando de buena fe, ¿cómo se lo pueden persuadir?

¿Qué es un dolor sincero? Es una mudanza tan entera del corazón, que le hace que se separe

de los objetos que ántes le agradaban mas. Es menester que por la fuerza y superioridad de este dolor aborrezca lo que ántes amaba, y ame lo que ántes aborrecia; en fin, que sea un corazón nuevo. ¿Qué esfuerzo del alma supone una mudanza tan completa! ¿Qué sacrificio de sus gustos! ¿qué victoria de sus pasiones! ¿Y una victoria de esta especie puede ser fruto de reflexiones frias y débiles, y de palabras dichas con ligereza? Bien sé que las operaciones de la gracia no dependen del tiempo; pero tambien sé que segun las reglas ordinarias la gracia no obra sino con peso y medida.

La gracia tiene sus caminos por donde se insinúa, sus grados en que se adelanta: previene, sostiene, ayuda á consumir la obra; pero exige que el penitente contribuya por su parte, que entre en sí mismo, que levante su corazón, que deteste sus faltas, que se represente todas las consideraciones que le pueden servir para separarse de sus pecados, y que se los hagan mirar con horror; que insista sobre las que pueden inspirarle amor, respeto y obediencia hácia Dios, su Criador y Redentor, y en fin que recurra á este mismo Dios, abriéndole su corazón, para que le ablande y le convierta. ¿Y este puede ser el negocio de un instante? ¿sobre todo para pecadores que en el discurso de un año se acercan pocas veces al tribunal sagrado?

Pero Padre, dije yo, esto me hace temblar: según eso hay muchas malas confesiones. Yo lo temo, me respondió, y casi no me atrevo á decir lo que pienso; pero como el confesor no puede ver el interior, está obligado á creer lo que se le asegura. Encoge los hombros, absuelve al penitente, y no responde de nada, porque solo Dios puede juzgar del valor de esta absolucion; y sabe que por estas malas disposiciones, sin derogar ni á las promesas de Jesucristo, ni á la potestad de sus ministros, no todo lo que se desata en la tierra, se desata en el cielo.

Siendo eso así, volví á decirle, será menester un tiempo dilatado para prepararse á la confesion. Sin duda, me respondió, que es menester todo el que sea necesario para que sea buena, y sobre todo para asegurarse de su contricion tanto como es moralmente posible. Digo moralmente posible, porque desaprobando la negligencia no apruebo tampoco otro exceso cual seria una inquietud escrupulosa. La prudencia cristiana conserva el medio entre los dos extremos, y no debe pasar los límites de la razon. Cuando en vista de las circunstancias y de los medios que ha practicado, puede el penitente pensar que ha hecho todo lo que puede, entónces debe fiarse en Dios, y calmar sus inquietudes, sin atormentarse inútilmente con excesivas desconfianzas de sí mismo.

¿Pero cómo no hemos de llorar nuestra mise-

ria? ¿No es extraño, que teniendo el hombre tantas razones y tan fuertes, que una sola debia bastar para penetrar su corazon de dolor por haber ofendido á su Dios, le sea tan difícil moverse á los justos sentimientos de compuncion? ¿No es extraño que necesitemos de tantas exhortaciones, instrucciones y meditaciones para despertarnos ideas que jamas debieran alejarse de nuestro espíritu, y que nos sea preciso hacer esfuerzos para que sintamos su impresion? ¿Cómo es posible que olvidemos tanto y tan presto á un Dios Creador, conservador y Redentor; á un Amo tan grande, á un Padre tan tierno; á su liberalidad, su santidad, su justicia y todas sus innumerables perfecciones?

¿Cómo el simple pensamiento de tantos derechos como tiene sobre nuestro corazon, no nos presenta de un golpe la iniquidad y el horror de todo lo que le ofende, y nos separa de él? ¿Cómo no nos deshacemos en llanto, y no prorrumpimos en gemidos y sollozos? ¿Qué es lo que falta á Dios para que le amemos? ¿No es bastante bueno? ¿No ha hecho bastante por nosotros? ¿No nos hace grandes bienes todos los dias, y no está dispuesto á hacernos mas en toda la eternidad? En verdad que nuestra insensibilidad casi es tan inapeable como su misericordia.

Si el dolor es tal como he dicho, y como debe ser, producirá infaliblemente la resolucion que

se llama regularmente propósito. Este es una firme y constante determinacion de no volver á ofender á Dios de ninguna manera, y de procurar mantenerse en su gracia, corrigiéndose de sus vicios, y renunciando á sus malas costumbres. Esta disposicion es tan esencial, que sin ella nuestra contricion no seria mas que una contradiccion manifiesta; porque ¿cómo seria posible conciliar una voluntad que deteste los pecados cometidos, y que esta misma voluntad esté dispuesta á volver á cometerlos; que aborrezca el pecado soberanamente, porque le considera el mayor de los males, y que al mismo tiempo le ame de tal modo, que á la primera ocasion consienta en admitirle? Esto seria querer y no querer, verificándose la palabradel Profeta (1): *De que la iniquidad se ha mentido á sí misma.* Esto seria hacer á la Magestad divina el mismo insulto que haria un vasallo rebelde que viniera á implorar la clemencia de su soberano, y al mismo tiempo le dijera, que á pesar de aquellas sumisiones no estaba ménos dispuesto á tomar de nuevo contra él las armas en la primera ocasion.

Así, pues, para que el dolor sea bueno, y que Dios le pueda recibir, es indispensable que el propósito le acompañe. La primera disposicion supone la otra, sin que sea posible separarlas, y por esto hemos visto que el concilio define la

(1) Psalm. xxvi. 12.

contricion, dolor de los pecados unido á la resolucion de no volver á cometerlos. Si esta resolucion debe ser expresa y formal, ó si basta que sea comprendida virtualmente en el acto de detestacion y dolor, es indiferente en sí mismo, pues siempre es necesaria; pero cuando se trata de un asunto tan importante como recobrar la gracia de Dios, lo mejor es lo más seguro, y decir á Dios con David: *Yo he jurado, Señor, y hago de nuevo el juramento de observar en adelante tus divinos preceptos, y no volverme á separar en nada de la obediencia que debo á vuestra ley;* y añadir: porque he tenido la desgracia de faltar á ella, y en tal y tal materia me propóngo de poner mas cuidado, y de apartarme de los peligros con la mayor atencion. Sí, mi Dios: yo lo quiero, lo deseo y estoy resuelto á hacerlo; vos que veis el fondo de los corazones, veréis tambien la extension y firmeza del mio.

En esta protestacion hay dos propósitos, uno general y otro particular. El general se extiende sin excepcion á todos los pecados que nos privan de la gracia de Dios; porque si hubiera un solo pecado mortal que el pensamiento no se propusiese evitar, su resolucion no valdria nada; pues no tuviera el verdadero motivo, que solo puede ser principio de su mérito, que es que el pecado ofende y desagrada á Dios. Como este motivo conviene igualmente á todos los pecados, es cla-

ro, que si nos determina á abstenernos de unos, debe determinarnos á abstenernos de todos. El que quisiera hacer distincion ó reserva, mostraria que no es aquel motivo el que le determina, y que su resolucion seria ilusoria.

El propósito particular es aquel que insiste especialmente sobre los pecados que estamos mas acostumbrados á cometer, y de que nos acusamos; pues como por ellos conocemos el mal á que nos arrastra mas nuestra flaqueza, es natural que pongamos en esto mas vigilancia y precaucion; pero unos y otros debe detestar el pecador, y decir á Dios con valor y resolucion: Señor, no te volveré á ofender.

¿Y qué hombre en el mundo, exclamé yo, se atreverá á hablar á Dios de este modo? ¿Cómo el barro deleznable osará decirle: Yo seré de piedra, de acero? Cuando yo suponga que tenga la intencion mas seria y eficaz; cuando en el momento me sintiera con el ánimo de sufrir la muerte mas cruel ántes de repetir la iniquidad, ¿quién puede responder del porvenir? ¿Quién puede prever las circunstancias en que se encontrará? ¿Quién podrá asegurarse á sí mismo? sobre todo, ¿un miserable como yo, que ha pasado su vida en los horrores, que tiene el corazon corrompido hasta lo sumo, que se ha acostumbrado á no refrenar ninguna de sus inclinaciones viciosas, que ha dado rienda abierta á todos sus apetitos, que jamas ha sabido lo que es moderarse ni corregirse?

¿Cómo un miserable de mi especie se atreverá á decir á Dios: Yo te prometo que no te ofenderé mas? Desde este instante yo estoy seguro de hallarme con bastante constancia para vencer y resistir al torrente de vicios de que he sido inundado. ¿Pero el hombre que fué ceniza será mármol? Yo creo, Padre, que el hombre que hablara así, seria un temerario, un presuntuoso; y si es menester sentir esto en su corazon, yo soy muy infeliz, pues léjos de sentirlo, no siento mas que temor y desconfianza de mi mucha flaqueza, y de mi antigua corrupcion; jamas me atreveré á hablar así al Dios que ve los corazones, pues me pareciera mentirle. Yo dije esto con tanto ardor, que sin saberlo me puse en pié, y tan rápidamente, que el Padre no pudo detenerme; pero habiéndome oido, me pidió que me sosegase, que él se habia explicado mal; y habiéndome hecho sentar, me dijo:

No permita Dios que yo desaprobe sentimientos tan justos, y que son verdaderamente cristianos. Ese temor, esa desconfianza que mostrais, es á mis ojos el mas seguro garante de que no volveréis á ofender á Dios. Sin duda fuera temerario, no solo el pecador, sino el mayor santo, si se atreviera á prometer á Dios no ofenderle nunca, esperando cumplir esta promesa contando únicamente con su propio esfuerzo; pero uno y otro pueden hacerlo fiados en Dios, quien ayuda siem-

pre con su gracia á los que por su parte trabajan seriamente en cumplir tan alto designio.

Para explicarme mas claramente permitidme que os diga, que en el hombre hay actos diferentes, que no se deben confundir: hay actos que son del entendimiento, y actos que pertenecen á la voluntad. Por ejemplo, desconfiarse de sí mismo; temer en medio de las promesas que hacemos á Dios y á su ministro, que podemos no perseverar; que despues de habernos sostenido algun tiempo, nos podemos cansar; que la pasion se despertará; que habrá ocasiones en que no podrémos resistir y nos dejaremos arrastrar, y otras ideas semejantes, son pensamientos, temores, conjeturas, todos actos del entendimiento en que la voluntad no tiene parte, y son independientes de ella.

Pero á pesar de todos estos temores y desconfianzas, á pesar de la experiencia que tiene de su inconstancia natural, ella puede, esperando en la gracia de Dios, hacer una resolucion actual y verdadera de alejarse para siempre del pecado, y renunciar toda ocasion delincuente. El entendimiento le presentará su flaqueza, sus ligerezas, la violencia de sus inclinaciones, los combates, los peligros, y lo pcco que se puede fiar en su disposicion actual: no importa; entre todas esas inquietudes la voluntad está ó puede estar sinceramente determinada y resuelta.

El penitente pues no debe espantarse de que

le parezca difícil y casi imposible su perseverancia; porque esta aparente imposibilidad reside únicamente en su imaginacion, y el demonio se la procura encender para desanimarle y detenerle. Este es uno de los mas comunes artificios del tentador para entibiar los pecadores, representándoles que no podrán sostener esta nueva vida. ¿Qué! les dice, ¿podrás soportar la austeridad cristiana el largo tiempo que quizá puedes vivir? Si ahora porque estas animado con este nuevo fervor, nada te es penoso, nada te asusta; cuando este se disipe como por desgracia suele suceder, ¿qué será de tí? ¿Podrás sufrir los disgustos y fastidios que tendrás? ¿Podrás pasar tus dias en un retiro á que no estas acostumbrado? ¿abandonar esta pasion, y no volver á ver la persona que amas tanto? ¿Podrás resistir á sus quejas y á sus lágrimas? ¿Podrás privarte para siempre de estos juegos, espectáculos y placeres que te hacian tan feliz? Y fuera de esto ¿cuántos respetos humanos te detendrán! ¿cuántas burlas tendrás que pasar, y otras mil cosas de esta especie! Todas estas ideas son hijas de un espíritu tímido, á quien turba la pasion que le domina, la naturaleza corrompida que se rebela, y el espíritu maligno que trabaja por desconcertar el proyecto de nuestra conversion.

Pero por mas que todos esos enemigos exageren y aumenten los objetos, no es ménos cierto,

que el penitente, movido por Dios y ayudado con su gracia, puede hacer que su voluntad no titubee; siempre es dueño de decir: Lo quiero, y dueño de conseguirlo con el auxilio del cielo. No es necesario que sepa lo que sucederá, ni que tenga certidumbre de que no flaqueará; le basta estar actualmente en esta resolución, ó que conceptúe, examinándolo con prudencia, estar en ella. Vos habeis dicho bien, seria presuncion creerse seguro de no volver á caer, ya porque la penitencia no nos hace impecables, y ya porque nuestra voluntad, como humana, es siempre inconstante. Nadie pues sin una expresa revelacion puede saber lo que hará ó dejará de hacer en tales circunstancias.

Pero al penitente le basta estar seguro, tanto como es moralmente posible, que quiere corregirse, por el mismo motivo que ha producido su arrepentimiento y dolor; y que lo quiere para siempre por toda su vida, aunque tema que esta voluntad puede aflojar ó desmentirse. Cuando está en esta actual preparacion debe fiarse en Dios para lo venidero: debe decir con el Apostol (1): *Si el Señor está conmigo y por mí, ¿quien será contra mí?* Dios no me abandonará, y me ayudará á consumar la obra que su gracia me ha estimulado á emprender. Debe sostenerse y afir-

(1) Rom. viii. 31.

marse con la esperanza del auxilio divino, y decirse: Puede ser que corra muchos peligros, no puedo saber lo que sucederá; pero sé bien lo que ahora estoy resuelto á hacer, que es no apartarme jamas de mi Dios, y de sus divinos mandamientos. Tambien sé que mientras me mantenga en esta resolución, en que espero con la bondad de Dios mantenerme siempre, nada me hará violar la palabra que he dado á mi Dios, y que le doy de nuevo; en fin, sé que para manifestarle la sinceridad de mi intencion, voy desde ahora mismo á usar de todos los preservativos necesarios, y tomar todos los medios que la Religion me enseña para apartarme de toda ocasion peligrosa, y poner cuanta vigilancia pueda.

Y ved aquí la piedra de toque que puede hacernos conocer si nuestro propósito es tan bueno como debe ser; porque en vano harémos mil promesas á Dios y sus ministros: en vano nos diremos á nosotros mismos, que ya queremos vivir con mas regla, y hacer divorcio eterno con el pecado; si no tomamos las medidas convenientes, si rehusamos las que se nos prescriben, si pretendemos vivir siempre en las mismas compañías que nos han perdido, navegar los mismos mares en que hemos naufragado, en una palabra, arrojarlos en los peligros. Si á pesar de los prudentes consejos de un confesor no queremos sacrificar nuestras pasiones, ni emprender nada para asegu-

rar nuestra perseverancia, entónces no es temeridad decir que no estamos mas que medio convertidos, ó que no lo estamos con verdad. La prueba es evidente; porque el que desea un fin eficazmente, no solo quiere quitar todos los obstáculos, sino que abraza todos los medios que á él conducen; y cuando no lo hace, no es voluntad decidida, es solamente ilusion y quimera.

Esta es la causa por que se ve tan poca enmienda en muchos que con frecuencia vienen al tribunal sagrado. Quisieran conciliar dos cosas incompatibles: no pecar, y quedarse en una disposicion próxima de pecar. Si el ministro de la Penitencia les pregunta, como Jesucristo al paralítico del Evangelio, si quieren sanar, responden sin vacilar que sí; pero si este ministro, no fiándose de respuesta tan vaga, les pregunta, si quieren abstenerse de tales visitas, privarse de tales familiaridades, renunciar á tales compañías, retirarse de tales concurrencias y espectáculos; si quieren interrumpir tales negocios, reparar tales daños que han causado, abandonar tales ganancias injustas y mal adquiridas; si para vencer la animosidad de su corazon consienten en dar tales pasos; si para rescatar el tiempo que han perdido, y edificar al público que han escandalizado, consienten en frecuentar los ejercicios cristianos, acercarse á los sacramentos en tales fiestas, dedicarse á una buena y piadosa lectura todos los

dias; en fin, practicar lo que se les aconseja, y que les pueda ser saludable, entónces empiezan á titubear, á armarse y defenderse como si se les tratara con mucho rigor. Pero por mas que digan, por mas que acusen al ministro de una excesiva austeridad, desde que este ve esta resistencia, tiene mucho fundamento para desconfiar de sus palabras, y obra prudentemente si se detiene ántes de absolverlos.

Busquemos al Señor; pero busquémosle con toda la rectitud de nuestra alma. Nosotros podemos engañarnos y engañar al sacerdote que nos escucha, pero no podemos engañar á Dios. Nos espantamos de nuestras continuas recaidas, y no es difícil descubrir la causa: no es porque no nos presentamos al tribunal de la Penitencia, sino porque quizá nunca hemos llevado á él una voluntad bien firme de mudar de vida, y de trabajar seriamente en la reforma de nuestras costumbres. Hemos creido que era voluntad una cierta veleidad, algunos deseos imperfectos, ó los gritos de la conciencia que nos acusaba interiormente, y que nos decia lo que debíamos hacer. Lo veíamos; pero no lo hemos hecho, porque no lo hemos querido. Cuando queremos bien lo que está en nuestro poder, no dejamos de hacerlo. San Agustin decia, hablando de sí mismo, que queria convertirse; pero lo queria como un hombre sumergido en un sueño letárgico que quiere

despertarse, y vuelve á recaer en su sueño. Acudamos pues á Dios que, según el Apóstol, nos hace querer y ejecutar.

Pero volviendo á nuestro asunto, conviene saber que el dolor, que unido con la esperanza produce la detestacion del pecado, ha de ir acompañado á lo ménos con un principio de amor. Es natural amar á aquel de quien se espera mucho bien, y mucho mas cuando se sabe que se puede lograr por el amor. Es verdad que se ha disputado mucho sobre esto en los últimos tiempos, pero esta era una disputa mas para las escuelas que para ordenar nuestras disposiciones en el tribunal sagrado. Todos convenian en que la contricion incluye amor, y la cuestion se reducía únicamente á si este amor era de esperanza ó de caridad; pero que sea de uno ó de otro, siempre es amor: amar no es otra cosa que amar, y el amor de que tratamos aquí, es esencialmente uno y otro, sin que sea posible separarlos. Y si no decidme, ¿cuál es el bien que esperais en el sacramento de la Penitencia? Vos me diréis que el perdon de los pecados; y yo digo que teneis razon, y que si lo entendemos bien, es todo lo que podemos desear, porque con este bien nos vienen todos los demas.

En efecto es imposible que obtengamos la remision de los pecados sin quedar justificados con una justicia que nos es propia. ¿Y cómo se es-

tablece esta justicia en nuestro corazon? ¿Cómo de injustos y pecadores que éramos, nos transformamos en justos y santos á los ojos de Dios? Por su amor, por la caridad que derrama en nuestras almas el Espíritu Santo con su presencia. Estas son verdades de fe, definidas por el concilio; ved aquí su canon (1): „Si alguno dijera, que el „hombre queda justificado solo con el perdon de „los pecados sin la gracia y caridad que el Es- „píritu Santo derrama en nuestros corazones, y „que se nos hace propia, sea anatema.“ Esto, señor, merece las mas serias reflexiones, porque ve aquí las consecuencias que resultan.

Si el pecador cuando recibe la absolucion, no recibe al mismo tiempo al Espíritu de Dios; si no le lleva ya en su corazon cuando se levanta de los piés del sacerdote; si con la presencia del Espíritu divino que habita en su alma, y la ha hecho templo vivo de Dios, no habita tambien la caridad, que consiste en un amor bastante poderoso para preferir á Dios y apreciarle mas que todo, para hacerle amar todo lo que ama, aborrecer todo lo que aborrece, y para establecerle en esta feliz disposicion de una manera firme y constante, no porque no pueda caer de este estado, pues puede y muchas veces cae, sino porque este estado por su naturaleza es para subsistir toda la vida.

(1) Conc. Trid. Sess. vi. Can. xi.

eternidad, y si el pecador lo pierde es por su culpa; en una palabra, si no tiene la caridad, que es la única que puede hacerle digno de Dios, ponerle en el número de sus amigos, y asociarle á sus santos, porque ya él mismo es justo y santo, sería un grande error decir que ha podido obtener el perdón de sus pecados. Que se dispute pues tanto como se quiera sobre las disposiciones necesarias para el sacramento de la Penitencia, no se puede dudar lo que el pecador va á recibir, y lo que debe traer; y no solo no recibirá nada, sino que será culpado de haber hecho inútil la sangre de Jesucristo, si no recibe en virtud del sacramento el Espíritu Santo, y el hábito de la caridad.

Parece, señor, que es imposible recibir esta justicia y esta caridad sin desearla tanto como merece, esto es, mas que todo lo que se puede desear en el mundo, y con preferencia á todo sin excepcion. En la Religion de Jesucristo no hay mas que una respuesta, que el Fundador nos ha enseñado, y es que sea como lo deseais: *Fiat tibi sicut vis*. Para obtener pues es menester desear; y esto mismo define el concilio cuando dice que el Espíritu Santo distribuye esta caridad segun la disposicion y cooperacion de cada uno. ¿Quién puede ignorar que la mejor disposicion es desearla mas que todo, y con preferencia á todo? Pues el que prefiriese cualquiera otra cosa, no merece-

ria recibirla, y se haria absolutamente indigno de ella.

Ahora pregunto yo: ¿Es posible desearla sobre todo sin amarla mas que todo? La justa medida con que se desea una cosa es la del amor, que se la tiene. Dad á este amor el nombre que quisiéreis, no me importa; es evidente que el pecador busca y va á recibir la justicia y la caridad, que no puede recibirla sin desearla y amarla mas que todo, como el mayor de los bienes, como el único digno de ser deseado, como el solo que puede hacerle feliz en este mundo y en el otro. Siendo esto así, ¿qué importa el nombre que se le dé? Es indisputable que este es el amor de la caridad, pues se la propone directamente por objeto; ¿y quién puede dudar que es tambien de esperanza?

Es pues claro que uno y otro amor son el mismo. ¿Qué acto de amor puede ser mas vivo que áquel movimiento del alma con que el Profeta decía (1): „¿Qué hay en el cielo, ni qué puedo desear sobre la tierra sino á tí, Dios mio, Dios de mi corazon, y mi parte en la eternidad? No conozco otra felicidad que la de unirme contigo, y poner en tí toda mi esperanza.” Observad como une el amor de caridad con el de esperanza, y que los dos no son mas que una cosa. ¿Ay

(1) Psal. lxxii. 25. 26.

señor! que su misericordia nos inspire su amor, y no nos embaracemos en el nombre que pueda tener.

No hablemos pues de estas distinciones para arreglar nuestra conducta; que el dolor, la vergüenza, la contusion, la alabanza, la admiracion, el reconocimiento, la confianza, todos los mas vivos afectos del amor, todos los mas penetrantes sentimientos del amor mas inflamado se descarguen y caigan todos juntos sobre nuestros corazones, tan repetidos, tan acumulados, que no nos permitan distinguirlos, ni nos dejen libertad sino para abandonarnos sin reserva á la inmensa caridad de nuestro Dios. El anatema, la maldicion, dice el Apostol, es para el que no ama á Jesu-cristo; ¿y en qué tiempo la mereceria mas el pecador, sino cuando cubierto de las úlceras que le han hecho sus pecados, y cuando implorando la aplicacion de su sangre para sanar de heridas tan mortales, se pudiera creer dispensado de amarle!

Lo que el concilio dice de que la atricion concebida por temor de las penas dispone á recibir la gracia del sacramento, no se opone á la necesidad del amor: sin duda que la atricion dispone, sin duda que es el primer grado de la justificacion, porque prepara la conversion del corazon; pero por lo mismo que dispone á los otros grados, es claro que por sí sola no basta, y que los otros tres que el mismo concilio indica, son en-

cesarios. Así cuando esta disputa se reduce á sus verdaderos términos, se ve que no hay dificultad real, que está mas en las palabras que en el fondo, y que si es menester siempre amar á Dios, se le debe amar mas, si es posible, cuando se va á implorar por la penitencia su piedad.

Me parece oportuno preveniros contra una objecion que han hecho algunos, y que naturalmente se presenta. Ellos dicen: Si los hombres deben amar á Dios ántes del sacramento, desde que le aman ya son justos, y desde que lo son ya no necesitan de la confesion, pues sus pecados han sido perdonados; así, si despues se confiesan, no será mas que por devocion, ó para obedecer á la Iglesia que lo manda; pero el sacramento entónces no es mas que una ceremonia privada ya de su efecto principal, que es la remision de los pecados.

Se les ha respondido que lo mismo pudieran decir del Bautismo, pues este sacramento sirve tambien á la remision de los pecados, como lo ha definido el concilio, y como todos los dias lo confesamos en el *Credo*. Sin embargo, el mismo concilio ha declarado que una de las disposiciones que deben tener los adultos para recibirle con fruto, es amar á Dios como autor de toda justicia. Y que á pesar de esto no dirán que el bautismo no es necesario en los adultos que aman á Dios, y que solo es una ceremonia exte-

rior que se reduce, no á perdonarles los pecados, sino á declarar que les estan perdonados.

Saulo abatido, derribado, y ya convertido es uno de aquellos milagros que manifiestan la fuerza de la gracia. Nadie duda que su conversion fué perfecta desde su principio, y no obstante Ananias, enviado por el mismo Jesucristo para bautizarle, no se cree por eso dispensado de decirle tres dias despues de su conversion: ¿Qué aguardas, hermano Saulo? Levántate y lava tus pecados. ¿Qué pecados tenia que lavar, si tres dias ántes estaba ya justificado? Que se dispute si se quiere contra este ejemplo, pero fácilmente se verá que se disputa contra lo que nos dice la palabra de Dios. Veámos otro.

El centurion Cornelio ruega á S. Pedro que le venga á instruir en el Evangelio, y S. Pedro le instruye. El Espíritu de Dios descende visiblemente sobre Cornelio y toda su familia. Es pues cierto que ántes de recibir el bautismo ya estaban justificados. ¿Y qué concluyó de esto el Príncipe de los apóstoles? ¿Quién podrá, dijo, rehusar el bautismo á los que han recibido el Espíritu Santo? Observad bien estas palabras. Porque han recibido el Espíritu Divino infiere el Apóstol que está obligado á darles el bautismo. Pero hablemos particularmente de la penitencia. El concilio declara que hay una contricion

tan perfecta, que justifica al pecador ántes del sacramento. Esto es de fe; pero si se quisiera concluir de aquí, que el sacramento no es necesario al que le recibe con tan feliz disposicion, ó que no es mas que una ceremonia exterior, un poder desnudo que solo sirve á declarar que los pecados le estan perdonados, se caeria en los anatemas del concilio; y así lo que se debe concluir es, que el sacramento será mas útil y fructuoso al que trae disposicion tan excelente. Y si no ved la consecuencia que resultaria. Los cristianos estan obligados en conciencia á no privar á los sacramentos de su efecto, ni reducirlos á simples ceremonias exteriores que les hicieran dejar de ser lo que son por la institucion de Jesucristo. Supuesto esto, estariamos tambien obligados á enseñar y aconsejar á los fieles que vayan con cuidado y pongan atencion para no amar mucho á Dios cuando vienen al sagrado tribunal; y en lugar de decirles con el concilio que el Espíritu Santo distribuye la justificacion y caridad segun la disposicion de cada uno, y que los sacramentos dan mas gracia al que viene mejor dispuesto, seria menester decirles que para tenerla mayor debian amar á Dios ménos. ¿A dónde va la razon humana cuando quiere juzgar de las cosas de Dios con sus débiles luces? ¿A dónde puede ir sino á contradecirse, embrollarse y correrse de sus propias consecuencias?

Una alma verdaderamente convertida no disputa, no argumenta, no sutiliza, no tiene mas que un deseo que la ocupe, y solo dice una palabra con S. Pablo (1): *Señor, ¿qué quieres que haga?* Esta palabra es corta, pero todo lo dice cuando se profiere con una voluntad llena y entera, que no tiene mas objeto que el de agradar al dueño que la manda. No pregunta á Dios ni quiere saber los motivos del precepto: la obediencia fuera ménos perfecta, y el corazon quedara ménos contento; solo sabe decir: Habla, señor, que tu siervo escucha. Mi entendimiento no debe hacer otra cosa que creerte, y mi corazon que amarte. El primero os creerá no obstante la escasez de sus luces, y el segundo os obedecerá á pesar de sus repugnancias: ni uno ni otro quieren saber sino lo que ordenas; sin querer pensar los motivos solo quieren hacer lo que mandas, y quisieran hacerlo todo á un tiempo, si les fuera posible, y si su condicion lo permitiera; pero todo está en la preparacion de mi corazon: vos la veis y que espera con vuestra gracia hacer cuanto le sea posible.

Ved aquí, señor, los sentimientos de un verdadero convertido: y quanto la conversion es mas perfecta, tanto mas le domina esta disposicion. Supongamos pues un amor bastante poderoso y activo para justificar al pecador ántes del sacra-

(1) Actor. ix. 6.

mento. ¿Qué se sigue de esto? Que el deseo de recibirle, como que es el medio que Dios ha establecido para el perdon de los pecados, debe ser mas vivo en él, pues que no puede ser justificado sino en razon de este deseo; y que la necesidad de este deseo no se funda sino en que el sacramento ha sido instituido por Dios para este efecto. Así pues, cuando fuera cierto que todos los hombres fuesen justificados ántes de recibir el sacramento de la Penitencia y el del Bautismo, no por eso les dejarian de ser necesarios ó quedarian privados de su efecto, pues que los penitentes no pueden ser justificados sino por el deseo de recibir aquellos sacramentos.

Pero para poner este asunto en toda su luz, basta observar que el amor de Dios en nuestros corazones es susceptible de muchos y diferentes grados. Algunas veces es tan débil y lánguido, que parece que apenas empieza á despuntar. Se ve la virtud, se quisiera practicarla: se conoce ya que los que sirven á Dios son dichosos, se confiesa que sin esto no hay verdadera felicidad: se hace algun esfuerzo para imitarlos, para elevarse; pero á pesar de todo cierta especie de liga nos tiene pegados á nuestros hábitos, y detiene todas las fuerzas de nuestra alma.

San Agustin pinta bien esta situacion cuando dice: „En este estado, Dios mio, yo me era insoportable á mí mismo, porque empezaba á cono-

„certe; pero detenido por mi voluntad de hierro
 „volvía á caer con el peso de mis cadenas. Sen-
 „tia gusto en conferir con tu siervo Ambrosio;
 „me consolaba con la lectura de las santas Es-
 „crituras, que hasta entónces no me habían ins-
 „pirado mas que fastidio. El nombre de Jesu-
 „cristo que se repite en ellas tantas veces, cau-
 „saba un secreto consuelo á mi enfermo corazón:
 „el ejemplo de los que os sirven me movia tam-
 „bien, y me decía algunas veces: Agustín, ¿por
 „qué no podrás tú lo que aquellos y aquellas?
 „Alipio y yo nos decíamos estas cosas; él me
 „alentaba unas veces, yo le animaba otras; pero
 „á mi me detenían mis pasiones, y á él los espec-
 „táculos: así no adelantábamos nada, y todo aca-
 „baba en dejarlo para despues.»

Estos son los primeros movimientos de la gra-
 cia que empezaba á trabajar en aquel corazón: ¡y
 qué dichoso es el que empieza á sentirlos si sa-
 be aprovecharlos! Es un hombre que lucha con
 la muerte, pero que no tiene todavía mas que el
 primer soplo con que vuelve á animarse la vida.
 ¡Qué diferente es el estado de otro hombre que
 no solo está lleno de vida, sino de salud, de fuer-
 za y de vigor; que dice con verdad que Jesucris-
 to es su vida, que la muerte es una ganancia pa-
 ra él, y á quien la muerte y la vida son indife-
 rentes con tal de que sirva y agrade al que úni-
 camente ama y adora; que desafía al cielo y á la

tierra, á la espada y á las persecuciones, á la vi-
 da y la muerte, á las cosas presentes y futuras,
 seguro de que nada le podrá separar de la ca-
 ridad de Jesucristo! Tal era S. Pablo, tales fue-
 ron los apóstoles, tantos sagrados mártires, y tan-
 tos ilustres confesores inflamados de amor, cu-
 yos escritos estan en nuestras manos, y que ex-
 presan en ellos estos sentimientos con tanta sin-
 ceridad y eficacia, que se ve bien que no tenían
 otros.

Hombres de este carácter no reciben otras im-
 presiones que las que les produce su amor. Es-
 te amor dominaba con tan poderosa fuerza en
 su conducta, que pudiera decirse no conocian otra
 ley, y en este sentido dice S. Juan: „Que la per-
 „fecta caridad excluye al temor.» Sin duda que
 uno y otro afecto habitaba en sus almas, sin que
 jamas los perdieran de vista; pero no obraban ni
 por la impresion de la ley, ni por la del temor,
 sino por la del amor que lo absorbía todo.

Ved aquí los dos extremos. ¡Y qué seria de
 nosotros, si del primer grado hasta este no hu-
 biera otros muchos y diversos grados en medio?
 El Dios de las misericordias ha dispuesto muchas
 mansiones en su casa, y aunque no se llega á ella
 sino por el amor, este amor es susceptible de
 mas y ménos hasta lo infinito. S. Pedro sin du-
 da amaba á Dios sobre todas las cosas; y le ama-
 ba, no solo con el amor que prepara á la justicia,

sino con el que la da, pues que ya era justo cuando Jesucristo le dijo: *No me puedes seguir ahora.* Así pues, el amor puede no solo ser verdadero, sino tambien justificante, sin ser por eso capaz de sostener toda especie de pruebas. Jesucristo le dijo claramente: No puedes: *Non potes.*

El peligro y la prueba se presentan, y la caída de Pedro justifica lo que Jesucristo habia dicho: Ahora no me puedes seguir: no es Dios el que le ha faltado, es Pedro el que se falta á sí mismo y á Dios. Si aprovechado del aviso que le dió Jesucristo, se hubiera humillado sin moverse, pues su Maestro no le mandaba seguirle, su amor aunque débil entonces y poco capaz de grandes esfuerzos, pero suficiente para hacer lo justo, se hubiera sostenido; pero contra el expreso aviso de su Maestro se empeña en seguirle, porque se cree mas fuerte de lo que es. ¿Y qué le sucede? Tropieza y cae. Concibamos, pues, que el amor de Dios, puede no solo verdaderamente habitar en nuestras almas, sino tambien justificarlas, sin que por eso sean capaces de todo.

¡Ay, señor! tal es la condicion humana; excepto un pequeño número privilegiado, la mayor parte de los justos necesita de todos los socorros y de todos los motivos de la Religion para sostenerse. Hay ocasiones en que un justo titubea, y cayera sin el socorro del temor; hay momentos en que necesita de este auxilio el mismo

que no le ha necesitado en muchos otros. Esto se diversifica á lo infinito. ¿Y qué se debe inferir de estas tristes verdades? ¿Qué la accion en que el amor no se sostuvo sino por el socorro del temor, fué una falta? Esto fuera una heresia tan contraria á la fe como al buen sentido. La fe nos enseña que aquella accion, aunque inspirada por el temor es buena, santa y saludable; lo que se pudiera decir únicamente es, que hubiera sido mas perfecta si el amor solo la hubiera producido. Estos son principios de que no es posible dudar.

Así pues, como el amor divino tiene en el corazon de los justos tan diferentes grados que varian sin fin, y como unos son mucho mas fuertes y vigorosos que otros, así tambien hay mucha diferencia en los que son débiles, y estan todavía en los principios del amor, que lo son tambien de la vida. Algunos hay que no tienen mas que el primer soplo. Hay otros que aunque parecen lánguidos y enfermos, no dejan de hacer esperar que con los socorros de la Religion podrán recobrar la salud. Tal está todavía lejos del reino de Dios, aunque se encamina á él, y tal otro está ya cerca, y el divino Maestro arroja ya sobre él los ojos con benevolencia; si todavía no está en su amistad, ya está muy cercano á ella. Se abusaria de estas verdades, si porque es menester amar á Dios sobre todas las cosas, se cre-

vera que para recibir la absolucion con fruto es menester tener un amor á toda prueba, ser insensible á las impresiones del temor, no obrar sino por las del amor divino, no temer combates, no hallar dificultades, ni sentir trabajo en el ejercicio de la virtud; y que el que no se siente en este estado, no puede recibir la absolucion. Este seria otro extremo que nos pudiera perjudicar.

Es cierto que debemos hacer de nuestra parte cuanto nos sea posible para traer al sacramento la mayor contricion que podamos; pero el concilio mismo ha distinguido con mucha exactitud dos estados de contricion ó dos contriciones: la una que justifica ántes del sacramento, porque es perfecta en caridad; la otra es imperfecta, y no justifica sino con el sacramento. Estas dos contriciones son muy diferentes. Seria una ilusion grosera y palpable confundirlas y juzgar de la una por la otra; esto es, juzgar un estado comun ordinario, imperfecto é insuficiente sin el sacramento, por un estado raro, extraordinario que justifica por sí, y tan perfecto que no es el estado comun de los justos. Evitemos con cuidado estos excesos que no pudieran servir sino á autorizar de algun modo los errores.

Todo el punto se reduce pues á saber cuáles son los medios que nos pueden hacer conocer si estamos en el estado necesario para recibir la absolucion; porque despues de lo que hemos dicho, es

claro que para recibirla es menester estar convertidos de corazon; que para estarlo es necesario tener un dolor verdadero; que este dolor consiste en un aborrecimiento y detestacion sincera del pecado, en que el amor del pecado se destruya en nuestro corazon; y que esta destruccion total del pecado, esta detestacion no puede hacerse sino por un principio de amor de Dios como autor de toda justicia, segun lo dice el concilio. Lo que nos talta ahora es examinar cómo es posible conocer si hay en el corazon esta conversion verdadera, este dolor, este aborrecimiento y detestacion del pecado, y por consiguiente este amor de Dios y de su justicia; pero como ya es tarde, reservémos este asunto para mañana. Pedid, señor, á Dios que inflame mi corazon y mis labios para que no digan nada que no sirva á su gloria y nuestra edificacion.

El padre se retiró, Teodoro, y yo me recogí para recorrer y traer á mi memoria los delitos de otra época para confesarlos al siguiente dia. ¡Con qué amargura se presentaban á mi espíritu recuerdos que fueron ántes los objetos de mi complacencia, y eran ahora puñales que me atravesaban el alma! ¡Quién me hubiera dicho cuando los cometia con alegría tan loca ó insensata, que llegaría el dia en que no podría recordarlos sin horror! ¡Pero qué fuera de mí si el Dios de las misericordias, haciéndome abrir los ojos, no me hubiera

hecho ver su deformidad! Yo le pedí que me ayudase para no olvidar ninguno, para confesar los todos, para detestarlos, para expiarlos, y consagrarle con amor y gratitud los pocos dias que podian quedar á mi envejecida iniquidad. A Dios, Teodoro.



CARTA XXIV.

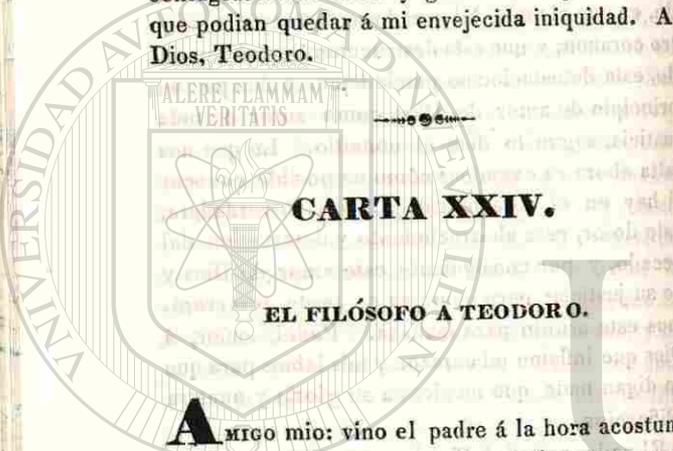
EL FILÓSOFO A TEODORO.

AMIGO mio: vino el padre á la hora acostumbrada: yo habia aprovechado el tiempo que me habia quedado libre la noche precedente para recapacitar la parte que comprendia la segunda época de mi horrible vida: yo le dije lo que pude; pero viendo que me confundia, volvió á tomar el timon en la mano, y con la misma sagacidad y arte que el dia anterior volvió á preguntarme y dirigirme. Al fin ocupamos la mañana con mucho trabajo de su parte; pues no solo evitaba el mio, sino que por el método con que me preguntaba, hallaba yo fácil lo que me habia pare-

cido ántes imposible. Me parecia tambien que habia ya confesado á mi satisfaccion, y concluida esta época se fué, prometiéndome volver por la tarde.

Volvió en efecto, y despues de habernos sentado, yo le dije: Padre, me habeis prometido examinar hoy si es posible conocer que haya en nosotros la contricion necesaria; si se puede asegurar la verdadera conversion del corazon, sin la cual ni la confesion es buena, ni aprovecha la absolucion. Os aseguro que deseo oiros con impaciencia, porque ignoro lo que puedo pensar de mí mismo. Cuando examino mi propio corazon, por un lado me parece que estoy verdaderamente arrepentido, que diera cuanto tengo en el mundo, y pasara por los mayores sacrificios si pudiera con ellos conseguir no haber vivido tan delinquentemente, que estoy determinado á reformarme y mudar todo el órden de mi vida; pero por otro lado veo que á veces mis deseos aflojan, mis resoluciones se entibian, y me sorprendo con ideas diferentes. El vicio vuelve á halagarme de nuevo, la imaginacion me arrastra con imperio á objetos seductores, cuyo abandono me parece insoportable; y me hallo de repente tan léjos del órden nuevo de correccion que me habia propuesto, que me es necesario un grande esfuerzo para rebatir estas especies halagüeñas que me encantan y seducen.

hecho ver su deformidad! Yo le pedí que me ayudase para no olvidar ninguno, para confesar los todos, para detestarlos, para expiarlos, y consagrarle con amor y gratitud los pocos dias que podian quedar á mi envejecida iniquidad. A Dios, Teodoro.



CARTA XXIV.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

AMIGO mio: vino el padre á la hora acostumbrada: yo habia aprovechado el tiempo que me habia quedado libre la noche precedente para recapacitar la parte que comprendia la segunda época de mi horrible vida: yo le dije lo que pude; pero viendo que me confundia, volvió á tomar el timon en la mano, y con la misma sagacidad y arte que el dia anterior volvió á preguntarme y dirigirme. Al fin ocupamos la mañana con mucho trabajo de su parte; pues no solo evitaba el mio, sino que por el método con que me preguntaba, hallaba yo fácil lo que me habia pare-

cido ántes imposible. Me parecia tambien que habia ya confesado á mi satisfaccion, y concluida esta época se fué, prometiéndome volver por la tarde.

Volvió en efecto, y despues de habernos sentado, yo le dije: Padre, me habeis prometido examinar hoy si es posible conocer que haya en nosotros la contricion necesaria; si se puede asegurar la verdadera conversion del corazon, sin la cual ni la confesion es buena, ni aprovecha la absolucion. Os aseguro que deseo oiros con impaciencia, porque ignoro lo que puedo pensar de mí mismo. Cuando examino mi propio corazon, por un lado me parece que estoy verdaderamente arrepentido, que diera cuanto tengo en el mundo, y pasara por los mayores sacrificios si pudiera con ellos conseguir no haber vivido tan delinquentemente, que estoy determinado á reformarme y mudar todo el órden de mi vida; pero por otro lado veo que á veces mis deseos aflojan, mis resoluciones se entibian, y me sorprendo con ideas diferentes. El vicio vuelve á halagarme de nuevo, la imaginacion me arrastra con imperio á objetos seductores, cuyo abandono me parece insoportable; y me hallo de repente tan léjos del órden nuevo de correccion que me habia propuesto, que me es necesario un grande esfuerzo para rebatir estas especies halagüeñas que me encantan y seducen.

Reconozco, padre, que el corazón humano es un abismo, un océano insondable, un piélago fluctuante, donde todo es inconstante y vago, y donde la razón no puede fijar el pie. ¿Quién pues, podrá vivir seguro? No es dado al hombre sondear los espíritus ni los corazones, ni encontrar reglas para asegurarse de sus disposiciones interiores; y si á cada uno le es tan obscuro su propio corazón, ¿cómo podrá ver el de los otros? Yo fuera muy feliz si pudiera contar con la sólida conversión del mío, y os pido me deis las luces que espero.

Todo lo que decis, señor, es muy justo, respondió el padre, y jamás el hombre sin las luces del cielo pudiera penetrar las obscuridades de ese caos; pero Dios alumbra á la sana intención y al buen deseo, y nos ha dado en las Santas Escrituras el faro que nos debe alumbrar en la noche de nuestra vida. Vos acabais de proponerme una dificultad que, el hombre abandonado á su propia luz, no pudiera satisfacer jamás; pero yo voy á responderos en dos palabras dictadas por el Espíritu de Dios, y admirad de paso la asombrosa profundidad de los libros divinos. Los hombres dicen poco en muchas palabras; el Espíritu Santo en pocas palabras lo dice todo, y lo dice con tanta precisión y claridad, que en ellas se halla todo lo que importa saber.

Vos deseais entender cómo se puede conocer

cuando estamos verdaderamente arrepentidos. Yo es respondo con S. Pablo (1): *Si vivimos segun el espíritu, andemos conforme al espíritu.* Estas cortas palabras estan llenas de luz, y puede ser que ya os descubran todo lo que quiero decir. Esta conversión no es nada ménos que una mudanza entera, un tránsito total de una vida á otra diferente, ó para decirlo mejor, de la muerte á la vida. La vida de la carne y de los sentidos, segun el mismo Apóstol, no es mas que muerte: *mors est*; y la verdadera vida no se halla sino en el espíritu que vive de la justicia. Estas son las dos especies de vidas con que todos los hombres viven sin excepcion: el que viviere segun la carne, morirá, y ya está muerto á los ojos de Dios; pero el que viviere segun el espíritu, mortificando las obras de la carne, vivirá. Estas dos vidas son incompatibles; no hay medio entre la vida y la muerte. El que vive segun el espíritu no sigue los deseos de la carne; el que los sigue, no vive con la vida del espíritu.

Así, pues, si vos no seguís los apetitos y deseos de la carne, sino que los huiis, los combatis y los mortificais, ya podeis aseguraros que vivís con el Espíritu de Dios; y ved aquí como esta cuestión que parece tan difícil, se resuelve por el medio mas sencillo y natural. Buscábais

(1) Ad Galat. v. 25.

la luz en esa obscuridad, y la luz brilla ya por todas partes. Ya tenemos un farol que nos puede guiar, y con que podemos arreglar nuestros pasos y conducta; pero entendamos para esto lo que es la vida de la carne, que no solo son los pecados groseros ó de los sentidos, sino tambien los que nacen de las pasiones, que suelen llamarse espirituales, como por ejemplo, el orgullo, las enemistades, las envidias; pues aunque pertenecen al espíritu, sacan su origen ó tienen su principio en la carne y la sangre. S. Juan nos dice (1): „No ames al mundo ni nada de lo que está en él, porque toda concupiscencia viene de él.“ Es claro que nosotros no tenemos relacion con el mundo sino por este cuerpo grosero, por esta desdichada carne; solo por ella llegan á nuestra alma las fatales impresiones que el mundo produce.

Es pues la vida de la carne el principio de todas nuestras funestas pasiones, así espirituales como corporales: es ella la que nos da este gusto dominante por las cosas de los sentidos, este encanto que nos impide conocer los bienes verdaderos, y que nos apega tan tenazmente á los transitorios; esta dificultad que tenemos en deshacernos de lo que se nos quitará pronto; este peso que nos abruma y nos sujeta á las impresiones

(1) 1. Joann. ii. 15. 16.

de los bienes presentes. Por ella no estimamos, no amamos, no respetamos ni buscamos sino lo que vemos y tocamos; y por ella no producen fruto en nuestro espíritu Dios, sus juicios, sus castigos y sus recompensas. Apenas vemos todo esto; y si la fe nos lo muestra es á tanta distancia, que no sentimos la impresion. El oro, las dignidades, la grandeza, la magnificencia, la estimacion, el respeto de los hombres, sus juicios y sus opiniones, ved aquí lo que nos interesa y nos conmueve; porque los sentidos nos acercan todo esto, nos lo presentan á la vista, y solo pensamos en adquirirlo.

Esta es la razon por que no tenemos otra solicitud que la de estos bienes, y que solo pensamos en adquirirlos y conservarlos. Por esto la impresion que nos producen es tan fuerte, que no hay medio, no hay delito que no se ejecute para conseguirlos. Por ellos los hombres se apasionan con delirio, los disfrutan con tenacidad, se aborrecen con furor, y se matan unos á otros con perfidia é inhumanidad. De esta fuente emponzoñada nacen todos los desórdenes, y ella es la que nos inspira esta oposicion que sentimos á lo que nos aconseja la razon, y mucho mas á los afanes penosos de nuestro estado, y á las ocupaciones serias de la Religion. Ella es la que nos da este gusto tan vivo por los placeres frívolos y las diversiones agradables; y por ella

ocupados siempre en solitudes inquietas, agitados de cuidados inútiles, de movimientos descompasados, de animosidades, envidias y furores, nuestros días se malgastan en convulsiones tan dañosas y pérdidas tan irreparables.

Esta es la vida de la carne, que consiste en el imperio que los sentidos han tomado en nuestro corazón, y por ella muere el espíritu; porque la vida de este consiste en combatir la vida de la carne, en mortificarla y destruirla. La conversión del corazón no es otra cosa que el paso de una vida á otra; por consiguiente, no puede haber conversión si no se abandona la primera vida para adoptar la segunda, pues es imposible conciliarlas ambas; y por eso San Agustín reduce toda la conversión á apartar el corazón del amor de las cosas temporales, presentes y sensibles, y ponerle en las cosas eternas.

Aquí dije yo: Eso bien lo entiendo, padre: comprendo que el convertido debe dejar la vida de la carne para seguir la del espíritu; ¿pero quién me dirá á mí si ahora, y para estar en estado de recibir la absolución, mi corazón está tan convertido como es necesario? ¿Y quién puede creerse convertido, si para serlo es menester no tener ya ningún gusto por las cosas sensibles? ¿Es necesario que este gusto se destruya? ¿no basta resistirle?

El padre me respondió: Léjos de nosotros las

máximas exageradas que son siempre erróneas, y mas en asuntos de moral. Hay mucha diferencia, señor, en la vida de la carne y la vida segun la carne. El Apóstol no dijo que morirémos si vivimos en la carne, sino si vivimos segun la carne. Para que no vivamos en la carne, seria menester estar ya muertos, y la conversión del corazón no consiste en hacer que la carne no viva, sino en no vivir segun la carne. Mientras estamos en este infeliz suelo, la ley de la carne, ley de muerte, es y será la raiz de nuestros gemidos y combates.

En este punto, señor, los mas justos y los mas santos no hacen ventaja á los pecadores; y la funesta semilla de iniquidad que todos los hombres tienen en su corazón, es capaz de producir en todos los mismos frutos de muerte. Cuando digo que los justos no tienen ninguna ventaja, no quiero decir que en los combates no salgan victoriosos, y que en ellos no se disminuya cada día la actividad de esta semilla perniciosa; sin duda que cuanto mas se adelantan en los caminos de la justicia, tanto mas debilitan la concupiscencia, y la privan de su fuerza. El enemigo que ha sido vencido ya muchas veces, queda aterrado, y es ménos peligroso.

Pero con todo, la raiz de esta simiente siempre se conserva. Ningun esfuerzo la acaba, y es indispensable que hasta los justos la refrenen.

Esta semilla de iniquidad consiste en la impresion y depravacion de los sentidos, y en el efecto involuntario que causa en nuestra alma esta impresion: esto es lo que el Apóstol llama ley de muerte. Esta ley reina en nuestro cuerpo, y vive hasta la muerte: no podemos destruirla. ¿Pero porque la carne y sentidos viven, porque el alma no puede dejar de sentir su accion, se sigue que los ame y se sujete á ellos voluntariamente? No. Lo que se sigue es, que debe conocer la indignidad de esta sujecion, oponerse á ella, pedir socorro, y combatirla.

Así pues, la sujecion inevitable del alma á la accion de los sentidos, es la raiz del pecado, que no consiste ni puede consistir sino en condescender ó someterse voluntariamente á su imperio. Por eso no he dicho que para la conversion sea necesario dejar de vivir con la carne y los sentidos, sino que es menester no seguirla, no someterse; lo que supone dos cosas que el Apóstol ha determinado: la primera, cuando dice: Camina segun el espíritu, y no seguirás los deseos de la carne y los sentidos: la segunda: Los que son de Jesucristo han crucificado su carne con sus deseos y concupiscencias. Porque no hacer las obras que son claramente de la carne, y de las que dice el mismo Apóstol que el que las hace no entrará en el reino de los cielos, es algo; pero para ser de Jesucristo no basta no hacerlas,

es menester combatirlas y debilitarlas. Esto resuelve todos vuestros temores.

El sentido, por mas vivo que sea para las cosas prohibidas, puede ser un mal, pero no es un pecado: es mal, porque obliga al combate; pero despues de la victoria es un bien, porque es mérito. ¿Pero amais ese mal? ¿No estais determinado á no permitirle nada? ¿Si estuviera en vuestra mano impedirle, no lo hiciérais? Sin duda; pues nada le concedeis, y os importuna: no debeis, pues, tener ninguna inquietud. Esos movimientos, esas impresiones son efectos naturales de la ley de la carne, y la ley del espíritu debe sujetarlos. ¿Si no existieran, seria necesario resistirlos y vencerlos? Cuando el Apóstol dice que el pecado no reina en tí, añade inmediatamente: de modo que obedezcas á sus deseos. Abandonad pues toda inquietud, procurad solamente manteneros fiel; y si á vuestro pesar las memorias de los tiempos pasados se despiertan con viveza en vuestro corazon, no concediéndolas nada, léjos de faltar á Dios, le servis con mas recimiento.

La verdadera conversion, como hemos dicho, es la cesacion absoluta, no de las tentaciones, sino de los consentimientos á todo pecado mortal; pero sin excepcion alguna; porque el que los dejara todos, si conservara uno solo, seria reo de todos. Esto se debe observar muy particular-

mente; porque parece que muchos cristianos imaginan que en la Religion de Jesucristo no hay mas que una especie de pecados, y que estan contentos cuando se abstienen de los que S. Pablo dice que no solo no se deben cometer, pero ni aun nombrar: como si el hombre fuera tan despreciable que toda su perfeccion consistiera en no envilecerse indignamente. Pero Santiago dice: Que el que no reprime su lengua y piensa tener religion, se engaña: que no tiene mas que las apariencias, y que su Religion es vana. El mismo S. Pablo añade: Que tampoco entrarán en el reino de los cielos los que cayeren en enemistades y pleitos, cóleras, desavenencias, envidias, maledicencias, embriaguez y placeres de la mesa.

Vos diréis: ¿Quién pues se podrá llamar convertido? ¿quién se salvará? Yo os responderé: El que se abstenga de todas esas cosas, porque el que las haga en todo ó en parte, no entrará en el reino de los cielos. Es menester, pues, sobre todo esto examinarse bien, y corregirse. Yo voy á proponeros algunos ejemplos. Ved aquel hombre: una secreta envidia devoraba su corazon, no podia soportar el bien que otro hacia, y no le hacia él mismo; las felicidades ó las alabanzas de otros le afligian, las veia ó las oia con enfado, y procuraba atenuarlas; ocultaba el bien de otros, y divulgaba el mal; le creia fácilmente porque le descaba, y con mas facilidad le publicaba para

que fuese creído; las menores apariencias eran para su ánimo mal dispuesto pruebas de conviccion. Todo esto debia corregirse, y desde que se convirtió ya es diferente su conducta, ya en su corazon hay un amor sincero de todo bien, ya le aplaude en cualquiera parte que le vea, ya se affige del mal, ya le encubre, y en fin ya le excusa si puede, ó á lo ménos calla. Es claro que se ha convertido, pues ha corregido ya sus defectos. Aquel se jactaba otra vez, y quizá con demasiada verdad, de ser un enemigo implacable; no podia reconocer como virtud el olvido de las injurias, y cuando estaba ofendido, su deseo de venganza no escuchaba ni consejo, ni razon, ni religion. Todo se ha mudado: ya es un amigo fiel y sincero, ya no tiene enemigos; todo lo perdona, y no estima mas que la paz y la reconciliacion. ¿Quién puede dudar que se ha convertido?

Ese otro era colérico, á cada instante se transportaba con movimientos fogosos, con prontitudes violentas, muchas veces sin razon, y siempre con exceso. Era imposible servirle, multiplicaba las injurias á los criados; sus iguales por no sufrir tantas violencias preferian cederle en todo ántes que disputar con él eternamente; ahora es manso, paciente, y se ve que es cristiano. Tanta mudanza es señal segura de conversion.

Ved esa jóven (y esto puede extenderse á las que ya no lo son): ántes no pensaba ni se ocupa-

ba sino en sus adornos y atavíos. Yo la preguntaria: ¿Para qué? Si era para conformarse á la ley del espíritu ó la de la carne y muerte, porque no hay mas que las dos. Pero la ley del espíritu no ha podido inventar esas modas profanas, esos modos licenciosos, ese aire de teatro indecente, aun en personas viles que se presentan al público en espectáculo, y mucho mas en mugeres honradas, que deben ser dignas madres de familia. Pero ella conoció al punto que la movió la gracia, el respeto que debe á su cuerpo, y que al primer paso que dió en la Religión, fué invocado sobre ella el nombre de Jesucristo; que por la participacion de la divina Eucaristía es vivo templo de Dios; que debe adornarle, pero con adornos dignos del Dios que habita en él; no con el que conviene á las impuras divinidades del mundo, y que los únicos que pueden agradar al Dios que adora, son el pudor, la castidad y la modestia.

Os he propuesto estos pocos ejemplos para daros una idea de los efectos que debe producir la conversion; para manifestaros que esta ha de ser una renovacion de vida, ó una mudanza entera de costumbres, que debe empezar cuando el pecador se convierte, y debe crecer de dia en dia por la detestacion que concibe de su vida pasada, de esta vida que no hacia mas que la voluntad de su carne y sus sentidos. No es posible

servir á dos amos; el que sirve á uno, dice Jesucristo, desprecia al otro, sobre todo cuando son tan opuestos como la carne y el espíritu.

Es claro, señor, que el que aborrece su vida pasada, el que la detesta, porque el odio debe llegar hasta este extremo, aborrece tambien todo lo que es capaz de volverle á ella. Así, sin la fuga de todas las ocasiones de pecar, no hay conversion verdadera. Ved aquí pues, la regla. El que no solo deja el pecado, sino tambien huye las ocasiones, y toma cuantas precauciones puede para no volver á caer en él, puede creer sin temeridad que está convertido.

Lo puede creer tambien, y con mas fundamento, cuando á todas estas circunstancias añade la satisfaccion sacramental; porque es menester entender que á mas del dolor ó de la contricion, del propósito ó la resolucion y de la confesion entera, hay la satisfaccion, y que estas cuatro calidades son todas ellas partes necesarias del sacramento. Es cierto que aunque la absolucion nos perdona los pecados en cuanto á la culpa y á la pena eterna, no por eso nos perdona toda la pena temporal, pues de esta quedamos deudores á la divina justicia. En su virtud nos libramos de la pena eterna, porque la gracia nos justifica y nos restablece en nuestros derechos á la herencia celestial; pero como es indispensable que la justicia divina quede de algun modo satisfecha,

debemos sufrir alguna pena temporal. Así lo ha definido el concilio de Trento explicando la diferencia que hay entre la penitencia y el bautismo. En este el perdón es completo, así de la culpa como de la pena; pero en aquel no siempre con la culpa perdona Dios toda la pena; porque la razón dicta que los pecadores que después del bautismo perdieron aquella gracia, profanando el templo del Espíritu Santo, deben ser tratados con más severidad que los que no habiéndole recibido, han pecado con menos conocimiento y socorros, y no han abusado de tan alto don.

Por eso en este sacramento el confesor impone al penitente la obligación de hacer ciertas obras penales con que pueda satisfacer. Esto es el complemento del sacramento, y es de absoluta necesidad, así para el confesor como para el penitente. La Iglesia ordena al primero, que imponga una penitencia que sirva de satisfacción á los pecados cometidos; por consiguiente debe ser proporcionada á ellos. Es justo que sea castigado y con más severidad el que ha cometido más pecados, ó pecados de mayor malicia. Y con este espíritu en los primeros siglos estableció tantas y tan diferentes penitencias, según la gravedad de las culpas. Y por eso los cristianos se sometían á ellas con la esperanza de evitar con los castigos de esta vida los de la otra.

Si la disciplina ha mudado, la verdad no mu-

da, y el celo de los ministros no debe ser ahora ménos vivo que lo fué en aquellos tiempos. El concilio les dice: Los sacerdotes del Señor, dirigidos por el Espíritu Divino, deben, según las reglas de la prudencia, imponer satisfacciones saludables y convenientes, teniendo atención á la naturaleza de los pecados y á la flaqueza de los penitentes; no sea que si imponen á culpas graves penas ligeras, se hagan culpables ellos mismos, y participen de los pecados de aquellos á quienes tratan con tanta indulgencia.

¡Ay pues de aquellos ministros fáciles y ligeros que en vez de tener derecha la balanza del santuario que les ha confiado el Señor, la dejan inclinar por una condescendencia natural y humana! ¡Ay de los que son tímidos y cobardes, y se dejan dominar por la autoridad y la grandeza, y no tienen la fuerza de guardar en sus juicios la superioridad que les da su ministerio! Mas no permitirá el Señor en sus ministros abuso alguno de esta clase.

No es ménos necesaria y útil esta satisfacción al penitente: la obligación es mutua. La misma ley que obliga al confesor á imponer una pena, obliga al penitente á aceptarla; y es más estrecha para este, pues es el culpado, y debe satisfacer á Dios las injurias que le ha hecho, y porque le es más útil pagar con ligeras penas en esta vida las graves que pudiera sufrir en la otra. Por don-

de se ve que le es provechoso cumplir la penitencia.

Algunos pretendieron que el sacerdote no puede ni debe absolver al penitente, sino despues que este haya cumplido las penitencias que se le impongan; pero la Iglesia ha condenado este error, y el uso contrario está establecido. El confesor oye al penitente, se asegura cuanto puede de sus disposiciones, en especial de su contricion y su propósito, le da los consejos que tiene por conveniente, le impone la penitencia que le parece, y si no hay nada que le detenga, le absuelve: esta es la práctica ordinaria. Es verdad que puede haber ocasiones y circunstancias en que sea prudente diferir la absolucion hasta que ciertas obligaciones se hayan cumplido: por ejemplo, ciertas restituciones de dinero ó de fama, ciertas reconciliaciones ú otros ejercicios que pueden disponer mejor al penitente, y asegurar mas al confesor de sus promesas; pero estos son casos particulares que la Iglesia deja á su direccion.

No hay duda en que el penitente siempre que pueda, debe cumplir la penitencia que el confesor le impone; pero es posible que este no conociendo el estado de una persona, sus empeños, sus facultades, su complexion natural ó la flaqueza de temperamento, le mande cosas moralmente imposibles; pero como Dios no ordena lo imposible, ni la Iglesia exige jamas lo que excede á las

fuerzas humanas, en este caso el penitente tiene derecho para representar y excusarse, no con la idea de eximirse de toda penitencia, sino para que aquella que no le es posible cumplir, le sea conmutada en otra igual si puede ser, pero que sea practicable. Esto es justo, y no hay nada en ello que se oponga á la prudencia evangélica ni á la prudencia cristiana.

Pero hay en esto una grande ilusion, que es casi universal entre las gentes del mundo: ilusion que crece todos los dias á proporcion que la devocion se enfria, y que el imperio de los sentidos se extiende: ilusion que los ministros de Jesucristo no podrán destruir, si no se arman con toda la firmeza del celo apostólico: ilusion que consiste en imposibilidades imaginarias de que se quiere aprovechar para negarse á todo lo que puede cautivar el espíritu y mortificar la carne, en una palabra, á todas las obras que pueden satisfacer mejor y ser mas meritorias: voy á explicarme.

El ministro de la Penitencia ejercita dos funciones á un tiempo, la de juez y la de médico de las almas; como juez castiga, como médico cura.

Así las penitencias que impone han de ser expiatorias y medicinales: las primeras son por lo pasado, y para pagar á Dios las deudas que ha contraido el pecador: las segundas son para lo venidero, y para desarraigar los malos hábitos, y

preservar de las recaídas. Estos son los fines que se propone siempre el confesor, y que jamas puede perder de vista en las penitencias que impone. Como los males se curan con sus contrarios; como no se puede mejor expiar lo hecho, ni precaverse mejor para lo futuro, que con obras directamente opuestas: á fin de que sus penitencias sean mas saludables, impone por ejemplo, á pecados de avaricia, limosnas; á resentimientos y venganzas, demostraciones de amistad y servicios; á escándalos y disoluciones, ejercicios públicos de Religión; á intemperancias ó relajaciones impúdicas, maceraciones, abstinencias y ayunos; al amor del mundo y de sus diversiones profanas, retiro, silencio y oracion: así de todos los demas.

Y ved aquí lo que la mayor parte de los penitentes llama rigor. ¿Y por qué? Porque todo eso affige y sujeta; porque quisieran huir de la pena y de la sujecion; porque todo es contrario á las pasiones, y que no quieren contrariarlas en nada, ni hacerlas la menor violencia; porque todo eso mortifica los sentidos; y porque no tienen valor para privarse de ninguna de sus comodidades. Mandar á un hombre ó á una muger del mundo que deje el juego, que se retire de los espectáculos ó de ciertas amistades; decir á un interesado que haga limosnas, á un vengativo que perdone, á un soberbio que se humille, á un sensual que reprima sus apetitos, á un perezoso que

trabaje, á un disoluto que cumpla con las obligaciones de cristiano, que váya á oír la palabra de Dios, que lea buenos libros, que asista á los oficios divinos, y darle sobre esto reglas ó imponerle leyes, es hablarles una lengua extranjera: es en la opinion de ellos pedirles mas de lo que pueden, no conocerlos y no saber dirigirlos. Si el confesor firme no quiere revocar la penitencia que haya intimado, se le acusa de un extremo rigor, se le trata de hombre rústico, que no tiene ningun uso del mundo, ni sabe distinguir las personas. ¡Error miserable, únicamente fundado en el desarreglado amor propio, y en la presuncion que nos ciega!

Lo que nos ordena el confesor es con razon y cordura; pero no importa, el pecador lo tiene por una carga muy pesada, no se hace cargo de que es penitencia, y que es preciso sufra trabajo y austeridad. Replica que no está acostumbrado á esos ejercicios; pero es bueno que se acostumbre, y precisamente se le imponen para este fin. Añade que de mejor gana aceptaria cualquiera otra penitencia; pero toda otra le convendria menos. Es justo sea castigado por donde ha delinquido, y este puede ser el remedio específico contra la inclinacion que le seduce. ¿Será pues menester, concluye, que yo mude el orden de mi vida? Sin duda. ¿A qué se viene al sagrado tribunal sino á reformarse y mudar de conducta? Pero yo

soy de muy débil temperamento. Haced la prueba: quizá veréis que no sois tan débil como os imagináis; y cuando fuera cierta vuestra debilidad, podría obligaros á usar de moderacion, pero no á dispensaros por entero de toda mortificacion y penitencia. Dice por fin: Jamas podré sujetarme á lo que se me propone. No podréis, porque no queréis; pero debéis quererlo, porque Dios lo quiere, Dios que no os juzgará por los frívolos pretextos que alegais, sino por su ley y su santa voluntad.

Es increíble, señor, que siendo indispensable satisfacer á la justicia de Dios, y teniendo tanto interes en librarnos de sus castigos, y pudiendo conseguirlo á poca costa con las ligeras mortificaciones de esta vida, tengamos tanta dificultad en aceptar los medios que su misericordia nos presenta. No hay pecado que no merezca lágrimas eternas, ni satisfaccion que fuera suficiente, si Dios usara con rigor de todos sus derechos; ¿y nos atreveremos á quejar del exceso de las penitencias? ¿Puede haber en la tierra ninguna que pueda equivaler á las que Dios nos puede imponer segun justicia? Todo esto nace de que no consideran la gravedad del pecado, ni las penas que merece.

No obrará así el que considere la grandeza infinita de Dios, la multitud de sus beneficios, la severidad de sus juicios, su propia bajeza, su in-

gratitud á tan soberana Magestad, lo que puede esperar de su amor, y lo que debe temer á su justicia. Entónces verá las gracias de que es deudor al Señor por haberle dado en la confesion un recurso para levantarse de sus caidas, y una tabla para salvarse del naufragio. ¡Cuánto le importa no dejar arraigar el pecado en su corazon, y lavarle prontamente con las aguas de la penitencia! ¡Qué ventajas nos produce su frecuencia, pues sirve á purificarnos mas y mas, á mantenernos en gracia, y aumentarla! ¡Con qué sumision debemos oir al confesor que nos habla en nombre de Dios, sea que nos reprenda, que nos exhorte, que nos instruya ó que nos aconseje! ¡Con qué constancia y fidelidad debemos hacer cuanto nos mande, por mas que nos mortifique, creyendo con San Bernardo, que cuanto ménos nos perdona en esta vida, tanto mas hace para que se nos perdone en la otra, y que su severidad no es un motivo para dejarle, y lo seria el que nos tratase con mas indulgencia, ó que quisiera llevarnos por camino mas cómodo!

Señor, no olvidéis jamas, tened siempre presente que la malicia del pecado debe expiarse en esta vida ó en la otra. Dios perdona al pecador arrepentido la culpa, y le dispensa de las penas eternas, pero no siempre de las temporales; y es indispensable que aunque muera en gracia, satisfaga á la justicia divina en el purgatorio hasta que

quede perfectamente purificado; pero su misericordia le da el medio de librarse de estas penas, que son muy graves, con las buenas obras y penitencias que puede hacer en esta vida. Esta es la doctrina de la Iglesia católica.

Los protestantes nos acusan de faltar con ella á la confianza que se debe á los méritos de Jesucristo, que siendo infinitos parece nos dispensan de sufrir por la expiación de nuestros pecados. Nadie conoce mejor los infinitos méritos del Salvador que su Esposa santa: nadie los reclama con tanta confianza y humildad; pero sabe tambien que los que piensan que no estamos obligados á expiar nuestros pecados con nuestras propias penitencias, porque Jesucristo ha satisfecho á la justicia divina derramando toda su sangre, como si hubiera querido descargarnos con ella por entero, estos tales ni conocen el mérito de esta preciosa sangre, ni la naturaleza de nuestros males, y son como los que le blasfemaban cuando estaba crucificado.

Que baje ahora de la cruz, decian, y que se salve á sí mismo: entonces creéremos que puede salvar á los demas. Si es Hijo de Dios, que haga este prodigio, y creéremos en él. Así hablaban los que estaban cerca, sacerdotes, senadores, pueblos, soldados y hasta uno de los malhechores que padecia el mismo suplicio. Todos repetian insultos tan insensatos. ¿Y por qué? Porque los

pecadores no conocen otro mal que la pena, y no saben que el único mal es el pecado. ¿Qué diferentes eran los pensamientos del Justo, que sufría, y sufría hasta la muerte de cruz! A sus ojos el pecado era el único mal, y supuesto el pecado, la penalidad, el sufrimiento y la obediencia que le expiaban, léjos de ser un mal, eran un grande bien.

Reformen pues los protestantes sus ideas, y tengan otras mas dignas de Jesucristo, y de los que le adoran. El precio de su adorable sangre no deja de ser infinito, porque virtió hasta la última gota, y porque se hizo obediente, no solo hasta la muerte, sino hasta la muerte de cruz. No dejaron de ser infinitos los méritos de sus lágrimas, oraciones y deseos; porque no contento con esto, no obstante que una lágrima suya hubiera bastado para redimir mil mundos, quiso por su inmensa caridad que su sacrificio fuese entero, y llegase hasta los mas excesivos tormentos, hasta la muerte mas cruel, y hasta la total efusion de su sangre adorable. ¿Cómo pues perderán su valor, porque haya querido que cada uno de nosotros junte con los dolores del Señor los suyos propios?

¿Sacrilegas ideas que deben desterrarse de los corazones que adoran á un Dios Redentor, y que, como he dicho, no tienen mas principio que la ilusion del amor propio! Nuestra ceguedad no

ve que para el culpado el pecado es el único mal, y que el dolor que le expia, es el solo bien verdadero. Jesucristo no ha sufrido para descargarnos de toda pena, sino para descargarnos del pecado, y de la pena eterna que merece. Con sus dolores y su muerte nos ha dado los medios de ofrecer á Dios las penas temporales que sufrimos por nuestros pecados. Les da valor, santificándolas cuando las soportamos con paciencia según su espíritu, y cuando las unimos con sus frimientos. Estos son los que por su mérito infinito hacen que los nuestros sean un sacrificio de expiación digno de Dios.

Nosotros todos sin excepcion somos pecadores: como tales estamos condenados al suplicio, que es la muerte: todos la sufrimos por él; no hemos recibido la vida sino con esta condicion. La vida misma es el camino que nos lleva á este término; mientras nosotros llegamos al suplicio, cada uno carga con la cruz en que debe espirar. Este cuerpo que se va desmoronando, estas enfermedades que nos debilitan, estas aficciones, estos reveses de fortuna, este mundo que nos engaña de tantos modos, y que tantas veces nos hace pasar de las locas alegrías que nos transportan sin razon, á los disgustos y pesares que nos abaten sin medida, son la cruz que llevamos sobre nuestros hombros. Podemos á nuestro arbitrio unirla ó separarla de la cruz de Jesucristo;

pero este Redentor no nos bajará de ella, pues no baja él mismo de la suya propia.

La Escritura dice (1): Que un yugo pesado se ha puesto á los hijos de Adan desde el dia de su nacimiento hasta el de su muerte, y que la sentencia que el Eterno pronunció contra los pecadores cuando les dijo: *moriréis*, se ejecutará en todos irrevocablemente y sin distincion. El justo, el inocente, el santo morirán como los pecadores. El buen ladron morirá sobre su cruz, come el malo sobre la suya. ¿Cuál es la única diferencia? Vedla aquí.

El pecador impenitente, que no conoce otro mal que la pena, tampoco conoce otro bien que el librarse de ella. Sálvate, dice á Jesucristo, y sálvanos tambien. Esta es la imágen de todos los que ignoran qué mal es el pecado, y que tienen por mal aquello que le puede expiar. Si Jesucristo fuera pontifice de los bienes presentes, y quisiera librarnos de la muerte, asegurándonos la tranquila y pacífica posesion de los honores y placeres de esta vida, todos correrian á él, y se apresuraran á reconocerle por su Dios Salvador. ¿Pero si hiciera esto, lo seria? ¿No aumentaria nuestros males? Pues estos no consisten sino en el apego del corazon á bienes pasajeros, cuyo amor desvia del que se debe á Dios. Nosotros mori-

(1) Eccli. xl. 1.

riamos del mismo modo: cada cual espiraría sobre su cruz; pero sin penitencia ni provecho para la vida eterna, porque en aquella disposición es imposible unir la propia cruz con la de Jesu-
cristo. ¿Quién es el que la une? Aquel que no conoce otro mal que el pecado; aquel que no estima otro bien sino lo que puede expiarle, y que desea por su parte contribuir á la satisfacción que debe á Dios por sus delitos.

Porque, señor, ¿qué es un cristiano? Es un hombre que desde el primer paso que dió en la Religión, fué marcado con la sangre de la víctima santa, y consintió desde entónces á ser él mismo una víctima que ofrece á Dios su propia vida, para obtener por esta oferta la expiación de sus pecados. Toda su vida debe anunciar y preparar este sacrificio. Participando de los santos misterios se alimenta de la carne adorable del Cordero para presentar con él á Dios su propio cuerpo, y lleva sobre sí la mortificación de Jesu-
cristo para mostrar que su confianza la pone en la muerte del Señor. Y de aquí ¿qué debemos concluir, sino que Jesucristo no ha sufrido para eximirnos de todas las penas del pecado, sino para hacer que nos sean útiles?

De estos principios resulta que la satisfacción ó la penitencia cristiana exige de nosotros tres disposiciones. La primera, el pensamiento de la muerte y la resolución de prepararnos á ella, ofre-

ciendo á Dios nuestra vida como la pena principal del pecado, y como el sacrificio que debe consumir nuestra penitencia. En los días de nuestro olvido y prevaricación, y cuando éramos esclavos del pecado, procurábamos desterrar su memoria que nos era insoportable, y no pudiendo disimular que éramos mortales, tratábamos á lo ménos de alejar esta idea de nuestro espíritu, para que con su amargura no turbase nuestros placeres. El arrepentimiento debé destruir esta ilusión, y debé hallar en esta memoria el motivo de su penitencia. Debe tener á la vista la muerte para juzgar por ella de sí mismo y de todo lo que le rodea. Este pensamiento debé decidirde sus ocupaciones, placeres, proyectos y negocios, y debe ser la única regla de nuestra conducta; y así los padres han dicho que la muerte era el alma de la penitencia cristiana.

La segunda es la resignación y paciencia con que debemos prepararnos á sostener con humildad y sufrimiento todas las pruebas á que nos exponga la Providencia; porque si á ejemplo de nuestro Maestro debemos ser obedientes hasta la muerte, y si solo por esta obediencia unida con la suya podemos expiar nuestros pecados, ¿cuánto más debemos sufrir con sumisión las aflicciones ó desgracias que Dios quiera enviarnos, y que debemos mirar como preludios ó preparativos de nuestro sacrificio? Por esto el concilio de Tren-

to na declarado, que estas diferentes penas son parte de la satisfaccion que debemos á Dios, cuando las sufrimos con el mismo espíritu que Jesucristo.

En fin, la tercera disposicion consiste en mirar y tratar nuestros cuerpos como víctimas destinadas á la muerte, acostubrándolos á privarse de todo lo que no les es absolutamente necesario, quitándoles lo que no puede servir mas que á lisonjear su sensualidad, principalmente aquello de que abusaron. Ved aquí la satisfaccion que debemos á Dios, y este debe ser en nosotros el efecto de la sangre preciosa del Cordero, que no la derramó para librarnos de la penitencia, sino para que esta nos sea fructuosa; y si los penitentes no tienen estas disposiciones, á lo ménos en algun grado, no pueden esperar satisfacer á la divina justicia.

Pero, padre, le dije yo: ¿Una satisfaccion tan rigurosa es de todos los estados, y podrá practicarse en todos? ¿Conoceis, señor, respondió el padre, conoceis algun estado en que no se muera, ó en que se esté seguro de salvarse? Si no le hay, señor, no puede haber ninguno en que se dispense este precepto del Apóstol: „Os ruego, hermanos, que ofrezcais á Dios vuestro cuerpo „como una hostia santa, viva y agradable á sus „ojos” ¿Hay estado, condicion ó fortuna en que no debamos tener nuestro cuerpo crucificado con

Jesucristo, y en que no estemos obligados á ofrecer á Dios el sacrificio de nuestra vida? Porque ¿cuál es el estado en que esta miserable carne no envejezca, en que no esté sujeta á mil enfermedades de toda especie? ¿Qué estado hay sin cruces, reveses, penas y aflicciones? ¿Y en qué estado puede pertenecer uno á Jesucristo sin crucificar su carne con sus deseos y concupiscencias? Si le hubiera, se podrian dar otras reglas de satisfaccion; pero pues no le hay ni le puede haber, es indispensable sujetarse todos á la ley evangélica.

No hay estado en que no se muera; por consiguiente no hay estado en que no se deba pensar en morir, y en que no sea la mayor locura olvidar un momento tan cierto como capital y decisivo. La mayor hermosura de la Religion cristiana es, que se ve toda entera cuando se medita en presencia de lo que hay mas cierto, que es la muerte. Un filósofo pagano dictó una máxima de que no era digno: *Toda la vida se ha de aprender á morir.* Y aun no basta toda la vida para aprender este arte importante.

Sin duda que no basta. Pero aun es mas clara esta verdad para un cristiano, que sabe que su muerte es un sacrificio que ofrece á Dios por expiacion de sus pecados; pero que no es digno de Dios, si no es semejante al de Jesucristo: que este sacrificio no se puede ofrecer mas que una vez;

y que si no le ofrece de manera que su muerte se una con la de Jesucristo, quedará cargado de sus pecados por toda la eternidad. ¡Qué pensamiento, señor! ¡Puede haber otro mas digno de ocuparnos? Y cuando á esta idea que deben tener todos los cristianos, se junta la necesidad que tiene el pecador de expiar con el sacrificio de su vida delitos innumerables de toda especie, ¿puede haber penitencia ni verdadera satisfaccion sin estar animado con el pensamiento de la muerte, y en la resolucion de prepararse á ella, y sin mirarse como crucificado con Jesucristo para destruir el cuerpo del pecado?

Pero como no solo se muere, sino que no hay estado que no tenga en la vida cruces, amarguras, penas y reveses, todo esto debe servir para expiar nuestros pecados; y la sumision y paciencia con que lo debemos sufrir todo, puede ser parte del mismo sacrificio. El mal ladrón que sufrió al lado de Jesucristo, hubiera podido hacer que sus dolores expiasen sus delitos. No sufrió ménos por haberle desconocido y blasfemado; sufrió mas porque sufrió sin consuelo ni esperanza, y esta es la imagen de los que aman al mundo. Sufren, y sufren mas que los verdaderos penitentes, que parecidos al buen ladrón reconocen con él, que no sufren nada que no hayan merecido, y esta humilde confesion endulza sus penas; se alivian con la confianza que tiensn en Jesucris-

to, y no padecen sino lo que es necesario para el sacrificio, con la esperanza de que presto irán con él á su reino.

En fin, como no hay estado ó condicion en que por un efecto del pecado la ley de la carne y de los sentidos no ejerza su tiránico imperio; y como la ejerce con mas furor en medio de la abundancia de las riquezas, distinciones y placeres, no hay estado tampoco en que la penitencia y mortificacion sean mas necesarias; y los estados que quisieran ser mas dispensados, son los que pueden serlo ménos.

Seria singular que solo debieran sujetarse á esta ley tan necesaria como austera aquellos cuyo estado por sí mismo es un estado de penitencia y de trabajo; aquellos que para satisfacer á Dios no necesitan de ordinario mas que soportar con paciencia las penas, angustias y necesidades de que se ven cargados; y que los grandes, los ricos del siglo, esclavos brillantes de las pasiones mas vergonzosas, y mas cargados de delitos que de bienes, no hubieran menester hacer penitencia, sino gozar en paz de las dulzuras de la vida, no negar nada á los deseos de su corazón, entregarse sin escrúpulo á las delicias de una dulce abundancia, donde ejercen sin término el orgullo, la impiedad y el desprecio de toda ley. Estas ideas no son compatibles con la Religion de un Dios crucificado. Si ha sido necesario que él mismo su-

friese para entrar en la gloria, ¿no será insultar á su Religion y al mismo Jesucristo querer entrar en ella por camino diferente del que él mismo enseñó y siguió?

En vano se opondrán á estas verdades las leyes del mundo, y su falta de ciencia; pues no seremos juzgados por ellas, sino por el Evangelio, y el Evangelio es igualmente para los grandes, pobres y ricos: si estos no se sujetan á sus leyes, tampoco les alcanzarán sus recompensas. El mundo pasa, y pasan con él, dice el Apóstol, sus leyes y concupiscencia; pero la ley de Dios no pasa, y es eterna. Cuando el mundo ya haya pasado, y que el grande se vea á solas con su Dios, no tendrá allí mas que sus pecados y su penitencia. Si con esta no ha satisfecho á Dios, Jesucristo pronunciará su sentencia. ¿Y qué leemos en el Evangelio sino amenazas terribles contra esos estados que quisieran ser dispensados de la penitencia? El mismo Jesucristo dice: ¡Ay de vosotros, ricos de la tierra! que teneis vuestro consuelo en el mundo y reis; porque vosotros lloraréis. ¡Ay de vosotros! dice un profeta, que os preguntais unos á otros: ¿Qué harémos mañana? porque vuestra inutilidad no os ha permitido saber lo que debiais hacer hoy. Esto merece, señor, toda la atencion de los ricos y de los grandes.

Pero veamos cuáles son estas leyes y decencias del estado, que pueden ser contrarias á la

penitencia. ¡Qué! ¿ese lujo que arruina, esas delicias que no conocen límites, y multiplican sin fin las necesidades de la imaginacion: esas profusiones de la mesa, esas delicadezas del gusto, esas sensualidades exquisitas: esa atencion pueril á preservarse de las incomodidades mas ligeras, esas diversiones incesantes, esos afanes fútiles; y para decirlo en breve, esa vida de capricho y fantasía, en que la única regla es no tenerla, y abandonar á todas las licencias del antojo, es ella por ventura la ley y la decencia del estado?

Eso es confundir la grandeza con lo que la deshonra, es ponerla donde no está. La grandeza no consiste en gustos locos, en fausto, en orgullo ni soberbia, sino en tener virtudes, en aplicarse á ser útil á los demas hombres. Los que son mas distinguidos por sus empleos ó por su nacimiento deben ser mas virtuosos; y cuando lo son, el mundo les deja la licencia de ser penitentes y cristianos. Aunque él es muy injusto, no lo es tanto que no respete la virtud, y jamas condena la devocion y la sincera penitencia; lo que condena es los defectos de los que tienen ideas falsas tanto de la virtud, como de la grandeza verdadera.

El que fuere mas grande ó se viere mas elevado en el mundo, puede echar los ojos sobre una nube de testigos que desmienten los vanos pretextos que se oponen á la penitencia. Dios, que no excluye á nadie de su ley, ha querido que la

sociedad de sus santos se componga de todos los estados que hay en el mundo, para oponer á esos pretextos frívolos una ley nueva, que los conde- ne sin excepcion y sin réplica. Que corra con la vista las edades y los siglos, y hallará en ellos santos de todo estado y de toda condicion; pero no hallará ninguno que se haya santificado en la vida regalada, en la futilidad, en las diversiones y placeres. Ninguno ha creido que su estado le dispensase de expiar sus pecados, y de satisfacer á Dios con la mortificacion y penitencia. Así, todos estos pretextos del estado son frívolos. Si no hay ninguno en que el hombre no sea pecador, no puede haberle en que no esté obligado á ser penitente, y debe serlo mas, quanto ha sido mas pecador; porque debe expiar mas, y evitar con la mortificacion el peligro de nuevas recaidas. El concilio de Trento dice que la penitencia no solo sirve para satisfacer por los pecados pasados, sino para impedir los futuros; y San Pablo explica que por ella el viejo hombre se crucifica en nosotros con Jesucristo, no solo para que destruyamos el pecado, sino tambien para que no volvamos á su servidumbre.

Padre, le pregunté, ¿la recaida es señal segura de que la conversion no ha sido verdadera, y que la confesion no ha sido buena? Señor, me respondió, el hombre es tan miserable, su naturaleza es tan caduca, y tan instable su corazon, que

por mas justo que sea, en un instante puede caer en pecado. Así la desgracia de caer no es señal segura de que no fuese justo ántes de la caída; pero tambien es menester confesar, que la vida cristiana no es compatible con esta vicisitud continua de pecados graves y de arrepentimientos, de recaidas y de absoluciones. Esta ilusion aunque comun, no deja de ser la mas grosera de todas, y la mas propia para perder á los cristianos, y conducirlos á la impenitencia final. La recaida pues, no es prueba absolutamente cierta de que la conversion ha sido falsa; pero cuando es pronta, fácil y frecuente, es una señal muy peligrosa.

Porque en efecto ¿qué es la conversion? Acordaos de lo que hemos dicho de la contricion, sin la cual no hay conversion verdadera. Acordaos de qué el concilio de Trento la ha definido: Un dolor del alma, dolor que debe ser sobre todo dolor. Un odio del pecado. ¿Y que odio? Tan grande, tan perfecto, que debe llegar á la detestacion; que debe inspirar mas oposicion y repugnancia que lo que pudiera hacer el mayor mal; odio que debe estar en el corazon, no como efecto de una impresion de la naturaleza, sino como un movimiento sobrenatural del Espíritu de Dios; pues habiendo derramado en él la justificacion y la gracia, debe ya ser una disposicion habitual, estable y permanente. Todo esto es de fe; y ahora digo

yo: Si el odio que ha concebido por el pecado el que recibió el sacramento de la Penitencia, no ha sido de esta especie, es cierto que no recibió el perdón de sus pecados, que su conversión fué falsa, que sus protestas fueron fingidas, y que no hizo otra cosa que abusar del sacramento.

Sobre estos principios es fácil que cada uno se juzgue á sí mismo. ¿Quién puede creer que uno vuelva fácilmente á lo que aborrece y detesta tanto? Si nos cuesta tanto trabajo determinarnos á hacer aquello á que hemos concebido odio y aversión natural, ¿qué dificultad no debemos sentir para volver al pecado, cuando nuestra conversión es sincera? Porque si es tal, no solo debemos detestarle mas que todo, sino que este sentimiento está sostenido por la impresión sobrenatural del Espíritu divino en nuestros corazones. Aquel pues que, despues de haber recibido la absolución vuelve á ofender á Dios con facilidad, con prontitud y con frecuencia, puede sacar la consecuencia que resulta. Ella es triste. Tampoco me atrevo á darla como infalible; pero me parece que funda una terrible presunción, y que á lo ménos el que fuere tan débil tiene motivos para recelar que en vez de haber recibido la gracia del sacramento, le ha profanado con una conversión que no era mas que aparente.

Por otra parte, no hay mal á que no expongan las recaídas. El primero, que es tambien causa

de todos los demas, es la cobardía y temor de animo. Este es un efecto inevitable: porque por mas que el pecador se diga á sí mismo, ó se le diga que el hombre es débil, que la Religion le presenta un remedio nuevo; por mas que busque razones con que sosegarle, un instinto á la verdad poco claro, pero muy suficiente le dice, que el tener semejante conducta es despreciar la Religion, y lo que hay en ella mas sagrado: y como no siente en sí la fuerza ni el valor de tener otra mas ajustada; como no ha hecho bastantes esfuerzos para sortenerse, ni ha tomado las precauciones convenientes para establecerse sólidamente en la virtud, se imagina que esto es imposible, que jamas podrá mantenerse con la firmeza necesaria para vivir sujeto á la ley; y con esta falsa idea se cree incapaz de guardar las obligaciones de cristiano; y así no es extraño que en esta disposición no haga ningun esfuerço, y que con esta especie de despecho se abandone á su inclinacion natural.

El segundo mal es la dureza del corazon: los pecados se multiplican, las luces se apagan, los remordimientos de la conciencia se embotan, sus estímulos no son tan vivos, las verdades cuya impresión nos habia hecho tanta fuerza, se empañan, se debilitan, y á fuerza de hacerlas inútiles nos dejan insensibles. El Espíritu Santo contristado se retira, se aleja de nosotros, no vuelve mas;

y si no hemos llegado todavía al fondo de este abismo, en que los impíos se rien de sus peligros porque no los ven, estamos ya muy cerca.

El tercer mal de las recaídas es la colera de Dios que se irrita, y es posible que sea sin recurso.

¿Quién no temblará cuando se acuerda de esta medida que se llena, de esta paciencia que se cansa, y de este justo Dios que ha declarado que despues de haber aguardado al pecador, vendrá el momento en que no le aguardará mas, y se reirá de él? No permita este Dios, que tambien lo es de misericordia, que nadie pueda hacer tan terrible juicio de sí mismo. Este seria el mayor de todos los delitos, y el temor de este estado es una prueba de que no se está en él.

¿Pero quién no temerá todo lo que encamina á fin tan desgraciado? Y nada puede encaminar tanto como las recaídas despues de haber recibido el sacramento de la Penitencia. ¿Qué hay en efecto mas capaz de irritar á Dios, que este sacrilego perjurio? Antes de dar la absolucion el ministro que la dió al pecador en nombre de Jesucristo, recibió de él la promesa solemne de que no volveria á pecar. No se la hubiera dado sin esto, ó si hubiera podido prever que seria infiel á su palabra. El pecador pues ha engañado al ministro; pero tambien ha engañado á Jesucristo, pues allí ocupaba su lugar, y le hablaba en su nombre. ¿Con qué fidelidad y religion debia ob-

servar una promesa de que Jesucristo fué depositario, y que le hizo al pié de su cruz?

Si cuando este divino Redentor se sacrificó por nosotros, hubiéramos podido ser testigos de tan terrible espectáculo; si penetrados de dolor por la ser causa de su sacrificio nos hubiéramos echado á sus piés para pedirle la absolucion de aquellos mismos pecados, porque su inmensa caridad padecía, ¿fuera posible que olvidásemos la gracia que nos dispensaba? ¿Qué otra cosa hacemos cuando nos echamos á los piés del sacerdote; y de qué nos servirá esta humillacion, si no la hacemos con el mismo espíritu?

¡Ay, señor! vos que os preparais para este momento tan dichoso, llenaos de este pensamiento; y cuando llegue el feliz instante, tened presente que Jesucristo sufrió con su carne y murió por vos. Postrado á los piés del Dios Salvador, que ofreció un sacrificio tan doloroso por salvaros, y que no derramó su sangre sino para curar las heridas de vuestra alma, pensad que en la persona de su ministro es él á quien hablais, es él á quien pedis la absolucion de vuestras culpas, es él de quien la vais á recibir: lleno de esta idea suplicad que os libre para siempre de vuestros enemigos, que han sido tanto tiempo vuestros tiranos.

La cruz de este Dios está llena de fuerza contra ellos, es una arma muy poderosa para combatirlos y vencerlos. ¿Qué no podréis con ella?

Si Jesucristo por ella triunfó del mundo y del pecado, quiere ser por consiguiente la salud de vuestra alma. Así para conseguir esta gracia, exponedle la horrible tiranía que ha ejercitado contra ella el demonio. No le disimuleis nada. El exceso de vuestros males ensalzará mas su misericordia; pero no olvidéis, señor, que tan grandes gracias concedidas al pié de la cruz, y que son el fruto de la sangre de Jesucristo y la prueba de su inmensa caridad, exigen de vuestra parte una gratitud ilimitada y sin término; y que para cumplir con tan estrecha deuda debeis consagrarle inviolablemente todos los dias que os restan de vida, que debeis clavaros en su cruz, uniros con él, ofrecer vuestro cuerpo como una hostia penitente que se inmola con la suya para que vuestro espíritu viva con el suyo en la eternidad.

Que la vista de vuestros muchos y enormes pecados no os amedrente; que vuestra indignidad no os acobarde: si no podeis dudar que sois el hijo pródigo, acordaos de la clemencia de tan buen padre: tened presente que este padre amoroso amaba á su hijo, aunque rebelde, con tanta ternura, que no esperó á que él se echara á sus piés, sino que luego que le divisó corrió para salirle al encuentro, y que ántes de darle tiempo para pedirle perdon, se arroja á sus brazos para besarle y abrazarle, y en lugar de repre-

derle y censurar su conducta, solo se ocupó en dar orden á sus criados para que hiciesen todo lo que convenia para manifestar el regocijo por su vuelta. Acordaos del anillo, de la ropa, del festin, de la música y sinfonía con que caracterizó y dió muestras de la alegría de su corazon, hasta el extremo de despertar la emulacion de su hijo mayor, que aunque siempre sometido no habia visto jamas tantas muestras de satisfaccion en premio de su buena conducta.

Ved tambien cómo este hijo penitente se arroja á los piés de su padre, y cómo se admira, cómo se sorprende de una bondad que no se cansa; cómo alaba, promete y adora; en una palabra, cómo se entrega á los mas vivos sentimientos de una gratitud, que es tanto mayor cuanto se reconoce mas indigno. El concepto que tiene de su ingratitude es tan fuerte, que le dice: Padre, ya no soy digno de llamarme hijo tuyo; tratame como uno de tus criados. Pero no penseis por esto que renuncia la calidad de hijo; no, ántes por el contrario, esto es lo que mas desea.

Observad como cuando le confiesa sus culpas, empieza dándole el dulce nombre de padre. Es la humildad la que le hace hablar así: es el conocimiento y el profundo dolor de su mala conducta. Se reconoce indigno de ser su hijo, pero no deja de llamarle padre. No dice que en adelante no sea mas que su criado, sino solo que le tra-

te como tal; esto es, que si el padre quiere para castigarle, ó para probar la sinceridad de su conversion tratarle como uno de sus criados, está pronto á pasar por todo; pero conserva en su corazon la esperanza de que su enmienda, su atencion, su fidelidad y su amor le obtendrán su perdon por entero, y que el padre distinguiéndole de los demas criados, le restituirá el nombre y la calidad de hijo suyo.

Por mas que el pecador reconozca su indignidad, no debe olvidar que es hijo, que fué criado á la imagen de Dios, que fué redimido con la sangre de Jesucristo, y que fué coheredero de la eterna gloria. Es verdad que por el pecado ha perdido el derecho de ser llamado hijo de Dios; pero así como el dolor de haber perdido este derecho debe ser el mayor de sus dolores, así el deseo de su recobro debe ser el mayor de sus deseos. Su mas alta y mas fundada esperanza en el sacramento de la reconciliacion es, que le vuelva este espíritu de adopcion divina, que da derecho á la celeste herencia. Esta sublime calidad de hijo de Dios, á que aspira, es el precio del sacrificio eterno de Jesucristo, y nos ha sido adquirido con su sangre. El pecador es indigno de ella; pero Jesucristo es digno de que por sus méritos y mediacion se le restituya, pues no lo ha ganado sino para él.

Este pues, debe, señor, ser desde hoy el único

objeto de vuestros anhelos. Ya hemos hablado de todo lo que es necesario para obtenerle por medio de una buena confesion. Ya hemos dicho que para que esta lo sea es menester que la acompañen cuatro calidades: contricion, confesion, propósito ó resolucion, y satisfaccion. No nos queda otra cosa sino que acabeis el exámen y la declaracion de vuestra conciencia; pero sobre todo, porque esto es lo mas esencial, que procureis elevar vuestro corazon al Señor implorando su misericordia, y pidiéndole os dé vivos sentimientos de compuncion.

El padre se fué, Teodoro; y á fin de no hacerle esta relacion mas dilatada, te diré en pocas palabras, que nuestras conferencias duraron otros ocho dias mas; que por las mañanas continuamos el exámen de mi conciencia; hasta que en fin pude acabar de revelar á los piés del generoso amigo que me habia destinado la divina Providencia, todos los desacatos y delitos de mi inmundicia y abominable vida; que por las tardes continué instruyéndome unas veces de cosas necesarias, exhortándome otras á despertar en mi corazon los sentimientos que debian acompañarle en tan santa y elevada accion; y que en fin llegó el dia que el Dios de misericordias habia destinado para la resurreccion de un miserable; pero este será asunto de mi primera carta. A Dios, Teodoro.

CARTA XXV.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

TEODORO querido: al fin mis ojos vieron amanecer aquel día dichoso, aquel grande día que debía ser el de mi libertad y adopcion en la inmortal y augusta sociedad de los santos. Tres días ántes habia acabado de manifestar á mi tierno bienhechor los abismos de mi iniquidad, que encubria despues de tanto tiempo mi corrompido corazon; pero él me habia dicho: Vuestra reconciliacion con la santa Madre Iglesia está ya concluida, vuestra confesion está hecha, y os habeis acusado ya á Dios en la persona de su indigno ministro de todas las iniquidades que, despues de un prudente exámen, habeis podido tener presentes. Esto que os parecia lo mas difícil, era lo mas fácil; y ahora no debeis pensar sino en recibir la absolucion con fruto.

Me parece, señor, que pues Dios nos concede tiempo, y por su gracia ya nos hemos desemba-

razado de esa atencion que ocupa mucho, y seca el corazon por el cuidado con que la memoria se fatiga en refrescar hechos que casi se la han borrado, me parece, digo, que ahora debeis destinar tres días para ocuparos en excitar vuestra compuncion, para pedir con el Profeta que os sustente en ellos con el pan de vuestro dolor y con el agua de vuestras lágrimas, y para que os conceda la gracia de llevar al pié de su sagrado tribunal un corazon tan pesaroso de haberle ofendido, como resuelto á no ofenderle mas, y un ánimo dispuesto á darle toda la satisfaccion que exija de vos. Yo me sometí á lo que el padre disponia, y él señaló el domingo siguiente para recibir en él la absolucion.

¿Cómo te pintaré, Teodoro, el celo y el ardor de este infatigable apóstol de la caridad? Aquellos tres días casi no se separó de mí, y no hizo en todos ellos otra cosa que emplearme en ejercicios devotos y análogos al grande objeto que nos ocupaba. Ya me hacia leer en libros místicos ejemplos de fervorosos penitentes; ya rezaba conmigo los salmos penitenciales, explicándome los afectos y sentimientos de David, y añadiendo reflexiones tan patéticas, que me inundaban en lágrimas; ya invocaba al divino Mediador, que sentado á la diestra de su Padre escuchaba nuestros ardientes gemidos, y le pedia que los acompañase con su omnipotente mediacion;

ya lanzaba de su corazón suspiros fervorosos ó ruegos encendidos, y me parecía que afectos tan vivos no podían dejar de penetrar el cielo, llegar hasta el solio de Dios, y que mi floja y débil oración podría unida con la suya elevarse también hasta el trono de la misericordia. Otras veces me transportaba con él á la Judea, y me hacía seguir la vida de nuestro Redentor desde el pesebre de Belén hasta el sacrificio del Calvario; y en todas partes, y en todo hallaba motivos para hacerme detestar mis delitos, y renovarme el propósito y resolución de reformar mi vida.

A veces invocaba á María, la Madre de Jesús, á José, su santo Esposo, á nuestros celestes tutelares, en general á todos los ángeles y bienaventurados. Los convidaba á todos para que estuvieran presentes el domingo, á fin de que fuesen testigos y garantes de mi renovación, y nos ayudasen á dar gracias al Dios de tantas misericordias. En fin, me daba nuevas instrucciones, y con prudentes discursos este hombre excelente consolaba mi corazón, introduciendo la confianza y la dulzura hasta el fondo de mi alma. Me hubiera sido imposible sostener las impresiones que me causaba, si mis continuas lágrimas no hubieran desahogado la violencia de mi dolor. Así pasamos estos tres días, que alcanzarán á este ángel incomparable una muy preciosa corona de gloria.

Al fin brilló la aurora del día que debía alumbrar la resurrección de un muerto, y en que se asombrasen todos los espíritus celestes con la misericordia infinita de un Dios que se dignaba mirar con ojos compasivos á la peor de sus criaturas. Vino el padre más temprano de lo que acostumbraba. Aunque como te he dicho, su aspecto era siempre venerable, y que en su aire y modo de presentarse se manifiestan de continuo la modestia, dulzura y circunspección que producen en los que le miran una impresión viva de su virtud, me pareció que aquel día se habían reforzado estas excelentes calidades, y que su semblante estaba más compungido, sus ojos más humildes, y todas sus acciones, si puedo decirlo así, más llenas de unción y de santidad.

Me dijo que lo siguiese á la capilla, y que me considerase como un reo infeliz justamente condenado á un eterno suplicio, que iba á implorar la gracia de un Dios soberano. Yo le seguí des-pavorido y alterado. El entró á la sacristía, se revistió de los vestidos sacerdotales, y salió á decir la misa. Aquel día se detuvo más tiempo en el altar que otros. Yo le oí exhalar gemidos, con que sin duda imploraba para mí la clemencia del cielo, y no dudo que llegarían hasta el trono de Dios.

Sus incesantes suspiros me hicieron levantar los ojos, y ví los suyos empapados de lágrimas.

que elevados al cielo con un rostro inflamado dirigian á Dios una oracion fervorosa. Yo no pude resistir á la viva conmocion que me produjo un espectáculo tan tierno, pues no ignoraba que todo era por mí. Me sentí inundado en llanto, y el corazón se me queria salir del pecho para seguirle en el rapto con que volaba el suyo. En fin acabó su misa, mandó al ayudante que se fuese y cerrase la puerta. Quedamos solos, se quitó la casulla, y conservando las demas sagradas vestiduras vino á sentarse en una silla que estaba preparada, y me mandó acercar.

Desde que doblé las rodillas, y me puse á sus piés me dijo: Señor, la tierra en que estamos ahora es tierra santa: aquí debemos dejar nuestros calzados, y desterrar todo pensamiento humano. Yo no soy mas que un miserable pecador, y quizá á los ojos de Dios mas culpado que vos; pero en este momento soy su ministro, y le represento. Vos me habeis hecho confidente de vuestras miserias y desgracias, me habeis manifestado vuestro arrepentimiento y dolor, me habeis prometido no volver á ofender á este Dios que ahora os quiere perdonar, y pareceis dispuesto á recibir la penitencia que os imponga en su nombre.

Pues bien, señor, yo os he conducido aquí para ponerlos con la fe á los piés de la cruz de Jesucristo. Vedla sobre ese altar: abrazaos en espíritu con ella, y unios á ella con todo vuestro

corazon y alma para que recibais la aspersion de la sangre adorable que la inmensa caridad del Dios Hombre derramó por vos. Esta sangre divina mana en la cruz por todas partes, y voy á extraerla de las llagas sagradas de nuestro Salvador para rociaros con ella, y curaros de las heridas mortales y profundas con que tantas veces le habeis dado la muerte.

Yo me estreché al oír estas palabras; pero él me dijo: No temais, señor. Vuestro Dios no se puso en tan lamentable estado para perderos. El es vuestra vida, y no podeis hallarla sino en él. Unios pues con esa cruz en que la caridad de Jesus se ha crucificado, y llorad abrazado con ella los largos desórdenes y muchos errores de vuestra vida, frutos abominables de las pasiones. Dios por su bondad os esconde su horroroso aspecto, para que no desfallezcáis; pero si quereis formar una exacta idea de los efectos que produce el pecado, ved como han puesto al Hijo unigénito del Eterno Padre, y considerad cuáles deben ser los horrores de un mal que no quiso expiar sino por sus tormentos, por su cruz y su espantosa muerte.

Estos crueles dolores, esos clavos, esas llagas las sufrió por vos; desde la cabeza á los piés padeció en su cuerpo adorable, porque no hay en vos parte sana y que no haya merecido los tormentos eternos. Vuestro Dios se puso en aquel lugar para libraros de ellos. Allí es donde vos y

yó debiéramos estar; y nada consiguiéramos con éso, si su amor no le hubiera móvido á crucificar-se él primero, y si el nuestro no nos muevé á nosotros á crucificarnos con él.

Olvidad en este instante lo que ha hecho por los otros, para no acordaros sino de lo que hizo por vos. Es verdad que es Salvador de todos; pero en este momento lo es vuestro tan por entero, como si no hubiera venido al mundo mas que por vos solo; y no es á otros sino á vos en particular á quien voy ahora á aplicar los méritos y el fruto de su divina muerte y pasión. No lo dudeis, señor, él vuelve á ser hoy de nuevo vuestro Salvador. Si vuestra fe me ayuda, si asegurada de la veracidad de su palabra recibe con confianza en su misericordia la absolucion que voy á daros en su nombre, él va á resucitaros y daros una vida de amor que durará toda la eternidad.

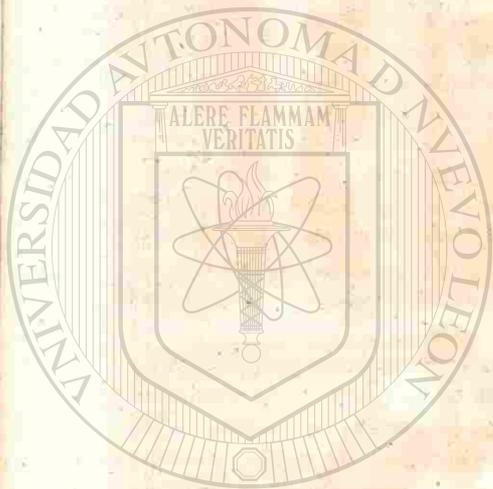
Los derechos que habiais adquirido por el santo bautismo, y que habeis perdido tan desgraciadamente, se restablecerán ahora. Esas heridas profundas que parecian incurables, se sanarán, la cólera del cielo se aplacará, los fuegos inextinguibles que os estaban preparados van á apagarse, vuestro piadoso Dios va ya á miraros como Padre, á reconoceros por su hijo, y volveros á su amistad. Sus divinos ojos no se apartarán ya de vos con horror, como en largo tiempo se apartaron; se detendrán amorosamente sobre vos, como

se detienen sobre los justos. Vos seréis objeto de sus complacencias, como él será de las vuestras, porque ya seréis santo para el Señor, vuestro Dios, que es la misma santidad.

Todo esto debeis á su inmensa caridad que le puso en el estado que os presenta esa cruz, y que es hoy vuestro solo remedio, vuestro único recurso. Ved el amor que le debeis. ¡Y habiendo tenido la desgracia de haberle sido tanto tiempo ingrato, haréis mucho en consagrarle el tiempo que os queda de vida? Empezad pues desde hoy una vida de amor, de adoracion y de reconocimiento.

Sin duda se le debe temer, pues es justo; pero cuánto mas se le debe amar, pues es tan piadoso, tan benéfico y amable! ¡Qué! ¿no se ha dejado crucificar y poner en estado tan miserable sino para hacerse temer? Que le teman los que no le saben amar; pero nosotros que estamos á los piés de su cruz, nosotros que vemos el amor con que se ha crucificado por nosotros mismos, no debemos pensar sino en amarle. Este sentimiento debe ser el que reine en nuestro corazon con preferencia, y el que debe prevalecer sobre todos los otros.

Pero, señor, aquí no vemos mas que su imagen. Vamos á buscar su original, y con una fe viva vamos al Calvario. Volemos con el espíritu á esta montaña consagrada con la muerte de nuestro Jesús. ¡Qué es lo que vemos en él á los ojos de la



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

redla tan cerca de la cruz, que la sangre que corre de las venas de su Hijo, y que inunda la tierra, llega hasta ella, y salpica su cuerpo virginal. Esta es la misma sangre de que el Espíritu divino formó en su seno la santa humanidad; la misma que consagrada por la union de la naturaleza divina adquirió la virtud de lavar los pecados. La santa Madre está rociada con ella: habiendo sido concebida en gracia, y siempre fiel, siempre llena de las mas altas virtudes, no tiene que lavar; pero es Madre de misericordia, y ruega incesantemente que aquel bálsamo tan precioso se aplique y distribuya á los pecadores que imploran su piedad.

Observad lo que pasa en esa tragedia lamentable, que asombra á los espíritus celestes, y veréis que todo debe alentar vuestra confianza. Escuchad al mismo Salvador, que ménos ocupado en sus males que en nuestro remedio, despues de haber encargado á su discípulo querido el cuidado de su digna Madre, encarga á esta el cuidado de Juan, y en su persona el de todos los hombres. *He aquí á tu hijo*, la dijo, y con esto la nombra Madre de cuántos vivimos desterrados en este valle de lágrimas. Por esto la Iglesia con tanto fundamento la llama Madre nuestra, y esperanza nuestra. Jesucristo en su testamento y última voluntad sellada con la muerte, nos dejó su proteccion por legado. No contentó el Salvador di-

vino con darnos por la efusion de su sangre los medios de recobrar la gracia, nos dió tambien el auxilio de una Madre piadosa, que nos alcance sus frutos con su poderosísima intercesion.

Mirad tambien como aquella dichosa pecadora, que otra vez lavó con su llanto los piés de su Señor, ahora tierna y fiel compañera de María, le asiste tambien en estos últimos y dolorosos momentos, derramando nuevas y mas amargas lágrimas de amor. Mirad como ahora es mas feliz, porque participa de los tormentos de la cruz, y goza ya de los frutos de su penitencia. Y si os parece que no os puede su penitencia animar, porque ahora empieza la vuestra, aquí teneis muy cerca un ladrón, que pendiente de una cruz por sus delitos, y sin haber hecho ninguna, no dice más que una palabra, y esta palabra sola basta para que se le perdone todo, y que pase en aquel día del cadalso al paraíso.

¿Pero para qué me detengo, si en aquel venturoso momento el Salvador divino pronunció una absolucion general, ó lo que es lo mismo dirigió á su Padre un ruego universal que comprendia á sus mismos verdugos? *Padre*, le dijo, *perdonadlos, que no saben lo que hacen*. No solo intercede por ellos, sino que los excusa; y si esto hace por los que tanto le ultrajan, qué hará por los que imploren su clemencia?

Si esto es así, señor; si ahora estan abiertas las

puertas de la misericordia; si teneis á vuestro Salvador que pide por vos mismo que érais su enemigo, y le habeis ofendido; si ahora le encontrais rodeado de amigos que ruegan por vos, y de una amorosa Madre encargada de protegeros; si estais viendo que perdona á los que se lo piden de veras; ¿cómo vos á quién yo como ministro suyo he conducido á sus piés, no os aprovecharéis de este feliz momento? ¿Cómo no clamaréis tambien á vuestro Dios, vos que os sentis abrumado con el peso de tantos pecados, vos que habeis dado tantas veces la muerte á vuestra alma, vos en fin, que ya no esperais mas que una palabra suya dicha por mis labios, para resucitar y volver á la vida?

¿Y quién soy yo para separarme de vos, cuando se trata del perdon de los pecados? Quizas, y quizas mil veces mas reprehensible, no tengo en este momento otra ventaja que la de haberos conducido á la fuente de la misericordia. ¿Y qué debo hacer sino postrarme como vos á sus divinos piés, interpelar á María para que me alcance una gota de tanta sangre como se derrama, y unirme con vos y con el dichoso ladrón que está á su lado, para que todos y cada uno le digamos: Señor, acuérdate de mí? *Memento mei*. Tu bondad es nuestra única esperanza. Desde el trono de vuestra cruz decid á nuestras almas abatidas, que aunque os hemos olvidado tanto y tan largo tiempo,

vuestro amor paternal se digna de acordarse de nosotros, y que en vez de la horrorosa habitacion del fuego inextinguible que hemos merecido, que-reis hoy abrirnos las puertas de vuestro paraíso. La absolucion que esperamos de vos es la señal de esta promesa; pues ella nos hará dignos de habitar con vos en la celestial Jerusalem.

Si, señor, esta absolucion que voy á daros en su nombre es la señal eficaz de vuestro perdon, y os pone en el camino de la eterna felicidad. El Espíritu Santo va á descender sobre vuestra alma: va á purificarla, á santificarla y reconciliaros con Dios; á justificaros, á daros el título y los derechos de su Hijo; á daros parte en la herencia que os dejó Jesucristo; á rociaros con su divina sangre, y haceros agradable á los divinos ojos. El va á marcaros con el sello de su promesa, y lo ejecutará al pié del altar, en que Jesus, Pontífice supremo de la Religion, ofreció á su Padre aquel sangriento sacrificio y precioso holocausto que este Espíritu divino encendió con su amor. Procurad pues asiros de esta cruz, y estrecharos á ella con la fe cuando me escuchéis las palabras sagradas.

No perdais de vista esas otras dos cruces, y esos dos tan diferentes delinquentes. Estos dos hombres son el simbolo que representa los diferentes destinos de los pecadores. Los dos estan clavados en sus cruces. Ambos estan igualmen-

te cerca de Jesucristo. Uno y otro estan presentes al sacrificio que ofrece, y que hubiera podido salvarlos igualmente. No hay mas diferencia que la de sus corazones: el uno se une al sacrificio del Cordero, recibe su fruto y se salva; el otro se separa, le desprecia, y se pierde. Tomad ejemplo del primero, y consumad vuestra penitencia con sus mismas disposiciones. Yo os recomiendo principalmente tres. La primera, que unais vuestro corazon con los sufrimientos de Jesucristo, para santificar con ellos, tanto las penitencias que voy á imponeros, como aquellas que hagais voluntariamente, y sobre todo las que os envíe la divina Providencia para la expiacion de vuestros pecados.

La segunda, que reconozcais en vuestro interior con sinceridad, que no hay pena ó sufrimiento que no merezcáis; y con esta persuasión íntima aceptaréis con humildad, y os sujetaréis con discrecion á todas las que el cielo os diere para satisfacer á Dios, y destruir el cuerpo del pecado. Y la tercera, que pongais una continua atencion, una incesante y nunca interrumpida oracion y vigilancia para no perder de nuevo la gracia que vais á recibir, y preservaros de recaidas.

Yo espero que Dios os ha dado estas disposiciones; y no solo lo espero, sino que me parece que ya las veo en vuestro corazon. Estad cierto que con ellas nuestra oracion sube al cielo, y que pe-

netra hasta el trono de la misericordia; que Dios nos oye y nos perdona, que los bienaventurados alegres cantan al Altísimo un himno de reconocimiento y alabanza, que interceden por nosotros, que el Señor los escucha benigno, y que de nuestro irritado enemigo vuelve á ser desde hoy nuestro protector y nuestro Padre.

Tened por seguro, que Jesucristo está ya con nosotros. Ya sabeis que ha prometido, que cuando dos ó tres se juntaren en su nombre, él estará entre ellos. Aquí estamos los dos, y en su nombre nos hemos juntado. ¿A qué habeis venido sino á exponer vuestras miserias, implorar su piedad, y pedirle perdon por medio del ministro que os ha señalado? ¿Y á que he venido yo sino á oiros, á confesaros y absolveros? ¿Cómo pudiera hacer esto yo, miserable pecador, sino por su autoridad y en su nombre?

Acordaos que cuando vino al mundo, él mismo dijo que no venia por los justos, sino por los pecadores, y que ha instituido el sacramento de la penitencia para ellos. Acordaos tambien que ha dicho: Venid á mí, todos los que estais cargados y fatigados, que yo os aliviaré; y que por esto cuanto mas cargado esteis de pecados, tanto mas derecho os da para acudir á su piedad; que estas promesas son suyas, que es el Dios verdadero y fiel; que para cumplirlas ha puesto las palabras de reconciliacion en sus ministros, á los que ha he-

cho depositarios en su nombre de su potestad.

Vos estais en presencia del que os ha destinado. Buscad pues en él á Jesucristo. A cualquier parte que volvais los ojos le hallaréis, porque siempre está cerca de los que le invocan. Si levanteis los ojos al cielo, la fe os le mostrará sentado á la diestra de su Eterno Padre, donde como Pontífice supremo le está presentando vuestras oraciones y gemidos. Como divino Mediador intercede para que os perdone, y como Sacrificador le ofrece vuestra penitencia acompañada de su cruz para darla valor.

Si los volveis á la tierra, vos acabais de verle en el altar, adonde ha venido á renovar su sacrificio, y presentarlo otra vez á su divino Padre para obteneros el perdon que esperais. Y ahora mismo está entre nosotros, pues que lo ha prometido, y viene á escuchar los sollozos de vuestro corazon, á curar vuestras heridas, á infundiros su Espíritu, y á presentarme á mí la amorosa llaga de su costado, para que saque de ella la sangre con que debo rociaros y sanaros. No penseis, pues, sino en postraros á sus piés, en abrazaros con ellos por la fe, y regarlos con las lágrimas de amor y de dolor con que los regó la amante pecadora.

No considerais otra cosa que vuestras miserias y su misericordia, el exceso de vuestros males y lo infinito de su bondad, el horror que debeis te-

ner de vos mismo y la inmensa caridad con que él viene á vos. Ocupaos en estos objetos, y no los separeis, porque unidos serán á un tiempo los motivos de vuestra afliccion y de vuestra confianza. Yo espero que á medida que le habeis descubierto vuestros males, cuando me los habeis declarado, los ha ido curando. No falta pues otra cosa que el que le digais una palabra: Señor, si quereis, podeis sanarme. Esta palabra, que no se ha dicho ni se dirá jamas en vano, le hará responderos como al leproso: *Sanad; yo lo quiero.*

Avivad pues en este momento vuestra contricion. Repetid los gritos doloridos de David: *Miserere*: ¡Señor, misericordia! Pedid al Espíritu Santo que forme en vuestro corazon esta palabra poderosa; que la forme en el mio para que yo le dirija tambien mis súplicas humildes. ¡Dios omnipotente! ¡luz inaccesible! ¡resplandor inmortal, al que los querubines se acercan trémulos y con la faz cubierta! ¡cómo yo, miserable pecador, me atreviera á ponerme en tu presencia, si el Dios que engendrado ántes de la aurora salió de tu esplendor divino, no le hubiera mitigado, cubriéndole con el velo de mi carne! El es por quien espero hallar entrada en el trono de tu misericordia. Es el Dios, hijo de David, al que dirijo mi ferviente ruego; al Dios que me ha dado el derecho de llamarle mi hermano, porque su piedad es toda para mí.

¡O tú Jesus, hombre y Dios! tú á quien hablamos sin temor, aunque seas el Dios Salvador, el Dios de Israel: tú á quien otra vez se acercaban los pecadores con seguridad y confianza: tú que con bondad los excitabas á acercarse, permitid que el que está ahora á vuestros piés obtenga el perdon que vos solo podeis concederle. Yo imploro para tu siervo la misma misericordia que mostraste cuando te manifestaste en la tierra.

Pero, señor, este penitente no te pide un perdon que le deje como estaba en sus pasiones; pide que le perdones y le enmiendes, que olvides sus iniquidades y las destruyas. Sabe que ya habias destruido la iniquidad en que nació, que la habias lavado con tu sangre, anegando en ella la maldicion de su origen; ahora viene á pedirte otro bautismo nuevo, y sus lágrimas santificadas con las tuyas le darán el agua necesaria. Haced, Señor, que donde fué tanta la iniquidad, sea mayor la gracia; que donde abundaron las injusticias y delitos, sobreabunde la misericordia y las virtudes.

Sus males serian irremediables si tu justicia le quisiera perder, si por tu gloria no quisieras salvarle. Tú le hiciste renacer de la Iglesia, madre tan santa, que la escogiste por tu esposa. Ella le dió la vida y derechos á la inmortalidad; le hizo conocer la verdad que amas, instruyéndole en los misterios ocultos de tu sabiduría. El

lo ha perdido todo, todo lo ha profanado; pero espera en tu bondad infinita. Haz que las palabras de paz y de consuelo penetren hasta lo íntimo de su corazón, y que su alma abatida se consuele con tan dulce esperanza. Habla pues, piadoso Dios, á este pecador miserable: con una palabra tuya va á recobrar la vida: dile que ya no podrás ver sus pecados, porque vas á destruirlos; y él te pide que no dejes de sus iniquidades mas que la gloria de haberlas perdonado, y su dolor por haberlas cometido.

Entonces el padre se puso en pié: yo alzo los ojos para ver lo que hace, y veo que está con los brazos levantados, y que con la vista clavada en Jesucristo me dice: Preparaos, señor. El Espíritu Santo va á descender sobre vuestra alma; yo voy á rociarla con la sangre de nuestro Redentor, y Dios va á perdonaros y reconocer por su hijo. Yo me postro en tierra, junto con el polvo mi culpada frente, y anegado en mi llanto oigo que el padre sentado pronuncia las palabras sagradas de la absolucion. ¡O Dios! ¡quién pudiera explicar lo que pasaba entonces en mi corazón! ¡quién pudiera expresar el inefable consuelo que experimenté entonces, sobre todo cuando despues de haberlas acabado me dijo: Yo espero en Dios que estais en su gracia: id en paz, y no pequeis mas!

Teodoro, ¡qué revolucion tan repentina expe-

rimenté en todas mis facultades interiores! ¡Cómo me sentí súbitamente libre de las inquietudes y temores que emponzoñaban hasta los momentos de mi arrepentimiento y esperanzas! Yo me sentia como un hombre que despues de estar largo tiempo bajo de las ruinas de un edificio desplomado, se le saca de repente del medio de las pesadas masas que tenian sus órganos oprimidos, que queda atónito y como fuera de sí, que le parece ver por la primera vez todo lo que se presenta á su vista; su cabeza está mal segura, su respiracion entrecortada, recela que algun órgano se le haya comprimido, respira con pena y con temor, hasta que dando un profundo suspiro reconoce con alegría que su interior está sano, que sus entrañas han recobrado el movimiento, y que el aire, este elemento saludable, vuelve á circular en ellas con desembarazo. Lo mismo le pareció á mi alma cuando volvió á entrar en el adorable y dichoso seno de su Dios; creia respirar su aire nativo, entrar en el regazo paterno, volver al mismo de que salió, y donde el que vive no muere jamas.

En este estado de embriaguez divina yo permanecía postrado en tierra, y como sumergido en el gozo de mi felicidad. No sé cuánto tiempo este profundo sentimiento, que absorbia todas mis potencias, me hubiera tenido inmóvil en esta situacion extática de adoracion, si la mano del

siervo de Dios no me hubiera prestado la fuerza que me faltaba para levantarme. Me hizo sentar á su lado, y me pareció que este ángel del cielo entraba entónces en una especie de éxtasis divino. Yo ví brillar en su agradable semblante los rayos de una luz celeste y plácida alegría. Una especie de sonrisa dulce y amorosa animaba su rostro venerable, y sus ojos fijos sobre los míos me mostraban un halago tan blando y religioso, que llenaban mi corazón de ternura.

¡O señor! me dijo, yo saludo, admiro y venero en vos las altas misericordias del Excelso, y lo que es mas augusto y respetable en la tierra, un justo, un predestinado, un escogido. ¡Dichosos los corazones que saben conservar los bienes que acabais de recibir en un instante! El vuestro, confío, es ya santuario de la gloria y de la luz de Dios. Ya su vida divina circula en vuestra alma: ya vuestro espíritu resplandece con las brillantes luces de sus esplendores. No hay en el universo nada que pueda compararse á la excelencia del nuevo ser que acabais de recibir, ni á la grandeza del inmortal destino que os aguarda.

¡Qué inagotable manantial de consuelos se os ha preparado en este día, aun para el curso de esta vida deleznable! ¡Cómo vuestro corazón palpitará de gozo cuando se acuerde que despues de haber sido tanto tiempo extrangero en la casa de Dios, despues de haber perdido tantos años

todas las esperanzas de nuestra adopción en Jesucristo, ya sois por su bondad conciudadano de los santos, hermano y compañero de todos los predestinados, miembro de la Iglesia de la eternidad, descendiente de los patriarcas y profetas, piedra inmortal y viva del edificio fabricado sobre el cimiento de los apóstoles y mártires, y uno de los trofeos que serán eternamente erigidos en medio de la ciudad de Dios en gloria del Corde-ro que nos rescató con su sangre, y que allí se ven juntos de toda tribu, de toda lengua y de toda nacion!

Estas y otras palabras de esta especie, pronunciadas con todo el calor de un entusiasmo celestial, penetraban hasta lo íntimo de mi corazón, le inflamaban con un ardor divino, y me le llenaban de fuerza, elevación y energía. Todo me parecia sublime y sólido, todo lleno de sustancia y verdad. Nos volvimos á poner de rodillas para dar á Dios gracias de tan inmenso beneficio. Despues me condujo á mi aposento, pero no se fué.

Sentados otra vez, renovó los mismos y otros nuevos discursos para hacerme sentir las inapreciables ventajas de mi nuevo estado, y arraigarme en el amor y práctica de la virtud. Sobre todo insistia en darme una idea clara de la grandeza del alma que vuelve á entrar en la gracia de Dios, y me decia: Señor, la mayor parte de los

hombres no considera, como debe, el beneficio del perdón que se nos concede en el tribunal de la Penitencia; no concibe otra cosa que una gracia que nos libra de nuestros pecados, lavándonos de las manchas con que nos afearon nuestras pasiones y delitos. Con ideas tan imperfectas de este gran misterio de misericordia, el penitente apenas podrá dar las debidas gracias á su Dios.

Pero debemos saber que la purificacion de las conciencias no es el único y último efecto de este gran sacramento, que bendice nuestras lágrimas y arrepentimiento. Sin duda que es grande beneficio librarnos del castigo eterno preparado á los que mueren en la impenitencia; ¿pero cuánto mas se elevará su corazón, si se detiene á considerar la dignidad y la excelencia de una alma capaz de llevar sobre sí el peso inmenso de la gloria de Dios, y de ser participante de sus dichas inmortales? Nada de lo que es criado puede de repente elevarse hasta la altura de lo infinito. Y si el sacramento no hiciera mas que borrar las manchas de nuestros delitos, con eso solo no agrandaria la esfera de nuestro ser, ni pudiera revestirnos de la fuerza necesaria para remontarnos sobre los límites de nuestra naturaleza.

Para vencer pues la desproporcion que sujeta todas las criaturas á sus confines limitados, y que las tiene tan distantes de este Dios infinito, cuyo trono está situado en las alturas de una luz

ingaccesible, es menester que un carácter sobrenatural venga á mudar en cierta manera el de su mortal constitucion, que aumente el precio de su existencia y de sus obras, y que dé á su adoracion, á sus sacrificios, á su amor de Dios, y á sus demas buenas acciones un valor que no pueden tener en sí mismas; pues en las facultades que le son propias, todo es pobre, débil y caduco. Es menester pues que un rasgo del infinito las prepare para que puedan alcanzar su vista y posesion, que un rayo de la Divinidad resida en ellas de antemano para que puedan adquirir la eternidad y la gloria de Dios.

El que quiera entender bien la economía de la Religion y de la gracia, debe verla en su verdadero punto de vista, y comprender que el alto designio de la sabiduría soberana ha sido poner en el hombre todo lo que su flaqueza puede comportar de la grandeza y perfecciones infinitas de su Criador, haciéndole en cierta manera parecido ó semejante á Dios. Esta es la única y verdadera llave que nos puede dar la inteligencia de todas las obscuridades incomprensibles que contristan á la razon humana, la sola luz que nos puede hacer entender el principio de todas las cosas, y el último fin de todas las criaturas.

Este designio tan grande y tan sublime en sí mismo es tambien el mas ventajoso para el hombre. ¿Y cómo le ejecutó la mente soberana? El

mas sublime de los evangelistas nos lo ha revelado, explicándonos con pocas palabras el misterio mas alto y mas oculto de los consejos divinos. El Verbo que existía al principio, y por quien todo ha sido hecho, se hizo carne tomando la naturaleza humana en la unidad de su persona y de su grandeza infinita. El mundo pues vió en un hombre la gloria del Hijo único del Padre, admiró un hombre en quien residía la virtud y la excelencia de Dios, un hombre lleno de su fuerza y de su virtud eterna; *y nosotros todos recibimos de su plenitud.* Ved aquí, señor, lo que podemos llamar el centro y corazon del designio y órden de Dios en la fundacion del universo, en el establecimiento de la Religion, y en la conducta de todos los sucesos de la tierra.

Por estos principios debeis conocer que el carácter de la gracia habitual que recibimos por Jesucristo, es comunicarnos en cuanto somos capaces, su consubstancialidad y su igualdad con el ser infinito, y establecer entre el Hombre Dios y los cristianos que su gracia ha purificado, una union, ó para decirlo mejor, una unidad tan estrecha, que los méritos de Jesucristo se hagan suyos. El precio de su sangre y de su sacrificio es la propiedad de cada uno de los hijos de su santa adopcion, y nosotros nos transformamos á los ojos de su Padre como en otros tantos Cristos del Dios vivo. El Padre reconoce en noso-

tros las imágenes de su gloria, y nos ve en cierto modo como repeticiones de su Verbo hecho carne.

Desde entónces nuestros suspiros y gemidos adquieren á su vista un valor infinito y divino. Cuando no quedara en el mundo mas que un hombre solo, si este hombre estuviera en la sociedad de la alianza evangélica, su existencia en el universo fuera bastante para glorificar á Dios con cierta dignidad, y para que hallara en la obra de la creacion un objeto proporcionado á la infinita gloria que se da á sí mismo eternamente en el abismo de su propia inmensidad.

¿Qué mortal se hubiera atrevido jamas á dar esta interpretacion á los designios del Omnipotente? ¿Quién hubiera podido imaginar que la idea de Dios, concediendo á Jesucristo todos los dones que ha traído á la tierra, era hacer participar á los hombres su divina y soberana excelencia, si el mismo Hombre Dios no nos hubiera revelado este gran secreto de su Padre celestial con tanta claridad, que no puede dejar de conocerlo el corazon mas endurecido?

Jesucristo nos ha dicho en los términos mas claros y positivos, que por él y en virtud del parentesco que contrajo en su Encarnacion con el género humano, nos hemos incorporado en la sociedad inmortal y gloriosa de que él gozaba en el seno de Dios ántes de la creacion del mundo;

que estamos enlazados con él, y con lazos de fraternidad tan fuertes y tan indisolubles, que nos reconoce en presencia de su Padre como carne de su carne, y huesos de sus huesos.

Nos ha dicho también, que si no nos separáramos de él, todo lo suyo nos pertenece; que gozaremos con él la propiedad y posesión de todos los tesoros que contiene el divino esplendor con que nació antes de la aurora; que él es la incorruptible vida en que estamos ingeridos por un modo inefable; que comunicamos con él íntimamente y sin interrupción, como las ramas comunican con el tronco vivo á que están unidas, y de que sacan todo su jugo, su calor y su fecundidad. ¿Es posible concebir una pintura mas hermosa y mas enérgica?

Después de esto es fácil concebir la grande estimación que hace el Hombre Dios de los que reciben su palabra, y no se debe extrañar nos manifieste una ternura tan viva, tan ardiente y tan inalterable, y de que no hay ejemplo en la tierra. ¡Qué sentido tan profundo! ¡qué amor tan expresivo se manifiesta en el lenguaje que le inspira su tierno corazón, cuando quería consolar á sus discípulos de las tribulaciones que les harían sufrir sus enemigos!

¡Con qué amoroso estilo les decía: Amada grey que el Padre ha querido confiar á mi vigilancia, no temas la contradicción de las criaturas,

ni la malignidad de los inicuos; porque este gran Dios que os conoce y os ama, tiene su mas dulce complacencia en prepararos tronos en que juzgaréis conmigo á los prudentes del siglo y á los dueños del mundo! No os dejéis intimidar por los que solo pueden atormentar los cuerpos: el que cree en mí, es indestructible, no puede morir, y vos viviréis como yo vivo. En el gran día de la manifestación de mi gloria, conoceréis este grande misterio de unidad; eutónces veréis como *yo estoy en mi Padre, mi Padre en mí, y yo en vosotros* (1).

Confesemos, señor, en gloria del que derrama sobre nosotros tan asombrosas bendiciones, que el corazón humano no tiene bastante fuerza para sostener la impresión que produce en él un discurso de un Dios que se digna de hablar así á los hombres. El mas justo tiene necesidad de distraerse, pues si pensara siempre en tanta dignación, muriera de ternura y alegría. ¡Desgraciadas las almas duras que no se enternecen con afectos tan dulces! Es imposible conducir las á la verdad por la vía del sentimiento: los tales tienen unos corazones empedernidos, y no son dignos de una Religión que no puede fructificar sino en las almas sensibles y capaces de impresiones tiernas; pues nuestra Religión es por su esencia toda amor y caridad.

(1) 1. Joann. xiv. 16. xvii. 21.

Nada exageraba yo cuando os decia que el carácter de la justificacion evangélica era transformar nuestra flaqueza en la fuerza de Dios, y como ingerirnos sobre su inmortal substancia. Los primeros apóstoles de la doctrina de Jesucristo se han explicado en los mismos términos que su divino Maestro, cuando hablaron del alto punto de grandeza á que la gracia nos eleva. San Pedro llama á esta preciosa gracia un gran don que nos asocia á la gloria de Dios, que nos da parte en su suerte inmutable y nos comunica su naturaleza.

San Pablo encierra de tal modo nuestro destino en el del Hombre Dios, que nos apropia todos sus triunfos, y ya nos ve resucitados, glorificados y sentados con él en la mansion celeste: esto es, que por derecho, y en virtud de los misterios que ya se han cumplido en el que es nuestra cabeza, todos los que le pertenecen son el fruto precioso de su sangre, y estan en posesion de sus mismas prerogativas; que el estado de Jesucristo es con cierta proporcion el de todo hombre justificado por su gracia; que la obra de nuestra exaltacion ya está concluida; y que si nos mantenemos firmes en su alianza, nuestra asuncion y residencia eterna á la diestra de su Padre solo las suspende la tardanza de la muerte.

Ved aquí, señor, una idea, aunque muy imperfecta, del estado sobrenatural y divino á que nos eleva la justificacion cristiana. Ella nos pone en

una clase superior á toda grandeza. Nada puede compararse al alma que está en ella; así esta gracia del Salvador que habita en nosotros, debe ser un rasgo, una vislumbre, una participacion de esta gran claridad de Dios de que habla Jesucristo, y que dice haber poseido en la esencia divina ántes de que el mundo saliese de la nada.

Esta comunicacion del ser de Dios y su divina luz con el alma que ha recibido la aplicacion de los méritos del Redentor, es tal y tan estrecha, que el Espíritu Santo es el órgano sagrado que la une. El solo es el lazo estrecho de este comercio incomprendible por una residencia íntima y verdadera en el fondo de nuestra alma. *La caridad de Dios*, decia el Apóstol á los fieles de su Iglesia cuando la fundaba, *ha sido derramada en vuestros corazones por el Espíritu Santo que os ha sido dado.*

El mismo Jesucristo nos ha presentado con colores no ménos expresivos este glorioso é inestimable carácter de nuestra adopcion eterna. El habia anunciado ya el descenso del Espíritu Santo, como el sello y corona de sus promesas, como el advenimiento de su inseparable y natural cooperador en la alta empresa de la reconciliacion del mundo; y nos habia dicho, que este gran Consolador de los hombres, el mismo que está en la altura de la inmensidad de gloria en que procede del Padre y del Hijo, este mismo vendria y se-

ria el amigo y compañero de nuestros corazones, que habitaria en ellos con una acción y presencia verdadera: lo que debe entenderse en el sentido natural de esta palabra.

Pesad, señor, reflexionad con atención la fuerza y energía de este discurso del Salvador, cuando dice que se quedará para siempre con vosotros. Este es el Espíritu de verdad que el mundo, esto es, el que vive según los sentidos, no puede recibir, porque no le conoce; pero vosotros le conoceréis, pues él mismo habitará y reposará en vosotros.

Empezais ya á divisar, señor, la supereminente dignidad de que acabais de veros revestido, y el motivo por que después de haber pronunciado sobre vos las santas palabras de la absolución, que sacan al pecador de sus cadenas, y le hacen pasar á la clase de los escogidos, os contemplaba con admiración, como si os viera en una forma nueva y extraordinaria. Sí, señor: yo veia en vos un vaso de misericordia; veia que en vos se obraba un estupendo milagro, y que Dios derramaba todos sus tesoros en vuestro corazón. No hay respeto que no se deba á los herederos de la santa esperanza. Y si cuando vemos á otro hombre, pudiéramos saber que está en gracia de Dios, y pertenece al rebaño de Jesucristo, debiera con su vista apoderarse de nuestro corazón un terror religioso, y postrados en su presencia adorar allí

la infinita magestad del Señor, como en el mas augusto de sus santuarios. Asi, señor, vuestra vida, que no ha sido hasta ahora mas que un sueño fugaz, empieza á ser desde hoy una duración verdadera, preciosa y llena de aquella vida que dura en la eternidad. Hoy habeis comenzado vuestra celestial existencia: cada uno de los instantes que se escapan de vuestro aliento, va á llevar al trono de Dios un tributo de valor sobrehumano: vuestras menores acciones, vuestras ocupaciones mas comunes, todos vuestros movimientos, y hasta vuestros desahogos y reposo van á ser contados y escritos en el indestructible libro de la vida, como acontecimientos destinados á hermohear la historia eterna de los escogidos, á ser objeto de la alegría de los bienaventurados, y asunto de los cánticos de la celestial Jerusalén. Porque nuestro Señor Jesucristo es la vida verdadera, y vos sois ya el sarmiento bendito en que corre y circula la vida de esta vida incorruptible y misteriosa. Si vos no hubiérais hecho otra cosa que asombrar al universo con la gloria de las hazañas mas extraordinarias, vos no seriais ménos muerto y vil á los ojos del Dios vivo; pero ahora porque estais en su gracia, y os aprovechais de los méritos de Jesucristo, todo en vos le es agradable. Sus ojos se complacen hasta en vuestro reposo y silencio. Nada de lo que hay en vos le

es indiferente, porque lo que nos parece nada en un justo es mas para su vista que los tronos y los imperios. Todo lo que haréis en adelante, por pequeño é imperceptible que sea, tendrá el mérito de proceder de vos, de vos que acabais de ser lavado en la sangre del Cordero, y que le representais la mas querida y excelente imágen que puede hallar sobre la tierra.

Haced, señor, una reflexion: y es que Jesucristo, este Hijo tan querido del Padre, no solo era un espectáculo grande para el cielo, cuando en el curso de su mision empleaba toda la fuerza de su ministerio; lo era tambien en los dias de su oscuridad, y cuando vivia oculto en la humilde habitacion de María y José, cuando les obedecia con sumision como pudiera el mas pequeño de los niños de Nazareth, cuando con sus manos inocentes y tiernas trabajaba en el taller de un artesano, cuando partia con la mas santa de las madres todos los penosos afanes de la vida doméstica, cuando nadie podia sospechar que la salud eterna reposaba bajo aquel techo humilde, y que aquella pobre estancia, tan poco conocida del mundo, encerraba la esperanza de Israel, la gloria del género humano, y el mas rico tesoro de todo el universo. Cada suspiro del adorable niño que vivia en ella, sin que lo supiese el comun de sus criaturas, salvaba al mundo entero, y preparaba la asombrosa transformacion que debia efec-

tuarse y perfeccionarse poco tiempo despues.

Es muy dulce para mí, señor, poder repetiros verdad tan agradable: ya sois una rama de este tronco precioso, un renuevo de esta raiz de inmortalidad, y todo lo que hagais en esta unidad valdra para vuestra salud eterna. Insisto sobre este pensamiento, porque es el fondo y la sustancia de nuestra Religion, y no se medita bastante. El divino Maestro nos le presentó con mil formas diferentes en el curso de su predicacion. Parece que queria entónces hacernos entrever esta verdad, reservando su entera manifestacion para los últimos momentos en que debia conversar con los suyos.

Como si fuera su intencion que el mas alto consuelo que jamas se ha descubierto á los hombres, les llegase en la mas amarga circunstancia de su vida, y cuando necesitaban del mayor valor para someterse á la necesidad de ver sufrir y morir á tan amable bienhechor; despues de haberles revelado tan claramente este misterio de unidad y de inseparabilidad eterna, les añade: „Os he dicho „esto para que mi alegría esté en vosotros, y que „vuestro regocijo reciba el último grado de plenitud y perfeccion (1).”

Yo escuchaba estas divinas verdades con un profundo recogimiento, y hubiera querido que es-

(1) Joann. xv. 11.

te tan ilustrado intérprete de los oráculos sagrados no se separase nunca de mí, y alimentase mi alma con estas grandes ideas de la fe, que la tenían en un continuo éxtasis de admiración. ¡O Evangelio divino! me decía yo en mi interior, ¡o inapreciable tesoro de ciencia y de luz! ¿quién puede conocerte sin amarte? ¿cómo es posible que ofreciendo tan inmensas riquezas á los hombres, haya tantos que sean tan infelices que te desconozcan y desestimen? Despues de otras muchas reflexiones de esta especie, y otros discursos llenos de unción y fuerza, con que el siervo de Dios me sostenia, se despidió de mí, y se retiró.

Quedé solo, Teodoro; ¡pero qué diferente de mí mismo! Este momento fué el primero de mi vida, en que me ví conmigo á solas sin temor ni sobresalto. Jamas hasta entónces habia podido dar una ojeada á mi corazón sin una secreta displicencia, sin un confuso sentimiento de horror que me forzaba á volver los ojos á otra parte; pero esta vez ya empecé á mirarme sin pena, y en medio de los horrores y delitos que no podia disimularme, veia una dulce y halagüena esperanza de que estarian perdonados. Mi alma reposaba ya con esta idea. Yo me encontraba como un hombre que por largo tiempo ha cargado un peso superior á sus fuerzas, y que descargándose de un golpe, se siente aliviado y dueño de sus movimientos: mi corazón habia adquirido una nueva

serenidad, mi pecho respiraba sin zozobra, entreveia un porvenir mas tranquilo, y un término á mi vida mas dichoso.

Sobre todo no podia concebir cómo habia estado tan ciego para mirar con tanto horror la confesion, que experimentaba ahora era el único remedio de mis males. Me acordaba de las burlas, dieterios y desprecios con que habia hablado de este saludable sacramento, que no comprendia mi torpe necedad. Lo que me parecia mas ridiculo era, que entónces no podia sufrir la idea de descubrir á un hombre prudente, mi amigo y mi guia, en el secreto de una confianza religiosa, los desórdenes y delitos que veian todos, pues yo no pensaba en esconderme de mis compañeros; ántes al contrario solo me ocupaba la vergüenza de mostrarme mas tímido ó ménos determinado á atropellar las obligaciones mas sagradas, y no respetar nada ni en el cielo ni en la tierra. Todos pues los que eran como yo debian conocerme, y los hombres virtuosos no podian engañarse; pues aun cuando hubiera querido en su presencia afectar el estilo y la compostura de la razon, sola la virtud se parece á sí misma. Su forma y su lenguaje tienen un carácter tan ingenuo, que todos los artificios de la hipocresía nunca acierta á darla un verdadero colorido, ni pueden engañar los ojos de los que saben conocer á los hombres, y mas si los dota el cielo del don de discrecion de espíritus.

A pesar de todo esto yo tenia por cosa ridícula descubrir á un ministro de Dios mis delitos y flaquezas: yo murmuraba con los insensatos de la ley que obliga á los pecadores á revelar á un hombre la vergüenza de su conciencia, y decia como ellos, que este era el escollo terrible, el impracticable artículo de la Religion. ¡Qué ciego estaba yo, y cuánto ellos lo estan! pues no ven que se descubren todos los días á todo el mundo, y que su conduta habitual es una confesion pública del desórden que reina en su corazon.

¡Quién será tan irracional y tan injusto, que se queje cuando le libran de la mayor desgracia que puede sufrir el hombre, solo con servirse de este medio tan humano y tan dulce! ¡No es Dios nuestro único y soberano bien? ¡No es la felicidad eterna el mas alto y el solo digno objeto de nuestras esperanzas? Aunque para obtener este bien infinito, para recóbrar una pérdida tan irreparable como la del amor divino, fuera preciso arrancarnos del seno de la naturaleza, de nuestra patria, de nuestros hijos, y de cuanto mas queremos en el mundo, y fuera menester meterse en horriblos desiertos; que repitiesen los ecos de las montañas y cavernas el son de nuestros dolientes alaridos, y manchar los peñascos con la sangre de nuestra maceracion y penitencia, ¿quién podria tubear un momento?

¡Cómo es posible soportar la idea de que una

alma inmortal, una alma que nació por el bautismo destinada á recibir la inefable gloria del que la dió el ser, se vea por su propia culpa víctima indestructible de su cólera? Pero este Padre de misericordias, que conoce el barro de que somos formados, no expone nuestra flaqueza á pruebas que la harian temblar, y se contenta para volver á recibirnos en su seno con una humilde confesion, un amoroso llanto, y una efusion del corazon arrepentido.

¡Y qué, la naturaleza misma no indica estos medios como un consuelo de las aficciones? ¡No es este el alivio de los grandes dolores? ¡No son estos afectos el mayor y mas dulce refugio de nuestra sensibilidad, cuando la affigen las desgracias? Debemos pues conocer que esta sabia y tierna disposicion de la bondad divina en el órden de la gracia y de la vida eterna, es una imitacion visible de la que hace sentir la naturaleza á nuestro corazon, cuando quiere consolarse ó salir de un extremo infortunio.

¡Ay, Teodoro! ¡cómo conozco ahora que los que con tan frívolos pretextos del amor propio quieren justificar la repugnancia de confiar á un ministro de la Religion el triste secreto de sus conciencias, estan tan léjos de Dios como de la razon! Sola una alma inflexible, que no ha experimentado todavía las primeras conmociones del arrepentimiento, podrá escuchar esas rebelio-

nes del orgullo, y resistir á la necesidad de humillarse en presencia de los que son órganos sagrados de la piedad divina. El hombre que está verdaderamente arrepentido ó afligido, no necesita de que se le aliente para abrir su corazón á los pies de su hermano y su amigo. Cuando la Religion no se lo mandara, él mismo por instinto de su dolor para desahogar su pecho, y buscar ó consejo ó alivio, volaría á echarse en los brazos del justo, y la viveza de su pena le forzaria á descubrirle todo lo que le aflige.

Sin duda que el confesor es un hombre; pero un hombre revestido de Cristo, un hombre que ha recibido su poder, que obra en su nombre y le representa. Es un hombre; pero marcado con un carácter divino, que para aquella funcion le eleva de su propia clase á una especie mas alta. Es un hombre; pero en su sublime ministerio la virtud del Altísimo reside en él, y en aquel acto es superior á los ángeles por la fuerza y asombrosa virtud que le da su incorporacion en el sacerdocio eterno de Jesucristo, y su union con él en la conducta de la grande obra de Dios, que es la fundacion de su incorruptible y sublime imperio.

¡Ay, Teodoro! yo solia en mis necias burlas decir al buen Mariano, que Dios debe de ser un amo bien exacto y riguroso, pues no perdona nada sin penitencia. Amigo, yo era un insensato, y ahora veo que es un amo muy indulgente y miseri-

cordioso, pues lo perdona todo á tan poca costa. ¡Dichoso este dia, en que Dios me ha abierto otra vez su seno paternal! Yo vivo en otra region, me veo en otro mundo, y mi corazón habita en una mansion cuya dulzura y tranquilidad me eran desconocidas. Mañana te continuaré esta nueva historia de mi felicidad. A Dios, amigo.

CARTA XXVI.

EL FILOSOFO A TEODORO.

YA te he contado, Teodoro mio, lo que me aconteció en aquel dia memorable, en que mi iniquidad, como lo confio, se lavó en las fuentes inagotables del Salvador divino: ahora voy á referirte lo que me pasó en la deliciosa noche de tan dichoso dia. Apenas me acosté en mi lecho, cuando mi imaginacion bullia llena de muchas especies diferentes. Repasaba por menor todos los tristes hechos de mi larga y estragada vida; pero si esta memoria me afligia, ni era con aquella áspera y punzante amargura con que ántes se des-

nes del orgullo, y resistir á la necesidad de humillarse en presencia de los que son órganos sagrados de la piedad divina. El hombre que está verdaderamente arrepentido ó afligido, no necesita de que se le aliente para abrir su corazón á los pies de su hermano y su amigo. Cuando la Religión no se lo mandara, él mismo por instinto de su dolor para desahogar su pecho, y buscar ó consejo ó alivio, volaría á echarse en los brazos del justo, y la viveza de su pena le forzaría á descubrirle todo lo que le aflige.

Sin duda que el confesor es un hombre; pero un hombre revestido de Cristo, un hombre que ha recibido su poder, que obra en su nombre y le representa. Es un hombre; pero marcado con un carácter divino, que para aquella función le eleva de su propia clase á una especie más alta. Es un hombre; pero en su sublime ministerio la virtud del Altísimo reside en él, y en aquel acto es superior á los ángeles por la fuerza y asombrosa virtud que le da su incorporacion en el sacerdocio eterno de Jesucristo, y su unión con él en la conducta de la grande obra de Dios, que es la fundacion de su incorruptible y sublime imperio.

¡Ay, Teodoro! yo solía en mis necias burlas decir al buen Mariano, que Dios debe de ser un amo bien exacto y riguroso, pues no perdona nada sin penitencia. Amigo, yo era un insensato, y ahora veo que es un amo muy indulgente y miseri-

cordioso, pues lo perdona todo á tan poca costa. ¡Dichoso este día, en que Dios me ha abierto otra vez su seno paternal! Yo vivo en otra region, me veo en otro mundo, y mi corazón habita en una mansion cuya dulzura y tranquilidad me eran desconocidas. Mañana te continuaré esta nueva historia de mi felicidad. A Dios, amigo.

CARTA XXVI.

EL FILOSOFO A TEODORO.

YA te he contado, Teodoro mio, lo que me aconteció en aquel día memorable, en que mi inquietud, como lo confío, se lavó en las fuentes inagotables del Salvador divino: ahora voy á referirte lo que me pasó en la deliciosa noche de tan dichoso día. Apenas me acosté en mi lecho, cuando mi imaginacion bullia llena de muchas especies diferentes. Repasaba por menor todos los tristes hechos de mi larga y estragada vida; pero si esta memoria me afligia, ni era con aquella áspera y punzante amargura con que ántes se des-

consolaba mi corazón, ni sentía ya aquellos violentos torcedores que destrozaban mi pecho.

En efecto, me parecía que sus agudas puntas estaban embotadas, pues no podía recordar mis delitos, sin ver la bondad que dispuso los llorase, y que confiaba me los había ya perdonado. No podía afligirme de mi miseria, sin adorar la misericordia que se había dignado de curarme. Admiraba los extraños y raros motivos que me habían conducido á esta casa de Dios, y veía la mano de la Providencia que había gobernado mis pasos. Sobre todo refrescaba, procurando grabarlos en mi pecho, los discursos de mi nuevo y ceritativo padre, en especial lo que me había explicado con tanta ternura y energía sobre el carácter del inefable don que había recibido con la aplicación de la sangre de nuestro Redentor.

Con tantas y tan interesantes especies no es extraño que el sueño huyese de mis ojos. Yo me alegraba, porque no se apartasen de mi memoria los dulces y consolantes objetos en que se complacía. Era el plácido y apacible insomnio de un dichoso que se saborea con las frescas impresiones de una felicidad reciente, y que no quiere alejar un instante de su espíritu la imagen de esta grande fortuna que ha mejorado tanto su destino. Esta vigilia era para mi alma y mis sentidos un reposo agradable, mil veces mas verdadero y delicioso que el que buseaba ántes con tan-

ta pena, creyendo gustarle en un sueño, que no era mas que el cansancio, ó el adormecimiento penoso de un corazón fatigado de vicios y remordimientos.

Así, en el espacio de aquella noche yo me hallé transportado de placer, de amor y de reconocimiento por mi Dios. Todos los objetos se presentaban á mis ojos con colores tan nuevos como agradables. Me parecía que toda la naturaleza se alegraba de mi reconciliación y de mi paz; porque los mismos elementos, aunque privados de la razón, son enemigos de los que abandonan al Señor, y dan combates formidables á los insensatos.

Mi imaginación se paseaba con alegría inexplicable por toda esa vasta bóveda del firmamento, y mientras meditaba sobre esos inmensos espacios, sobre esas vastas y opulentas regiones, sobre esos brillantes y antiguos monumentos de la gloria de Dios, una voz secreta me decía en lo íntimo de mi alma: Baja los ojos, mírate á tí mismo, y considera que tú eres en este momento mas rico y mas opulento que todo cuanto admirabas en esa inmensidad de los altos y profundos espacios que te cercan: tu alma, en quien ya residen los divinos resplandores, publica con mas elocuencia su gloria, que todo ese luminoso aparato de los astros; pues esos globos que pueblan las regiones inaccesibles, en que tu imaginación se abis-

ma, perecerán, se acabarán, **tendrán un fin**; pero tú.... tú permanecerás eternamente. De este modo á cualquiera parte que **volvía los ojos** no veía mas que objetos de consuelo, que me transportaban de alegría, y aumentaban mi felicidad.

Yo me dormi en estas agradables reflexiones; pero mi sueño no entorpeció mis sentidos, ni me quitó el dulce embeleso del feliz estado de mi alma. Era ménos una interrupcion de actividad y movimientos, que una seguida ó extension del recogimiento y reposo religioso en que mi corazon habia sentido la abundancia con que Dios se comunica á los que le aman. Me parecia que hasta en aquel embeleso de mis sentidos no dejaba de experimentar la dulce impresion que siente el alma, cuando su gracia la purifica.

Este estado se mejoró cuando desperté, pues entonces me pareció tenia un gozo mas articulado y mas completo de todos los tesoros de Dios. Yo me hallaba como un general, que durmiendo con dulce reposo, despues de haber conseguido una importante y difícil victoria, no ha soñado mas que en sus triunfos, y se alegra cuando despierta, porque ve que no ha sido ilusion su sueño. Al instante que los primeros rayos de la aurora doraron los muros sencillos de mi inocente habitacion, me puse en pié para cantar un himno de gracias al Autor de tanto bien. Sentí que mi alma estaba llena de su vida, y adoré en el fondo

de mi corazon la realidad, y la totalidad de sus luces, perfecciones y virtudes. Poco tiempo despues vino el ministro del Señor: dile cuenta de todo lo que habia pasado por mí, levantó los ojos al cielo como para darle gracias, y volviéndose á mí, me dijo: Eso es, señor, haber llegado á gustar los consuelos que da nuestra Religion; porque su espíritu es libertarnos de las inquietudes de la imaginacion, del tumulto y del flujo eterno de nuestros proyectos, anhelos y temores, y reducir á la unidad de un pensamiento y de un deseo todo el caos de nuestros afectos y pasiones. Su intencion es desembarazar el alma de todos los objetos inútiles que la fatigan y la turban, fijándola en su verdadera y natural funcion, que es conforme á la de Dios, esto es, en la posesion de lo que no se pierde nunca, en la contemplacion y el amor de la Magestad adorable y suprema, que es el principio de la vida, y el origen de toda inteligencia.

Por este motivo Jesucristo, que descendió á la tierra para pacificarlo todo, y reparar el desorden de la naturaleza, no se ocupa en otra cosa, cuando nos explica su doctrina, sino en volvernos á esta antigua y perdida sencillez de movimientos, á esta unidad de ideas y deseos, exhortándonos á concentrar únicamente en Dios toda nuestra fuerza de entender, y toda nuestra necesidad de amar. Todo su Evangelio nos predica

que es vanidad y locura buscar otros caminos de felicidad; que no hay ni puede haber mas que uno, y que este es la solicitud del reino de Dios y su justicia; que este reino está dentro de nosotros mismos, y que solo hallaremos en él este reposo que tan inútilmente buscamos en medio de las pasiones que nos consumen,

Sí, señor, nuestra residencia en nosotros mismos lo incluye todo. Ella es el fin y la resulta de todos los designios de Dios; es el objeto que tuvo cuando nos dió á Jesucristo y su Evangelio. La eternidad entera no nos presentará ninguna especie de felicidad que se funde sobre otros gozos, y solo podrá darnos la perfeccion y el último grado de nuestro recogimiento en Dios. No podrá hacer mas que fijarnos en la contemplacion y posesion de esta luz indefectible, que se unirá con nosotros, que nos penetrará y correrá en nuestra alma como un torrente de delicias, sin dejar subsistir en ella mas que un pensamiento solo, un solo amor.

Haced otra reflexion, señor: que acaso por el mismo motivo entró en los designios de Dios instituir el inefable misterio de la Eucaristía. ¿Cómo podria el hombre concebir jamas que su Dios, no contento con haberse hecho hombre, con haber bajado al seno de Maria, con habitar entre los hombres y morir por ellos, haya querido tambien despues de resucitado y glorioso continuar

este mismo comercio siempre que el hombre le llama, y que inventase para esto un medio que jamas las inteligencias criadas hubieran podido imaginar? Medio tan digno de su sabiduria como de su amor.

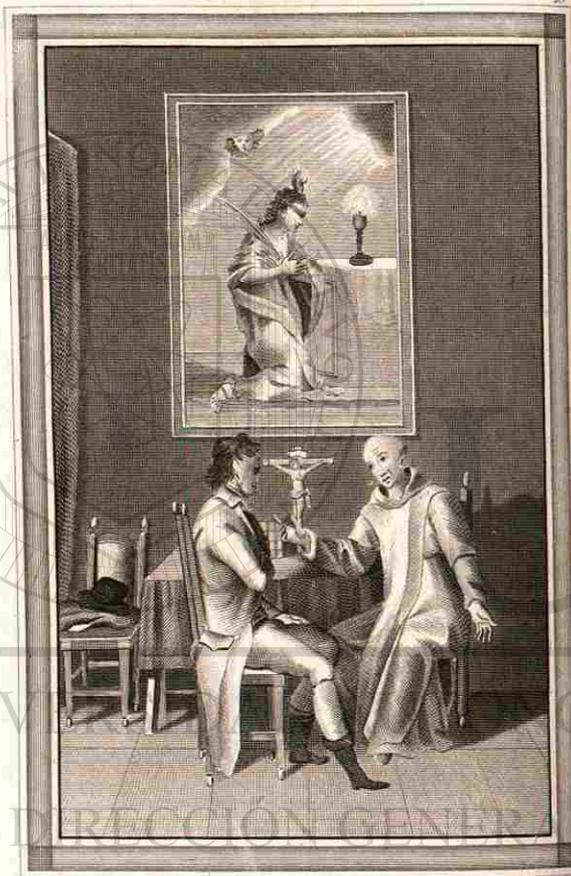
Pero no es difícil concebir que esta fué una parte del plan de intimidad y comunicacion que Dios ha tenido siempre, y que este misterio no es mas que una extension de las relaciones y enlaces con que Dios se ha dignado siempre de quererse unir con el alma que crió á su semejanza. Como mientras está ella en la tierra para merecer, no puede gozar de aquella íntima comunicacion que la ha destinado en la celestial Jerusalem, Dios la ha querido suplir dándola un pan de vida, de quien dice que el que le come habita en Dios, y Dios en él. Y como no solo es la carne y sangre de Jesucristo, sino tambien la plenitud de su divinidad, le transforma en sí, se une íntimamente con él, y produce en el alma...

Yo no pude oír hablar al padre de este sacramento sin sentirme inflamado. Ya habia hecho reflexion de que el padre hasta entónces no me habia hablado de comulgar, y aunque me habia yo propuesto dejarme conducir en todo por su celo, sin poner de mi parte mas que una humilde obediencia, no pude contenerme, y le interrumpí diciéndole: ¿Y qué, padre, aunque yo sea pecador tan indigno, no podré, alentado por mi do-

lor y la bondad divina, pedir este pan? El padre me respondió: Sí, señor; podeis y debeis pedirlo. Yo me alegro que lo pidais. Este pan no se debe obtener sino cuando se pide mucho, y aprovecha al alma á proporcion del hambre con que se pide.

Debo añadir, que segun la práctica comun, yo pudiera dárosle. Vos estais, segun lo espero de la bondad de Dios, purificado por la penitencia de toda culpa mortal, vos estais en la firme resolucion de no volver á cometerla; y espero mas, que ya estais en gracia de Dios. Esto basta sin duda para acercarse á la sagrada mesa, y obtener de la Iglesia este divino pan; basta para no comulgar indignamente; pero señor, son necesarias otras muchas cosas para comulgar con mayor fruto.

Esta accion es tan grande, es tan santa, que toda la vida del hombre apenas bastaria para prepararse á ella, y me parece que cuando se sale de una larga vida llena de impureza, es conveniente purificarse algun tiempo ántes de acercarse al altar. El Apóstol manda probarse ántes el hombre á sí mismo. ¿Qué prueba puede haber hecho el que no ha tenido tiempo de probarse? Por otra parte yo sé que este pan sirve tambien para sostener á los débiles, y que la sinceridad de la Penitencia suele suplir el tiempo. Permitidme solamente que os haga algunas reflexio



El Apóstol San Pablo nos enseña que debemos traer á el convite divino una fe acompañada de quatro calidades.

nes del elocuente Masillon, y vos mismo juzgaréis lo mucho que os debéis disponer para recibir á vuestro Dios. Yo le respondi que le escucharia con respeto, y él continuó:

La comunión es la mas alta, la mas sagrada accion del cristianismo. Su objeto es hacer nacer á Jesucristo en nuestros corazones, y si nó le hace nacer, mueren ellos por nuestra indisposicion; si no es para nuestra alma un fruto de vida, es una señal de muerte: terrible alternativa; y nó por esto digo que debemos alejarnos de la santa mesa. El pan que se distribuye en ella es el verdadero alimento del espíritu, la fuerza de los fuertes, el arrimo de los débiles, el consuelo de los tristes, y la mas segura prenda de la inmortalidad. Fuera muy peligroso privarse de ella; pero digo que lo sería mas recibirla sin estar bien preparado, sin haber vestido la ropa nupcial, y traer todas las disposiciones que merece acto tan divino, y que solas pueden darnos el comerle con fruto.

Nadie ha explicado mejor cuáles deben ser estas disposiciones que el Apóstol, y resumida su doctrina se nos enseña que debemos traer á este convite divino una fe acompañada de quatro calidades, y son: que sea tan respetuosa que discierna el cuerpo de Jesucristo; tan prudente, que pruebe y se asegure de su propio corazon; tan ardiente, que le obligue á amar; y tan generosa, que

esté pronta á todo sacrificio. Expliquemos las circunstancias y naturaleza de esta fe sucesivamente.

Cuando el Apóstol dice que esta fe debe ser tan respetuosa que discierna lo que hace, no habla de aquella fe que nos distingue de los incrédulos; habla de la fe viva que sabe penetrar las nubes que rodean el trono del Cordero; de aquella fe que casi le ve tal como es; de aquella fe que á pesar del velo con que este verdadero Moises se cubre en esta montaña santa, no deja de divisar su gloria, y no puede sostener su resplandor; de aquella fe que sin atreverse á fijar temerariamente su inmensidad, se siente penetrada de su presencia.

Habla de aquella fe que ve como los ángeles descenden del cielo y le cubren con sus alas, y que ve como las columnas del firmamento tiemblan delante de su terrible magestad; de aquella fe á quien los sentidos no pudieran añadir nada, y que es dichosa, no solo porque cree sin ver, sino porque casi vé lo que cree; de aquella fe tan reverente, que se apodera de ella un terror religioso desde que se pone á la vista del santuario, que se acerca al altar como Moises, á la sagrada zarza, y como los israelitas al monte de las tempestades; de aquella fe que sintiendo todo el peso de la Divina presencia, exclama como S. Pedro: Señor, retírate de mí, que soy un pecador;

en fin, de aquella fe cuyo respeto se acerca al terror, que necesita de que se la anime, que desde que descubre á Jesucristo en el altar, siente la fuerza de su impresion, se turba y teme, porque su ropa nupcial no es tan blanca como debe desear.

¡Ay señor! cuando Jesucristo se mostrara en el aire sobre una nube resplandeciente, los hombres se caerian de temor, los malos se escondrian en las cavernas mas profundas, y pedirian á las montañas que se desplomasen sobre ellos. Entónces no necesitarian de fe para saberlo. Ahora la fe nos dice que el mismo Jesucristo está en el santuario como sobre una nube de gloria; que desde que el sacerdote pronuncia las palabras misteriosas, la substancia del pan se convierte en la del cuerpo de nuestro adorable Redentor, los espíritus celestes descenden del cielo para adorarle, como sus ministros, y alternan con los hombres los cánticos de alabanzas.

La fe nos dice que aunque Jesucristo está en el trono de su misericordia, y dispuesto á conceder las gracias que los mortales le pidan, no por eso dejará de juzgar en verdad todos los corazones: que en esta multitud de adoradores que llenan sus templos, distinguirá las intenciones y pensamientos de cada uno; que allí separará los buenos de los malos; que traerá rayos en una mano y coronas en la otra; que pronunciará á

unos sentencia de vida, y á otros de muerte; y que con una mano invisible grabará sobre cada frente el carácter de la eleccion ó de la reprobacion eterna.

¡Ay señor! ¡cuántos habrá que al mismo tiempo que el Señor los arroja de sí se presentarán con falsa seguridad! ¡Cuántos, que miéntras Dios les señala un lugar en los eternos abismos, van á tomarle con temeridad en su santa mesa! ¡Cuántos, que la justicia divina pone entre los hijos de la cólera, y se atreven á ingerirse entre los hijos del amor! La carne que da la vida, se convierte para ellos en carne que les ocasionará la muerte. El Cordero sin mancha que puede lavar todas sus culpas, si se recibe indignamente, servirá para aumentarlas, y el que debiera ser su Salvador, es entónces su enemigo.

En otro tiempo no se podía ver á Dios sin morir al instante. Un pueblo entero de Betsamitas por haber visto el arca con curiosidad, fué exterminado. El angel del Señor cubrió de llagas á Heliodoro, porque se atrevió á entrar en el santuario de Jerusalem. Los israelitas en el desierto no podian acercarse al monte en que el Señor daba su ley: los rayos y relámpagos amenazaban á los atrevidos; el terror y la muerte iban por delante del Dios de Abraham; y ahora, porque no salen del santuario torbellinos de fuego, ¿nos podremos acercar sin terror y respeto?

¡Qué débiles somos los hombres! ¡qué ciegos! Nada nos hace impresion, sino lo que nos persuaden los sentidos. Solo somos religiosos, cuando el Dios que adoramos se muestra terrible; pero si supiéramos discernir el cuerpo del Señor, si la fe de su presencia nos hiciera la impresion que nos haria sin duda su presencia visible, ¿vendríamos á su mesa tan tibios, con devocion tan floja, y con un corazon casi insensible? ¿nos dispondríamos tan frios y tan ligeramente? Esta idea nos ocupara, nos agitara mucho tiempo ántes, necesitaríamos de mucho esfuerzo para no dejarnos intimidar por nuestro propio respeto y por su alta magestad.

Los dias que precederian al sagrado convite, fueran dias de retiro, silencio y oracion. Cada dia que pasara, aumentaria nuestra atencion, temores y alegrías. Este pensamiento no pudiera abandonarnos en nuestros negocios, conversaciones y las demas acciones de la vida, ni aun en el mismo sueño, porque nuestro espíritu lleno de fe no pudiera jamas olvidarse de tan grande esperanza, y no pudiera ver en todo sino á Jesu-cristo. La figura del mundo léjos de encantarlos, no supiera detener nuestra vista: tuviéramos ojos que no vieran; y sola la imágen de tan alto objeto nos obligaria á fijar nuestra atencion. Esto seria discernir el cuerpo del Señor.

Pero no puede discernirle una fe vulgar que

nada tiene de vivo, de grande, ni de sublime, y que no puede ser digna del Dios que nos mira. Es necesaria una fe que tenga mas gusto y mas hambre de este pan celestial, que de todas las viandas de Egipto; una fe que halle en este pan el único consuelo de su destierro, el alivio mas dulce de sus penas, el sagrado remedio de sus males, y el anhelo continuo de sus ansias.

Una fe que encuentre en él la luz de sus obscuridades, la paz de sus agitaciones, la calma en sus desgracias, un asilo en los rigores de la suerte, un escudo contra los ataques del demonio, un refrigerio contra los estímulos de la carne rebelde, y un nuevo ardor en las tibiezas de la devoción. En fin, discernir el cuerpo del Señor es poner mas cuidado, mas atención, mas respeto en recibirle, que en ninguna otra de las acciones de la vida. Es menester pues, examinarse sobre esto, y oír lo que nos dice la conciencia.

Tambien es menester examinar si tenemos fe prudente, esto es, que nos probemos y nos conozcamos. Bien sé, señor, que nada se nos esconde tanto como nuestro propio corazón; que el espíritu del hombre no puede conocer siempre lo mismo que pasa en él; que las pasiones nos seducen; que los ejemplos nos tranquilizan; que los errores nos engañan; que las inclinaciones nos arrastran; que el corazón cree siempre tener razón, y que muchas veces probarse á sí mismo

no es otra cosa que confirmarse en sus propios errores.

Bien sé, digo, que el hombre es así cuando está abandonado á su propio juicio; pero la fe tiene una luz superior que alumbrá los ojos de su alma y que enseña á conocerse, á descubrir los artificios de las pasiones, y forma un hombre que juzgue de todo por el espíritu. Debe pues probarse por las reglas de la fe. Y si hay objeto en que sea importante no engañarse, es sin duda este, en que un sacrilegio seria la consecuencia del engaño.

¿Y sobre qué nos debemos probar? Sobre la santidad del sacramento y sobre nuestra propia corrupción. Cada cual debe decirse: Yo voy á recibir la carne de Jesucristo: él es el Cordero sin mancha que no quiere que rodeen su altar sino aquellos que no han manchado sus vestidos, ó que los han lavado en la sangre de la Penitencia. ¿Y quién eres tú, alma temeraria, que te acercas con tanta seguridad? ¿Llevas contigo tu candor y tu inocencia? ¿Has conservado siempre intacto el vaso de tu cuerpo entre el honor y la santidad? Si por desgracia estás todo cubierto de llagas vergonzosas, si en tu cuerpo no se ve una parte que no tenga marca de delito, ¿dónde pondrás la carne del Cordero?

¿Qué pues! ¿esta carne tan pura podrá reposar sobre tu lengua, sepulcro horrible que ha exha-

lado tanto veneno? ¿esa carne que se dejó sacrificar con tanta dulzura, podrá residir en el instrumento de tus venganzas? ¿esa carne crucificada podrá unirse con tu corrupcion y sensualidades? Ella debiera ir á tu corazon; ¿pero cómo encontrará en él digno reposo? ¿No has hecho este santo templo caverna de ladrones? ¿La pondrás entre tantos deseos impuros, tantos amores profanos, tantos proyectos de ambicion, de envidia, de odio y de orgullo? Tú le preparas su habitacion en medio de tan execrables monstruos. ¡Ay! tú le entregas á sus enemigos, y le pones en las manos de sus verdugos.

Es verdad que te has confesado, y que la sangre del Cordero ha podido lavar tus iniquidades; ¿pero le quieres recibir con la misma boca con que acabas de vomitarlas? Tu corazon está humeando todavía con el fuego de muchas pasiones mal apagadas, que pueden mañana volver á inflamarse; ¿y te atreves á presentarte á los piés del altar para participar de los santos misterios? Tu imaginacion sin duda tiene frescas todavía las ideas de los excesos que acabas de contar al sacerdote; ¿y te vas con ellas á gustar el pan de las almas puras?

Tiempos hubo en que un gran penitente no se acercaba á la mesa del Señor sino despues de años enteros de humillaciones, ayunos, oraciones y austeridades. Se purificaba primero con el do-

lor, con las lágrimas, y los ejercicios públicos de una penosa disciplina; se hacia un hombre nuevo, sin que le quedase de la vida antigua mas que la memoria para avivar su arrepentimiento; sus delitos pasados no dejaban otras huellas que las que cubrian las maceraciones de la penitencia para borrarlas; en fin, la Eucaristía era entónces el pan del cielo que el pecador no osaba comer sino con el sudor de su frente. La Iglesia ha templado hoy el rigor de esta disciplina; pero conserva siempre un mismo espíritu, un mismo deseo.

Este pan es ázimo, y para comerle es menester estar exento de toda levadura. Por otra parte esta es la vianda de los fuertes. ¿Y cómo una alma que ha sido tan débil, que ha naufragado en todos los escollos, que ha resistido tantos años á la gracia, y que tiene tan larga experiencia de su fragilidad, puede tan repentinamente considerarse fuerte? ¿No convendrá primero examinarse, probarse, crecer, fortalecerse, ejercitarse en la caridad y en actos contrarios á los de sus primeras pasiones? ¿No será mas acertado acostumbrarse poco á poco, preparándose con el retiro, la oracion, la fuga de las ocasiones, y con victorias continuas de sí mismo? Pero en todo caso el confesor dispondrá lo que mas convenga, y expondrá otras consideraciones, segun las circunstancias de su penitente.

El Dios que se recibe es tan puro, que los as-

tros no lo son en su presencia; tan santo, que al primer pecado del ángel le precipitó del cielo, y abrió los abismos, para que un caos inmenso le separase de él eternamente; tan celoso, que un solo mal deseo le ofende. Es menester pues darle gloria, sondear el propio corazón en su presencia, y decirse: Yo voy á alimentarme de la carne de Jesucristo, y convertirla en mi sustento espiritual: ¿no hallará en mi alma nada indigno de su santidad? Nada se la puede esconder. El ve las intenciones y las inclinaciones secretas; verá la causa y el principio de mis excesos; examinará si el manantial está ya seco, ó si solo está suspendido su curso.

¡Ah! si me dijera como á Zaqueo: ¡Hoy ha entrado la salud en esta casa! pero esto depende de mí. ¿Estoy resuelto de buena fe á dejar esta pasión que ha sido tan fatal á mi inocencia? ¿esta idolatría de riquezas que me ha conducido á tantas injusticias? ¿este furor de juego que tanto ha dañado á mis negocios, salud y salvacion? ¿este carácter altivo, este genio soberbio que no puede sufrir la menor contradiccion? ¿esta vanidad que pretende salir de la esfera en que mis mayores me dejaron? ¿esta envidia que me aflige por la reputacion ó prosperidad de mis iguales? ¿este orgullo maligno y censor que quiere juzgarlo todo y jamas á sí mismo? y en fin, ¿este afan de delicias y este horror á la cruz, que ha-

ce como el fondo y la substancia de mi propio ser?

Es verdad que vengo de confesar estos delitos al ministro de Jesucristo; ¿pero estoy bastante preparado? ¿Soy ya una nueva criatura? ¿Estoy resucitado? ¿Lo estoy á vuestros ojos, ó mi Dios? ¿No me doy el nombre de vivo, estando quizas muerto? Alumbradme, Señor, y no permitais que vuestro Cristo, que vuestro Santo, descienda en la corrupcion. Vé aquí, señor, como es necesario probarse; y si no os sentís en este estado de pureza de conciencia, alejaos del altar. La carne del Verbo no quitará vuestra malicia, ántes añadiréis otra nueva. Vuestra religion será vana, vuestro culto idólatra, y vuestro sacrificio sacrilegio.

Pero no basta quedarse en el discernimiento y en la prueba; es necesario añadir nuevas disposiciones. Habis tomado medidas para no recibirle indignamente; pero aun os falta lo que es propio para recibirle con fruto, porque ademas de lavarse de los delitos, es menester revestirse de un deseo de mayor justicia y santidad. Es poco no ser traidor como Júdas; es menester desear amarle como los otros discípulos. En una palabra, no basta dejar de ser mundano, profano, orgulloso, vengativo, altivo, perezoso, en fin, aborrecer el vicio; se ha de amar también la virtud y ser dulce, humilde, caritativo, casto, fiel, buen cristiano, y recibir su sagrado cuerpo en memo-

ria y por el amor de Jesucristo. Esta es la fe que os he dicho que debe ser ardiente, y que nos mueva á amar.

Porque ¿qué es comulgar en memoria de Jesucristo, sino hacer memoria de todo lo que sintió su corazón en la institución de este Sacramento? *He deseado con ansia*, decía (1) á sus discípulos, *comer esta Pascua con vosotros*. Anhelaba pues con ardor que llegase este feliz momento. No le perdía de vista, y se consolaba con esta memoria en las amarguras de su pasión. ¿Y qué quería decir con esto, sino que se ha de traer á la divina mesa un corazón poseído de amor, un corazón ansioso con hambre y sed de Jesucristo? Porque este pan pide un corazón hambriento.

El cristiano fiel, le dice con S. Agustín: Venid, Señor, á tomar posesión de mi alma para ocuparla toda y reinar solo en ella, para habitar conmigo hasta la consumación de los siglos. Quizá mi alma es indigna todavía; pero vos la podeis hacer digna: adornadla con vuestra gracia, purificadla con vuestro contacto, renovad su juventud como la del águila. Si aun la quedan señales de sus antiguas culpas, vuestra sangre acabará de borrarlas. Venid, Señor, y con vos me vendrá todo; hacedme gustar cuán dulce sois.

¿Cómo puede tener estos sentimientos el que

[1] Luc. xxii. 15.

va con corazón frío y gusto amortiguado, el que acaba de gustar las diversiones y alegrías del siglo, y aquel á quien ocupan todavía los negocios del mundo y el tumulto de las pasiones? ¿Cómo podrá sentir la inefable dulzura de este pan celestial? ¿No es natural que al pié del trono de la gracia halle las imaginaciones de placeres tan recientes, de intereses tan vivos, de proyectos tan arduos, y de ideas que haciendo sobre el corazón impresiones mas fuertes que la presencia del Salvador, le arranquen del altar de Sion para trasportarle á Babilonia?

Comulgar en memoria de Jesucristo es recordar con la presencia de este Dios de amor todo lo que puede encender el fuego del corazón que le ama. La ausencia entibia los afectos. Jesucristo previó que sus discípulos olvidarian sus beneficios é instrucciones. Moisés no estuvo mas que cuarenta dias en el monte, y ya los israelitas habian olvidado los milagros que hizo para sacarlos del Egipto. ¿Dónde está este Moisés? decian entre sí; busquemos dioses que nos defiendan.

Para vencer esta inconstancia del corazón humano, Jesucristo nos dejó una prenda en que renueva su presencia, y quiere que con ella nos consolemos de su ausencia sensible; que con ella refresquemos la memoria de su doctrina, de sus milagros, de sus beneficios, y de toda su divina persona; y que al traves de esta misteriosa señal le

veamos naciendo en Belen, criándose en Nazaret, conversando con los hombres, corriendo los lugares y villas de la Judea, haciendo en todas prodigios que ninguno habia hecho, escogiendo discípulos groseros para constituirlos maestros del universo entero, confundiendo la hipocresía de los fariseos, anunciando á los hombres la vida eterna, dejando en todas partes señales de su poder y su bondad, entrando en Jerusalem con gloria, conducido con ignominia al Calvario, espirando sobre una cruz, vencedor de la muerte y del infierno, llevando consigo al cielo los que estaban cautivos, como trofeos de su victoria, y en fin, formando su Iglesia con la efusion de su Espíritu y la abundancia de sus dones: en una palabra, que en ella hallemos á todo Jesucristo con todos sus misterios.

San Juan Crisóstomo decia á su pueblo: Vosotros envidiais la fortuna de una muger que tocó sus vestidos, de una pecadora que le regó los piés con sus lágrimas, de las mugeres de Galilea que tuvieron la dicha de servirle, de sus discípulos que le hablaban familiarmente, de los pueblos de aquel tiempo que oyeron las palabras de salud y gracia que salian de su boca. Vosotros llamais felices á los que le vieron: profetas y reyes le desearon en vano; y vosotros si quereis, solo con venir al altar podeis verle, besarle, darle un ósculo santo, y regarle con vuestro llanto amoroso.

Si quereis, podeis tambien poner en vuestro seno al mismo que se puso en el de la gloriosa María. Nuestros padres iban á la tierra santa para adorar las huellas de sus piés; pero no es necesario correr tierras ni atravesar mares: la salud está cerca de nosotros, y su reino dentro de nosotros mismos. Mirad este altar, abrid los ojos de la fe, y veréis no lugares consagrados por su presencia, sino al mismo Jesucristo. Acercaos en memoria suya, y que vuestro corazon se derrita en las llamas del amor, considerando que allí está presente.

Es entónces cuando la memoria de todas sus virtudes debe ser mas viva, que debe estar mas presente al corazon y al espíritu para corregir nuestras flaquezas; y esto será comulgar en su memoria. Pero venir al altar cuando no ha mudado el corazon todos sus sentimientos, y le quedan algunos de los que tenia; acercarse á esta hoguera encendida llevando consigo restos de envidias, delicadezas y amor propio; no haberse desprendido de la sensualidad, de los deseos de agradar al mundo, de la estimacion injusta de riquezas, vanidades y honores; sentirse picado del mas ligero discurso, no poder sufrir la menor señal de desprecio; comulgar en fin, sin traer la semejanza de Jesucristo con la humildad, la paciencia, y todas sus demas virtudes, no seria comulgar en su memoria.

Bien sé que muchas de estas cosas, no siendo mas que imperfecciones y flaquezas, no deben siempre embarazar la comunión; que solo el pecado mortal, que quita la vida de la gracia, debe ciertamente impedir que se acerque al altar. Así no digo que no puedan llegarse los hombres con la esperanza de que este divino pan los fortalezca y acabe de curarlos de estos males que lloran; pero volveré á repetiros que si no se comulga indignamente, por lo menos no se saca todo el fruto que se puede. Y ademas, ¿quién puede juzgar de las disposiciones secretas de cada corazón, sino el Supremo Juez que los ve por adentro? Lo que los hombres podemos saber es, que cuando se comulga con tantas imperfecciones y flaquezas, no se comulga como desea Jesucristo, como el pecador necesita, y como es menester para que sea en memoria de su Salvador.

Lo que podemos saber es, que es peligroso comulgar en este estado cuando las comuniones que se hacen no sirven á mejorarle; que los apóstoles no fueron admitidos á la comunión sino despues que el Señor los lavó los piés, aunque les habia dicho que estaban puros. ¿Y nosotros, llenos de miserias, y casi sin deseos de mudar de vida, nos atreveremos á tocar y á comer del pan de que los ángeles no son dignos?

¿Qué pecador no debería exclamar: ¡O Dios! qué es lo que soy yo á tus divinos ojos? ¿Cómo me

miras ya, escudriñador verídico de los corazones? Nadie puede agradarte y desagradarte á medias; no hay medio entre la inocencia y el delito. Si no soy un justo, soy un delincuente; si no soy vaso de honor, es preciso lo sea de ignominia; si no soy un ángel de luz, lo soy de tinieblas; y si no soy un templo vivo de vuestro Espíritu, no puedo ser mas que un profanador. ¿Qué motivos, señor, para excitar nuestra vigilancia y atención sobre nosotros mismos, para examinarnos, para probarnos y sujetarnos con humildad á la dirección de un ministro prudente!

Si la obediencia nos lleva á la divina mesa, ¿con cuánto terror, circunspección y humildad debemos acercarnos al altar? ¿Con cuántas lágrimas y compunción debemos sentir nuestra indignidad? ¿Con qué ardor debemos pedir que supla estos defectos la bondad divina, y que este mismo pan de que nos reconocemos indignos, nos ponga en estado de recibirle otra vez mejor? Con esto comulgaremos en memoria de Jesucristo; pero tengamos presente que para hacerlo mejor, imitando los ejemplos de su vida, debemos tambien recordar la memoria de su muerte, y anunciarla. Esta es la que he llamado fe generosa.

El Apóstol nos dice: Que siempre que comamos y bebamos el cuerpo y la sangre de Jesucristo, anunciemos su muerte. ¿Y cómo la podremos anunciar? Nada es mas claro, y todos

los que comulgan la anuncian, tanto el que la profana como el que la recibe en gracia; porque este es un misterio, y no un mérito; es la propia naturaleza del sacramento, y no privilegio del que le recibe; es un efecto necesario de su institucion, y no depende de la disposicion del que comulga. El Apóstol nos advierte esto para que evitemos el abuso, y le comamos dignamente. Nos explica los misterios que incluye para hacernos ver las disposiciones que pide.

Con la comunion pues anunciamos la muerte del Señor de muchos modos. La anunciamos, porque la Eucaristía fué el preludio de su pasion. En los siglos primitivos este misterio era el precursor del martirio. Desde que la persecucion empezaba, todos los fieles se fortalecian con este pan de vida, llevaban á sus casas este precioso tesoro, y con esta prenda de inmortalidad no huían de la muerte, muchos la deseaban con ardor. En las prisiones se alimentaban con él, esperando el martirio. Las castas doncellas, los jóvenes fervientes, y los ministros santos participaban en los calabozos de este sagrado pan, y en aquellos lugares que no presentaban mas que imágenes de tormentos y suplicios, resonaban los alegres cánticos de gracias y los dulces gemidos de la esperanza. De allí salian para presentarse en los cadalsos con una santa firmeza, y derramaban en ellos ojeadas de constancia y magnanimi-

dad, que llenaban de estupor á sus tiranos. Anunciaban pues la muerte del Señor, preparándose al martirio con la comunion.

Si la paz de la Iglesia no permite que la muerte sea hoy la recompensa de la fe; si nos faltan aquellos tiranos extrangeros, ¿no tenemos otros mas crueles, porque son interiores, y en vez de aquel martirio de sangre no puede haber otro de amor? ¿No puede una alma enamorada anunciar la muerte de su Dueño suspirando por la disolucion de su cuerpo con el deseo de ir á gozarle cara á cara? ¿No puede, mirando con horror esta mansion de lágrimas y penas, este abismo terrestre de errores y pasiones, levantar el corazon y volar con las alas de la paloma á la santa montaña á que voló su Esposo? Sí puede; y estos debieran ser los deseos del que viene al altar. Cada uno que comulga fervoroso, debiera con sus suspiros apresurar el fin de su destierro, y el momento de ir á gozar de Jesucristo.

Tambien este misterio anuncia la muerte del Señor, porque Júdas formó en él la última resolucion de venderle. ¿Qué debe producir en el que comulga este recuerdo, sino el ardor de reparar con su amor y respeto tantas comuniones sacrílegas que crucifican de nuevo á Jesucristo, llorar los ultrajes que se le hacen, y confundirse en su presencia de que el mas alto de sus beneficios sea ocasion de los delitos mas horribles,

temblar por sí mismo, adorar su bondad, que en favor de los escogidos sufre tantos y tan indignos sacrilegios, y rogarle aparte de nosotros las calamidades que este delito acarrea á la tierra? Porque si el Apóstol ya se quejaba en su tiempo de que las enfermedades populares, las muertes repentinamente, y tantos otros males eran efecto de la profanacion de este Sacramento, ¿cómo no debemos pensar que tantas guerras desolaciones, esterilidades y demas males que nos rodean, no tengan tambien el mismo origen?

Se anuncia tambien la muerte del Señor, porque siendo la hostia el cuerpo de Jesus crucificado, el que la recibe debe estar al pié del altar, como si estuviera al de la cruz. Debe estar como las mugeres y discípulos que recogieron sus últimos suspiros, y fueron testigos de la consumacion de su sacrificio. ¿Qué debian pensar estos corazones fieles de un mundo que crucificaba á su Señor? ¿Con qué ojos podrian ver á sus crueles verdugos? ¿Temerian declararse discípulos de aquel que á costa de su sangre se declaraba tan de veras su Salvador?

El que comulga, pues, y no se declara sino á medias, y casi se avergüenza de la cruz de Jesucristo; el que mezcla cierto aire ó gusto del mundo con la virtud; el que no confiesa á Jesucristo con la frente descubierta, que no se atreve á privarse de un espectáculo en que se le ol-

vida, de una concurrencia en que se le ofende, de un empeño en que se aventura la inocencia, de cierto género de vida que el mundo llama necesario, y no es conforme á las máximas del Evangelio: este no anuncia la muerte; este no es de los discípulos de Jesucristo; por el contrario, conserva inteligencia con sus enemigos, y quizá lo es él mismo: porque Jesucristo ya venció al mundo, ya condenó sus máximas y errores. Anunciar su muerte, es recordar su victoria, y el corazon que vive todavía con la vida del mundo, destruye el fruto de su muerte, disputa á Jesucristo el honor de su triunfo, y en vez de anunciarla, tal vez la renueva con sus enemigos.

Por otra parte, este misterio es la consumacion del sacrificio de la cruz, porque nos aplica su fruto; y nada puede darnos en la comunión derecho al fruto de la cruz, sino los ejercicios de la misma cruz, los sufrimientos, las mortificaciones, y una vida penitente y austera. ¿Cómo pues, el que vive en las delicias puede atreverse á anunciar la muerte del Señor? ¿Cómo el que lisonjea y acaricia un cuerpo relajado con los halagos y placeres, puede tambien alimentarle con una carne crucificada? ¿Quién se atreverá á incorporar un cuerpo moribundo y coronado de espinas con miembros delicados y sensuales?

Esta mezcla fuera monstruosa. El cuerpo de

Jesús está crucificado; sus miembros todos padecen. Si el que comulga no ha mortificado su cuerpo, si no ha hecho violencia á sus sentidos y deseos, si ha pasado su vida en una voluptuosa indolencia, si las aficciones le impacientan, si lo que contradice á su humor le exaspera, si no se ha impuesto obras de mortificación, ó si no recibe bien las que Dios le envía, jamás podrá unir su carne con la de Jesucristo: y ved aquí por qué una vida afeminada y divertida es un mal anuncio para la comunión.

En fin, se anuncia la muerte del Señor en este misterio, porque el Señor está en él, como en una especie de muerte: tiene boca, y no habla; ojos, y no se sirve de ellos; piés, y no anda. Este es el modelo y el modo con que se anuncia su muerte, cuando se recibe su cuerpo. Es menester llevar unos ojos acostumbrados á no ver la tierra; una lengua instruida á callar, ó no hablar mas que de Dios; unos piés y manos inmóviles para las obras de pecado; los sentidos apagados; miembros mortificados; en una palabra, una como muerte universal de todo el cuerpo.

El estado que tiene Jesucristo en la Eucaristía, es el que debe tener el cristiano en la tierra: estado de retiro, de silencio, de paciencia y humillación. ¿Cómo está Jesucristo en la Eucaristía? Está en el mundo, como si no estuviera; está en medio de los hombres, pero invisible.

Ve sus vanos discursos, sus esperanzas frívolas, sin tomar parte alguna. Ve sus solitudes y agitaciones, y los deja obrar. Se le tributan honores divinos, se le ultraja, y siempre es el mismo; parece tan insensible á los insultos como á los respetos. Ve que se renuevan los siglos, las familias y los imperios; que las costumbres se mudan; que el gusto de los hombres y de los tiempos varía; que los usos pasan y se renuevan; que el mundo instable está en revoluciones continuas; que las heregías prevalecen; que su heredad se divide; que las guerras, sediciones y otros muchos movimientos con sacudidas violentas trastornan el universo entero, y él permanece tranquilo entre tantas ruinas. Nada puede sacarle de la íntima inefable atención con que se une á su Padre: nada turba el divino reposo con que siempre vivo en su santuario está intercediendo por los hombres.

Ve aquí el dechado de los que van á recibirle. Han de llevar á la sagrada mesa ojos, en cuanto sea dable, cerrados á todo lo que puede lastimar el alma, lengua contenida con una guarda de circunspeccion y de pudor, oídos castos que no escuchen los silbos de las serpientes, ni los dulces sonidos del deleite, que corrompen el corazón; una alma tan insensible al desprecio como al elogio, independiente de los sucesos de la tierra, igual en la buena y mala fortuna, que vea con

indiferencia todo lo que pasa, que solo esté atenta á su objeto, que es la eternidad, que no pierda de vista á su Dios, y que tenga su conversacion en el cielo.

No digo que se deba excluir del altar al que no haya llegado á este estado de muerte, pues este debe ser el afan de toda la vida, y la misma carne de Jesucristo nos debe ayudar en esta empresa; pero digo, que para acercarse dignamente, es menester aspirar á ella, luchar con sus sentidos, batallar contra sus flaquezas ganando alguna cosa cada dia: es menester expiar con el retiro, el silencio, la oracion, el llanto y las maceraciones, las continuas victorias que ganan sobre nosotros las impresiones del mundo, y levantarse con ventaja de sus caidas.

Quiero daros á entender, que este sacramento mas ha de ser el fruto que la señal de la penitencia; que para poder sustentarse con la carne de Jesucristo, es preciso vivir ya con su espíritu; que la plenitud del Espíritu Santo ha de venir á morar en la alma, para que el divino Verbo pueda vivir como de asiento en ella; que la lectura de los libros santos y los rigores saludables de la penitencia, deben preparar en el corazon la habitacion de Jesucristo, á fin de que sea el arca santa en que este maná se deposite en medio de las tablas de la ley y de la vara de Aaron.

Quiero haceros comprender que nada debe ha-

cer temblar tanto al que ha vivido en los peligros del siglo, y que debe volver á ellos, como comulgar sin haberse probado y preparado con el arrepentimiento, las lágrimas, el retiro y la confesion; que Jesucristo puede ser ultrajado en su santuario como en las asambleas de los pecadores; en una palabra, que para presentarse con decencia en la mesa del Esposo, es menester que la esposa vaya vestida de la ropa nupcial, de una fe respetuosa que la discierna, de una fe prudente con que se pruebe, de una fe viva que ame, y de una fe generosa con que se sacrifique. El que no va con estos arreos, deshonra en cierto modo la dignidad del Esposo en el sagrado convite de su amor.

El Centurion tenia una fe tan ilustrada como viva: era tan rico en buenas obras, que hacia erigir edificios públicos en honor de Dios; y con todo, no se cree digno de recibirle en su casa. María, la mas perfecta de las criaturas, se asombra cuando un ángel la anuncia que el Verbo iba á bajar á su seno, se confunde, se turba y se humilla. ¿Y qué somos nosotros para sentarnos á su mesa con tan poca precaucion? ¿Cómo se atreve á presentar el que no puede ofrecer mas que las obras de un corazon que el mundo ha pervertido largo tiempo, que no sabe si ha podido arrancárselo por entero, ó si aun le queda algun afecto secreto y delincuente á las criatu-

¿as? ¿El que, aunque arrepentido tiene á la vista obras consumadas de pecado que acaba de cometer, y que quizá no puede presentar mas que débiles esfuerzos de salud, deseos que pueden malograrse, intenciones que pueden pervertirse?....

Al oír estas palabras, mi corazón, que después de largo tiempo estaba comprimido, no pudo más, y sin que yo pudiera detenerle, prorrumpió en un torrente de lágrimas. Los sollozos y los alaridos salieron atropellándose involuntariamente de mi pecho. Yo quería hablar, y no podía. El llanto me anegaba, y los suspiros me interceptaban las palabras. Yo sentía mi indignidad: corrido, avergonzado, y reconociéndome en el retrato, hubiera querido esconderme á los ojos de la tierra y á las luces del cielo. No podía articular; y hechándome á sus piés, apenas pude decirle con labio balbuciente: *Sí, yo soy indigno.* El padre me recogió en sus brazos, se enterneció de verme en aquel estado, sus ojos se llenaron también de lágrimas, y haciéndome sentar otra vez, se esforzó á darme consuelo con discursos de dulzura y de paz; y cuando me vió un poco sosegado, me dijo:

No os aflijais, señor; nada de lo que he dicho debe contristaros. Es claro que el hombre no puede prepararse demasiado para este tan alto sacramento, que la intencion de la Iglesia es que

las pruebas y la penitencia le procedan; y por eso ha dispuesto que la comunión pascual no se diera sino después de los cuarenta días de cuaresma, mostrándonos que los grandes pecadores necesitan de algun tiempo de prueba y mortificación para llorar sus pecados, para purificarse con la oracion y los ayunos, y prepararse con esto á la participacion de los santos misterios. Nos quiere hacer ver que conviene ponerse algun intervalo de penitencia entre los desórdenes y la mesa del Señor; pues pasar del delito al altar, seria, dice S. Bernardo, consumir la iniquidad, en vez de venir á lavarse con las aguas de la gracia.

Pero, señor, estas máximas que son generales, tienen sus excepciones, y la prudencia debe moderarlas. Cuando la compuncion es viva, cuando las lágrimas de la contricion son abundantes, cuando se ven señales de una conversion sincera, eficaz y completa, la Iglesia misma aconseja que se abrevie el tiempo de las pruebas, y que se consuele el dolor del penitente con el uso de este pan celestial. La gracia suele obrar estos efectos, y hay penitentes tan arrepentidos y penetrados de dolor, que apenas dicen al Padre de familias: Pequé contra el cielo y contra vos, cuando se les puede sentar á su mesa, y restablecerlos en todos los derechos que habian perdido.

Por otra parte, un alma, aunque sinceramente convertida, aunque muy resuelta á servir á Dios abandonando sus pasiones, no puede estar segura de resistir á los peligros, si se considera la inconstancia humana, y es menester sostenerla y fijar su voluntad con la gracia de los santos misterios. Si quedara mucho tiempo sin este socorro, léjos de purificarse con la penitencia, podria debilitarse por su ligereza. Las leyes de la Iglesia estan llenas de condescendencia, de caridad y de cordura: no tienen otro objeto que la salvacion de los pecadores; y todo lo que conduce á este fin, es lo que se conforma mas con sus intenciones. Así conviene muchas veces dispensar de sus reglas para entrar mejor en sus ideas, y ser débil con los débiles para salvarlos á todos.

Vuestras lágrimas, señor, me persuaden de la grandeza de vuestra compuncion; y si, como creo, un deseo ardiente y sincero de recibir á Jesucristo, es lo que os impele á venir á su altar, la vivacidad del amor será acreedora á la mayor prontitud. Vamos, pues; preparaos, y yo soy el que os conducirá. ¡Teodoro! cuando el padre me habló así, cuando le oí que yo podia recibir al Señor, no sé qué terror religioso se apoderó de mí. Yo me sentí erizar los cabellos, un frio general me corrió por todos los miembros, y el corazon me batia con violentos latidos.

Pero habiendo reconocido por sus discursos cuán indigno era de tan excelso don, y que su prudencia no me le concedia sino por atemperarse á mi flaqueza, le respondí que penetrado de mi indignidad, yo me sometia á todas las pruebas, y á todo el tiempo que quisiera imponerme; que yo deseaba ser ménos indigno, y que él podia dictarme todas las leyes que quisiera. El padre me respondió que no era menester detenernos mas; que Dios por su misericordia daria á mi alma las mejores disposiciones; pero yo, que volvia los ojos sobre mi vida pasada, el poco tiempo que habia pasado despues de mi conversion, lo resiente de mis delitos, y la falta de mi penitencia, me llenaba de terror con la idea de llegar en este estado á recibir á mi Dios. Así volví á repetir que yo esperaria todo el tiempo que quisiera; y aunque el padre me volvió á replicar, que no, yo me atreví á consentir. Este debate duró algun tiempo, y hasta que el padre me dijo:

Vuestra resistencia es buena, pues procede de vuestra humildad; pero vuestra obstinacion no fuera cristiana. Vos no debéis juzgaros á vos mismo; vos me habeis escogido por vuestro juez, y soy yo quien os debo juzgar. Tambien sabéis que estoy para con vos en lugar de Jesucristo, que os hablo en su nombre, y que me debéis obedecer. Tomemos pues un temperamento, que

deje algun ensanche á vuestra humildad, al deseo que teneis de prepararos bien, y que no dilate demasiado el fruto que podeis sacar del don divino. Hoy es lúnes: destinemos el domingo, dia de la Resurreccion del Señor, para perfeccionar la vuestra. Aun nos quedan seis dias; ocupemoslos todos en prepararnos lo mejor que podamos. Jamas será como debemos, pero fiémonos en la bondad divina. Ya es tarde, y es tiempo de que me retire; mañana continuaremos esta materia.

Yo respondí, que estaba pronto á obedecerle en todo, y que le rogaba me ayudase con sus oraciones y consejos; porque yo me sentia tan indigno de este excelso favor, como incapaz de disponerme solo. El me lo prometió, y se fué. Yo Teodoro, quedé desasosegado, pareciéndome que el padre me habia señalado un término muy corto, y acusándome de que el terror se apoderase de mí mas que la confianza. Mi noche no fué ni tan dulce ni tan serena como la anterior; pero en mi primera carta verás lo que me pasó en el siguiente dia. A Dios, amigo.

CARTA XXVII.

EL FILOSOFO A TEODORO.

TEODORO mio: esta noche la pasé muy desasosegada. A pesar de cuanto me dijo el padre para tranquilizarme, la inquietud que él mismo ocasionó en mi corazon, no me dejaba reposar. Sentia en mi interior que nada podia destruir la conviccion intima de mi indignidad. ¡Que! me decia á mí mismo, ¡un miserable que ha pasado su larga vida en lo mas profundo de la corrupcion, irá tan presto, y sin ninguna penitencia á sentarse en la mesa preparada para los amigos de Dios? Estas ideas me afligieron toda la noche. La memoria de mis muchos delitos, sobre todo la de algunos mas execrables, y que punzaban mas mi corazon, me llenaba de horror.

Pero la idea que en aquel momento se despertó con mas viveza, y me perseguia con tenacidad, fué la imágen de un hombre que acababa de mo-

deje algun ensanche á vuestra humildad, al deseo que teneis de prepararos bien, y que no dilate demasiado el fruto que podeis sacar del don divino. Hoy es lúnes: destinemos el domingo, dia de la Resurreccion del Señor, para perfeccionar la vuestra. Aun nos quedan seis dias; ocupemoslos todos en prepararnos lo mejor que podamos. Jamas será como debemos, pero fiémonos en la bondad divina. Ya es tarde, y es tiempo de que me retire; mañana continuaremos esta materia.

Yo respondí, que estaba pronto á obedecerle en todo, y que le rogaba me ayudase con sus oraciones y consejos; porque yo me sentia tan indigno de este excelso favor, como incapaz de disponerme solo. El me lo prometió, y se fué. Yo Teodoro, quedé desasosegado, pareciéndome que el padre me habia señalado un término muy corto, y acusándome de que el terror se apoderase de mí mas que la confianza. Mi noche no fué ni tan dulce ni tan serena como la anterior; pero en mi primera carta verás lo que me pasó en el siguiente dia. A Dios, amigo.

CARTA XXVII.

EL FILOSOFO A TEODORO.

TEODORO mio: esta noche la pasé muy desasosegada. A pesar de cuanto me dijo el padre para tranquilizarme, la inquietud que él mismo ocasionó en mi corazon, no me dejaba reposar. Sentia en mi interior que nada podia destruir la conviccion intima de mi indignidad. ¡Que! me decia á mí mismo, ¡un miserable que ha pasado su larga vida en lo mas profundo de la corrupcion, irá tan presto, y sin ninguna penitencia á sentarse en la mesa preparada para los amigos de Dios? Estas ideas me afligieron toda la noche. La memoria de mis muchos delitos, sobre todo la de algunos mas execrables, y que punzaban mas mi corazon, me llenaba de horror.

Pero la idea que en aquel momento se despertó con mas viveza, y me perseguia con tenacidad, fué la imágen de un hombre que acababa de mo-

rir á mis manos. Este espectáculo que no se apartaba de mi memoria, no me dejaba sosegar un momento. Procuraba consolarme, pensando que aquel lance mas parecia una desgracia que un delito; que el extrangero fué víctima de su furor, y no de mi venganza; que habia sido tan injusto como violento, que me habia provocado, que mi primera intencion no fué matarle, sino defenderme; que me habia forzado á darle la muerte, por no perder la vida á manos de su brutal fiereza; pero por mas que me representaba lo que podia servirme de disculpa, no se me ocultaba que yo habia sido la primera causa del estrago.

En todas partes veia á este infeliz postrado en tierra por mi feroz brazo: veia delante de mí el suelo que yo manché con su sangre: pensaba en su alma inmortal, que yo habia quizas precipitado en una suerte eternamente infeliz, pues no podia disimularme su mala vida, sus costumbres corrompidas; y que cuando no me horrorizara este conocimiento, el modo solo de su muerte era un delito. Me indignaba contra mí mismo, considerando que era mi bárbara mano la que le habia cortado el tiempo de convertirse, todos los medios de penitencia, y toda esperanza de perdon. Creia verle en medio de tormentos sin fin, de tormentos que yo merecia, y en que estaria tambien el infeliz Manuel.

La imágen de este se juntaba para afligirme

mas, y completar mi horror; pero por lo ménos me consolaba con el pensamiento de que, aunque cómplice y compañero de sus excesos, no fuí el autor de su postrer desgracia. La del extrangero me llenaba de mas terror; era un cruel torcedor que me oprimia el pecho, una sierpe feroz que me roia las entrañas, un puñal agudo que me destrozaba el corazon. ¡Qué! gritaba sin poder contenerme, ¡yo he muerto á un hombre! ¡Yo puedo ser causa de que esté condenado á penas irrevocables, á dolores eternos! ¿y me atreveré con las manos bañadas todavia de su fresca sangre, con el pecho rasgado por tantas furias, á recibir al Dios de la paz y del amor?

Estaba entre estas violentas agitaciones cuando llego la hora, y con ella mi santo conductor. Cubierto de lágrimas le expuse el estado lamentable de mi alma, y le pedí con ansia difriese el tiempo de mi comunión, que me diese tiempo para hacer penitencia rigurosa, y lavar ántes con mi propia sangre tantos delitos, y sobre todo la sangre de que me sentia cubierto. El padre escuchó con paciencia la larga expresion de mi pena, se enterneció conmigo, ví correr lágrimas compasivas de sus modestos ojos, y despues de haber procurado sosegarme, hizo que nos sentásemos, y me habló de esta manera.

Vuestro dolor es justo, señor. Vos habeis empleado muy mal vuestra vida, vos habeis ofen-

dido mucho á Dios. Todo debe affigiros, y no extraño que la muerte de un hombre os cause remordimientos tan voraces. Quitar la vida á un hombre, es uno de los mayores delitos. Dios, que es el que solo puede darla á todos, es él solo tambien quien la puede quitar; y el hombre que se atreve á quitar la vida á otro, insulta su soberanía, ultaja su magestad, y se hace reo de todas las consecuencias. Vuestros temores son bien fundados; Dios señala el tiempo á su justicia, y segun las luces de la fe todo debe temerse de tan fatales circunstancias.

A la verdad es mal estado para perder la vida haberla pasado en tanto desórden, sin haber tenido tiempo para apelar á la penitencia, y es un delito nuevo el haberla perdido, violando en el mismo lance todas las leyes divinas y humanas. Entónces á una vida horrosa acompaña una muerte escandalosa: todo es horrible en suceso tan trágico, todo es temible; pero Dios es un tesoro de bondad tan escondido como inagotable, y tiene recursos de misericordia, que no penetran los hombres. A nuestra fe y nuestro respeto no ha dejado otro arbitrio que el de humillarnos, arrepentirnos y someternos, adorar los arcanos de su sabiduría impenetrable; y llenos de la idea de su infinita misericordia, esperar contra la misma esperanza.

Esto no quita que nuestro dolor no deba ser

vivo, nuestras lágrimas continuas, y nuestra penitencia incesante; pero cuando el mal ha sucedido, cuando ya es imposible al hombre remediarlo, cuando no hay medio de que no sea lo que ha sido, ¿qué puede hacer el hombre miserable á quien Dios se dignó de abrir los ojos y demostrarle sus errores, sino llorarlos implorando su clemencia? El pecador se ve lleno de terror, cubierto de iniquidades, digno de todos los castigos; pero si su propio conocimiento le atemoriza, ¿cómo no le alentará la esperanza, cuando levanta los ojos, y ve en el Dios poderoso que ha ofendido, un amoroso Padre que le aguarda, y que no espera mas que un suspiro sincero de su corazon, un verdadero arrepentimiento para perdonarlo todo? Cuando le ofrece en los méritos de su Redentor un tesoro superabundante, no solo para desquitar sus delitos, sino todos los del universo, ¿qué puede hacer, digo, sino echarse á los piés de esta misericordia que le espera, abrazarse con la cruz, que es el canal por donde le comunica su perdon, y el instrumento que en falta de sus méritos le hace propios los de su Dios? En fin, ¿qué podrá hacer sino recurrir á los medios que la bondad divina le proporcióna en los sacramentos de la Iglesia?

Vos lo habeis hecho, señor: vos me habeis contado con dolor, y como á ministro del Dios que habeis ofendido, ese y los demas de vuestros de-

litos; yo en su nombre os he perdonado ese y todos los demas, y espero que su inmensa piedad ha ratificado en el cielo mi absolucion. En esta parte hemos cumplido con uno de los medios que nos propone; nos queda otro, y es el de la Eucaristía. Vos os teneis por indigno: teneis razon. Y este sacramento no es para los dignos, porque no hay hombre que lo sea; no es para los que son indignos, y no piensan en dejarlo de ser, porque le profanan, y se hacen mas indignos; pero es para los que han sido indignos, y ya quieren dejarlo de ser.

Así es, señor: si este sacramento es para los justos, porque Dios se complace en venir al seno que adorna con su gracia, y en añadir fuerza al fuerte, tambien es para el débil, que despues de haber perdido á su Dios le viene á buscar arrepentido; tambien lo es para sostener al que todavia mal seguro entra ya en el camino del cielo. Ea, señor, alentaos; reconoced con humildad que todavia no podeis juzgar de las cosas de Dios. Vos podeis y debeis pensar en su presencia que no sois digno de bien tan soberano; ¿pero no lo fuérais mas si con este motivo tuviérais el orgullo de querer gobernaros por vuestro propio juicio? ¿No sabeis que la obediencia vale mas que el sacrificio? ¿Y quién es el que os dice que os prepareis para venir á la mesa divina? El hombre que Dios os ha destinado para que os recon-

cilie con él, el amigo á quien habeis confiado vuestros delitos mas secretos, y conoce ya toda vuestra iniquidad, el que os ha escuchado como ministro de Jesucristo, y que os lo dice en su nombre. ¿Qué podeis pues hacer sino obedecerle?

Sabed, señor, que Jesucristo no vino á la tierra por los justos sino por los pecadores. Sabed que él mismo los convida á estos (1): *Venid á mí, decia, todos los que estais cargados y fatigados, que yo os aliviare.* ¿A quienes llama, señor? No es á los que estan libres, y vuelan con las alas de la gracia, no es á los que andan con facilidad este camino, porque no tienen peso que los abrume; es á los que estan cargados de pecados, á los que estan fatigados con sus iniquidades. Parece que á proporcion de que su carga es grande, les da derecho para acercarse mas á él, cuando ya le buscan arrepentidos. Así, pues os considerais uno de los mayores pecadores, tambien debeis considerar que sois uno de los que le llama.

¿Y por qué haréis á la gracia el agravio de creer que no haya podido lavar vuestras culpas, y que no sea capaz de sosteneros? Sin duda que para accion tan santa es menester probarse, como dice el Apóstol; pero esta prueba no es tan difi-

(1) Matth. xi. 28.

cil, y solo se pueden engañar los que quieren. ¿Qué se pide del pecador? Que esté sinceramente convertido, que deteste sus errores pasados, que esté seriamente resuelto á no cometerlos otra vez, y á tomar todos los medios de conseguirlo, que esté bien confesado, y que venga con un deseo sincero y ardiente de unirse con Jesucristo, que ha bajado del cielo para unirse con él.

Ved aquí todo lo que se pide. Yo no dudo que estos sentimientos reinan en vuestro corazon: esto basta. La santa Eucaristía hará lo demás; y léjos de que nuestra pasada indignidad, ó el temor de nuestra flaqueza nos alejen, debemos buscar en ella el remedio de estos mismos males. Con tal que nuestro corazon lo desée, ella sabe repararlo todo, ella perfecciona nuestras intenciones, y nos da la fuerza de ejecutarlas. El mismo Jesucristo nos ha dicho, que el que se alimenta de su cuerpo, vive por él (1): *Et qui manducat me, et ipse vivet propter me.*

Es pues la comunión misma la que os hará practicar todas las virtudes, la que os enseñará á separaros cada vez mas de las ilusiones del mundo, á despreciar todo lo que debe acabarse, á arrancar de vuestro corazon todo lo que no es digno del Dios que habita en él, y á poner en lu-

(1) Joann. vi. 58.

gar de los vicios que destruyen, las virtudes que vivifican. La frecuencia de la santa mesa os dará un gusto nuevo de la oracion, del retiro y de todos los ejercicios de la vida cristiana. Con el uso de este manjar divino adquiriréis fuerzas para resistir á los peligros, huir de las ocasiones, y defenderos contra vuestra flaqueza propia; en fin, el uso mismo de este pan celestial os pondrá en estado de acercaros al altar mas dignamente. Una comunión debe servir de preparacion para otra. Alejarse de ellas es el mayor peligro, porque con eso crece progresivamente la tibieza, se enfurecen las pasiones, Jesucristo se ausenta, y el hombre se endurece en el pecado.

No se puede pedir de un pecador, que ha estado largo tiempo ciego, y á quien ha movido la piedad de Dios, que de repente tenga toda la perfeccion que exige tan alto misterio. Tampoco se ha de imaginar, que la sagrada Eucaristía deba desde luego establecernos en un estado inmutable de justicia. Esto no se concede en la tierra; es el privilegio del cielo, donde Dios se manifiesta en toda su hermosura al alma bienaventurada, la penetra de los ardientes fuegos de su amor, y la reduce á la dichosa impotencia de ofenderle. Nadie ignora que en la tierra la vida del hombre es una tentacion continua; que se han visto tristes ejemplos; que tal vez hasta los justos han contristado la Iglesia con funestas caídas, y que

el que está en pié debe estar siempre con cuidado para no caer. Así solo le pide que su disposición actual sea buena, y que implore con confianza el socorro del cielo para mejorarla mas cada día; que despues de haber tomado el remedio, no se le vean los mismos males que ántes; que si no está perfectamente curado, esté á lo ménos como un convaleciente, que se va sucesivamente fortificando; que manifieste que ya corre en sus venas la sangre del Salvador, que procura parecersele en algo, y que tiene ya sentimientos dignos de tanta elevacion.

El que come mi carne y bebe mi sangre, decia Jesucristo (1) *se queda en mí, y yo me quedo en él.* No dice: Se une conmigo, sino *se queda en mí.* Tampoco dice: Me uno con él, sino *me quedo en él:* esto es, establezco, formo en su corazon una mansion fija, sólida y durable; hago con él una alianza firme y constante. En efecto, señor, una santa y humilde comunión llena al alma de tantas gracias; Jesucristo se une con ella tan íntimamente, y de una manera tan inefable, que se siente inflamada con vivas fuerzas, y mayor valor. Su fe se aumenta tan sensiblemente, que anda mucho tiempo, como el Profeta, con la fuerza y el socorro de esta vianda santa, y es difícil que el que comulgó con sinceridad y buena fe pueda pasar rá-

(1) Joann. vi. 57.

pidamente del mas poderoso remedio de la Religion á flaquezas indignas de una alma cristiana.

Creed, señor, que un terror demasiado puede ser una tentacion. Vos sois indigno; todos lo somos. No hay mortal digno de llegar al altar de Jesucristo, si él mismo no lo hace; pero él quiere que llegemos, él nos convida. El ha abierto un hospital magnífico para curar á todos los enfermos, y el remedio es su propia sangre, remedio infalible cuando se recibe con fe y amor. Sciria faltarle no venir. Solo un enemigo de sí mismo puede no aprovecharse de don tan grande. El mas llagado, el que está mas corrompido debe apresurarse mas. Este sacramento es un tesoro para los pobres, y una medicina para los enfermos. Sin duda que es el pan de los justos; pero no deja de ser tambien de los penitentes, y si es la vianda sólida del robusto, es tambien la leche de los que empiezan. Está preparado para todos, y principalmente para los enfermos; porque los que estan sanos no necesitan de médico, sino los que no lo estan.

Todo consiste en nuestra preparacion. De esta depende el fruto que se nos aplica; porque la gracia de este sacramento será proporcionada á la fe y al amor del que le recibe. El en sí mismo es infinito é inagotable; porque contiene á Jesucristo entero, que es el principio verdadero de todas las gracias, y cada accion suya es infinita,

y capaz de borrar todos los pecados del mundo. El Espíritu Santo es el que aplica á los fieles estos méritos, y los aplica á cada uno á proporcion del ardor y eficacia con que los pide. Es un oceano sin fin, del que cada cual saca toda el agua que puede caber en su vasija. El agua no puede faltar, pero ninguno puede sacar mas de la que puede contener su vaso; y al que le lleva muy grande, por el ansia y ardor con que la solicita, se le dice lo que decia David (1): *Abre la boca, y te la llenaré toda.*

¿Y qué es menester para prepararse bien? Una fe muy viva de la presencia de Jesucristo, que viene como Dios y hombre á morar en nuestro corazon; una devocion ardiente y afectuosa acompañada de aquel respeto y reverencia que se debe á Dios. Es pues necesario desterrar entónces de nuestra alma toda imaginacion extranjería, todo pensamiento de negocios, para que con libertad y amor se aplique al grande objeto de que se ocupa. No basta haber sacudido todos los pecados por la confesion; es menester sacudir tambien toda otra idea que pueda distraer de la tierra devocion y amor á Jesucristo.

Cuando Moises subió al monte Siná para hablar á Dios, subió solo, y se le mandó que no hubiera en todo el monte ni hombres ni anima.

(1) Psalm. LXX. 11.

les, para que la soledad fuera perfecta, y no pudiera ver otra cosa. Así el que viene á recibir á su Dios, ha de venir con un corazon tan solitario, tan recogido y tan absorto en lo que va á hacer, que en aquel momento no vea otra cosa que á su Dios. Moises tambien se quitó el calzado para pisar con respeto aquella tierra que honraba el Señor con su presencia, porque para ir á Dios es menester despojarse de los objetos terrestres y mortales, que nos distraen, y nos embarazan.

Tanta pureza parece difícil en un pobre pecador, y en efecto es imposible á la naturaleza corrompida; pero todo lo puede con la divina gracia. Es verdad que esta muerte espiritual, este tan general desapropio no es dado á todos, y es privilegio particular de la esposa, esto es, de las almas dichosas que le han obtenido con mucho afan y largos trabajos; pero esperando conseguirlo algun dia, debemos desde luego hacer lo que podamos, y nuestro buen Dios se contentará con la parte que le demos. Ello es cierto, que si el hombre hace todo lo que cabe en su esfuerzo para venir al altar con una devocion sincera y actual, con la reverencia interior, y con la gratitud que debe á don tan alto, tiene mucha razon de esperar en la misericordia divina.

Despues, señor, hablaremos de los medios con que podemos esperar de Dios estas disposiciones;

pero ántes me parece necesario esforzaros á deterrar de vuestra alma esos terrores exagerados, que recelo sean un artificio de nuestro comun enemigo. Me parece que en estas circunstancias el mayor sacrificio que debe hacer vuestra humildad, es renunciar á su propio juicio. Tened presente que San Pedro se resistia á que su Maestro le lavase los piés con el mismo pretexto de humildad, y que Jesus le amenazó diciéndole, que si no se dejaba lavar los piés, no tendria con él parte alguna. Haced como San Pedro, y decidle, que no solo os lave los piés, sino las manos y cabeza.

Ya este divino Salvador os roció con su sangre en el sagrado tribunal, ya os ha lavado; ahora os convida, ahora quiere venir á vos, y depositarse en vuestro seno. Trae consigo la misma sangre que acaba de lavarlos todo, y aquella carne que á todo da vida; abridle pues las puertas de vuestro corazon. La confianza en su bondad sea mayor, que el temor de vuestra bajeza, y la memoria de vuestros delitos. Yo espero que esta humilde obediencia, unida al conocimiento de vuestra indignidad, hará que lo seais ménos; y pues habiamos escogido el domingo, como el dia en que debiamos cumplir esta grande accion, no habiendo nuevo motivo que nos detenga, no debe tampoco haber razon para apartarnos de resolucion tan santa. No perdamos el poco tiem-

po que nos queda en contestaciones inútiles, y aprovechémosle todo en prepararnos á ejecutarla lo mejor que nos sea posible.

Yo no pude resistir á las razones y á la autoridad de mi santo director; y le respondí, que no replicaba mas, sino que me sometia á dejarme gobernar enteramente por su prudencia.

El padre me pareció satisfecho; pero apenas empezaba á renovar su discurso y explicarme los medios que debiamos practicar para prepararme cuando oimos tocar á la puerta de mi estancia. Esta novedad nos sorprendió mucho, y nos debia sorprender. Era la primera vez que se nos interrumpia en nuestras frecuentes conferencias. Parece que Dios me habia retirado á aquella santa casa como para que habitase en la region de los muertos, y que ninguna idea del mundo pudiese turbar las de religion y penitencia de que enriquecia mi alma.

Ni el padre ni yo podiamos imaginar quién era el que podia venir á interrumpir nuestra acostumbrada soledad; pero viendo que el golpe se repetia, se levantó, y abriendo la puerta vió que era el portero de la casa, quien le dijo que una persona de fuera habia preguntado por mí y me queria hablar. El padre y yo quedamos confundidos oyendo que un hombre extraño me buscaba, y al mismo tiempo se nos despertaron muchas ideas de terror. ¡Quién podia saber que yo esta-

ba allí? ¡Y qué podía querer de mí? No podía ser mas que un ministro de justicia que habria sabido que yo era el matador del extranjero. ¿Se habrá descubierto que yo estaba escondido en esta casa; y si vendrá á prenderme? El padre hallaba muy verosímil este discurso, y no sabiamos qué partido tomar.

Miéntas duraba estaba confusión, yo me asomé á la sola ventana de mi cuarto, y ví un hombre que se paseaba en el patio. ¡Cuál fué mi sorpresa cuando reconocí que aquel hombre era Simon! Llamé apresurado al portero para que le viese, y le pregunté si era aquel hombre el que me buscaba: me respondió que sí. Entónces volviéndome al padre le dije que me parecía no habia nada que temer; que aquel hombre era un criado antiguo de mi casa, nacido en ella, y criado conmigo; que de todo tiempo habiamos sido amigos, que era un hombre fiel, y de todos los mortales aquel en quien yo podia tener mas confianza; que no era posible que él fuese capaz de prestarse á nada que fuese contra mí; ántes bien, presumia que su celosa amistad, inquieta de mi ausencia, me habria buscado con ardor, y que no habria parado hasta desenterrarme en aquel retiro, y si no habia otro que él, no habia riesgo alguno en que me viese. El padre preguntó al portero si estaba solo ó habia venido acompañado de alguno, y habiendo sabido que no habia otro, salió,

él mismo para conducirle y traerle á mi cuarto.

Desde que Simon entró y me vió, prorumpió en un diluvio de lágrimas, se echó á mis piés, y abrazaba mis rodillas con las mas vivas demostraciones de amor. Yo me eché á sus brazos para levantarle, pero me fué imposible, y fué menester mucho tiempo para que se pudiera sosegar. El padre deseaba que hablase para saber de él la causa de su venida, y si habia algo que temer; pero Simon sofocado por los sollozos no podia hablar; en fin, despues de bastante tiempo se pudo conseguir que se levantase.

El padre le preguntó cómo habia podido saber que yo estaba allí. Simon le respondió, que despues del dia de mi ausencia no habia hecho otra cosa que correr por todos los alrededores, informándose de mi en cuantas casas, conventos y lugares encontraba; que por desgracia no le habia caido en el pensamiento venir á este convento hasta aquella mañana; pero que habiendo venido y preguntado al portero si yo estaba allí, este respondió que hacia dias que estaba aquí un hombre desconocido; que su corazon palpité con esta respuesta, y le habia pedido le viniese á avisar, porque era muy importante que le hablase; que el portero vino, y que al fin el destino le queria consolar de su mucha afliccion.

Todo esto fué dicho con tanto llanto, y de una manera tan interrumpida, que aunque el pa-

dre y yo teníamos un deseo muy vivo de saber circunstancias que nos interesaban mucho, conocimos que era indispensable dejarle sosegar todavía para que nos lo pudiera contar todo con puntualidad. Cuando le creímos en este estado, le pedi una relacion exacta de todo; y él, dirigiéndose á mí, me dijo así:

Ya os acordais, señor, de aquella mañana infeliz en que salisteis de casa sin decir nada. Esta desaparicion sorprendió á todos. Nos preguntábamos unos á otros dónde estábais, sin que ninguno pudiera darnos razon; yo fui á preguntar al portero. Este me dijo que poco despues de haber rayado el dia le mandásteis abrir la puerta, y que salisteis solo; que él habia extrañado esta diligencia inopinada; pero que lo que le sorprendió mas fué veros salir de capa, y con una espada; que movido de su curiosidad habia llegado hasta el umbral para observar hácia donde ibais, y que os vió doblar la esquina de la calle por el lado que conduce al campo.

Al instante, sin detenerme en reflexiones, me puse á seguiros por el camino que me habia indicado el portero. Corrí con la mayor velocidad, llegué á la puerta de la ciudad, miré al rededor de mí sin saber adónde dirigirme; pero habiéndome adelantado algunos pasos, no quedé poco sorprendido, cuando ví un campesino que se esforzaba á hacer montar á caballo á otro hom-

bre, que pareció levantaba de la tierra. Acercuémelo como para ayudarlos; y observándolo con atención, me pareció que el caido se parecia á un extrangero que habia llegado poco ántes, y que por el fausto y opulencia con que vivia, era muy conocido. Lo que me espantó fué verle herido y bañado en su sangre.

Al instante comprendí que habrias tenido alguna disputa, y que estaba herido de vuestra mano. Esta sospecha llegó á ser evidencia, porque preguntando al paisano qué era aquello, me respondió: „Que viniendo á la ciudad muy temprano, á causa de ciertos negocios que tenia, y cuando ya estaba cerca, habia encontrado un „hombre de capa, que le dijo: Amigo, apresate, porque á pocos pasos encontrarás un hombre que esta herido, y necesita de socorro: camina presto, y procura socorrerle. Quise preguntarle mas; pero él no se detuvo, y se fué con mucha celeridad. Yo vine, y he encontrado á este caballero que me ha dicho que está herido sin saber de quién, y me ha pedido que lleve á su posada. Ayudadme á montarle sobre mi caballo, y le llevarémos adonde nos diga.”

No pude dudar que el hombre que le habia hablado érais vos. Me consolé mucho oyendo que el herido decia que lo estaba sin saber de quién, porque esto me hizo ver que por su honradez no queria descubrir al agresor; pero con-

sideré que si le llevaba á su posada era natural se publicase este suceso; y como el monarca que nos gobierna, hace observar con tanta exactitud las rigurosas leyes contra los desafíos, temí alguna mala resulta contra vos.

Me acordé que en el lugar vecino vivia un labrador honrado que yo conocia, y que me estaba agradecido por haberle servido en objetos importantes. Estaba persuadido de que haria por mí todo lo que le pidiese, y que sabria guardarme el secreto. En pocas palabras expliqué todo esto al herido, y le propuse conducirle allí, no solo como medio de ocultar la aventura y librarle de los riesgos que pudiera acarrearle su publicidad, sino como un lugar en que encontraría todos los socorros del arte y de la amistad para recobrar la salud.

El herido, que no me conocia, no pudo sospechar otro principio de mi celo, que el de un movimiento natural de humanidad; y temeroso de las pesquisas de la justicia que yo le exageraba, y en que me apoyó el campesino, se determinó á ponerse en mis manos, y dejarse conducir. Yo, como sabia que la casa á que íbamos estaba á la entrada, esperé tambien que podriamos llegar á ella sin que nadie del lugar nos viese; y por dicha nuestra fué así. Al instante, pues, le montamos á caballo, y la suerte nos favoreció tanto, que sin ser vistos de nadie lo ejecutamos.

Díjeme al dueño de la casa lo que me pareció conveniente, y este se ofreció á cuanto yo quería. Hicimos venir al cirujano del lugar, á quien conté la historia segun me pareció mas propia para que nos sirviese sin que pudiese abusar. Examinó la herida: dijo que le parecia grande y profunda; pero que no podia hacer juicio cabal hasta que pasasen veinte y cuatro horas. Le puso un vendage, y se encargó de la cura. Mi amigo y su buena muger me ofrecieron toda su asistencia y cuidados en alivio del enfermo, que halló allí todos los socorros que podia necesitar.

Viendo que ya no hacia yo falta, me propuse ir á buscaros; pedí al dueño de la casa me prestase un buen caballo que tenia, y con él me dispuse á seguiros por el camino que se me habia indicado. Corrí todo el dia preguntando á cuantos encontraba; ninguno supo darme razon. Viendo que todas mis diligencias eran inútiles, y que la noche se acercaba, resolví volver á la ciudad con la esperanza de que hubiéseis vuelto, ó de que á lo ménos hallaria noticia vuestra; pero ¿cuál fué mi desconsuelo, cuando entrando en ella supe que ni vos habiais parecido, ni que nadie tenia la menor noticia?

Pasé la noche con mucha inquietud, resuelto á buscaros de nuevo al siguiente dia, aunque no sabia adónde dirigir mis pasos. Mi primera visita fué á la casa donde estaba el herido. Qui-

se asistir á su cura y ver lo que me diria el cirujano. Llegó este, y habiendo quitado el vendaje, me dijo que la herida era grande; pero que por fortuna no habia lastimado ninguna parte principal: que por entónces no le parecia peligrosa; pero que era menester todavía ver sus efectos para poder asegurarse. Esta esperanza me consoló mucho. Yo hubiera querido hablar con el enfermo, y ver si podia sacar alguna indicacion para buscaros con algun acierto; pero el cirujano nos habia encomendado tanto el silencio, diciéndonos que nada podia perjudicarle tanto como el hablar, que no me atreví á preguntarle nada.

Lleno, pues, de confusion, no sabia qué hacer. Me ocurrió que vos podias haber ido á ocultaros en casa de algun amigo para adquirir desde ella, á cubierto de todo peligro, noticias del herido, y gobernaros segun las ocurrencias; pero no podia adivinar ni conjeturar cuál seria. En esta duda general me pareció que debia recorrerlas todas, y desde entónces me puse en camino para ellas sin dejar ninguna de las que me vinieron á la memoria: mas de tres semanas pasé en esta ocupacion. Dedicaba todo el dia á buscaros, y cuando mi solicitud no me llevaba muy léjos, volvía de noche á vuestra casa con la esperanza de hallar en ella alguna noticia. Mis visitas al herido eran tan frecuentes, como la variedad de mis excursiones lo permitia, y siem-

pre tenia el consuelo de saber que iba mejor; hasta que....

Yo estaba fuera de mí, Teodoro, y no pude contener, le interrumpí diciéndole: ¿No ha muerto? No, señor, me dijo; ya está eptera-mente bueno, y hoy dicen haber salido para volverse á su pais. ¿Cómo te explicaré la sensacion que me produjo esta noticia? Un hombre á quien se quita de repente un enorme peso que le estaba comprimiendo todo su cuerpo y angustiándole la respiracion, no se siente mas súbitamente aliviado que yo con esta noticia.

Mil ideas me pasaron rápidamente por la imaginacion, todas de luz y de consuelo. Admiraba la misericordia que hacia Dios con aquel hombre, á quien le daba todavía tiempo de enmienda y conversion: la que hacia conmigo, no permitiendo que mi delito fuese consumado, calmando la inquietud que me devoraba, y haciéndome entrever que podia ya sin tanto reato acercarme al trono de su bondad. La multitud de estas ideas favorables inundó mi corazon de consuelos, me hizo levantar los ojos al amoroso Padre celestial que me los daba, y anegado en mi llanto me puse de rodillas á darle gracias. Mi buen director me acompañó en esta accion, y me dijo: Sí, yo reconozco á nuestro buen Dios, al Dios de las misericordias.

Simon, que me conocia de mucho tiempo, y

que si me hallaba en aquel convento no habia perdido imaginar que estaba en él sino por esconderme del rigor de la justicia, quedó espantado de mi accion, me miraba con ojos atónitos y fijos, que me decian que apenas podian creer lo que veian. Yo me humillé conociendo cuánto merecia esta extrañeza, y levantándome le dije: Sí, Simon: Dios me ha mirado con piedad: no solo me ha traído aquí para ocultarme á la justicia de los hombres, sino para librarme de sus venganzas eternas. Simon quedó confuso sin decirme nada; el padre le rogó que continuase su historia, y él siguió así:

Es inútil, señor, que os fatigue con la relacion de mis prolijas solicitudes: baste deciros que desde el momento de vuestra ausencia hasta hoy, no he tenido otra cosa que buscaros, y que he ocupado todo este tiempo entre mis continuos viajes, el cuidado del herido, y el de volver repetidas veces á vuestra casa, esperando siempre que habriais vuelto, ó que hallaria en ella noticias vuestras; que el herido, hallándose al cabo de algunos dias fuera de todo riesgo, quiso volverse á su posada, y que yo le acompañé; que jamas supo quien yo era, ni me conoció con otro título que de un hombre caritativo que le habia encontrado por acaso, y que le habia socorrido por humanidad, que estaba muy agradecido y me lo manifestaba á cada paso.

Debo añadir, que á pesar de la confianza que tenia en mí, y aunque yo le puse muchas veces en conversacion del lance, jamas me nombró la persona que le habia herido, diciéndome siempre que no la conocia: lo que me daba idea de que era un hombre de honor, que no queria comprometeros, y lo que tambien me hace esperar que no lo habrá dicho á nadie. Esto, y el buen estado de su salud, os libran de todo riesgo y peligro; porque por una grande dicha este suceso ha quedado sepultado en un profundo secreto. Nadie lo ha sabido, y ya no encontraréis en la ciudad al extranjero; este me ha dicho, hace cinco ó seis dias, que habia recibido cartas de su pais, que le obligaban á volver á él, y le ví dando disposiciones para su viaje, que habia fijado para hoy; así no dudo que esta mañana habrá partido.

Me falta decir que vuestros hijos y todos vuestros criados estan buenos; pero que todos estan tristes con vuestra ausencia, y muy inquietos de la obscuridad en que viven con la ignorancia de vuestra suerte, y no dudo que se consolarán cuando os vean volver con salud. Yo os diré tambien que aunque os he busca do por tantas partes, nunca habia venido por este pais hasta hoy, que desesperado de no hallaros ni en las casas de vuestros amigos, ni en ninguno de los lugares donde me parecia verosímil, sentí un impul-

so de eger una vereda poco practicada, que me ha conducido á este desierto.

Habiendo visto este convento, llegué á la puerta y pregunté al portero, mas por decirle algo, que por esperanza de encontraros, si estaba en él un caballero que yo buscaba. El me respondió con sencillez que ya hacia dias estaba allí un sujeto que no conocia; y yo sin detenerme le pedí que queria verle, diciéndome á mí mismo que si era otro, presto me desengañaria; pero mi suerte ha sido mas feliz, pues me ha conducido á vuestros piés.

Yo dí gracias á Simon por su celo, y por haberme buscado con tan solícito afán. Despues de algunos discursos de esta especie, le dije: Yo no quiero todavía volver á mi casa, porque deseo pasar en esta algunos dias mas. Tampoco es mi intencion volver por ahora á la ciudad: deseo pasar algun tiempo ántes en mi casa de campo con mis hijos y familia; pero como ha largo tiempo que nadie habita esta casa, considero que no estará en estado para vivir en ella. Lo que te encargo es, que de aquí vayas en derechura allá, que veas lo que sea menester para ponerla corriente, aunque con mucha simplicidad, y des disposiciones para que se conduzcan los muebles.

Cuando esto esté hecho, harás pasar á ella á mis hijos y criados; y luego que esten allí, ven-

drás, y me conducirás á mí tambien; pero te encargo, que aunque puedas asegurar á todos que estoy bueno, y que presto me verán, no has de decir á ninguno dónde me has encontrado. Simon me prometió ejecutar prontamente lo que yo le mandaba; añadiéndome, que esto no podia ser largo, porque en sus viajes habia visto muchas veces la casa en que me proponia habitar, y estaba en buen estado, y solo faltaban algunos muebles que era fácil enviar brevemente.

Despues de haber arreglado este punto, me informó de otras cosas, y principalmente de los muchos amigos que componian nuestra depravada sociedad. Me dijo que le parecia; que con la muerte de Manuel, con mi ausencia y la del extranjero se habia desconcertado la concurrencia de aquella compañía: que sus continuos viajes no le habian permitido enterarse bien de esto; pero que habia oido, que todos estaban tristes, y cada uno andaba por su lado. De tí, Teodoro, me dijo en particular que no te habia visto; pero que sabia que estabas de cuartel, y que con este motivo no salias de palacio.

Sea que la presencia del padre le impusiese respeto, ó que viese en mi semblante que yo era ya otro, me hablo de todo con tanta circunspeccion y reserva, que no se le escapó una palabra que descubriese nuestras perversas costumbres, y pudiese ofender la modestia de mi director. Es-

te temor me inquietaba mucho, y procuraba dársele á entender con los ojos; pero sea que él lo entendiese, ó que su buen talento se lo hiciese presumir, me preservó de este disgusto. Cuando me pareció tiempo le dije que se volviera para practicar desde luego lo que le habia encargado. Simon me prometió de nuevo, que no tardaria en volver, y avisarme que todo estaba hecho. El padre le condujo hasta la puerta, y viniendo despues me dijo así.

Admirad, señor, conmigo y ayudadme á dar gracias al Dios de las misericordias por tantas como nos manifiesta. La historia de vuestra vida, y las circunstancias que la acompañan en este momento son para mí una prueba visible de su bondad paterna, y de su amorosa providencia. No ha muchos dias que estábais sumergido en un oceano de vicios, y cubierto de espesas tinieblas, que no os dejaban conocer ni vuestro Dios, ni la verdadera Religion; corriais precipitado al abismo eterno, sin advertirlo. Una noche sola ha mudado vuestra suerte; parece que Dios ha querido multiplicar en ella los prodigios para alumbraros, y sacaros como por fuerza de estado tan funesto.

¡Qué noche, señor! Noche llena de horrores, llena de acasos espantosos; pero todos dirigidos por el amor de un padre para salvar á su hijo. Un hombre injusto y temerario os desafía; las fal-

sas y erradas opiniones del mundo os persuaden á aceptarlo; la noticia de la muerte súbita del amigo, compañero de vuestros desórdenes, y que iba á preparar otros nuevos, os sorprende, y añade el terror á la inquietud; el cielo os habla con una voz tempestuosa, los relámpagos os amedrentan, las nubes irritadas escogen vuestra casa para derramar en ella las llamas de sus fuegos: á pesar de tantas inquietudes un errado punto de honor os lleva al duelo, y teneis la desgracia de derribar herido en tierra á un hombre que creíais haber muerto.

Todos estos accidentes trágicos no hubieran bastado para alumbrar todavía á vuestro ciego corazon; pero este Dios de misericordia que no los habia dirigido sino para volveros á su seno os inspiró en vuestra fuga despavorida elegir un camino que dirigia á esta casa. En ella ha movido vuestro corazon, os ha alumbrado con las luces de la fe, os ha hecho conocer su Religion y los errores de vuestra vida, os ha dado tiempo de confesaros, y os ha hecho el inestimable bien de perdonaros, y restituiros á su gracia.

No contento este Padre divino con haber salvado á su hijo perdido, y con verle restituido al paternal abrigo, quiere tambien, como el del hijo pródigo, celebrar una fiesta, y que se os ponga una rica vestidura; quiere llevaros á su altar, donde ya perdonado recibais su propio cuerpo y

su divina sangre en señal de reconciliacion, y para enriqueceros con nuevos y mas altos dones. Vos con razon os sentis indigno de tan sublime bien, y entre los motivos que os lo persuaden, el que mas punzaba vuestro corazon era pensar que érais homicida de un hombre, haber sido causa de su eterna condenacion, y ver en vuestras manos todavia fresca la sangre que derramásteis. ¡Cómo, deciais vos mismo, inmundo todavia con la sangre de un hombre, me atreveré á sentarme en la mesa del Dios de la paz?

Pero este Dios de paz quiere darla á vuestro corazon para que podais llegar á su mesa con mas confianza. Para esto dispone que un criado que os busca se descamine, que no le entre en el pensamiento venir á esta casa, sin embargo de estar tan cerca de la ciudad, todo el tiempo que destinaisteis para hacer una buena confesion, y en que hubiera podido turbaros con su presencia. Os deja imaginar este delito, para que le lloreis con los otros; y cuando despues de haberlos lavado, os preparais á recibir el pan del cielo, cuando os espanta vuestra iniquidad, y cuando os horroriza la idea de estar cubierto de sangre humana, y haber quizá apresurado la eterna desgracia de aquel infeliz, dispone que este criado venga, y os informe de que no ha muerto, sino que está vivo y sano; que por consiguiente Dios le ha dado tiempo para convertirse, y que vos mismo podeis contri-

buir por vuestros ruegos. ¡Cuántas maravillas debeis ver en estas disposiciones divinas! ¡cuántos prodigios de amor, de misericordia y providencia así para él como para vos mismo!

Ved aquí, señor, el modo con que nos trata este amoroso Padre. Y miéntras no llega el término que ha señalado á su justicia, no se ocupa sino en llamar al pecador, en convidarle, y en facilitarle todos los caminos. Yo no dudo que este haya sido un aviso tambien para el extranjero, y que su bondad paternal no se extienda hasta él; pero vos, señor, ¡cuántas gracias le debeis por este rasgo de misericordia tan visible? Parece que no solo os quiere llamar á su mesa con su generosidad universal, sino que para vos añade las finezas de su amor, y que ha permitido que os venga esta noticia para que os consoleis, para que se calmen vuestras inquietudes, y que os presentéis con un corazon penetrado de mas viva gratitud, con la nueva de este tan grande como reciente beneficio. Y cuando nuestro Dios nos trata con tanto amor, ¿cómo podemos no arder en las llamas del nuestro?

Vuestra alma debe considerarse en este instante como una esposa infiel, que con la mas odiosa ingratitude ha hecho muchas y las mas infames traiciones al mejor y mas digno de los esposos. Cuantos motivos son imaginables habian ocurrido, tanto para obligarla á corresponderle con el

cariño mas ardiente, como para hacer detestable y vil la mas ligera falta de su fe. Ella habia nacido en la esfera mas baja, era hija de iniquidad, no tenia el menor mérito, y nada en que pudiera fundar la mas leve esperanza de ascender á tan alta fortuna; y con todo el Esposo, que es el Rey del mundo, el Señor mas amable y hermoso de la tierra, por su pura bondad la escoge, la desposa solemnemente en el bautismo, la llena de riquezas, y la promete otras muchas mayores en lo venidero, pues serán infinitas y eternas.

No la pide otra cosa por recompensa de tantos bienes y de tantas esperanzas, sino que le ame, y que le guarde fe; pero la infame esposa, insensible á tanto amor, ingrata á tantos beneficios, desdeña todo el bien que recibe, y desprecia todo el que se la ofrece. Desde que se ve en libertad se abandona á los errores de su ciega passion, y á los falsos halagos de su corrompida voluntad. Por gozar instantes rápidos de placeres falaces, desconoce al Esposo, renuncia á su mano, á la dignidad de su título, á las esperanzas de su gloria, y adúltera se corrompe, se envilece y prostituye á los objetos mas indignos, cubriendo á su Esposo de oprobios con bajezas tan repetidas como tenaces.

El Esposo pudiera castigar tanto delito, pudiera dejarla en su antigua miseria, y aun añadir nuevas penas á tanto desacato; pero es tierno, y

la ama. A pesar de tantas iniquidades se afana, la quiere ganar para que vuelva en sí, y restituirla á su gracia. En lugar de darla los castigos que merece, la convida él mismo con su perdón; la llama, la excita y la ruega. La promete que olvidará todas sus injurias, que la tratará como si no las hubiera cometido, y que la volverá otra vez su lecho, su trono y su amor. No la pide para hacerla estas finezas, sino que se arrepienta, y le jure de nuevo guardar la fe mejor en lo sucesivo. La esposa, cada vez mas ciega, mas obstinada, mas injusta, le oye, mas no le atiende; desprecia su perdón, no quiere nada de lo que la ofrece. Cuanto mas él la busca, mas ella se esquivo; y en vez de aceptar tanta indulgencia, loca y desatentada, vuelve á ofenderle con nuevos y mayores insultos.

Pero ni aun esto basta para irritar á tan paciente como amante Esposo. A pesar de estas nuevas indignidades, que debian hacerla despreciable á sus ojos, vuelve con constante y amorosa porfia á convidarla de nuevo; y parece que la abominable esposa, abusando de tan inexplicable bondad, multiplica sus agravios á proporcion de sus instancias. Este extraño combate suele durar largo tiempo, y no es posible decir qué es lo que mas se debe admirar, si la insensata terquedad de la esposa, ó la increíble bondad del Esposo. Tanta paciencia no cabe, no solo en la

virtud del hombre, pero ni en su imaginación. El Esposo la tiene, porque es eterno, porque ama mucho á su esposa, pues que la redimió con su sangre; y porque no se resuelve á castigar sino cuando está llena la medida, y se ve como forzada su justicia, pues él solo sabe cuánto es horrible el tormento que se la prepara.

Pero si en el intervalo de la lucha, si en medio de las tinieblas que ciegan á la esposa, si á pesar de los vicios de su corazón, ella se detiene un instante; si escuchando la voz con que el Esposo la reprehende, se para á oírle; si se siente movida, y se deja persuadir, á la primera voz de su arrepentimiento, á la mas leve lágrima de sus ojos, al indicio mas ligero de que quiere volver, el Esposo con nuevos impulsos la excita á que confiada se arroje entre sus brazos: la dice, que á pesar de sus excesos, y de los oprobios de que le ha cubierto, está pronto á perdonarla, á olvidarlos, y restituirla á su primer estado. ¡Qué amor! ¡qué dignación! Y para que recobre tanto, no exige de ella sino que confiese arrepentida sus delitos, y le prometa vivir bien en adelante. Si la esposa se echa á sus piés, al instante la absuelve, la perdona, la restituye á su amistad, la vuelve á poner en su trono, en su dignidad, y no solo la vuelve á dar todos los bienes que había perdido, sino que la ayuda á conservarlos con su gracia.

Pero aun hay mas: porque no contento con haberla enriquecido de nuevo con tan grandes dones, como si interesase en ello su gloria, quiere que todos sepan la feliz aventura; y para que sea mas solemne la reconciliación que anhelaba, después de haberla perdonado en el secreto de la confianza, quiere que parezca en público, y vaya á sentarse en el sagrado banquete, que ha preparado á las fieles esposas que ha escogido, y en que sirven los ángeles del cielo. Quiere que estas almas felices que le aman, y que él ama, la reciban en su augusta y bienaventurada sociedad; que comuniquen, y que partan con ella el pan celestial con que las regala; que la nueva esposa coma la misma carne, beba la misma sangre del divino Cordero, y que tambien reciba el alimento que da vida. Allí la da el ósculo casto con su santa boca, la marca con el sello de la inmortalidad, la recibe en el número de sus esposas queridas, y la promete alimentarla siempre con este pan de amor, para sostenerla en los trabajos del camino hasta que la conduzca á las delicias inefables, donde le vea en la celeste claridad.

Ved aquí, señor, vuestra historia; y podeis añadir, que este Dios amante que os tiene ya tan cerca de su mesa, y que os veia llegar con temor, ha querido sosegaros con tan buena noticia. ¡Bendita sea su misericordia! ¡Qué pode-

mos pues hacer sino darle gracias, y aprovecharnos de tan rico don? Preparémonos pues con nuevas lágrimas de amor, renovemos nuestro dolor de haberle desconocido tanto tiempo, ocupemos todo el tiempo que queda hasta este memorable día de inmortalidad, en hacernos ménos indignos de tan sumo bien.

Yo respondí al padre, que estaba tan penetrado del conocimiento de mis iniquidades como de las misericordias infinitas que Dios usaba conmigo; que en efecto la noticia de Simon, sobre todo en aquella oportunidad, me pareció un rasgo sublime de su divina providencia, que mi corazón lo habia conocido y dádole gracias; que esta señal de su bondad alentaba mi confianza, aunque no me quitaba la idea de mi indignidad, pues de mi parte el delito fué consumado; que me hallaba mas tranquilo, y mejor dispuesto para recibir con humildad el santo sacramento, que yo lo estaba ya por obediencia, y que ahora me dejaria gobernar con mas razon por su caridad y celo.

El padre se fué, ofreciéndome volver al otro día, y yo te contaré en seguida de esta carta lo que me pasó en él. A Dios, amigo.

CARTA XXVIII.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

JAMAS te podré explicar, Teodoro mio, la inefable dulzura que sintió mi consolado corazón con la noticia de Simon. Yo habia imaginado con tanta viveza la muerte de aquel extragero, que su recobro me pareció una resurreccion verdadera. Luego que quedé solo, y pude abandonarme á mis propias reflexiones, me hallé diferente de mí mismo. Nadaba en un placer interior, en una satisfaccion tan íntima, que no me cabia el gozo en el pecho. Entónces entendí por la primera vez que los placeres del alma son de un orden muy superior á los de los sentidos, y que los justos pueden hallar en su inocencia, ó en la victoria de sus pasiones, consuelos y sensaciones mas deliciosas y vivas que todas las que producen los halagos del mundo.

Teodoro mio, no hay bálsamo que consuele tanto la herida que cura, como esta noticia cal-

mos pues hacer sino darle gracias, y aprovecharnos de tan rico don? Preparémonos pues con nuevas lágrimas de amor, renovemos nuestro dolor de haberle desconocido tanto tiempo, ocupemos todo el tiempo que queda hasta este memorable día de inmortalidad, en hacernos ménos indignos de tan sumo bien.

Yo respondí al padre, que estaba tan penetrado del conocimiento de mis iniquidades como de las misericordias infinitas que Dios usaba conmigo; que en efecto la noticia de Simon, sobre todo en aquella oportunidad, me pareció un rasgo sublime de su divina providencia, que mi corazón lo habia conocido y dádole gracias; que esta señal de su bondad alentaba mi confianza, aunque no me quitaba la idea de mi indignidad, pues de mi parte el delito fué consumado; que me hallaba mas tranquilo, y mejor dispuesto para recibir con humildad el santo sacramento, que yo lo estaba ya por obediencia, y que ahora me dejaria gobernar con mas razon por su caridad y celo.

El padre se fué, ofreciéndome volver al otro día, y yo te contaré en seguida de esta carta lo que me pasó en él. A Dios, amigo.

CARTA XXVIII.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

JAMAS te podré explicar, Teodoro mio, la inefable dulzura que sintió mi consolado corazón con la noticia de Simon. Yo habia imaginado con tanta viveza la muerte de aquel extragero, que su recobro me pareció una resurreccion verdadera. Luego que quedé solo, y pude abandonarme á mis propias reflexiones, me hallé diferente de mí mismo. Nadaba en un placer interior, en una satisfaccion tan íntima, que no me cabia el gozo en el pecho. Entónces entendí por la primera vez que los placeres del alma son de un orden muy superior á los de los sentidos, y que los justos pueden hallar en su inocencia, ó en la victoria de sus pasiones, consuelos y sensaciones mas deliciosas y vivas que todas las que producen los halagos del mundo.

Teodoro mio, no hay bálsamo que consuele tanto la herida que cura, como esta noticia cal-

mó mi corazón. ¡Dios! me decía yo, si un pecador miserable cubierto de iniquidades, si un infeliz que apenas empieza á llorar y pedir perdón, porque se ha dignado el Señor abrirle los ojos, siente tanto consuelo de que un delito ya consumado por su parte no haya tenido todas las fatales consecuencias que temía, ¡cuál será el del alma dichosa, que conserva intacta su inocencia, y cuál el del hombre virtuoso que después de haber combatido contra sí mismo, sale victorioso de la tentación?

Esta señal tan manifiesta de la bondad divina, al tiempo que excitaba mi gratitud, alentaba de nuevo mi confianza. Repasaba con horror la dilatada historia de mis excesos; consideraba el colmo de iniquidad á que había llegado, el profundo abismo en que me había sumergido, el modo y las raras circunstancias con que Dios me había sacado, el cómo me había traído á esta casa, y dádome en ella un santo y celoso director que me había convencido de mis errores, mostrándome la brillante antorcha de la Religión; cómo me había enseñado la divina ley, y conducídomé á la Iglesia; que ya tenía la dicha de estar en ella, de haber pedido á Dios, y obtenido quizá el perdón de mis pecados; que ya estaba cerca el día de solemnizar esta reconciliación divina, y recibir en el mas indigno de los pechos al Dios de amor, que se dignaba purificarle.

Todo esto junto me hacia estremecer, me sacaba las lágrimas de los ojos, y me hacia prorrumpir en gemidos. Yo invocaba, yo clamaba á este Dios: ya le bendecía, y pedía con fervor á todas las criaturas del cielo y la tierra que entonasen conmigo himnos de alabanza, de adoración y gratitud con que glorificarle; ya le ofrecía un dolor vivo, un arrepentimiento eficaz, una obediencia sin límites, un culto reverente, y una severa penitencia.

Cuando mi imaginación, calmada un poco, daba alguna tregua á la viveza de mis sensaciones, no se ocupaba mas que en proyectos de reforma de vida. Quería huir para siempre de este mundo impostor que así me había seducido, de esos ignorantes incrédulos que me habían engañado, de esos hombres viciosos que me habían corrompido. Me determinaba á pasar una vida inocente y cristiana en la soledad de mi lugar, y en la casa de campo que poseo cercana á la iglesia, en que descansan los huesos de mis abuelos y de mi esposa; conducir allí mis hijos y familia, educar á los primeros, y enseñar la Religión y las virtudes á todos, rescatando con ejemplos de cristianidad mis innumerables escándalos y desenfrenos. Estas ideas me ocuparon de tal suerte, que pasé en ellas la mayor parte de la noche. Dormí poco; pero no era el insomnio inquieto y desahuido del que busca para calmar su fatiga la in-

sensibilidad del sueño; era el desvelo sereno y reflexivo del que no quiere que la torpeza de sus sentidos le prive de las sensaciones de que goza. Allí volvian á renacer todas las ideas de consuelo y de paz que me hicieron tan feliz la noche que siguió al dia venturoso de mi reconciliacion, y allí volví á ver cuánto mas deliciosos eran estos nuevos é ignorados placeres.

Cuando llegó el padre, me preguntó si se habian sosegado mis inquietudes. Yo le conté como habia pasado la noche, y la disposicion en que me hallaba. Todo es obra, me dijo, de nuestro buen Dios; acerquémonos pues con confianza al trono de su misericordia. Dos dias grandes podeis contar en vuestra vida: el primero, cuando en el bautismo la Iglesia os recibió en su seno, y os comunicó los dones del Espíritu Divino, con que Dios os adoptó por su hijo; y el otro será el domingo, cuando ya reparada esta pérdida, y reconciliado con vuestro Padre, os haga comer del pan que ha dejado á la Iglesia para repartirlo entre sus hijos.

Hasta aquí esta santa Madre no ha podido trataros sino como penitente: ha llorado con vos vuestros errores, os ha tenido á sus piés, ha intercedido por vos, y ha usado de su potestad para absolveros; pero el domingo os espera en su mesa, os pondréis á su lado, os sentaréis con ella, y ya os verá como un hijo que estrecha entre sus

brazos, y le da el ósculo de la caridad fraternal. Hasta ahora no ha podido mas que implorar por vos; pero el domingo el himno del ruego se va á mudar en cántico de gracias. Vos entonaréis con ella las alabanzas del Dios que os perdona; ella será el testigo, el instrumento, el amigo que os conduzca al tálamo del Esposo, que os espera para enlazarse con vuestra alma.

Ya con la absolucion os habia recibido en el número de sus esposas; pero ahora quiere que se prepare una fiesta, un banquete solemne en que servirán los ángeles, y que adornarán con su presencia los bienaventurados, como testigos que ayudan á cantar la gloria del Esposo, no como convidados, pues ya no necesitan de la sagrada vianda que allí se sirve, y que en la figura del Cordero cubre todo el esplendor de la Magestad divina. Despojados de la mortalidad, y elevados á mas alto grado, ya no hay velos para ellos, ya ven cara á cara al amante Esposo, ya gozan de toda su luz, ya nadan venturosamente en su amoroso seno, y se alimentan de su propia gloria.

Podrán asistir otras de sus esposas que, siempre solícitas y hambrientas de este pan celestial, le buscan con frecuencia. Habrá muchas que por la antigüedad de su amor, ó por la mas ferviente actividad de sus llamas traigan consigo derechos mas augustos, y puedan ser mas bien vistas por el Esposo; pero no caben en esta santa

solemnidad ni zelos ni envidias. Las mas dignas serán las que mejor os reciban, las que os abracen con mayor aficion, las que tributen mas gracias al Esposo de su nueva conquista, y las que mas le ruegen que os eleve á mayor dignidad. Los escándalos de vuestra vida, léjos de entibiarlas, serán nuevo estímulo para amaros mas; porque la servirá de motivo para compadeceros, para admirar el poder de la gracia, y las misericordias de su Señor.

Preparémonos pues para este grande dia, para esta solemne fiesta, fiesta de inmortalidad en que empezareis á ser habitante del cielo, en que vais á presentaros á los ojos del inmenso bienhechor, que se digna de recibir vuestra alma por esposa en presencia de su numerosa corte.

¿Qué esfuerzos, qué diligencias no debe hacer una alma para adornarse de todo lo que la puede hacer hermosa para ganar el corazon de un Esposo tan alto? ¿Y cuánto mayores deben ser las del alma que ha tenido la desgracia de ofenderle largo tiempo?

¿Quién podrá presentarse á este celestial convite sin ponerse las mejores galas, sus mas ricos adornos? ¿Cómo irá una esposa sin la ropa nupcial? Poneos la vuestra; y si sois pobre, si no la teneis, pedidla al Esposo. El es magnifico, tiene tesoros inmensos, y es tan liberal que siempre da mas que se le pide; pero para pedirselas es

menester saber lo que se le pide, en qué consiste esta vestidura de su boda, cuáles son las joyas que él estima, y que pueden hacer os mas agradable á sus ojos. No son otras que las disposiciones con que el corazon se presenta á la sagrada mesa, y de estas vamos á hablar.

La primera es entrar íntimamente persuadido de que toda buena disposicion viene del cielo. Hablando en rigor, ninguna basta para recibir á Dios dignamente. ¿Qué mortal y débil criatura puede merecer la gracia de recibir á su Criador? Todos los esfuerzos de las mas altas inteligencias no fueran capaces de prepararla bien á accion tan elevada, si el Espíritu Divino no la inflamara con su fuego. ¿Quién se atreviera á acercarse si el mismo Dios no lo ordenara?

Pero este Dios de bondad ha instituido este sacramento no solo para provecho de los hombres, sino tambien para ostentar su gloria, su amor y misericordia. Debemos pues prepararnos lo mejor que podamos, confesando que no le recibiremos como se debe si él mismo no nos socorre. Debemos recurrir á su piedad con un corazon tan convencido de nuestra propia miseria, como confiado en su poderosa gracia; debemos pedirle con deseos ardientes que se digne de purificar nuestro corazon, adornando la estancia en que quiere hospedarse.

El soberano que debe alojarse en una humilde

aldea, sabiendo que los pobres paisanos que la habitan no pueden disponerle una estancia digna de su magestad, envía su recámara que la prepare; y cuando el Rey de los reyes, el Señor de los señores por una bondad tan excesiva como tan propia de su misericordia, quiere venir á habitar en el seno de un pobre pecador arrepentido que se presenta con su miseria y sus deseos, envía al Espíritu Santo para que derrame en su alma sus divinos dones y la enriquezca para que sea de algun modo digna de huésped tan augusto.

Pero para esto es menester que haga de su parte el pecador todo lo que pueda; y lo primero y mas indispensable es que procure estar limpio de todas las manchas que ha podido contraer. Es menester por lo ménos que se haya purificado de toda culpa mortal, y esto es lo que se llama la pureza de la conciencia; sin esto toda comunión sería profanación. Esta es la prueba que nos pide el Apóstol, declarando que el que indignamente come el pan y bebe el cáliz del Señor, se hace reo de la profanación de su cuerpo y sangre. Así todo pecado mortal que no ha sido confesado, de que no se está arrepentido, ó de que no se tenga voluntad de expiarle con la penitencia, es un obstáculo tan invencible, que la comunión se transforma en sacrilegio.

A Dios gracias, señor, vos habeis hecho una confesion entera y completa, y si hago memoria

de este requisito, es solo para que agradezcáis á Dios el haberos dado tiempo y gracia para ello. Si la pureza de la conciencia es necesaria para comulgar dignamente, tambien lo es la pureza de intencion, esto es, hacer este acto, que es el mayor de la Religion, por el fin único que se debe. Cuanto sea mas puro el fin que el cristiano se proponga, tanto mas fruto sacará de este sacramento. Dios le ha instituido como monumento que ha dejado en su Iglesia para que renovemos la memoria de su muerte y resurreccion. Este debe ser pues nuestro objeto principal; pero como al mismo tiempo le ha instituido para su gloria, y es tambien el canal por donde nos comunica muchas gracias, tambien podemos dirigir nuestra intencion para glorificarle y para obtener los demas efectos de su misericordia.

El mas puro, el mas elevado fin que puede proponerse una alma, es comulgar por amor de su Dios para atraer con frecuencia á su corazon á este objeto, único de todos sus afectos; para poseerle y consolarse con él, inflamándose de nuevo en las mas encendidas llamas de su amor; para darle gracias por el incomparable beneficio de la redencion; para ofrecer al Eterno Padre este su amado y unigénito Hijo, que habiéndose ofrecido en el Calvario como víctima para expiar en la cruz todas las culpas de los hombres, viene ahora como hostia saludable á expiar particularmen-

te las nuestras. Si en el cielo es el Pontífice sagrado que ruega en general por todos los hombres, si es el Mediador divino que intercede por los pecadores, en el altar es el Pontífice y mediador particular del que le reciba con fe, con amor y dolor.

Como este divino Redentor viene en calidad de víctima para expiar con los méritos que adquirió en la cruz los pecados del que le recibe, este debe presentarse también como víctima por sus propios pecados, unirse de intención con la víctima que tiene en su seno, ofrecerla y ofrecerse él mismo á Dios; pedirle que en atención á la hostia divina que le presenta se sirva de perdonarlos, resignándose á la muerte y demás penas que la divina justicia le destine por la vía de su providencia, prometiendo castigarse él mismo con una penitencia severa, y hacer buenas obras que puedan reparar su injusticia; pedir al mismo Dios por los méritos de su Hijo gracia para cumplir estos buenos deseos, con el fin de que pueda presentarle méritos propios sobre que recaiga la aplicación de los de Jesucristo, y finalmente el don de la perseverancia que le conduzca á morir en su gracia.

Estas deben ser las intenciones generales del cristiano que recibe la sagrada euna con corazón bien dispuesto; estas las consideraciones en que debe ocuparse su espíritu; pero hay otros muchos

motivos particulares que pueden agregarse, y que no harán mas que añadir pureza á su intención. El que conoce y teme su flaqueza, puede recurrir á este divino remedio para que le fortalezca. El que se siente perseguido de una tentación, para que le libre de ella y de todos sus enemigos. El que desea una gracia particular, se dirige á un Hijo tan amado, á quien su Padre no rehusa nada. El que arde en gratitud porque Dios le ha sacado del abismo de su iniquidad y traído á su Religión y su Iglesia, ó por cualquier otro beneficio, no puede expresarla mejor que presentándole esta hostia saludable, digno objeto de su amor.

El que quiera glorificar á Dios en sus santos ó en alguno de ellos, no lo hará mas dignamente que ofreciéndole en memoria suya este sacrificio de alabanza. El que movido del celo de la caridad desea la conversión de alguno, ó el consuelo de sus trabajos, ó el logro de un deseo cristiano, ó en fin el alivio de las almas de sus amigos, parientes y demás que satisfacen á la justicia de Dios con las penas del purgatorio, ¿qué puede hacer mejor que añadir en su comunión este motivo? Pues nada puede abogar con tanta eficacia por los afligidos, nada puede interceder tan poderosamente con el Padre en favor de los vivos y de los muertos, como la sangre preciosa que su Hijo derramó por todos.

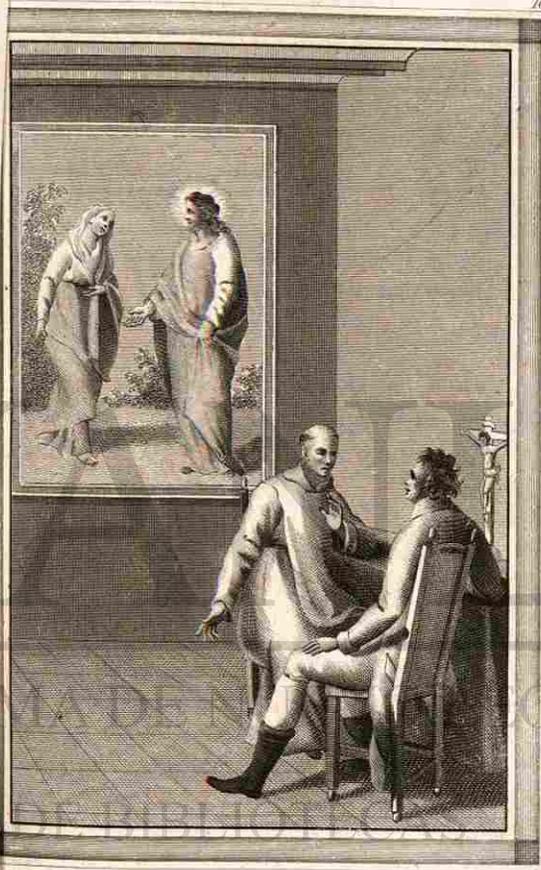
Estos motivos son puros, son dignos de este

sacramento de amor, y el buen cristiano ha de proponérselos todos. Para conseguir tan excelentes frutos, son necesarias estas disposiciones de que vamos hablando. Ninguna es mas eficaz que una entera confianza en Jesucristo, una persuasion íntima de que este divino Redentor es poderoso para obteneros todas estas gracias, y que desea concederlas.

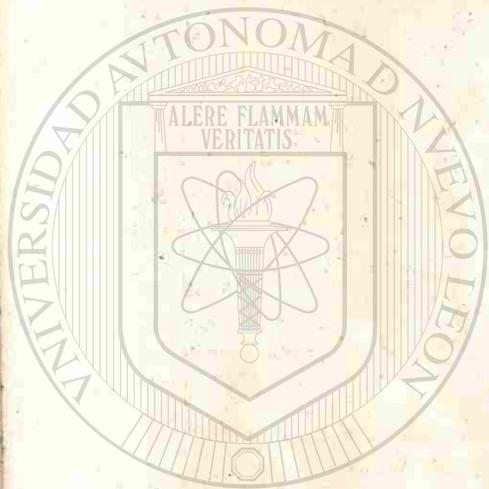
El Evangelio está lleno de ejemplos que lo manifiestan. Una de las hermanas del difunto Lázaro dice á Jesus (1): „Si hubieras estado aquí, „mi hermano no hubiera muerto; pero sé que „Dios os concederá todo lo que le pidiéreis.” Jesus la responde: „Yo soy la resurreccion y la „vida. ¿Lo creéis?” Ella vuelve á responder: „Sí, señor. Siempre he creído que sois el Cris- „to, Hijo de Dios vivo.” Esta confesion dió principio al milagro de la resurreccion de Lázaro. Jesucristo quiso que esta piadosa israelita tuviese una confianza heroica y una fe viva de que Jesus era poderoso para librar á su hermano de la muerte y de la corrupcion.

El enemigo de nuestras almas, que sabe cuán eficaz es esta fe y confianza en nuestro Salvador, se sirve de muchas ilusiones para debilitarla en nuestros corazones: nos representa con viveza una vida entera cercada de delitos: nos dice en

(1) Joann. xi. 3.



Una de las hermanas del difunto Lázaro dice á Jesus: si hubieras estado aquí mi hermano no hubiera muerto.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL

DEL FILOSOFO.

255

secreto lo que las hermanas de Lázaro decían á Jesus, aunque en sentido diferente; esto es, que era menester haber empezado ántes, que no se llega tan presto cuando se viene de tan léjos, y que llagas tan infectas y antiguas no se curan fácilmente. Con estas y otras ideas de esta especie, trabaja por enflaquecer nuestra confianza, y pretende que despues de haber irritado la justicia de Dios con nuestros delitos, ultrajemos de nuevo su misericordia con una criminal desconfianza.

Sin duda que una alma que ha estado largo tiempo muerta, siente mas dificultad en su renovacion interior, y en elevarse desde lo mas profundo de la tierra hasta esta vida celestial, y es conveniente que el pecador mismo conozca cuán terrible es haber vivido tan sin temor de Dios; pero cuando sinceramente arrepentido ha lavado sus llagas en las aguas de la penitencia, su multitud y enormidad no deben turbar su confianza; sus muchas y grandes miserias deben sí aumentar su compuncion, pero no producir su desaliento.

El primer instinto de su corazon debe ser adorar á Jesucristo como á su resurreccion y vida, y tener una persuasion íntima de que sus miserias son menores que la misericordia y los méritos de su Redentor; una confianza segura de que la sangre del Cordero es mas poderosa para purificarle que lo fueron los pecados para corromperle.

Por lo mismo que no halla en su indignidad nada que le excuse, por lo mismo que no puede aguardar de su flaqueza ningun recurso para mejorarse, debe esperar mas de la bondad de aquel que sabe edificar la obra de la gracia sobre la nada de nuestra miseria. Cuanto mas conoce su bajeza propia, tanto mas glorifica el poder y misericordia de su Dios, y reconoce que un bien tan alto baja del cielo, y que nunca se lo puede atribuir á sí mismo.

En efecto, señor, jamas Dios ha negado nada á quien le pide bien, y cuando le pide por el Hijo que ama. Esta oferta es general y sin reserva alguna. *Pedid, y recibiréis.* Jesucristo dijo á sus discípulos, y en ellos á nosotros: Todo lo que pidiéreis en mi nombre, os será concedido. El ha convidado á todos los que estan cargados de pecados á recurrir á su bondad, y ha prometido aliviarlos. Vos teneis el horror de vuestros delitos pasados; pero pues ha movido vuestro corazon, pues os ha traído á su Iglesia y os ha conducido desde la absolucion á su altar, debeis pensar que quiere coronar en vos la obra de su misericordia; y ese mismo terror religioso que os amedrenta, es otro indicio de que os llama.

¿Quién sabe si Jesucristo ha permitido que llegáseis á estado tan deplorable para que el prodigio de vuestra conversion sea un ejemplo y un estímulo para la de vuestros amigos? ¿Quién sabe si la Providencia ha dispuesto que vuestros

excesos sean tan públicos, para que otros muchos pecadores que los saben, no desesperen de su remedio y se animen con el espectáculo de vuestra penitencia? ¿Quién sabe si vuestros delitos y escándalos servirán aun tal vez á los designios de la misericordia divina en favor de otros muchos? ¿Y si la enfermedad de vuestra alma que parecia ya desesperada, léjos de terminar en vuestra muerte, será ocasion de manifestar la gloria del Señor, pudiéndose decir de vos lo que Jesucristo dijo de Lázaro: Esta enfermedad no es para muerte, sino para la gloria de Dios?

Quando la gracia convierte á un pecador oculto, todo el fruto de su conversion es para él solo; pero cuando escoge á un pecador público y escandaloso, sobre todo si por su distincion y clase ha producido ejemplos contagiosos, y es un Lázaro que muerto despues de largo tiempo está ya corrompido, los designios de Dios son mas extendidos, y su bondad, con la mudanza de un corazon, prepara la de otros muchos. Con un escogido suele formar millares, y los delitos de un pecador pueden ser en los altos juicios de Dios la semilla de mil justos. Vos os sentis desalentado reconociendo la gravedad de vuestras culpas, y quizá esta misma gravedad es la que debe animar vuestra confianza, porque ella misma os hace ver cuánto debeis á la eleccion divina que os ha escogido para monumento público que acre-

dite la extension de sus misericordias, aun con los mas desordenados delincuentes.

Creed solamente, decia Jesus á las hermanas de Lázaro, y veréis la gloria de Dios. Y yo os digo tambien: Creed á este Dios de amor con fe y reverencia, y quizá veréis que vuestros parientes, vuestros amigos y los cómplices de vuestras iniquidades se hacen los compañeros de vuestra penitencia; quizá veréis que las almas mas estragadas suspiran con vuestro ejemplo por otra mejor vida, y que las gentes que vivian con mayor abandono dan gloria á Dios acordándose de vuestros errores, y admirando en vos el poder de la gracia.

Reflexionad pues, señor, que vuestras mismas miserias pueden ser motivos nuevos de valor y confianza. Bendecid la sabiduría inescrutable del Eterno, que sabe sacar hasta de vuestras iniquidades y pasiones nuevos realces á su gloria. Todo coopera al bien de sus escogidos, y si tal vez permite grandes miserias, es para manifestar grandes misericordias. Dios quiere siempre la salvacion de sus criaturas: nada desea mas que perdonarlas, recibir las en su seno, y llenarlas de bienes. Y cuando imploramos su misericordia, no es su justicia lo que debemos temer, pues nos espera con bondad: no es tampoco nuestra pasada indignidad, pues nuestro dolor la expia; solo debemos recelar de nosotros mismos, esto es,

de que nuestra voluntad no sea sincera, que nuestra determinacion de mudar de vida no sea del todo eficaz, que nuestra flaqueza nos impida tomar todas las medidas, todas las precauciones necesarias por mas ásperas, por mas severas que sean, para alejarnos de las ocasiones peligrosas, y ofenderle de nuevo.

Con razon desconfiaria de la obra de la gracia, y de recibir como debe á su Dios, el que no se determina á alejarse de todos los lugares, situaciones y escollos en que tantas veces naufragó su inocencia; el que no está resuelto á quitar todos los muros, estorbos y embarazos que le separaron de su amor. Las pasiones no se debilitan sino por la ausencia de los objetos que las inflaman. ¿Cómo podrá mudarse un corazon que vive entre peligros que á todas horas le rodean? ¿Cómo puede ser casto el que continúa viviendo en medio de las amistades, familiaridades y placeres que le han corrompido tantas veces? ¿Cómo hará reflexiones serias sobre la eternidad, ni pondrá un intervalo entre la vida y la muerte el que no le quiere poner entre la muerte y los objetos que le alejan de su enmienda? ¿Cómo es posible que pueda adquirir el gusto de una vida cristiana y penitente el que no se separa de las agitaciones, pasatiempos y futilidades mundanas?

Es locura imaginar que un corazon pueda hacerse á nuevas inclinaciones y costumbres en me-

dio de todo lo que fomenta y fortifica las anti-
guas; que la lámpara de la fe y de la gracia se
encienda entre las tempestades y los uracanes.
Esta lámpara tan delicada, que aun en el secreto
reposo del santuario se apaga muchas veces por
falta de alimento: esta lámpara á quien ni la tran-
quilidad del retiro puede asegurar su permanen-
cia, ¿cómo podrá lisonjearse de mantenerla siem-
pre encendida en el borrascoso mar de los pe-
ligros?

Pero vos, señor, estais determinado á alejaros
de todas las ocasiones de riesgo: estais resuelto
á tomar todas las precauciones de prudencia pa-
ra fortificaros contra vuestra misma flaqueza: que-
reis salvaros á todo precio, y por mas que os cues-
te; vos adquiris, pues, el derecho de pedir á Dios
que perfeccione su obra. Desde que os separais
de todos los objetos que fomentaban vuestras pa-
siones injustas, le podeis decir: Ya eres tú, mi
Dios, el que puede acabar la obra de tu piedad;
yo, segun me parece, he hecho de mi parte lo que
podia. Ya te he sacrificado todos mis afectos vi-
ciosos, y los objetos que los podian resucitar; ya
me he alejado de todos los escollos en que mi dé-
bil corazon pudiera experimentar nuevo naufra-
gio; ya he mudado cuanto en mi vida y mi con-
ducta dependia de mí.

Tú solo eres el que puede mudar mi débil co-
razon y fortificarle con tu gracia: tú solo pue-

des romper los lazos invisibles, superar los obs-
táculos interiores, y triunfar de toda mi enveje-
cida corrupcion. Ya está quitada la losa fatal
que me impedia escuchar tu voz: ahora te toca
ordenarme, como á Lázaro, salir de esta tumba
funesta, de este abismo de miserias y de hor-
ror. Ordénamelo, Señor, con esa voz activa y
poderosa que resucita á los muertos y los llena
de vida. Ya vuestro ministro me ha desatado
las cadenas con que estaba mi alma aprisionada;
pero vos solo podeis hacer que yo conserve es-
ta libertad que me ha dado: vos solo podeis ha-
cer que este convaleciente se restituya á una
salud entera, y que la nueva vida que comien-
za sea el principio de la vida eterna.

Ved aquí, señor, como la confianza en la bon-
dad divina, cuando está apoyada en serias y prác-
ticas resoluciones, puede alentar al mayor peca-
dor para que se presente á la divina mesa. Y
si lleva consigo todas las demas circunstancias
que exige un don tan inefable, puede esperar los
frutos soberanos que produce este pan celestial
en las almas bien dispuestas. ¿Pero quién por
poco que considere la grandeza de esta accion,
no se llenará de estupor y asombro religioso?
¿Quién es el que viene? El Dios inmenso, in-
finito, omnipotente, criador del cielo y de la tier-
ra, el ser de los seres, que existe necesariamen-
te por la naturaleza de su propio ser, que existe

solo por sí mismo, y ha dado el ser á quanto existe, á quanto los ojos ven, á quanto el entendimiento sabe: el ser inmutable y permanente, á cuyos piés se suceden y se renuevan todas sus criaturas que se producen: el Dios inalterable y eterno que ve pasar las generaciones que se desaparecen, los imperios que se destruyen, y los monumentos que se desmoronan.

El Dios amable, principio y modelo de todas las hermosuras, fuente primordial de todas las gracias, causa original de todos los castos amores. El Dios amante, que nos ha dado la existencia, y con ella todos los bienes que nos comunica, y todas las esperanzas eternas que nos promete; que nos ama tanto, que nos ha dado tambien á su Hijo amado para rescatarnos de nuestra esclavitud, para sostenernos contra nuestra flaqueza, y ayudarnos á conseguir los bienes últimos y perdurables.

El Verbo divino, la sabiduría increada, que engendrado ántes de que hubiese siglos en el trono de su Eterno Padre, vino en el tiempo al de una Virgen pura, y uniéndose con la carne y sangre que de ella preparó el Espíritu Santo, y con la perfectísima alma que fué criada para él solo, sin dejar de ser Dios, se hizo hombre, nació, murió, resucitó y subió á los cielos, en donde Rey de la gloria y vestido de toda potestad, está á la diestra de su Padre, y allí es la dicha

de los ángeles, y el placer inmortal de los bienaventurados, ahora viene á esconderse y visitar el corazon humilde que le llama é implora.

El Dios amante, que no contento con haber vivido y conversado con los hombres, no contento con haberles traído la luz del Evangelio, y haberles enseñado el camino de la gloria en donde los espera, ha querido dejarles este monumento de su amor, esta memoria de su sacrificio, este socorro con que los consuela en su desfuerzo. El Dios, en fin, que parece está impaciente porque está separado de sus escogidos, á quien su ingenioso amor sugirió la invencion divina de esconderse en el Sacramento Eucarístico para comunicar con ellos secretamente miéntras llega el dia de la claridad, en que cumplidos sus inmutables decretos, se les mostrará en toda la extension de su gloria inundando sus corazones en eternos torrentes de delicias.

Y á quién viene este Dios tan magnífico como inmenso? A sus débiles y deleznales criaturas, á hombres que sacó de la nada y que formó de barro, á hechuras suyas que no tienen de sí mismas sino corrupcion y bajeza, que si tienen algo, todo lo deben á su gracia ó á su misericordia. Y si la criatura más perfecta, la que le ha servido con más fidelidad y más constancia, es indigna de bien tan soberano, qué será el mísero mortal que ha tenido la desgracia de

ofenderle, que le ha desconocido, que ha adorado dioses extraños, y que ha preferido viles criaturas á su Dios verdadero? ¡Y por qué? Por entregarse á placeres frívolos y groseros, quebrantando sus leyes, despreciando su sangre y renunciando á su amistad.

¿A qué viene? A perdonarle, á restituírle los bienes que ha perdido, á sacarle de las sombras y de la region de los muertos en que se habia sepultado, á darle nueva vida, nuevas esperanzas, y ponerle otra vez en el camino que conduce á la mansion celestial. ¿Cómo viene? Un dia vendrá con toda la pompa de su magestad: una nube brillante será el carro que le conduzca: los ángeles, ministros de su voluntad, le acompañarán para ser ejecutores de su invariable justicia: el cielo temblará, la tierra se estremecerá, los muertos llenos de terror saldrán despavoridos de sus sepulcros al son de la espantosa trompeta, y vendrán á escuchar la inexorable sentencia que pronunciará este supremo Juez.

Pero ahora no viene de este modo: viene como Padre, como amigo; viene en el trono de su misericordia á confortar á los que le aman, á consolar á los afligidos, y á sostener á los débiles: viene con las alas del divino amor á satisfacer su inmensa é inagotable beneficencia, á cumpír su palabra de permanecer con los que comen su carne, de aliviar á los que se sienten

fatigados y le piden socorro, de introducirse en su corazón y comunicarles los dones de su espíritu, de hacerse uno con ellos, y ofrecerse con ellos de nuevo á su Eterno Padre para que confirme esta unión y la haga eterna.

¿Quién podrá considerar tanta magestad y tanta dignacion sin sentirse penetrado de amor y respeto? El hombre débil está á vista de su Dios que descende hasta él: un velo sagrado le cubre; pero la fe le dice que aquello que parece pan, es Jesucristo, el mismo que ha criado el mundo, que le conserva y le gobierna; aquel en cuya presencia las columnas del cielo se estremecen; aquel á quien toda la naturaleza se postra; aquel en fin, en cuya comparacion todo el universo es ménos que la nada. ¿Qué respeto le deben inspirar estas ideas! ¿Pero qué amor, qué consuelo debe sentir cuando piensa que esta grandeza infinita se digna de venir para depositarse con su alma, y unirse con ella con la union mas íntima y estrecha.

¿Cómo no se humillará ante magestad tan alta? ¿Cómo arrepentido de sus errores no volará á los brazos de tan buen Padre? ¿Cómo con las lágrimas en los ojos y el dolor en el pecho, no le dirá como el hijo pródigo: Padre, pequé contra el cielo y contra vos? Si el publicano no se atrevia á acercarse al altar ni á levantar los ojos al cielo, sino que avergonzado, desde un rin-

con se contentaba con herirse el pecho; vos con la misma compuncion, pero con mayor confianza, id al altar, decid tambien: Mirad con piedad á este pobre pecador. Así con el profundo respeto que debeis á Magestad tan alta, uniréis el tierno amor y la confianza que merece por su bondad inefable.

Si, señor: confianza y amor; porque este Dios de magestad y justicia que mira al pecado con odio implacable, con cólera inflexible, mira al pecador ya arrepentido con lástima, y le espera misericordioso. Siendo tan puro y santo no puede dejar de aborrecer la iniquidad; pero siendo nuestro Criador y nuestro Padre, nos ama á pesar de nuestra ingratitude; nos llama, nos excita, nos espera; y mientras no llega el plazo que ha señalado á su castigo, mientras duran los dias de propiciacion y de esperanza, que son todos los que nos concede de vida, nos aguarda siempre con los brazos abiertos para recibirnos en su seno.

Bien nos ha mostrado este amor, esta compasion, este vivo interes con que mira á los pecadores. Y si no, considerad por qué bajó del cielo á la tierra; por qué se vistió de nuestra desdichada carne; por qué emprendió tan penosos trabajos. Sin duda para convertirlos y ganarlos; y para conseguirlo se dignó comer con ellos, y llegó á decir que su alimento y sus delicias eran

ganarlos para el cielo. Si ayunó, si veló, si repitió tantos y tan laboriosos viajes, si sufrió tantas fatigas, y persecuciones, fué ciertamente por salvarlos. Si empleaba los dias en el ministerio de su predicacion, y la noche en pedir á su Padre que los socorriera, era solo por el amor que les tenia. Las entrañas de su misericordia estaban siempre abiertas para recibirlos; y observado en la historia de su santa vida, que jamas rechazó á ninguno de cuantos imploraron su piedad.

Este deseo de salvarlos y de remediar todas sus miserias, era tan vivo en su piadoso corazon, que para rescatarlos y libertarlos de los males eternos, ha consentido en que le crucificasen entre dos malhechores, y ha querido derramar hasta la última gota de su sangre. ¿Quién pudiera discurrir mayor fineza? ¿Quién no dirá que esta es la última prueba de amor? Y con todo, nuestro Salvador tan ingenioso como amante, ha querido extender el suyo mas allá de su vida.

Para no separarse de los hombres, para dejarles despues de su muerte un remedio seguro, instituyó este divino sacramento en que se reproduce de continuo con toda su virtud y eficacia. El hombre une su carne con la suya, y goza de todos los bienes que produce su presencia; y el mismo amor que le obligó á morir por los pecadores, le ha inspirado la institucion de esta sa-

grada Eucaristía. Si por amor vino á la tierra, y se entregó á la bárbara iniquidad de sus enemigos, por amor se comunica á los hombres, y muchas veces á pecadores tan culpados como los que le quitaron la vida.

¿Pero cuántos tesoros, cuántas gracias encierra esta institucion tan digna de su poder y de su sabiduria como de su beneficencia? Si es un testigo íntimo de la funesta muerte que se acarrean los que le profanan, recibéndole sin fe ni caridad, es vida y salud para los que le reciben con humildad y confianza. No pide otra cosa para producir estos efectos admirables, sino la viveza del deseo, y la rectitud de la intencion.

Con esta viva disposicion que traiga el hombre, es este divino pan un bálamo de vida que le renueva. Por grande que sea su flaqueza, por mas inveterados que sean sus males, por mas complicadas que sean sus enfermedades, todo lo cura, todo lo restablece; es todo para todos. Es el remedio de los justos y de los pecadores; vianda sólida que da robustez á los santos; medicina útil que sana á los enfermos; vida de los vivos, y resurreccion de los muertos; pues como dice S. Agustín, no solo sostiene á los que viven, sino que vuelve á dar la vida á los muertos. Y ved aquí por qué desde que el hombre no se conoce gravado de culpas mortales, desde que las ha procurado lavar con las aguas de la penitencia, pue-

de y debe participar de este inefable misterio.

Es un grande error, y muy perjudicial, alejarse, y tal vez alejar á otros de este divino sacramento, con el pretexto de la propia indignidad, cuando esta no tiene otro fundamento que las humanas fragilidades y flaquezas. Esto es no conocer la naturaleza y calidad de este pan celestial. Sin duda que el hombre no puede disponerse bastantemente; y por mas que se disponga, nunca será digno de recibir tan alto don; pero tampoco debe olvidar que Dios no solo le ha instituido para servir de alimento á los santos, sino de medicina á los enfermos; no solo para consolar y fortificar á los justos, sino para alentar y reparar la salud de los penitentes. Los mas débiles le necesitan mas, y deben privarse ménos que los fuertes. Las almas santas y vigorosas pudieran perseverar sin este auxilio mas largo tiempo que las que por su flaqueza corren mas peligro y no pueden por sí sostenerse.

El mismo Salvador hablaba de estas personas cuando, figurando este misterio, decia: Si las dejo mas tiempo sin comer, se desmayarán, porque algunos han venido de muy léjos; dándonos á entender que así como aquellos que hicieron mas largo viaje para oírle, estaban mas expuestos á desmayarse que los que le hicieron ménos; así en esta vida los mas flacos que tienen mas que andar para llegar á la perfeccion, estan expuestos

á mayores peligros. Y pues este pan celestial nos ha sido dado por el cielo para sostener nuestra flaqueza, no es temeridad, sino santa y prudente precaucion recurrir á la bondad de un remedio que se nos concede con tanta liberalidad.

El Venerable Padre Granada dice, que una de las mayores faltas que cometen los hombres, y de que se les tomará cuenta rigurosa en el último dia, será la que hacen contra la sangre de Jesucristo, no queriendo aprovecharse de los admirables remedios que por ella tienen los fieles, y sobre todo en la Eucaristía, y hace sobre esto una comparacion que me parece excelente. Si un rey, dice, hubiera fabricado á mucha costa un hospital magnífico para recibir en él toda clase de enfermos, si le hubiera proveido de cuanto es necesario para aliviar todos sus males, y si despues de haber acabado esta obra tan útil como suntuosa, empleando crecidos gastos y muchos afanes, no se presentara ninguno para ser curado, este rey estaria enojado, y descontento de haber trabajado tanto por gentes tan indignas de atencion, que ni siquiera tienen cuidado de su propia salud.

No es pues dudoso que el Rey del cielo concebirá la misma indignacion, si ve que despues de habernos proporcionado un remedio que le cuesta tan caro, como es su propia sangre, nosotros no le apreciamos bastante para querer apro-

vecharnos; ántes por el contrario, hacemos cuanto está de nuestra parte para que sus designios sean inútiles, y sus trabajos infructuosos. Este desprecio, esta negligencia es un pecado horrible, y semejante al que nuestro Señor explica en la parábola del festin, cuando los convidados se excusaron de venir á su convite (1). Es muy de temer que se extienda á ellos aquella espantosa sentencia: En verdad os digo, que ninguno de estos hombres que he convidado, tendrá jamas parte en este festin.

En efecto, señor, ¿quién puede tener razon legitima para excusarse y no aprovecharse de don tan solemne? El que ha sido muy grande pecador debe saber, que desde que se determina á entrar en los caminos de Dios y se arrepiente con sinceridad de su vida pasada, ya deja de serlo; pues como dice muy bien San Gerónimo, los delitos pasados desde que nos afligen y dejamos de amarlos, ya no nos condenan con propiedad. La causa de nuestra perdicion no es haber cometido pecados, sino no arrepentirnos, no llorarlos, no expiarlos. No hay culpa irreparable, no hay delito irremisible; el que se vea mas caido en tierra, el que esté mas abrumado de delitos, no necesita de otra cosa que de arrepentirse, y solo con que se aflija y tienda la mano, puede estar seguro de que Jesucristo le levantará.

(1) Luc. xiv. 13. 16.

Sin duda que no es digno de acercarse á este tan sublime misterio; pero ¿qué mortal lo es ni podrá nunca serlo? En hora buena que conozca su indignidad; pero reconozca tambien y admire la afabilidad y dulzura de su Dios, que ha instituido este divino Sacramento para comunicarse por él hasta con los imperfectos y débiles. Su bondad es tanta, que no pide necesariamente largos méritos ni grandes virtudes, y se contenta con la pureza, y con buenas intenciones y deseos. Su gracia es tan eficaz, que ella perfecciona y da al hombre lo que le falta, de modo que el dábíl se halla robusto, y lo que empezó por humildad llega á ser confianza. Así léjos de ofenderle el que le busca conociendo su indignidad, le ofendiera si con este pretexto dejara de aprovecharse del único remedio que se la puede quitar. Y ved aquí los motivos que deben excitar en su corazón los deseos y el valor de acercarse á tan inefable Sacramento.

Seria, señor, una gran tentacion, aunque cubierta con la máscara de respeto y de religion, no atreverse á participar de este pan celestial hasta sentirse digno de recibirle; porque entonces no se recibiria nunca. Nuestra vida entera no pudiera ser una preparacion suficiente para ponernos en estado de merecer el mas alto de los favores divinos en la tierra. Nadie puede llegar á tanta perfeccion; pero Dios que conoce

nuestra miseria y el barro de que nos hizo, no exige tanto, y solo pide que hagamos seriamente lo que depende de nosotros para disponernos con su ayuda á tan grande y terrible misterio.

En estos dias, pues, en que nos vemos ya tan cerca del altar, nuestro ardor y nuestra vigilancia deben aumentarse. Debemos tener los ojos mas abiertos sobre nosotros mismos, debemos considerar con más atencion todas nuestras acciones y palabras, con gran cuidado de no hacer ni pensar nada que pueda ser ménos conforme á la santidad de Dios que vamos á recibir. Toda conversacion inútil, todo discurso alegre y divertido, aunque indiferente en sí mismo, no serian una disposicion conveniente. El alma no debe estar llena sino de su objeto; la lengua debe estar contenida, la boca inocente y pura; ¿y cómo permitirá que se le escape una palabra vana ó peligrosa, cuando sabe que es la puerta por la que la hostia de propiciacion entrará en su pecho?

Si la boca debe estar tan limpia, ¿cuánto mas lo debe estar el corazón? No hablo de los pensamientos malos é impuros, entre los que ciertamente no pudiera subsistir Jesucristo; entiendo aun de todas las ideas vanas, ó de las imaginaciones inquietas que es menester tambien desterrar del ánimo. No debè haber en él nada, no digo que pueda ofender á nuestro Dios, sino que nos pueda distraer un instante de su amor y de la

contemplacion de su fineza. David dice, que el Señor debe habitar en un lugar de paz; así deben alejarse todos los pensamientos que pueden disipar el espíritu ó turbarle. El lecho que le prepara la Esposa de los Cantares está lleno de flores, y no conviene introducir espinas de pensamientos inquietos ó ideas vanas. Y si la necesidad obliga á tratar de asuntos humanos, que sea con tanta reserva y moderacion, que el corazon no se turbe, ni se alejen del alma el reposo y la paz.

Es menester pues emplear todo el tiempo que nos queda hasta el domingo en ejercicios espirituales; es menester que le ocupemos en levantar nuestro corazon á Dios, en meditar su grandeza, nuestra bajeza, y la inefable dignacion con que viene á establecerse en un corazon vil que no lo merece. Estos serán los olores agradables con que debemos perfumar la habitacion que se prepara á recibir el huésped celestial, y que cuando llege el divino Esposo salgamos á su encuentro con el casto pudor del respeto y las ardientes llamas del amor.

Que vuestra fervorosa oracion se eleve hasta el inescrutable solio de la adorable y augusta Trinidad, dirigiéndoos cada dia de los que faltan á una de las personas divinas, para que os den la gracia y pureza que merece tan sagrada accion. Recurred particularmente á la muy santa Madre

de Jesus, á esta Virgen purísima que tan dignamente llevó en su seno nueve meses á este Salvador, á quien dió el ser humano, y que va á depositarse en vuestro corazon, suplicándola que por aquel encendido amor, por aquella fervorosa devocion con que le concibió en sus entrañas, y con que le recibió entre sus brazos, os alcance la gracia de recibirle con amor en vuestro pecho.

Procurad representaros la ternura y el ardor con que comulgaba esta Soberana Reyna, cuando despues de la Ascencion á la gloria recibia el cuerpo de su Hijo adorado; la fe viva, las lágrimas de amor, y los consuelos inefables que experimentaba su puro corazon cuando recibia en él, bajo las especies sacramentales, la carne formada de su propia carne, miéntras le llegaba el tiempo de gozarle en toda su hermosura. ¡Ah! si pudiéramos concebir algo de la fe y del amor de esta, la mas perfecta de sus obras, la mas amante y la mas amada de sus criaturas, nuestro tibio corazon se encenderia en el ardiente volcan del suyo, y la menor de sus centellas bastaria para abrasarnos en su santo fuego.

Pero pues es Madre de misericordia y Madre de pecadores, pedidla que os asista en una ocasion tan importante, en que vuestra alma pobre y desvalida va á desposarse de nuevo con su Hijo, que es Esposo tierno y misericordioso de las

almas. Vos debéis consideraros en aquel estado en que estaria una muger infeliz, que ciega ó insensata hubiera tenido la desgracia de ofender con loco desacato al mas digno y mas amante de los esposos; pero este, á pesar de sus infamias, con noble corazon la vuelve á dar lugar en su casa y su lecho. ¿Cuál debiera ser su confusion, si la quedaba algun pudor, cuando por un lado considerase sus desórdenes, y por otro la bondad que á pesar de sus excesos, léjos de arrojarla como merecia, se dignara de recibirla? ¿Pero qué diferencia de un esposo mortal al celestial Esposo! ¿Quién puede comprender esta desproporcion infinita? El Rey de los reyes, el Señor de los señeres, á quien habeis ultrajado de tantos modos y tantas veces, despues que os habeis prostituido á su enemigo, y preferido á su amor el de las viles criaturas, os perdona, se reconcilia con vos, y os recibe de nuevo en su casa, en su mesa y entre sus brazos; os declara otra vez su esposa querida, y solemniza con una fiesta la renovacion de vuestro desposorio.

Invocad pues á su piadosa Madre, para que os sirva de madrina en tan augusta solemnidad. Ella es rica, y puede daros con su intercesion una magnífica vestidura con que os presentéis dignamente á tan excelso talamo. Es la Madre del amor hermoso, del temor filial, del conocimiento, y de la santa esperanza. Ved aquí las pre-

seas con que puede adornaros, y que son las mas propias para este dia feliz. Pedid á su esposo José, que fué tambien el padre putativo de vuestro amante Esposo, y á quien la divina Providencia encargó el cuidado de la Madre y del Hijo, que os sirva de padrino. Invocad á vuestro ángel de guarda, á quien Dios ha concedido el cuidado de vuestra vida, y pedidle que os ayude en el acto mas importante de ella; á los santos de vuestro nombre, que son los protectores naturales que Dios os ha destinado para vuestra custodia; ocurrid á los de vuestra devocion para que os asistan en el lance de tanto interes, y que sean los amigos de la esposa.

Llamad á todos los bienaventurados que le gozan, á todos los ángeles que le sirven, y que le acompañarán reverentes cuando se digne descender á vuestro pecho. Pedidles que os enseñen á respetarle como ellos le respetan, y á encenderos en amor como ellos se abrasan; y estad seguro que si los llamais con sincero fervor, todos vendrán á asistiros, y á ofrecer al Señor vuestros deseos. Estos felices inmortales, arrebatados en el amor de este Dios de que gozan, estan tambien penetrados del mismo espíritu, y no emplean su existencia bienaventurada sino en alabar incesantemente á su divino Bienhechor, y en pedirle misericordia para los mortales que imploran su auxilio y se convierten de corazon.

¿Cuál debe pues ser vuestra confianza, cuando consideréis que os vais á presentar á un Dios de bondad, que se digna de venir á vos, y que vais acompañado de tan excelsos padrinos, de tan altos protectores, de tan buenos amigos, y que todos interceden para que el Espíritu Santo os aplique con esta carne divina y vivificante que vais á recibir, todos los méritos de Jesucristo y todos los frutos de su redencion!

Considerad tambien que ya estais en el seno de la Iglesia, y que esta Madre piadosa, aunque dividida en sus miembros y derramada por toda la tierra, está siempre unida de intencion; que esta es la familia santa, compuesta principalmente de los escogidos y de los amados de Dios que le adoran en espíritu y en verdad, aunque entre sombras, esperando el dia de la luz; que ahora mismo está con gemidos amorosos pidiendo por vos, cuando ruega por la conversion de los pecadores y por la perseverancia de los justos. ¿Cuántos motivos pues para animar nuestra desconfianza, por mas vil y abominable que haya sido nuestra conducta!

Apartad pues desde ahora, apartad de vos toda idea de terror, todo pensamiento de vuestra indignidad, ó si pensais en ella, sea solo para despertar mas vuestra gratitud y admirar la misericordia del Señor. Que vuestra alma vuele hasta su altura con las alas del amor y de la confian-

za; que vuestro corazon se enlace desde ahora para siempre con la cruz de nuestro Salvador; que vuestro entendimiento no se ocupe sino en la memoria de su pasion y de su divino sacrificio, considerando el infinito amor con que se abandonó por vos á tan inauditos tormentos como sufrió, para libertaros de las penas que vuestros delitos merecian, y en fin, esta inmensa caridad, con que á pesar de vuestros extravíos, viene á unirse con vuestra alma en la mas dulce y amorosa union. Jesucristo ha instituido este Sacramento en memoria de su muerte, y esta es la idea mas digna, el pensamiento mas tierno, en que puede ocuparse el que va á recibirle, si quiere ser fiel á su santa voluntad.

Atento pues desde ahora á este único objeto, escuchad, y no escuchéis otra cosa que esta voz del Evangelio que Dios os comunica por mis labios: Ved aquí el Esposo que viene; salidle al encuentro. Y que esta diligencia repetida á cada instante á vuestro oido, despierte y produzca en vuestro corazon todos los sentimientos de ternura y amor que se le deben. Si señor; no lo dudeis, es vuestro Esposo, y el Esposo mas amante el que va á venir. No hay sacramento en que nuestro Señor se muestre tan claramente nuestro Esposo como en el de la Eucaristía, porque su efecto es unirse íntimamente con el que le recibe, hacer una misma cosa de los dos, y pro-

ducir verdaderamente una alianza espiritual.

Para salir como es menester á recibirle, considerad como él mismo viene: viene lleno de amor, de bondad, de dulzura, de misericordia. El mismo nos dijo cuando instituyó este Sacramento, que habia deseado con ardor celebrar con nosotros esta Pascua, esta Pascua en que se come el verdadero Cordero. El mismo es el Cordero. Esta Pascua en que para darse á vos, se prepara al sacrificio mas terrible. Si él deseaba por venir á nosotros, padecer tanto mal, ¿cuánto debemos desear que venga á nuestras almas nuestro Salvador, que es el manantial de todo bien? ¿y con qué respeto, devocion y alegría le debemos esperar?

Así le recibió el anciano Simeon cuando le tomó de los brazos de su Madre, y cuando protestó que no habia deseado la vida sino para ver á su Salvador; así le esperaban los antiguos patriarcas, suspirando por el dichoso dia en que se cumplirian las divinas promesas; así le recibió la Madre del Bautista cuando vió en su casa á la Madre de su Señor, y la dijo: ¿De dónde me viene tanta dicha, que la Madre de mi Señor entre en mi casa? Si así pensaban tan altos personajes, ¿qué harémos nosotros, indignos y pobres pecadores, cuando vemos que el Dios del Universo y toda la gloria de los cielos descende hasta nosotros? ¿Con qué ardor y sinceridad debe de-

cir nuestro corazon: O Padre, ó buen Pastor, mi Dios y mi Señor, no te has contentado con criarme á tu imágen, y haberme rescatado con el precio de tu sangre, sino que por un prodigio incomprendible de amor te dignas de venir hasta mí para habitar en mi alma, para transformarme en vos para uniros conmigo con lazos de amor, con vínculos de eterna caridad?

¿De dónde me viene tanto bien? No es por mis méritos, pues no he hecho mas que ofenderle; no por honraros, pues soy un pobre que hiciste de barro, y tú eres mi Dios: es por tu bondad, que es tanta, que tú desearas mas venir á mí, que yo que soy el que lo debiera desear, porque soy miserable, porque necesito de vuestro socorro, y porque sin vos no puedo nada. Vos me amais por pura misericordia, y yo debiera buscaros para tener en vos al que puede dármele todo; pero vuestro amor excede tanto aun á mi propio interes, que vos venis á dármele todo, aunque yo no lo desée ni lo busque tanto como debiera. Vos habeis dicho, que vuestras mas dulces delicias eran vivir con los hijos de los hombres. ¿Qué bondad! No es tan natural al sol alumbrar ni al fuego encender, como á tí el amarnos y hacernos bien.

Ved aqui las únicas ideas y pensamientos saludables que deben ocuparos hasta el feliz momento que os prepara el cielo. Vuestro corazon de-

be inundarse en un mar de alegría, y bogar con los veloces remos de la dulce esperanza; pero como la santidad de este Esposo, como su grandeza y dignidad es tan alta, y por otra parte él gusta de ver en el amor de sus esposas un casto pudor, es menester que vuestra devocion y alegría vayan acompañadas de una profunda reverencia, considerando por un lado la magestad del que viene, y por otro la bajeza del que aguarda. Estos sentimientos reunidos os podrán hacer cumplir con el consejo de David que os dice: Sirve al Señor con temor, y alégrate en su presencia con temblor.

Acordaos de las terribles amenazas que publicó Moises por orden de Dios al pueblo en el momento de promulgar su ley: tened presente como mandó que nadie se atreviera á acercarse al monte en que hablaba, ni hombre ni bruto ni rebaño, so pena de ser apedreados. Reflexionad que aunque permitió á Aaron, que él mismo habia nombrado soberano sacrificador, que subiese al monte, le mandó no obstante que adorase desde léjos, sin que otro que Moises tuviese el privilegio de acercarse; y discurred que si tanto respeto era necesario cuando Dios publicaba su ley por medio de un ministro, ¿cuál debemos tener cuando el mismo Señor viene en persona! Escondeos pues en vuestra propia bajeza, humillaos hasta el polvo de la tierra cuando veis que

el Señor de tanta magestad descende para unirse con vuestra alma.

Con esto me dejó el padre, y se fué. Me sería imposible, Teodoro, referirte por menor todo lo que me dijo en los dias que siguieron hasta aquel dichoso domingo, porque ya no fueron discursos seguidos como los precedentes; eran tier-nos afectos y movinientos de su corazon: no tenían mas que un objeto que era el de mi próxima no merecida felicidad; pero tan varios, y presentados con aspectos tan diferentes, que es imposible que yo los pueda recordar; tanto mas, cuanto aquellos dias pasaba mas tiempo conmigo, y me ocupaba tanto, que no me dejaba tiempo para trasladarlos al papel, como habia hecho hasta entónces.

Tampoco hubiera sido posible referir lo que ya no eran raciocinios del espíritu, sino desahogos tiernos de un corazon inflamado; y no hay en el mundo quien sea capaz de individualizar todo lo que en aquellos dias me dijo aquel ángel del cielo. Era un rio impetuoso de sentimientos y afectos encendidos: era un volcan ardiente de que salían continuamente erupciones inflamadas. Se veia que su corazon era una hoguera, que ardia en el amor divino, y que las llamas le salian por boca y ojos. ¡Pero qué vigor en sus discursos! ¡qué viveza en sus imágenes! ¡qué coloridos en sus locuciones! ¡qué sensibilidad en sus palabras! Su

espíritu me parecía superior al de un hombre, y que poseía ya los dotes de las inteligencias celestes: todo esto acompañado de un celo, de una caridad, de una compuncion, que me enternecian al mismo tiempo que me admiraban.

Hubiera sido menester que yo fuera un monstruo, una piedra insensible, para no sentirme conmovido con tan fuertes impulsos. Pero no: Dios me hacia la gracia de sentir sus efectos. Su fuego me abrasaba, sus lágrimas excitaban las mías, su dignidad me imponia respeto, sus afectos me penetraban, y bendecia á Dios por haberme dado un director tan digno de aquel sublime ministerio.

Así pasamos todos aquellos dias en una repetition incesante y siempre variada de afectos, exclamaciones y jaculatorias; y al despedirse de mí la noche del sábado me dijo: Id, señor, á acostaros entre los brazos del Dios que os espera. Ya entre su bondad y vuestro corazon no hay mas distancia que el intervalo de esta noche. Reposad con la dulce expectativa de que la aurora vendrá para alumbrar vuestra felicidad. Si alguna vez despertais, vuestra primera idea sea decir: ¿Es verdad que yo voy á recibir á mi Dios? Antes de entregaros al sueño llamad á vuestros padrinos y patronos, y haced lo que la Esposa de los Cantares, que mientras ella dormia, su corazon velaba.

Mañana te contaré lo que me pasó en aquel grande dia. A Dios por hoy, Teodoro mio.

CARTA XXIX.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

LLEGÓ por fin, Teodoro, este dia tan deseado: este dia destinado por el cielo para completar mi felicidad. Yo pasé la noche en una dulce tranquilidad, con la idea de que presto se cumpliria tan amable esperanza, y habia procurado practicar cuantos consejos é instrucciones me habia dado mi digno conductor. Este vino mas temprano que lo que acostumbraba. Le ví entrar en mi aposento con un aire modesto y recogido; pero me pareció que traia un aspecto mas dulce y sereno. Sus ojos brillaban con una alegría visible, y parecia queria decirme: Ve aquí el momento de vuestra dicha, y el término de nuestras penas. Yo me preparaba á seguirle, pero él sentándose y haciéndome sentar, me dijo: Deseo aun hablaros antes de que os acerqueis al altar.

Nosotros somos dos pobres mortales, dos miserables pecadores, y con todo estamos convida-

espíritu me parecía superior al de un hombre, y que poseía ya los dotes de las inteligencias celestes: todo esto acompañado de un celo, de una caridad, de una compuncion, que me enternecian al mismo tiempo que me admiraban.

Hubiera sido menester que yo fuera un monstruo, una piedra insensible, para no sentirme conmovido con tan fuertes impulsos. Pero no: Dios me hacia la gracia de sentir sus efectos. Su fuego me abrasaba, sus lágrimas excitaban las mías, su dignidad me imponía respeto, sus afectos me penetraban, y bendecía á Dios por haberme dado un director tan digno de aquel sublime ministerio.

Así pasamos todos aquellos dias en una repetición incesante y siempre variada de afectos, exclamaciones y jaculatorias; y al despedirse de mí la noche del sábado me dijo: Id, señor, á acostaros entre los brazos del Dios que os espera. Ya entre su bondad y vuestro corazón no hay mas distancia que el intervalo de esta noche. Reposad con la dulce expectativa de que la aurora vendrá para alumbrar vuestra felicidad. Si alguna vez despertais, vuestra primera idea sea decir: ¿Es verdad que yo voy á recibir á mi Dios? Antes de entregaros al sueño llamad á vuestros padrinos y patronos, y haced lo que la Esposa de los Cantares, que mientras ella dormía, su corazón velaba.

Mañana te contaré lo que me pasó en aquel grande día. A Dios por hoy, Teodoro mio.

CARTA XXIX.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

LLEGÓ por fin, Teodoro, este dia tan deseado: este dia destinado por el cielo para completar mi felicidad. Yo pasé la noche en una dulce tranquilidad, con la idea de que presto se cumpliría tan amable esperanza, y habia procurado practicar cuantos consejos é instrucciones me habia dado mi digno conductor. Este vino mas temprano que lo que acostumbraba. Le ví entrar en mi aposento con un aire modesto y recogido; pero me pareció que traía un aspecto mas dulce y sereno. Sus ojos brillaban con una alegría visible, y parecía queria decirme: Ve aquí el momento de vuestra dicha, y el término de nuestras penas. Yo me preparaba á seguirle, pero él sentándose y haciéndome sentar, me dijo: Deseo aun hablaros antes de que os acerqueis al altar.

Nosotros somos dos pobres mortales, dos miserables pecadores, y con todo estamos convida-

dós, y vamos á presentarnos á la mesa del Señor. Ve aquí pues el momento en que debe excitarse de nuevo nuestro corazon á los mas vivos afectos de amor. Sin duda que reconocemos nuestra indignidad; pero pues el Dios de misericordia se ha dignado escogernos, pues nos ha dado el tiempo y los medios, pues nos está esperando, ¿cómo dejáremos de aprovecharnos de tan sumo don? ¡Y cómo, si consideramos los muchos bienes que nos vendrán con él, no tendremos un deseo ardiente, una hambre santa de comer este pan celestial? Este deseo, esta hambre, son la mejor disposicion que podemos llevar para recibirle dignamente y sacar mas fruto.

El corazon humano grosero, en que solo producen efecto los objetos sensibles, se enciende dificilmente en afectos tan vivos con las ideas espirituales que la fe presenta, y que solo puede percibir el alma; pero la misma fe ayudada de la gracia, le puede inflamar, cuando se detiene á considerar los efectos de este Sacramento, y las asombrosas mutaciones que suele producir en los que le reciben con la preparacion que se debe. Por eso ántes de que nos lleguemos á la santa mesa, me ha parecido haceros algunas reflexiones, tomadas tambien del venerable padre Granada, y que podrán excitaros mucho en esta ocasion.

Sabed, dice, que como Dios por su bondad

opuso al primer hombre, que fué la causa de todos nuestros males, un segundo hombre, que es Jesucristo, fuente y principio de todos nuestros bienes; así opuso al fruto funesto del árbol vedado que nos ha perdido, otro fruto celestial, que es el divino Sacramento, fruto del cielo que sirve de remedio á todos esos daños. Y como por la obediencia del segundo hombre nos hemos libertado de todas las desgracias que nos acarreó la desobediencia del primero; así todos los males que nos produjo aquel alimento funesto, se sanan con este pan divino.

Este Sacramento, pues, es un antídoto saludable que inventó la caridad divina para curar á todos los hombres del pestilencial veneno con que la antigua serpiente los habia infestado. Y para comprender bien cuántos bienes nos comunica esta vianda celeste, basta considerar los innumerables y terribles males que nos causó aquella mortífera vianda, teniendo presente que Dios instituyendo este augusto misterio mudó la maldicion en bendicion; pues que hablando del primer fruto, dijo: En el instante que comieres morirás; y del segundo ha dicho: El que comiere este pan vivirá eternamente.

¡Y cómo no esperará hallar en este convite la eterna vida el que reflexione que come la misma carne de Jesucristo unida al Verbo Divino? S. Juan Damasceno dice, que como el Verbo de Dios

eterno es el principio y la fuente original de toda vida, pues ha dado á todos el ser, desde que se unió con la carne humana hizo su propia carne vivificante, de modo que esta carne unida al Verbo comunica la vida á todo lo que toca: así, no siendo otra cosa el Sacramento que la carne de Jesucristo unida á su divinidad, posee toda su virtud, grandeza y poder.

Reflexionad pues, señor, lo que debe pasar en vuestra alma cuando este divino Redentor entre en ella. Considerad los efectos que debe producir esta carne celestial, animada con el alma de Jesucristo y consagrada con la inefable union de su ser divino. Es Dios hombre el que viene á vuestro corazon con todos los méritos de su santa humanidad, y con toda la plenitud de su divinidad. ¡Y á qué viene? A tocar con su carne la vuestra y comunicarla su propia vida, á llenaros de su presencia, á alentaros con su misericordia, á lavaros con su sangre, á derramar sobre vos la union de su gracia, á vivificaros con su muerte, á iluminaros con su luz, á encenderos con su amor, á acariciaros con su dulzura, á depositarse con vuestra alma y unirse con ella, á hacerse participante de su espíritu y de cuantos méritos adquirió en la cruz, ofreciendo esta misma carne con que os regala.

Por eso con este divino sacramento vos concebis de nuevo mayor odio á los pecados pasados,

quedais fortificado para lo venidero; vuestras pasiones se debilitan, vuestras tentaciones se disminuyen, vuestra devocion se inflama, vuestra fe recibe nuevas luces, vuestra caridad nuevos ardores; vuestra esperanza crece, vuestra flaqueza se transforma, vuestras fuerzas se reparan, vuestra conciencia se serena; vais á ser participante de los méritos preciosos de Jesucristo, y á recibir una prenda de la vida eterna.

Sabed tambien que este es el pan que da valor á los pusilánimes, que sustenta á los caminantes, que levanta á los caidos, que anima á los cobardes, que da armas á los valientes, que alegra á los tristes, que consuela á los afligidos, que instruye á los ignorantes, que enciende á los tibios, que despierta á los perezosos, que sana á los enfermos, y que es el único remedio en todas las dolencias, y el mas seguro recurso en las necesidades. ¿Quién pues que reflexione sobre los maravillosos efectos que produce este inefable sacramento, y sobre el amor y liberalidad con que nos le reparte nuestro adorable Redentor; quién, digo, será el que no desee tan inmensas riquezas? ¿quién será el que no tenga hambre de alimento tan soberano?

Y vuelvo á deciros, que la consideracion de vuestra indignidad no debe acobardaros ni entibiarse el ardor de vuestra alegría; porque aunque este sacramento sea tan augusto y santo, debeis

tener presente que es el tesoro que se ha descubierto para socorrer á los pobres; que es la medicina que se ha ordenado á los enfermos; que es el remedio destinado á los necesitados, y un gran festin que se prepara á los hambrientos.

Inferid de aquí con cuánta confianza, con qué hambre, consuelo y deseos debeis venir á recibir al Señor, que va á llenaros de favores. Acordaos del ardor con que le deseaban los patriarcas, y cómo penetraban el cielo con sus gritos, pidiéndole que viniese este Mesías, tan deseado de las naciones. El que vais á depositar en vuestro seno es el mismo que vino al mundo y viene á hacer en vos lo que hizo en el mundo. El le trajo la vida de la gracia, y viene á dar á vuestra alma la misma vida.

Pero para usar de una comparacion mas familiar, figuraos cuál será el impaciente ardor de una muger, que pobre y cargada de hijos aguarda la llegada de su marido que vuelve de las Indias con inmensas riquezas, y que espera gozar en su compañía de honor, de reposo y de toda especie de consuelos. Juzgad si vuestro deseo no debe ser mas vivo, pues esperais recibir al casto y dulce Esposo de vuestra alma, que no viene de las Indias, sino del cielo con todas sus riquezas para llenaros de dones inmortales. Esta consideracion debe animar vuestro fervor. Vamos, pues, señor: el Espíritu Santo nos dirija,

nuestros padrinos y protectores nos acompañen, y el mismo Dios que vamos á buscar se sirva de inspirarnos su amor.

El padre se levantó, y yo le seguí á la acostumbrada capilla. Yo iba, Teodoro, como enagenado; mis sentidos y todas las facultades de mi alma estaban en una suspension absoluta. Apenas podia percibir mi propia existencia. Las ideas atropelladas que cruzaban por mi imaginacion me embargaban de tal modo, que no podia distinguir ni perfeccionar alguna. La vista del padre ya revestido en el altar, me despertó del letargo, y conocí que ya era tiempo de prepararme á momento tan decisivo. Hacia esfuerzos para recordar todo lo que el padre me habio dicho, y todo lo que mi razon me decia; pero tantas especies juntas me confundian, y las unas ofuscaban á las otras.

A pesar de mi turbacion interior, de este desorden y confusion de mis ideas, yo entreveia en el fondo de mi alma un sentimiento íntimo, que nacia de mi corazon. Mi razon no podia formar discursos, no podia separar las especies; pero mi alma las sentia, y me parecia que en este silencio ó embargo de mi entendimiento no estaba muerta la sensacion de mi corazon. Me rayaba una luz, aunque lejana, penetrante, y veia con ella mi propia indignidad, y la misericordia de la inescrutable Magestad que se dignaba descender

hasta mí. Entre los sentimientos de horror é indignacion que concebía contra mis errores insensatos y mis pasiones odiosas, brujuleaba un rayo dulce de plácida esperanza. Sentía un consuelo placentero con la idea de que todo aquel mal iba á ser reparado.

El ruido de la campanilla en el momento de la elevacion me volvió á despertar. Con el golpe de aquel toque me dió un vuelco el corazón; yo me dije atropelladamente: Ve aquí mi Dios, mi Dios que viene á visitarme. Me sentí anonadado y confundido delante de la suprema Magestad del cielo, y me postré hasta lo mas profundo de la tierra, considerando mis iniquidades, y los largos errores de mi vida. Postrado y aterrado hubiera querido huir de mí, y agravado de mi inveterada corrupcion, no me atrevia á fijar mis ojos en el Dios de la pureza y sinceridad. No dudaba que estaba allí presente, que me veía, y que habia venido por mí. No podia acordarme de nada de lo que habia aprendido y habia pensado para este lance; todo se trastornaba en mi memoria. La razon no me gobernaba, y solo me dirigia un sentimiento tan vivo como poco ilustrado; sentimiento en que me parecia haber humildad, pero que estaba acompañada de terror.

Otro toque de la campanilla me avisa de que ya llega el momento precioso: levanto los ojos, y veo al sacerdote que vuelto á mí, y con la hostia

en la mano pronunciaba ya las palabras sagradas con que la Iglesia implora la misericordia divina, para que nos perdone los pecados.... Cuando ví al sacerdote que dirigiéndose á mí con la hostia en la mano, me dijo: *He aquí el Cordero de Dios, he aquí el que quita los pecados del mundo*, una nueva turbacion se apoderó de mi alma. No podre darte razon de lo que pasaba entónces por mí mismo: tan fuera de mí estaba. Solo sé que sin saber cómo, y casi maquinalmente abrí la boca mas inmundada, que el ministro puso en ella el pan del cielo, y que el Dios de bondad entró en el mas perverso de los corazones....

Muchos momentos pasaron ántes de que yo pudiera reconocerme y salir de aquella especie de estupor, con que estaban como en suspension todas mis facultades. Poco á poco el tumulto de mis ideas se fué sosegando, y yo empecé á distinguir las con mas claridad; pero ¿quién podrá individualizar su inexplicable multitud? La primera que se me presentó con gran viveza fué una rápida comparacion de mi estado presente con aquel en que me hallaba pocos dias ántes. No podia concebir ¿cómo en tan poco tiempo habia podido consumir la omnipotente bondad de Dios una tan grande operacion! ¿cómo el que un mes ántes era un prodigio de incredulidad y disolucion, podia verse ahora al pié de los altares, y con su Dios en el pecho!

Admiraba esta providencia soberana, que con medios dispuestos por su sabiduría me había traído á esta casa, en donde con una liberalidad tan gratuita como poco merecida me había dado el tesoro de la fe, me había conducido á la penitencia, y perfeccionado su obra, dándome con el perdón y su gracia el mas inefable de sus dones, que es su cuerpo precioso y su divina sangre. Esta transformacion tan completa y consumada en tan pocos dias, me trasportaba de gozo, me llenaba de admiracion, y me hacia arder en afectos fervorosos de adoracion y gratitud.

Ya pude entónces recoger y encuadernar en mi mente todas las especies religiosas de que me había instruido mi director. Levanté mi corazón á Dios de quien me venia tanto bien, y le ofrecí con su Hijo amado, que estaba ya en mi seno, un sacrificio de alabanza, le presenté la hostia divina que acababa de dar la vida á mi alma, y le supliqué por ella, que no solo perdonara mis pecados, sino que me llenara de virtudes; en fin procuré ejecutar todos los actos que me habían enseñado, y que me inspiraba mi corazón reconocido.

Pero en medio de este ejercicio volvia siempre los ojos hácia mí, y con un consuelo inexplicable, con una alegría de un género nuevo, y que experimentaba por la primera vez, me decia á mí mismo: ¡Qué! ¡mi Dios está conmigo! ¡Ya soy

cristiano! ¡Ya soy del pueblo santo! ¡Ya soy del linage de los escogidos! ¡Ya soy hijo de la Iglesia, miembro vivo de Jesucristo! ¡Ya no soy objeto odioso á los ojos de Dios! ¡Ya no contristo á los bienaventurados! ¡Ya los santos de la tierra me miran como su hermano! ¡Ya estoy rescatado! ¡Ya tengo en mí el principio de la vida, y puedo esperar que un dia seré compañero suyo, y de los felices que gozarán del esplendor divino por toda la eternidad!

Estas y otras ideas de la misma naturaleza me trasportaban. Yo hubiera querido hacer al universo testigo de mi felicidad para que se aprovechara; yo hubiera querido hacer que todos conocieran á este Dios de misericordia, que les podia hacer los mismos bienes; y sobre todo desengañar á los filósofos insensatos para que saliesen del abismo de miseria de que yo acababa de salir.

Te aseguro, Teodoro, que hasta entónces no había conocido lo que era un gozo tan puro, y la verdadera alegría del corazón. ¡Con qué ojos tan diferentes veia ya todas las cosas de la tierra que tanto me habían alucinado! ¡Qué frívolos me parecian los honores! ¡qué despreciables las riquezas! ¡qué odiosos y péfidos esos groseros placeres de que vivia ántes tan ansioso! Si la imaginacion me los presentaba, mi corazón los repelia con horror, porque al mismo tiempo que

sentia su fútil y alevosa dulzura, penetraba su malicia, y los efectos funestos que producen.

Pero cuando levantaba mi vista al cielo, y contemplaba la magestad de su Soberano, la presencia del Dios de la hermosura, la compañía de sus felices escogidos, la no interrumpida serie de aquellos placeres puros y siempre renacientes, de aquellas delicias que no acaban, y del perfecto contento del alma inmortal que los debe gozar eternamente; toda la tierra me parecia estiercol, lloraba mis antiguos errores, y compadecia á los que yacian todavía en los errores y las sombra de la muerte.

No sé cuánto tiempo duró este extático embelleso de mi alma; pero infiero que seria muy largo, así por la multitud de ideas que recorrí, como porque fué preciso que el padre me levantara del brazo, y dijese: Ya es tiempo, señor, que nos vamos. En efecto me puse en pié; pero me sentí tan inundado de consuelo, tan arrebatado del gozo, que sin considerar que estaba en la capilla, indeliberadamente le eché los brazos al cuello, diciéndole: Hombre de Dios, á quien debo mil veces mas que á mi padre: admirad conmigo las misericordias del Señor, ayudadme á darle gracias, y pedidle que sostenga mi flaqueza.

El padre recibió esta efusion sensible de mi corazon con su dulce y modesta caridad: me estrechó entre sus brazos, juntó sus santas mejillas

con las mias, y me respondió con una expresion enternecida: *Bendito sea el inmenso, omnipotente, santo Dios de Israel, sumo y eterno, que piadoso ha visitado á su pueblo, y le ha librado de duro cautiverio.* Y despues de haberme dicho otras muchas cosas de edificacion, me dijo: Vamos á vuestro cuarto.

Yo le seguí; pero, Teodoro, ¿qué diferente de mí mismo! No era aquel mortal grosero que cargado con el peso de sus delitos, y uncido con el yugo de sus pasiones, se arrastraba pesadamente sobre la tierra, en que tenia únicamente puestas sus esperanzas; era un espíritu ligero, que descargado de todo peso inútil, pretende volar al cielo con las alas de la esperanza y del amor. En efecto, amigo, no exagero nada. El hombre que sale de un calabozo obscuro, de una cueva inaccesible, donde ha pasado largo tiempo atado con pesadas cadenas que le oprimen y agobian, cuando puesto en libertad ve la luz, y empieza á gozar de la suavidad del zéfiro, y de la claridad del dia, no se siente mas ligero ni mas consolado que yo me sentia entónces. Todo era nuevo para mí. El cielo me parecia mas plácido, la luz mas apacible, y toda la naturaleza mas hermosa. Y si el primer esfuerzo de un tan indigno pecador produce en su alma una transformacion tan prodigiosa, ¿cuál debe ser la felicidad del santo, que despues de mucho tiempo tiene su corazon en el cielo, y vive con su Dios?

Llegamos á mi estancia; el padre me dijo: Dios se ha servido de darnos luz y tiempo para dar fin á esta obra de su misericordia. Bendito sea. La primera ocupacion de vuestra vida sea, señor, darle cada dia gracias por tan incomparable beneficio, y que vuestro único cuidado sea pedirle el don especial de la perseverancia, y trabajar por no perder sus frutos; pero no es esto de lo que quiero hablaros ahora: es razen dar un intervalo á vuestras tareas. Para que el celo se mantenga, es prudencia no fatigar el espíritu. Despues hablaremos de los medios convenientes para censervar el precioso tesoro de la gracia.

Ahora solo queria deciros, que despues del tiempo que pasais en esta casa, todos los que la habitan y nuestro superior hubieran venido á ofreceros su respeto; pero yo he sido la causa de que no lo hayan hecho. Yo no he querido que en estos dias de salud, en momentos de propiciacion tan favorables, en que os disponiais á cooperar con las influencias celestiales, nada interrumpiese tan importantes y serias ocupaciones, ni causase la menor distraccion á vuestro espíritu; pero ahora que por la gracia del Señor habeis dado fin á vuestros ejercicios, si lo permitis, nuestro superior y algunos de nuestros padres mas ancianos se disputarán la honra de ofreceros sus servicios, y acompañar algunos ratos vuestra soledad.

Ha mucho tiempo, padre, le respondí, que deseo saber qué casa es esta, adonde el cielo me ha conducido, en que se me trata con tanto desinterés y caridad, y donde he encontrado el hombre que me ha destinado el cielo para sacarme del abismo de miserias en que estaba sumergido. Muchas veces os he querido hablar de ello, expresaros mi reconocimiento, y pedir os me insinuáseis los medios de manifestarle á quien debia. Vuestro ardiente celo, siempre ocupado en salvar mi alma, y en instruirme de cuanto veiais que ignoraba, no me ha dado lugar para lo que pudiera hacer. Por otra parte estaba persuadido á que puesto por Dios en vuestras manos, debia obederos ciegamente, sin desviar con mi curiosidad ó mi solicitud los impulsos con que la bondad divina me encaminaba por vuestra direccion: creia que nada era mas del caso que dejarme conducir y manejar por vuestra prudencia; y pues os dignais vos mismo de hablarme, no debo deciros sino que estoy dispuesto á cuanto me ordeneis.

Nosotros somos, señor, me dijo el padre, sacerdotes que venidos de diferentes países nos hemos juntado en este retiro, para evitar los peligros del mundo, y vivir con la simplicidad evangélica. No vienen á esta casa sino los hombres desengañados que quieren dar á Dios, y á Dios únicamente, todos los momentos de su existencia. No nos obligamos á mantenernos en ella por tiem.

po determinado. Estamos solo porque queremos, y pudiéramos dejarla en cualquiera hora. Nuestra obligacion única es de seguir, mientras estamos en ella, con fervor y fidelidad, la regla con que se vive; edificarnos con los ejemplos de los muchos santos que la habitan, y procurar no contristarlos con los nuestros.

A pesar de esta libertad, y á pesar tambien de que la regla tiene por objeto abrazar la perfeccion del Evangelio en toda su extension, se ven pocos que la hayan abandonado. Dios nos sostiene con su gracia; y vos, señor quedaréis edificado al ver en ella los ancianos y los modernos obedecer con el mismo ardor y la mas fervorosa solicitud los mas penosos de nuestros estatutos: veréis que el tañido de una campana regla todos nuestros movimientos; y admiraréis como á pesar de la edad y de las enfermedades, todos muestran con su agilidad la prontitud de su obediencia.

Nuestro instituto, señor, es salir cada año una ó dos veces, segun nos manda nuestro superior, de dos en dos á recorrer los pueblos comarcanos, y repartirles el pan de la palabra de Dios. Esto es lo que llamamos hacer misiones, y vamos cuando los magistrados del pueblo nos llaman, ó cuando algun motivo nos persuade ser oportuno. Dos de nosotros publicamos la mision en el pueblo, mas ó ménos dias segun su poblacion. Predicamos todas las tardes: uno de nosotros los instrú-

ye en la doctrina cristiana, y el otro les predica las verdades eternas para despertarlos del comun olvido, y convertirlos á su Dios. Las mañanas las pasamos en el confesonario; y el Señor que bendice nuestros trabajos nos da muchas veces el consuelo de ver útiles efectos de nuestro ministerio, ya instruyendo á muchos en las verdades necesarias para salvarse, ya volviendo á muchas ovejas descarriadas al rebaño de su Pastor. En efecto no podemos dejar de admirar en las verdaderas conversiones que vemos, la bondad del Señor sobre sus escogidos, y los poderosos esfuerzos de su gracia.

Quando el tiempo de las misiones se concluye, ó quando acabamos de recorrer los pueblos á que fuimos destinados, volvemos á esta casa á observar la comun disciplina, y aplicarnos con el mayor esfuerzo á aprender lo necesario para salir de nuevo. Nuestro superior arregla los tiempos y los destinos, teniendo cuidado de alternarlos; y por este medio mientras la mitad de la comunidad está en las villas y lugares instruyendo ó exhortando á los pueblos, la otra mitad está en la casa aplicada á los ejercicios religiosos, á la observancia de nuestros estatutos, y á nuestra propia instruccion para repetir nuestras misiones con mas fruto.

Todos estamos subordinados á la direccion de un superior á quien profesamos obediencia, y que

elegimos nosotros mismos cada tres años. El solo está encargado y cuida de todos los negocios de la casa. Todo está encomendado á su prudencia, para que los demas, desembarazados de toda aplicacion extraña, puedan entregarse sin distraccion á los ejercicios religiosos. El superior es el único que puede eximirse en consideracion á sus afanes; pero nunca se exime, y por lo ordinario es el que nos estimula con su ejemplo y exactitud.

El espíritu que dirige nuestra vida interior es el de estar siempre ocupados, siempre juntos, siempre en presencia los unos de los otros, haciendo nuestros ejercicios en comun para sostener recíprocamente nuestro fervor. Para daros una idea del modo con que vivimos, os diré por menor las ocupaciones de un dia, y en la explicacion de uno os enteraréis de todos, porque nuestros dias se parecen unos á otros, y cada dia y cada noche ven repetir las mismas ocupaciones.

A las cuatro de la mañana el toque de la campana nos llama al coro. Allí empezamos el dia por una hora de oracion: cada cual medita en secreto, eleva su corazon á Dios segun su espíritu le conduce, y le pide su socorro. Despues nuestras voces se juntan para cantar las alabanzas de Dios, entonando con respeto y pausa una parte del oficio divino, y los himnos sagrados de la Iglesia. Esta santa salmodia nos dura dos horas, y cuando se acaba vamos á la iglesia, y allí deci-

mos la misa, ayudándonos alternativamente unos á otros. Cuando hemos acabado nuestros sacrificios, lo que suele ser á las ocho, nos juntamos todos en la biblioteca, y allí conferimos sobre todos los puntos de moral, que se examinan sucesivamente, y cuya instruccion nos es necesaria para el uso del confesonario; porque allí no se trata sino de lo que puede dirigirnos en la resolucion y doctrina que debemos dar á los penitentes. Esta ocupacion dura hasta las diez, y volvemos al coro donde decimos otra parte del oficio del dia que dura hasta las once.

La campana nos avisa entónces que es hora de comer, y vamos todos juntos al refectorio, de donde nos encaminamos despues á una capilla particular en que damos á Dios gracias por la magnífica liberalidad con que nos concede los frutos de la tierra para sostener nuestra existencia. Despues de esto es permitido á cada uno retirarse á su aposento, donde puede tomar reposo si le necesita, ó llenar aquel tiempo con lecturas piadosas ó devociones particulares de su gusto. A las dos vuelve la campana á sonar, y nos avisa que debemos ir al coro á entonar la tercera y última parte del oficio del dia; y cuando se acaba rezamos de rodillas el rosario para dar este tributo de alabanza á la Madre de nuestro Dios, que tambien lo es nuestra, y por cuya intercesion esperamos nuestra eterna felicidad.

De aquí vamos otra vez á la biblioteca para tener la conferencia de la tarde, que se reduce á examinar otros puntos de moral, y todo lo que puede sernos útil en el destino de las misiones. Este ejercicio dura hasta las siete que volvemos al coro para tener otra hora de oracion. Se nos leen algunos puntos de las verdades eternas, y despues cada uno se aplica en particular á su meditacion. Solamente los viénes ocupamos esta hora en hacer el *Via crucis*, que es un ejercicio devoto de la pasion y muerte de nuestro Redentor, y los mártres uno de nuestros padres nos hace una plática espiritual para excitarnos al amor de la virtud. A las ocho vamos á cenar, y despues volvemos á la misma capilla, donde damos gracias al Señor, y decimos juntos el oficio de la Virgen para implorar su proteccion.

Todo esto se concluye á poco mas de las nueve, y es la hora en que cada uno debe en silencio retirarse á su estancia para tomar el reposo necesario. Esta ley del silencio es muy rigurosa entre nosotros, pues aunque como habeis visto, la mayor parte del dia estamos juntos, no nos es permitido hablar á ménos que la necesidad ó la caridad no lo exijan. El rigor de esta ley nos es muy útil, porque evita la relajacion que pudiera introducirse, y tambien la distraccion.

Pero como tambien pide la caridad, que hermanos que viven siempre juntos, y que por tan-

tos títulos deben amarse, puedan conferir entre sí, comunicárses sus pensamientos, y excitarse mutuamente á sostenerse en la carrera que siguen, y en el amor del Dios que adoran; un dia en la semana se nos permite el desahogo de una conversacion honesta y fraternal. Los domingos por la tarde, cuando salimos de la iglesia despues de acabar las vísperas y el rosario, en lugar de ir á la biblioteca podemos bajar juntos á tomar el aire, y nos es lícito hablar y conferir juntos hasta que llega la hora de la oracion.

Ved aquí, señor, la rueda de nuestros ejercicios en que el fin de un dia nos prepara á observar igualmente el mismo método en el siguiente. Ya veis por esta descripcion, que en una vida tan ocupada no hay lugar para la ociosidad, y no es tan fácil la tentacion. Ya podeis ver tambien, que no hay ninguna austeridad extraordinaria; esta se reserva al espíritu de cada uno. Sin embargo la flaqueza humana es tanta, que esta repeticion continua de actos, siempre los mismos, pudiera hacerse fastidiosa, y repugnar á la naturaleza, si no la socorriera la piedad divina.

Gracias á su bondad nosotros sufrimos poco en este género de vida: todos estamos contentos con ella. Viejos y jóvenes la siguen no solo con fervor y agilidad, sino con alegría y satisfaccion. Separados del mundo y de sus agitaciones; desembarazados de todo afan que nos inquiete, de

todo cuidado que nos fatigue, viviendo á expensas de la Providencia, sin temor de los hombres, y confiados en Dios, procuramos no perder el tiempo que se nos ha dado para merecer, y aguardamos el momento, en que nos llame á la puerta, y nos conduzca á la patria celestial.

En efecto, señor, aquí todos edifican con sus ejemplos; pero entre todos tenemos muchos grandes y sobresalientes espejos de virtud y de mortificación: tenemos varones eminentes en sabiduría, y también lo son en virtud: hombres cuya existencia es una oracion continua, que siempre en presencia de su Dios parece que ya no viven en la tierra, sino en el cielo; que superiores al mundo no los conserva el Señor sino para que detengan sus venganzas contra tantos pecadores que le insultan, y tantos imperfectos que le deshonran.

Yo quisiera, señor, que los vierais. Su aspecto solo inspira veneracion y amor á la virtud. Son monumentos vivos del Evangelio, y espejos en que resplandece toda la hermosura de su doctrina. Solo con verlos conoceréis que hay felicidad fuera del mundo, ó para expresarme mejor, que es menester estar fuera del mundo para hallar la verdadera felicidad.

Cuarenta ó cincuenta años de esta vida pobre, penitente y obscura, les han dado esta dulzura de carácter, esta serenidad de alma, que manifiesta

su apacible y tranquilo semblante. Se os harán sensibles las ventajas de la virtud, cuando veais la amenidad de sus discursos, y la paz que reina en su corazon. Estos venerables varones respiran el buen olor de Jesucristo, y son unas copias animadas de tan divino modelo. Su presencia sola persuade mas que todos los discursos; porque presentando una imágen visible de santidad, muestran al mismo tiempo cuán amable es la virtud.

¡Ah! si las gentes del mundo pudieran dejar un instante las locas ilusiones que los alucinan, para ver con una mirada atenta la paz y la caridad con que viven los que se consagran con sinceridad al servicio de Dios; si pudieran observar la alegría con que corren sus días tranquilos, y la dulce esperanza con que aguardan sosegados la muerte, ¡oh, y qué presto abandonarían las tempestuosas pasiones con que se agitan, y vendrían á buscar la dicha en la calma de la buena conciencia!

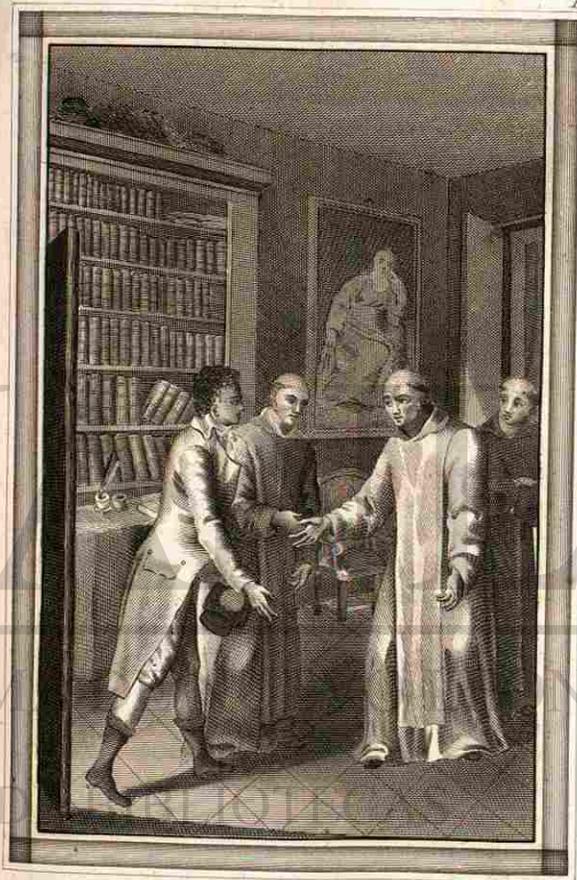
Permitidme pues, señor, que vaya á prevenir á nuestro superior, y á algunos de nuestros padres, para que vengan á presentaros sus respetos, y que al mismo tiempo os desahogueis un instante de los largos y penosos trabajos que habeis emprendido, con la amenidad de su dulce conversacion; estoy seguro que con los sentimientos que os ha inspirado la gracia, no pueden dejar de seros

agradables, y de confirmaros en vuestros intentos de aspirar á la virtud. Yo respondí al padre, que estaba dispuesto á hacer lo que me mandase; pero que me parecia mas á propósito, que fuese yo mismo á dar al padre superior gracias de haberme permitido estar en su casa tanto tiempo, y haberme dado lo necesario con tanta bondad. ¿Pues quereis venir vos mismo? Vamos, señor, me dijo el padre, levantándose, y yo le seguí.

Llevóme á un aposento en que ví un anciano venerable, que salió á recibirnos con la mayor urbanidad. A pesar de sus canas, indicios de su vejez, estaba todavía lleno de agilidad. La tez de su semblante lisa y reluciente, y la alegre viveza de sus ojos mostraba su salud, fruto de la inocencia de su vida. Jamas habia yo visto vejez tan hermosa, ni recibimiento tan gracioso. Pocos dias ántes le hubiera visto como un viejo incensato, como un hombre iluso, y mi corazón lleno de desprecio apénas hubiera detenido la vista en su simplicidad; pero ¡qué ojos tan diferentes tienen los que empiezan á observar con el Espíritu de Dios! ¡cuántas cosas ven, que no pueden ver los que estan preocupados con el espíritu del mundo! Yo me sentí penetrado de un respeto y veneración que jamas hombre alguno me habia inspirado, y los mayores soberanos de la tierra no me hubieran hecho mas profunda sen-

sacion. *est. eseb. nebeur. on. aborg. si. obniqua.*

bulandur. eppm. si. me. mullib. e. dilla. tam. p.



Llevóme á un aposento en que ví á un anciano venerable, que salió á recibirme con la mayor urbanidad.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE

DEL FILOSOFO.

309

El padre me presentó al superior: yo procuré explicarle mi gratitud. El me respondió con términos tan amables y corteses, que redoblaron mi reconocimiento. No era su atención urbana aquella afectada cortesía con que se explica el mundo, y que no es otra cosa que el arte frívolo de hacer frases, y decir palabras que lo prometen todo, y nada significan: eran expresiones verdaderas y enérgicas; eran discursos que la sinceridad imprimía en sus labios, y que ratificaba el corazón; eran afectos puros y sencillos, hijos de la caridad fraterna, y que su origen se deriva del cielo.

Yo me hallaba indigno de tan franca cordialidad. Después de haber pasado algún tiempo en varios discursos, en que no pude ver la menor curiosidad de su parte, y que circularon únicamente sobre los objetos de su propia casa, oímos la campana, y el superior me dijo: Señor, nos llaman á comer. Yo no he asistido á la última hora del coro, porque habia convenido con el padre de que le esperaria para iros á ver: vos os habeis dignado prevenirme. Si os dignárais tambien de venir á comer con nosotros, dariais mucho gusto á toda la comunidad.

Esta proposición me sorprendió: yo no la esperaba; y me quedé un instante perplejo. No dejaba de conocer cuántas ventajas y placeres me proporcionaba este convite; pero luchaba contra

mi gusto un secreto sentimiento de mi indignidad. A pesar de esto me resolví, y despues de pocos momentos de suspension, le respondí, que me reputaba por muy feliz de que así me favoreciese. Salimos pues, y fuimos juntos á una grande sala en que estaban las mesas preparadas. Los muchos padres que esperaban al superior para que diera la bendicion, me vieron sin sorpresa, y como acostumbrados á ver extrangeros; pero todos me saludaron con un aire de benevolencia amistosa. El superior me hizo sentar á su lado, y se nos sirvió una sobria y suficiente comida.

Miéntras todos comian, un lector leia un libro que referia los hechos ilustres de los santos; pero yo no podia comer atónito de verme en lugar tan poco merecido. Cuando yo consideraba que por la primera vez de mi vida me veia entre hombres de esta clase, entre santos, que queridos de Dios eran objeto de su complacencia: entre ángeles en fin, que se procuraban en la tierra la gloria que les esperaba en el cielo, sentia una especie de horror contra mí mismo; pero percibia un consuelo en las gracias que Dios me habia hecho, y en la resolucion de imitarlos.

Acabada la mesa fuí con ellos á la capilla á dar gracias, y despues el superior y mi director me condujeron á la puerta de mi estancia, diciéndome que descansase; pero yo supliqué al superior, que pues se habia servido de iniciarme en

su santa comunidad, me permitiese el asistir á todos sus ejercicios. El superior me representó que podian ser penosos para quien no estaba acostumbrado; pero habiendo insistido me lo concedió, añadiéndome que por acaso era aquel dia el de la recreacion, y que podria despues de visperas ir á pasear á la huerta con los padres. Mi director me prometió venir cuando fuera hora para conducirme al coro, y me quedé solo. No te diré las reflexiones que entónces hice, porque me llama la consideracion de otras cosas.

Vino el padre á la hora, y cuando llegamos al coro ya le encontramos lleno de padres, que se preparaban á cantar visperas y completas; pero ¿cómo te pintaré, Teodoro, la impresion que me hizo este espectáculo tan nuevo para mí! ¡No! Yo no tenia idea de un culto tan respetuoso y tan augusto, de una reverencia tan verdadera y tan profunda. Parecia que aquellos varones penetrados de la presencia del Dios, de quien iban á cantar las alabanzas, olvidados de la tierra, elevan al cielo sus corazones. ¡Qué conpuncion, Teodoro! ¡qué afectos en sus voces! ¡qué humildad en sus adoraciones!

Yo estaba como encantado. Me arrebatava el tono pausado y magestuoso con que cantaban los himnos y los salmos; me enternecia la uncion reverente con que los expresaban; el asombro, la ternura me sacaban lágrimas de los ojos. Yo

me decía: ¡Cómo no penetrarán hasta el cielo ruegos tan puros, súplicas tan fervorosas? ¡Ah! sin duda que estos son los que detienen el brazo de Dios contra los impíos. Esto es alabar á Dios dignamente. ¡Desdichado el que no conoce esta senda de la gloria divina! Acabado el oficio se pusieron todos de rodillas, y rezaron el rosario de María. Yo noté alguna diferencia en la expresión de sus sentimientos; me pareció que hablaban á esta piadosa Madre con una confianza mas tierna, y con la dulce cordialidad de hijos.

Luego que se concluyó el coro, todos los padres salieron, y llegándose á mí el superior y mi director me dijeron: Hoy es día de huerta: todos van á ella á desahogarse y ejercitar la caridad y benevolencia recíproca, pues no lo pueden hacer entre semana. Yo fui con mis guías, y cuando llegamos á la huerta los vimos reunidos en diferentes grupos ó corros, que se paseaban y conversaban entre sí; pero desde que nos vieron se acercaron á nosotros, y nos saludaron con mucha urbanidad y cortesía. No se notaba en su porte exterior ninguna de aquellas afectaciones con que el mundo suele ostentar afectos de que carece. Era una benevolencia tranquila, pero sincera; una cordialidad simple, pero franca. Se llegaron á mí con la misma confianza que si me hubieran tratado ántes; parece no veían en mí otra cosa que un hermano, un hombre como ellos,

una criatura de Dios á la que debían amor y buena voluntad.

Yo pasé algun tiempo en su compañía, ya paseándome con unos, ya sentándome con otros; y oyéndolos á todos, no advertí en ninguno la menor indiscreción ni curiosidad que me pudiese humillar. Sus discursos eran tan inocentes como sencillos. La mayor parte tenia por objeto las cosas naturales que se presentaban, y yo observé, que aun cuando hablaban de la tierra, elevaban su espíritu al cielo; pues si admiraban ó descubrian la naturaleza, era para levantar su corazón y sus pensamientos hasta su Autor. Todas sus reflexiones iban á parar á la causa universal de todo bien, y por este medio hasta sus diversiones y recreos eran una incesante alabanza de nuestro Dios.

Yo estaba tan edificado como confundido de verme en tan santa compañía. Me acordaba de la sociedad en que habia vivido hasta allí, de la que tendrían actualmente mis amigos, y de la que yo tuviera sin un prodigio de la bondad divina. Estas ideas me producian una satisfaccion interior, que jamas las diversiones profanas han podido inspirarme. ¡Ay, Teodoro! ¡cómo me acordaba de tí! ¡cómo hubiera querido tenerte en mi compañía! ¡cómo deseaba que sintieras mis nuevos placeres, y que tambien te desengañaras de tus errores! En estas y semejantes ideas se me

pasaba el tiempo con la velocidad del relámpago. La campana avisó que era ya la hora de oración, y volví con los padres al coro.

Allí se nos leyó el punto de meditacion, y hago memoria que fué de la muerte. Cuando se apagó la luz y quedamos en tinieblas, yo quise sujetar mi espíritu á repasar las ideas que debían excitarnos á la preparacion de tan terrible lance; pero no podía. No estaba acostumbrado á recoger mis pensamientos. Por otra parte estaba tan lleno de los nuevos objetos que me ocupaban, que mi imaginacion los divisaba y corría por ellos. Yo mismo era un espectáculo para mí, tan nuevo como increíble. Cuando volvía los ojos á considerarme, y me veía de rodillas, á oscuras y rodeado de tantas almas santas que habian consagrado á Dios una vida inocente, ó expiaban ligeras faltas con el rigor de tan larga y severa penitencia, apenas podía creerlo, y veía en esta tan rápida como prodigiosa transformacion de mi existencia, toda la fuerza del poder divino, y la extension de sus misericordias.

Algunos gemidos que se escapaban á aquellos inflamados corazones, y que eran lo único que interrumpia la perpetuidad de su silencio, me traspasaban el corazon. Me parecia que la Magestad del Eterno estaba sobre las bóvedas, que venia al ruego de los santos que le invocaban, que llenaba con su presencia toda la amplitud de

su templo, que invisible escudriñador de los corazones penetraba el secreto de los nuestros, que complacido con la inocencia de tantos justos, veria con horror la larga serie de mis depravaciones. Esta idea me horrorizaba, y el grito secreto de mi corazon le decia: Dios de misericordia, si en estas almas santas ves candor, pureza y virtudes, ya por tu bondad ves en la mia dolor, arrepentimiento y deseos.

¡Qué hubiera yo dado por hacer á todo el mundo, y sobre todo á tí y á mis demás engañados amigos, testigos de esta muda y religiosa escena, en que el peor de sus iguales convertido á su Dios, y puesto en su presencia imploraba ya su piedad por sí y por ellos! Sí, Teodoro: á pesar del conocimiento de mi indignidad yo me atreví á dirigir mi corazon á este Dios, bajo cuya mano me humillaba, y yo le pedí que usase contigo y los demás compañeros de la misma bondad que conmigo. Yo me atreví á decirle: Tú has escogido al peor de todos para hacerle vaso de tu misericordia; extiéndela, Señor, á tantos infelices. ¡Ah, Teodoro! si el ruego de un indigno puede llegar hasta su trono, habrá llegado el mio.

Un instante me pareció aquella hora: jamas he sentido ménos la sucesion del tiempo: yo creía que empezaba, cuando la campana avisó que era hora de cenar. Volvimos otra vez todos á la sala en que se comia, y donde se nos sirvió una li-

gera refaccion. De allí volvimos á la capilla donde se dan las gracias, y donde se dijo una parte del oficio de María. ¡Pobre de mí! ¡pobre ignorante! Yo no pude decirle, porque no sabia nada; pero me uní de corazón con los labios que repetían las alabanzas de la grande Madre. Yo la prometí aprenderle, y la podí su protección. Este es el último de los ejercicios del día. Luego que se acabó, dos padres me llevaron á mi cuarto, me dieron las buenas noches, y se retiraron.

Quedé solo, Teodoro; pero me parece que Dios quedó conmigo. Yo me sentía algo fatigado de los movimientos de aquel día. Me senté en una silla, y sin saber cómo, los pensamientos que me cruzaban por el alma volvieron á ocuparme de tal modo, que pasé mucho tiempo en una especie de suspensión, que no sé si la llame éxtasis ó enheleso. Ella era sin duda oración, pues no me cansaba de dar gracias á Dios de mi nuevo estado. Este otro mundo tan diferente y tan desconocido que veía; esta especie de gentes de un órden tan nuevo como superior, que yo habia despreciado tanto, y que ahora eran el objeto de mi envidia y de mi veneración; el inmenso intervalo que observaba de mí mismo en la diferencia de tan pocos días, todo esto me llenaba de admiración y gratitud.

Sentía que mi corazón era otro, que mis ideas eran diferentes, que mis opiniones se habian mu-

ñado enteramente. Sobre todo mis ojos me parecían otros, pues veía los objetos de otra manera muy contraria. Lo que ántes me parecia hermoso y agradable, me parecia ahora pérfido y odioso. El mundo, sus halagos y pompas que tanto me habian encantado, me parecían ahora ilusiones mentirosas, prestigios engañosos. La virtud que me habia parecido tan necia, me parecia la única ciencia verdadera. Su austeridad se me habia transformado en dulzura, y su dureza en consuelo.

¿Cómo, me decía yo, ha podido mi juicio trastornarse de esta suerte? Era, Teodoro, porque ya empezaba á juzgar no por las falsas máximas del mundo, sino por las del cielo; porque ya no me detenía en su engañoso esplendor, sino que penetraba su interior verdad. Ya tenía una regla que me debia conducir, y era el Evangelio. Ya no estimaba las cosas sino como Dios las estima, y no podia dejar de exclamar: ¡Pobre de mí! yo era un incensato, yo vivía descaminado de la senda de la verdad; pero me consolaba pensando, que lo decía aun en tiempo.

Así pasé un gran rato; pero estos pensamientos mas me servían de consuelo que de pena. Ya mi arrepentimiento no era amargo, ni mis remordimientos devoradores: mi tristeza se consolaba con esperanzas, y mi conciencia, aunque afligida, no me atormentaba. Salí de esta suspensión pa-

ra ponerme en el lecho. Yo habia pedido al padre, hiciese que el despertador de la comunidad me avisase tambien, porque mi intencion era seguirla en todos sus ejercicios. Acostéme pues encomendándome á Dios, para quien solo queria ya vivir; y así acabé este dia, el mejor de mi vida, el único dia completo para mí, y en que he procurado vivir como cristiano. ¡Ah! Dios haga, que los que me quedan que pasar sobre la tierra, se le parezcan, y que acabe bien una vida que hasta ahora ha sido tan mala. A Dios, amigo.

CARTA XXX.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

Yo dormia, Teodoro, con blando y apacible sueño, cuando el despertador de comunidad llamó á mi puerta. El primer pensamiento que tuve fué, que estaba entre los brazos de un Dios, que con su inmensidad lo abraza todo, y que me cubria con las alas de su piedad. Me vestí presuroso; pero aunque con celeridad, cuando llegué ya estaba toda la comunidad en oracion: y esto

sucedía siempre que iba al coro; pues por mas prisa que me daba, siempre se adelantaban los padres. ¡Tal era el fervor y diligencia de estos siervos de Dios! La oracion se tuvo como el dia precedente: la mia fué algo mas sosegada; ya puede tranquilizar mas mi imaginacion, las ideas se me repretaban con orden, y cada momento veia con mas claridad el abismo de que me habia sacado la Providencia.

Despues de la oracion se dijeron los maitines y laudes. Yo, pobre infeliz, humillado de mi ignorancia, unia mi corazon con la pausada y magestuosa uncion con que recitaban los salmos. Despues muchos de los padres bajaron á la iglesia á decir misa: mi director me previno que ya no la diria en la capilla, y que desde el coro la podía oir en la iglesia. Así lo hice; y cuando acabó de dar gracias, volvió y me dijo: Ahora van los padres á tener su conferencia de moral, ejercicio muy útil para los confesores; me parece que nosotros podremos emplear mejor el tiempo, y si quereis irémos á vuestro cuarto, y nos ocuparemos en las cosas de Dios hasta que vuelvan á llamar al coro. Yo le respondí que estaba pronto á seguirle, y nos fuimos.

Pero apenas nos sentamos cuando el portero de la casa entró con Simon. El padre quiso retirarse diciendo, que lo hacia para que hablásemos con libertad: pero le representé, que yo na

ra ponerme en el lecho. Yo habia pedido al padre, hiciese que el despertador de la comunidad me avisase tambien, porque mi intencion era seguirla en todos sus ejercicios. Acostéme pues encomendándome á Dios, para quien solo queria ya vivir; y así acabé este dia, el mejor de mi vida, el único dia completo para mí, y en que he procurado vivir como cristiano. ¡Ah! Dios haga, que los que me quedan que pasar sobre la tierra, se le parezcan, y que acabe bien una vida que hasta ahora ha sido tan mala. A Dios, amigo.

CARTA XXX.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

Yo dormia, Teodoro, con blando y apacible sueño, cuando el despertador de comunidad llamó á mi puerta. El primer pensamiento que tuve fué, que estaba entre los brazos de un Dios, que con su inmensidad lo abraza todo, y que me cubria con las alas de su piedad. Me vestí presuroso; pero aunque con celeridad, cuando llegué ya estaba toda la comunidad en oracion: y esto

sucedía siempre que iba al coro; pues por mas prisa que me daba, siempre se adelantaban los padres. ¡Tal era el fervor y diligencia de estos siervos de Dios! La oracion se tuvo como el dia precedente: la mia fué algo mas sosegada; ya pude tranquilizar mas mi imaginacion, las ideas se me repretaban con orden, y cada momento veia con mas claridad el abismo de que me habia sacado la Providencia.

Despues de la oracion se dijeron los maitines y laudes. Yo, pobre infeliz, humillado de mi ignorancia, unia mi corazon con la pausada y magestuosa uncion con que recitaban los salmos. Despues muchos de los padres bajaron á la iglesia á decir misa: mi director me previno que ya no la diria en la capilla, y que desde el coro la podía oir en la iglesia. Así lo hice; y cuando acabó de dar gracias, volvió y me dijo: Ahora van los padres á tener su conferencia de moral, ejercicio muy útil para los confesores; me parece que nosotros podremos emplear mejor el tiempo, y si quereis irémos á vuestro cuarto, y nos ocuparemos en las cosas de Dios hasta que vuelvan á llamar al coro. Yo le respondí que estaba pronto á seguirle, y nos fuimos.

Pero apenas nos sentamos cuando el portero de la casa entró con Simon. El padre quiso retirarse diciendo, que lo hacia para que hablásemos con libertad: pero le representé, que yo no

tenia ningun secreto para él; y así se quedó. Simon me dijo, que ya todo estaba segun se lo habia prevenido, que mis hijos y criados se habian trasladado á la casa de campo; que estaba ya proveida de todos los muebles y demas cosas necesarias para habitarla; que así era dueño de ir cuando quisiera; que mis hijos y demas familia se consolaron mucho con la noticia que les dió de haberme hallado, y con la esperanza de que me verian prontamente; que le habian manifestado mucho interes y curiosidad de saber el motivo de tan larga y tan oscura ausencia; pero que él con arreglo á mis órdenes no les dijo nada, dándoles esperanzas que presto lo sabrian, y encargándoles al mismo tiempo no lo dijesen á nadie, porque así convenia.

Que por esta razon no habia visto á ninguno de mis amigos, ocupándose solo en el objeto de su comision; que sin embargo habia sabido que el extrangero se fué á su pais, y que tú te mantenias bueno, haciendo tu servicio en palacio, que estabas ya para concluir. Agradecí á Simon su celo y diligencia, sobre todo la exactitud con que habia guardado mi secreto; y le añadí: Yo hubiera deseado que no hubieras sido tan diligente: me hallo bien aquí, y no quisiera dejar esta casa tan presto.

El padre me respondió, que Simon volvia oportunamente, pues ya cumplido el fin de mi deten-

cion, debia pensar en mis obligaciones particulares, cuales eran el cuidado de mi casa y familia. Yo le repliqué que así era; pero que algunos dias mas que yo pasase en tan santa compañía no podian causar mucho perjuicio á mi casa, y me serian muy útiles para cumplir despues mejor con mis obligaciones; pues el dia anterior en que fuí testigo y compañero de aquellos angelicales varones, me edificó sobremanera, excitando en mi corazón vivos deseos de imitarlos, y que algunos dias mas me serian muy útiles para fortificarme en estas disposiciones.

El padre me dijo, que yo era dueño de hacer lo que quisiera, y convenimos en que permaneceria hasta el otro domingo; con lo que sentí un consuelo inexplicable, pues podia habitar una semana mas en esta casa de Dios. Volví á llamar á Simon; y habiéndole explicado mi resolucion, le mandé se volviese á mi casa de campo, para asegurar á mis hijos, que aquel dia me verian, y le encargué que él mismo volviese para conducirme.

Esta conversacion duró hasta que la campana volvió á sonar: di orden á Simon de que se fuera, y yo volví otra vez al coro con el padre. Aquí debo advertirte, Teodoro, para evitar repeticiones, que pasé esta feliz semana la mas dichosa y la mas dulce de mi vida, acompañando á esta bendita comunidad en todos sus ejercicios diarios;

sin mas diferencia, que cuando los padres iban á la biblioteca á sus conferencias de moral, mi director venia conmigo á mi estancia, donde su santo celo se ocupaba en sostenerme en mis buenas resoluciones, y en darme reglas para la vida cristiana que me proponia hacer. Aunque estas conversaciones fueron varias, yo voy á reunir aquí parte de lo que me dijo, ó á lo ménos lo que hizo mas impresion en mi memoria; porque debo añadirte, que como tenia ocupado todo el dia, no me quedaba tiempo para escribir.

La tarde de aquel dia me dijo el padre: Dios, señor, os ha hecho una gracia muy grande, muy rara, y debéis reconocer que poco merecida; pero es necesario guardarla con el mayor esmero. La gracia de Dios es el único, el soberano de los dones; pero la llevamos en un vaso frágil, y no hay afan ni cuidado que baste para no aventurarle. Vos conocéis su importancia, vos me pareceis determinado á conservarle á toda costa: sabéis que este bien que se os ha dado tan gratuitamente, os impone grandes obligaciones; no perdáis pues de vista los medios necesarios para sostener el santo y augusto carácter en que la bondad de Dios os ha restablecido.

Para esto os basta seguir con fidelidad lo que nos dicta tan claramente el Evangelio. Todas las instrucciones que los confesores dan, no os harán adelantar un paso en el camino de la virtud

si perdeis este gusto de Dios, este amor santo del recogimiento, y esta delicadeza de conciencia que nos hacen aprovechar con ardor cuantas ocasiones se nos presentan de meditar los años eternos, y renovar nuestro corazon en el seno de nuestro Dios. Solo este atractivo divino, esta inclinacion filial, que siente nuestra alma para cuanto nos recuerda la presencia de nuestro Libertador y nuestro Padre, nos pueden asegurar la estabilidad de nuestra virtud, y sellar la firmeza de nuestra adopcion para la gloria de Dios.

¿Sabéis, señor, por qué tantos hombres débiles despues de haber dado algunos pasos vigorosos en el camino de la virtud, desmayan y vuelven á precipitarse en el abismo? ¿Y sabéis cuál es la causa de su desgracia, que suele conducirlos á la eterna? No es la determinacion súbita y expresa de su voluntad, que se ha mudado de repente; es la relajacion insensible y progresiva del cuidado y atencion que ponian en recogerse á adorar y orar, como se tiene de ordinario al principio, cuando se siente la dicha de haber recobrado la virtud. Vivid pues, señor, con la atencion mas vigilante; y si alguna vez sentis que renace en vuestra alma la necesidad de esparciros y correr tras de diversiones frívolas, volved sobre vos mismo, deteneos, y consideraos como un hombre cuya imprudencia, le ha vuelto á poner en el borde del precipicio, de que habia salido con tanta alegría.

No digo por esto que sea un crimen distraerse, ó divertirse en las inocentes ocupaciones de la vida; pero digo que es muy mala disposicion, y corre mucho peligro el corazon á quien este movimiento y diversidad de placeres se hacen necesarios. Empieza á descaecer aquel, que quando los concede á la flaqueza humana, ó á la debilidad y necesidad de su estado, no tiene la esperanza de encontrar placeres mas sólidos y puros en el silencio de la vida doméstica, ó en la soledad de su corazon: porque entonces toda la fuerza interior se destruye en degradaciones insensibles; el alma vuelve á anudarse otra vez con todos los hilos con que se hallaba como atada á los objetos sensibles; el corazon se seca, el espíritu vuelve á perderse en sus fútiles pensamientos.

Aquella inmensa Magestad que con tanta actividad dirige todas nuestras acciones, va retirando una parte de su influencia y fuerza á medida que las ilusiones vanas se apoderan nuevamente de nuestra alma. En breve las serias y austeras verdades de la fe se alejan, se esconden y se desaparecen. Si alguna vez se nos presentan, es á gran distancia, y como si fueran extrangeras; entonces los sentidos, libres del freno que los contenia, no necesitan ya mas que de su propio impulso para desviarse, para hacernos perder en un instante el fruto de nuestros largos gemidos, y su-

mergirnos de nuevo en una miseria mas deplorable y desesperada que la primera.

Y así no hay cosa mas cierta, que el recogimiento interior, ó sea el cuidado del propio corazon, es la primera basa de las virtudes, el mas importante esfuerzo del cristiano, y la única prueba segura de la verdad y solidez de nuestra conversion. Siempre me ha causado extrañeza ver, que hombres llenos de luces y de religion hablen de la vida interior como de un grado de perfeccion que no obliga á todos. Me parece que esto es trastornar el edificio de la fe, y decir que es el último punto de altura á que puede llegar lo que es su cimiento necesario.

Por esto dijo Jesucristo (1), que el reino de Dios está dentro de nosotros mismos; y por eso la calma de los sentidos, y el recogimiento de una alma que vive dentro de sí, son esencialmente los preceptos elementares de la vida evangélica, y la substancia de las obligaciones del cristiano. Jesucristo nos arma contra todo lo que nos saca de nosotros mismos, para que buscando el reino de los cielos por medio de las virtudes, logremos la mas alta y mas gloriosa empresa que jamas ha podido proponerse á los hombres, y en esto no hace otra cosa que prescribirnos la precaucion que cada hombre toma naturalmente en los negocios mas ordinarios de la vida.

(1) Luc. xvii. 21.

Es tan cierto, señor, que este cuidado de huir del tumulto, y concentrarse en su interior, es el primero y el mas natural movimiento del corazón, cuando se convierte á su Dios, que vos mismo podeis ser testigo de esta verdad. ¿No es cierto que desde el momento en que vuestro corazón se hizo el trono de la gloria divina, vos os habeis sumergido en él, como en el único asilo que podía presentaros sólidos consuelos? ¿No es verdad que habeis sentido, que una luz extraordinaria brillaba en medio de vuestra alma, y que os habeis encerrado con ella, sin que fuera menester que nadie os advirtiese de lo que debiais adorar? Y qué, ¿vos mismo fuisteis á buscarlo dentro de vos mismo, donde ántes no lo podiais hallar? Yo confesé al padre la exactitud de su observacion, y continuó.

Es imposible, señor, que por mas sincera que haya sido la conversion, por mas eficaz que sea la disposicion del alma, pueda sostenerse largo tiempo en la pureza de la vida, si no se ayuda con los remedios cristianos, sobre todo con la oracion y vigilancia. Muchos convertidos piensan que les basta mudar de costumbres, y se contentan con la resolucion de no volver á pecar. Sin duda que esta es la primera disposicion; pero no reflexionan que para no volver á pecar no basta la simple resolucion, y que es menester reforzar la propia flaqueza con los medios que la Religion

nos enseña. El que no los practique, tendrá contra sí todos los enemigos conjurados: el mundo con todos sus errores é ilusiones, el demonio con todas sus sugestiones y sus artes, la carne con todos sus atractivos y placeres, y su propio corazón con toda su corrupcion y su flaqueza. Para vencer tantos y tan poderosos enemigos es menester todo nuestro esfuerzo ayudado de la divina gracia; pero esta gracia no se da de ordinario sino al que por su parte tambien se esfuerza, se desvela, y la pide.

Se puede asegurar, que por mas resuelto que esté á mejorar su vida el convertido, si no se emplea en la oracion, la vigilancia, la buena lectura los buenos ejemplos y los sacramentos, no tardará mucho tiempo en volver á peores y mas funestas relajaciones. Si vos, pues, no quereis recaer en tan fatal desgracia, usad continuamente de todos estos devotos ejercicios. Dos grandes objetos deben ocupar vuestra atencion. El primero, lo que debeis á Dios, y este le cumpliréis con los actos de nuestra religion, y la obediencia de su ley. El segundo, lo que debeis al prójimo; y esto se ejecuta cumpliendo con las obligaciones del estado, y con las obras de misericordia.

Pero para observar uno y otro es indispensable regular en cuanto se pueda, toda la extension del tiempo, dando á cada dia con regla y método lo que cabe en él con proporcion á nuestras

obligaciones respectivas. Debeis pues reglar el vuestro dando á Dios todo lo que podais, sin embarazo de lo que vuestro estado exige, y siempre mirando á Dios en todas vuestras acciones, aun en vuestras recreaciones inocentes. El tiempo así empleado nos conduce á la eternidad, libra de tentaciones, afirma en la virtud, y nos facilita los socorros del cielo.

Empezad pues por ofrecer á Dios las primicias del dia, y emplead la primera hora en adorarle y meditar su santa ley. No busqueis ni me preguntéis jamas el método que se debe observar en este ejercicio tan glorioso como consolador. No os sujetéis jamas á formas que no harian mas que cautivaros y turbaros en una acción propia del corazon y de los afectos. No hay reglas para amar, y todo debe ser amor. Todo es bueno, grande, heroico y divino cuando procede de una alma que no busca mas que á su Dios, y que solo arde en deseos de unirse con él íntimamente.

El que ama, adora, invoca, agradece, cree, espera, se arrepiente y hace cuanto debe hacer. El avaro está inmóvil en su tesoro; no habla, pero le mira y goza. Dios es el vuestro, señor; y si vuestro corazon se halla bien cuando se lo dice, repetídselo millares de veces: dejad que se abandone al atractivo de tan hermoso y puro sentimiento. Cuando no le dijérais otra cosa, y que pasáis toda vuestra vida en penetraros de este único

pensamiento, no la pudiérais ocupar en mas perfecto y sublime ejercicio. Id á Dios en derecha, y buscad su bondad amorosa, como el niño busca la presencia del padre que ama, y de quien necesita. El niño no se inquieta por saber cómo se presentará al autor de sus dias: no estudia lo que dirá á su padre; su ternura le basta, su amor le inspira el modo de explicar lo que siente, y de pedir lo que desea.

Esta oracion de la mañana no debe ser mas que el principio de la de todo el dia; porque todo el dia debe ser una oracion continua. No olvidéis jamas que en cualquier parte que estéis, Dios os esta viendo. Acostumbraos á no perder de vista esta imagen. La idea habitual de la presencia de Dios es el mayor estímulo del cristiano para elevarle á las mas sublimes virtudes, y el mas poderoso correctivo para fortalecerle contra las tentaciones. Que todo lo que hagais, hasta el comer y dormir, sea por Dios, porque Dios lo ha ordenado así, y porque son los medios que nos ha dado para recobrar nuestras fuerzas, y volver al ejercicio de nuestras obligaciones.

Que de tiempo en tiempo, y en medio de cualquier ocupacion vuestro corazon se levante á Dios que le mira; que le adore, y le pida su socorro. Para que la oracion sea eficaz no es menester que sea larga, sino fervorosa. Decid como el Profeta (1): „Mis ojos estarán siempre delante del Se-

(1) Psalm. xxiv. 15.

„ñor, porque él solo puede librarne de los riesgos en que estoy.” Este es el modelo de la buena oracion cuando el alma dirige constantemente al Señor la atencion de su espíritu, y los afectos de su corazon, y cuando se presenta á su Dios como un infeliz rodeado de peligros, cercado de enemigos, y pone toda su confianza en la celestial proteccion.

La oracion de los hombres por lo ordinario es estéril, no porque es corta, sino porque es superficial, porque no es humilde, ó porque no es confiada. Estaba David siempre en presencia de Dios con todo su corazon, como un pobre que pide limosna, como un preso que ruega por su libertad, y con la confianza de que el Señor le libraría. Si quereis pues que vuestra oracion llegue hasta el cielo, y no vuelva vacia, sea frecuente, fervorosa, humilde y confiada. Así pidió el publicano del Evangelio, y al instante quedó justificado. Desconfiad solo de vos mismo, y de los enemigos que os rodean; los mas peligrosos son nuestras pasiones: pedid pues socorro contra ellas.

Esta especie de oracion es tan necesaria al justo como al pecador; porque el primero á pesar de su justicia, sufre en sí mismo continuamente terribles tempestades, movimientos de concupiscencia que le combaten, y malas inclinaciones que le afligen: el pecador está en un estado tan deplorable que cada dia se agravan sus cadenas, se des-

ordenan mas sus pasiones, y su conducta se endurece. ¡Situacion espantosa! ¡Dichoso si alguno lo conoce y se humilla!

Buscad al Señor. Esta palabra contiene grandes sentidos, y pocos conocen su extension. Buscad al Señor, decia Isaías (1), ahora que se le puede hallar. Todos deben buscarle, y mas los pecadores, que por una dispensacion de la gracia han salido de tan fatal estado, y se sienten movidos á renovarse, sirviendo á Dios, dándose á la oracion, huyendo del mundo, y entregándose al amor divino. Si no siguen con fervor esta voz interior que los llama, corren mucho peligro, y deben temer que de la tibieza caerán en el pecado, y del pecado en la reprobacion.

Buscadle pues, y esperadle tambien. Si á pesar de vuestros esfuerzos no sentis la uncion de la gracia, no hay que abatirse ni desesperarse: paciencia, constancia, humildad, y el Señor vendrá. Es fiel, y no engaña jamas. Es inexplicable la confianza de los santos en el Señor. Nada desean, nada temen ni esperan del mundo, porque para ellos su Dios es el todo.

Buscadle pues, señor: esperad en su benigna providencia; y penetrado de un sentimiento vivo, habitual y profundo de la necesidad que teneis de unir y encadenar vuestra flaqueza con esta gran-

(1) Cap. lv. 6.

de fuerza, en quien reside el principio de cuanto existe, buscadle con una vigilancia impenetrable en alejar de vos lo que puede debilitar la impresión de las verdades eternas: y buscadle con una atención continua á este pensamiento tan poco meditado como poco sentido, que el seno de Dios es tan necesario á la vida espiritual de nuestras almas, como el de los rios á cuanto vive en ellos.

Despues de lo que debéis á Dios y á la Religion, nada sea para vos tan sagrado, tan precioso y tan querido como lo que debéis á vuestro estado, y al lugar que ocupais en la sociedad. El cuidado de su alma no es otra cosa que cumplir con las obligaciones de su estado; y la exactitud con que se procura desempeñar los cargos que nos impone nuestra posicion social, es tan esencial para la santidad, que Dios arroja de sí las adoraciones y sacrificios que le ofrecemos en los momentos destinados al servicio de nuestros hijos, familia ó compatriotas. Nada de lo que turba el órden puede servir á la virtud, y nadie puede glorificar á Dios con obras, que aunque buenas en sí mismas, se han hecho á costa de un tiempo que se debia á otro.

¡Dichoso, señor, mil veces dichoso el hombre que ama el estado en que vive! ¡De cuántas penas, disgustos y fastidios le libra esta disposicion preciosa! Pero solo la Religion puede darla, porque sola ella da un precio infinito al cabal des-

empeño de las propias obligaciones, y por consiguiente ella sola puede inspirar que aunque sean penosas, se cumplan con amor y con gusto. El buen cristiano se tiene por feliz cuando se oculta en el recinto de los encargos que la divina Providencia le ha señalado, porque sabe que allí solo es donde puede hallar los tesoros verdaderos; porque sabe que aunque se aplique á las mas bajas y humildes ocupaciones, es mas grande á los ojos de Dios en su obscuridad, que si se ocupara en el brillante afan de gobernar la tierra; porque sabe que está donde Dios quiere que este, que hace lo que Dios quiere que haga, por consiguiente que está en la mas noble y honrosa situacion en que puede verse una criatura; y porque sabe en fin, que en ese rincon obscuro donde Dios le tiene, vive para aquel á quien el poder y la gracia pertenecen en el cielo y la tierra, y que cada instante de su duracion le gana un bien inmenso en la eternidad de su gloria.

Con esto debéis ver, señor, que los caminos de Dios son regularmente simples y llanos, y que para asegurar su salvacion no es menester recurrir á prácticas difíciles, ni hacerse un plan de vida sobre ideas nuevas y extraordinarias. La Religion nos encuentra y nos deja en la sociedad, en nuestra familia y nuestro estado. No nos prescribe sino lo que naturalmente debiéramos hacer todos los dias. Lo que únicamente pretende es elevar

nuestras ideas, purificar nuestros motivos, y hacernos felices, imprimiendo á nuestras intenciones un carácter de sublimidad que las haga útiles á nuestro interes eterno. Querer abrirse caminos nuevos y singulares, suele ser una especie de fausto y ostentacion, que ofende á la modestia evangélica, y degrada la verdadera penitencia.

El discípulo de Jesucristo teme todo lo que puede distinguirlo. Su mayor seguridad consiste en hacer las cosas mas comunes con miras superiores y divinas, desempeñar las obligaciones mas ligeras con un corazon magnánimo y entero, y practicar en su casa ó en el santuario del Señor lo que la Religion le prescribe; pero de manera que nadie entienda sino lo que basta para el buen ejemplo. Entónces todo es verdad y sustancia en sus acciones, todo es espíritu y vida en su interior, y sin separarse del modo regular de vivir de los otros hombres, le distingue Dios con un carácter que le eleva sobre las Dominaciones y los Tronos.

Considerad, señor, la muger fuerte, de quien el Espíritu Santo hace tanto elogio en los sagrados libros. ¿Dónde la encontraremos? dice: el que la halle la debe admirar y colmar de alabanzas; todo el oro y las riquezas de la tierra no pueden compararse con el valor de tan raro tesoro. Oyendo tan ponderado elogio, se persuadirá alguno que habla de una criatura extraordinaria, de

una persona destinada á asombrar el universo con prodigiosas y singulares acciones; pero no es así, y para que ninguno se engañe, el Espíritu divino se apresura á explicarnos los títulos de su mérito y grandeza,

Nos la retrata diciendo (1), que está encerrada en su casa y aplicada á todos los negocios domésticos de su administracion interior; que está en todo, que cuida de todo, que hace que todo esté en orden, y que en los intervalos que la dejan la direccion de sus negocios, el cuidado de sus hijos, y los afanes de sus criados, trabaja con su industriosa mano la lana y el lino; que mientras su esposo ejerce en la ciudad graves funciones, sosteniendo con dignidad un carácter público en el senado con los grandes, ella se divierte con un trabajo sosegado pero útil; pues no se desdía de manejar la rueca en sus manos.

Esta pues es una muger que no se distingue en lo exterior de las mas regulares ciudadanas, que sin meter ruido vive en la paz y silencio de su casa, que camina en presencia del Señor con la inocencia y simplicidad de su corazon; y esta es la que en el último de los dias nadará en la alegría, la que por en medio de la innumerable muchedumbre de generaciones se levantará con tierra y noble confianza ante el terrible tribunal, cu-

(1) Proverb. xxxi. 10.

yo formidable aparato hará temblar todos los potentados de la tierra; y ella tomará su lugar en la ciudad de Dios entre los héroes de la gracia y de la eternidad.

No, señor; el espíritu y los preceptos de la fe no presentan nada que pueda desalentar y sorprender á los que conservan alguna impresion natural de todo lo que es virtud, órden y cordura. Nuestra propia conciencia da testimonio á la verdad, y siente la necesidad y la justicia de la moral del Evangelio. Cuando meditamos con buena fe, no podemos dejar de conocer, que esta moral es hecha para el hombre, y la que le puede ser mas ventajosa; y que aun cuando tuviera un origen ménos augustó, no pudiéramos buscar regla mejor para nuestra vida y costumbres. Se pudiera decir, que esta moral pura no hace otra cosa que volver á conducir á nuestra razon y corazon á su propio centro, haciendo revivir en nuestras almas las luces y principios que habian nacido con nosotros. Lo único que hay en él de extraordinario y asombroso es en nuestro favor, y para el logro de nuestros deseos mas fervientes; pues es la revelación y promesa de un destino eternamente feliz, que sin ella nunca hubiéramos podido conocer ni esperar.

La sabiduría eterna no descendió á la tierra para enseñarnos á hacer milagros, ni para que hiciésemos obras portentosas. „La gracia de un

„Dios Salvador, dice S. Pablo (1), vino á resplandecer en medio de los hombres para enseñarles á arrojar léjos de ellos toda impiedad y todos los deseos groseros de las pasiones y sentidos; á vivir en la tierra con sobriedad, justicia y caridad, esperando el cumplimiento de la dichosa esperanza y el advenimiento de la gloria del gran Dios y Salvador nuestro Jesucristo, que se sacrificó por nosotros á fin de purificarnos de toda mancha, y consagrarse un pueblo escogido, que no se aplicaria sino á la práctica de lo que es bueno, justo y honesto. Estas pocas palabras incluyen la mas sana y mas ilustrada filosofia que se ha presentado jamas á los hombres, y no tienen otra cosa que sea religiosa y sobrenatural, que añadir una sancion divina y prometer una eternidad de gloria á acciones y sentimientos que residen naturalmente en el corazon de todas las personas honradas, elevándolos á tan alto fin.

Ved aquí pues el compendio de toda la Religion cristiana: amar á Dios sobre todo, y mas que todo; adorar al Criador del universo por su divino Verbo; obedecer la santa ley que este promulgó en el Evangelio; creer todo lo que la Iglesia su esposa, á quien asiste, nos enseña; practicar todos los actos del culto que nos prescribe;

(1) Ad Tit. II. 11.
TOM. III.

hacer profesion pública de este culto; amar por Dios á todos los hombres como hermanos é hijos del mismo Padre, ejercer con ellos todas las obras de misericordia, y cumplir con todas las obligaciones del estado en que nos ha puesto, sean altas ó bajas, penosas ó agradables. Todo esto es fácil y dulce á las almas sostenidas de la gracia; pero muy áspero y difícil á la naturaleza corrompida. El consuelo del cristiano es, que esta gracia se pide y se obtiene; que Dios la da siempre al que la implora, y este es el ejercicio de la oracion. Tambien sabe que Dios no la niega á quien humildemente se la pide, y este es el necesario afan de la vigilancia cristiana: *Velad y orad*, decia Jesucristo, y en estas palabras está encerrada toda la doctrina de la vida.

Muchos caminos conducen á este término. Uno de los mas trillados y que conduce mas presto, es la meditacion continua de la muerte y de la eternidad que la sucede. No hay asunto de tan gran importancia, pues sabemos que la vida presente acabará presto, que nuestra alma está ahora en nuestro cuerpo en estado de prueba, y que luego llegará el dia en que Dios la juzgará segun sus obras. El tiempo comparado con la eternidad, es ménos que un instante. Los bienes de la tierra, honores, riquezas, placeres, salud y cuanto la imaginacion presenta, son ménos que la nada cuando se comparan con la gloria que nos

espera. Es imposible que un hombre racional pueda estar contento de sí mismo cuando emplea toda su aplicacion y afan en obtener bienes tan frívolos y que duran tan poco. Nosotros quisiéramos ser siempre felices; pero como la muerte es inevitable, debemos mudar nuestras ideas, y buscar una felicidad que no pueda quitársenos.

La muerte es justa cuando rompe nuestros designios, pues son desarreglados, y léjos de oponerse á nuestra dicha verdadera, es ella la que nos conduce á la felicidad eterna; su pensamiento solo nos hace despreciar lo que no merece aprecio. Ella es la que levanta el vélo, y descubre la perfidia y falsedad de los bienes sensibles. Ella es la que nos hace conocer todo el precio y realidad de los bienes eternos, y nos los acerca tanto, que á su vista los otros se desaparecen. El cuerdo quiere en todo tiempo desengañarse y ver la verdad; pero el insensato y el carnal se complace con la ilusion.

El perezoso quiere dormir, y con tal que sus sueños sean agradables, no pide mas. Si la muerte viene á despertarle, se espanta y se confunde. No ha considerado que el tiempo que ha dormido era el que se le habia dado para adquirir una felicidad eterna. El vicioso prefiere relámpagos de gozo á placeres sin término. Conoce la alternativa de las penas, ó las recompensas eternas; no duda que su alma es inmortal, y cuando

dudara, la duda sola debía obligarle á tomar el partido mas seguro; pero su estupidez es tan increíble como inexcusable; vive como si no debiera morir; abraza el estado sin pensar en la muerte; entre los motivos que le determinan la eternidad no entra en la cuenta. No es posible conciliar esta ceguedad con el insuperable amor que tenemos de nuestro bien.

Es que somos como los niños, á quienes los objetos presentes arrebatan y determinan sus movimientos. Los objetos distantes, por grandes que sean, no les interesan; las amenazas de lejos no los intimidan; pero si una espina les pica, si un insecto les muerde, entonces se afligen: tal es el imperio de los sentidos, y tan débil la razón. Para ver bien los objetos es necesario que la razón se fortifique, y que el espíritu se extienda: esto se consigue por la meditación. De lo presente pasa á lo futuro; de lo que tiene cerca á lo que ve distante; con la comparacion que hace de las cosas, se excita el temor y la esperanza. Lo futuro se le hace presente, y no teme sufrir en el momento rudas penas, por librarse de otras mucho mayores que le amenazan.

La desgracia es, que toda la extension de su vista circunscripta en la esfera del tiempo, no se avanza hasta mas allá de los siglos. Los mas de los hombres trabajan hasta los treinta años para descañsar en la vejez, porque ven viejos po-

bres, y no quisieran serlo: esta vista les convence que un dia serán viejos; pero estos mismos se quedan siempre niños cuando se tratá de los bienes eternos. Su vista no va tan adelante, no se detienen á considerarlos, no piensan que merecen ser preferidos á los que están gozando con placer, y ved aquí por qué la eternidad no entra en los motivos de sus deliberaciones. La eternidad sin embargo, es la luz que puede alumbrarnos en la obscura carrera de la vida, y conducirnos á esta felicidad por que tanto suspiramos.

Esta idea de la eternidad es la que excita la del temor de Dios, y este es el que puede seguramente afirmar los pasos del hombre por cualquier vereda que camine. Este es el que puede procurarle los verdaderos bienes, la paz del alma en este mundo, y la posesion de Dios en el otro. El que penetra bien el corazón del hombre, descubre una grande verdad, y es que solo el temor de Dios puede hacer que él no sea doble, astuto, hipócrita y mentiroso. Sin duda que hay en estos vicios diferentes grados; pero tened por cierto, que el hombre, aunque sea de suyo recto y sincero, si no tiene temor de Dios, dirá y mil veces hará muchas cosas contra la verdad.

Quando no hiciera otra cosa que estimarse mucho y tener grande opinion de su imaginaria virtud, ya se mentirá á sí mismo; pues que ningun-

no tiene mérito propio, y todo nos viene de Dios. Los gentiles que han sido mas estimados por su rectitud, como Sócrates, Caton, Marco Aurelio, Epicteto y otros, no dejaban de tener algun temor de la Divinidad; y con todo el que hubiera podido examinar por dentro su virtud hubiera visto muchos defectos de sinceridad. Tan cierto es que la verdad no puede habitar en un pecho en que no habita el temor de Dios.

Dios os ha dado un nacimiento distinguido, y muchos bienes de la tierra: dad gracias á su providencia; pero sabed que con los bienes os ha dado muchos cargos y muchos peligros. Los profanos pueden mirar como una paradoja que sea mas útil poseer pocos bienes, que muchas riquezas; pero el cristiano sabe que la medianía, y aun la pobreza misma, cuando está unida con la justicia, vale mas que las grandes riquezas cuando se usa mal de ellas. El pobre, si es justo, junta tesoros para el cielo, y el mas rico hace mas profundo el abismo de su perdicion. Los gentiles conocieron las ventajas de la mediocridad; pero como no tenían idea de la verdadera virtud, su desinterés nacia del orgullo ó de la extravagancia; porque á la verdad para el que no tiene otras esperanzas que las del mundo, la abundancia es mejor que la escasez, pues con ella se procuran todas las comodidades de la vida; pero los ojos de la fe ven de otro modo, y Jesucristo dijo

que era muy difícil á los ricos entrar en el reino de los cielos.

Si las riquezas se juntan con los vicios, entonces no solo será difícil, sino imposible; porque como dice el Profeta: Los brazos de los impíos serán rotos, esto es, todo su poder será destruido. En vez de que Dios sostiene al pobre con su misericordia, el impío, el poderoso y opulento á la hora de la muerte se verá despojado de todo, y el justo, abandonando lo poco que tenia en la tierra, irá á poseer inagotables tesoros en el cielo. Quizá, señor, si se nos diera la eleccion cuando nacemos, debiéramos excoger la pobreza. Con ella tendríamos ménos riesgos, ménos pasiones, mas ocasiones de méritos, y mas semejanza con nuestro Redentor.

Peró como Dios es quien reparte los bienes, si nos hace nacer con ellos, debemos adorar su providencia, aunque temblemos de nuestro peligro. No olvidemos que no somos propietarios, sino ecónomos; que tomando para nosotros lo necesario, debemos dar lo restante á los que no lo tienen; y que solo el buen uso de las riquezas puede transformar en un antídoto el veneno; haciendo que ellas mismas nos sirvan de escala para el cielo.

Huid, señor, á toda costa y con esfuerzo varonil toda especie de mala compañía. No hay contagio tan rápido y pestilencial; no hay fuego

voraz que con tanta violencia lo destruya todo. Este es el principio mas funesto, la mas emponzoñada fuente que corrompe en el mundo las costumbres; y advertid que hay tres especies de malas compañías: la primera, la que se tiene personalmente con los malos cuando se les trata y se vive con ellos: la segunda, la de los libros perniciosos: el hombre mas austero y retirado del mundo, corre peligro con las malas lecturas; en un instante puede perder cuantos principios de fe y buenas costumbres habia adquirido, dejándose seducir de los sofismas de los incrédulos ó libertinos: la tercera es la de sus propios pensamientos, si se les da entrada en un corazon desocupado que no vela en su custodia.

El enemigo comun aprovecha las ventajas que le presenta una imaginacion fecunda en ilusiones é imágenes impuras. El espíritu se deja arrastrar por esos objetos seductores, cuando la voluntad se abandona á tan falaces guias. Las malas compañías exteriores no son peligrosas, sino porque seducen á la íntima que tenemos en nuestros propios pensamientos. Es menester decir de ellas, de las gentes y de los libros, lo que decia David á Dios (1): „Señor, no quiero „tener ninguna sociedad con los vanos é injustos, „ni sentarme con los impíos y malignos.” Sin

(1) Psalm. xxv. 4. 5.

esta resolucion eficaz y constante, serémos orgulosos, vanos y satisfechos de nosotros mismos, injustos con el prójimo, malignos en nuestros juicios, y flojos, impíos, ó indiferentes en lo que interesa al servicio de Dios.

Este, señor, es el artículo mas importante, y el punto en que debeis insistir con una determinacion que jamás vacile. Alejad de vos sin demora todo mal pensamiento, todo mal libro; pero mas aun á todo hombre vicioso ó corrompido que no teme á Dios. Si Jesucristo nos manda sacarnos el ojo, cortarnos la mano ó el pié que nos escandaliza, ¿cuánto mas debemos alejar de nosotros todo mal ejemplo? Esta obligacion es mas estrecha en un padre de familia, pues debe á sus hijos buen ejemplo y educacion. Nada puede viciarla tanto como los malos ejemplos, y el afan de muchos años en la instruccion de un joven, se malogra en un instante con la seduccion de un perverso. Tiene criados, y no solo debe ser espejo suyo con su arreglada conducta, sino cuidando tambien que vivan como cristianos. S. Pablo decia, que el que no cuida de sus domésticos es peor que el infiel. Estas son almas que la Divina Providencia ha puesto á su cargo, y de que dará cuenta estrecha. Tiene amigos, y si son viciosos no harán mas que corromperle á él mismo, ó á lo ménos corromper su familia. El que conoce la flaqueza de la naturaleza de

gradada, no puede ignorar la fuerza poderosa del mal ejemplo. Uno solo puede bastar para derribar en un instante todo el edificio que en muchos años habia levantado la virtud: uno solo puede corromper una sociedad de santos: uno solo puede destruir todo el fruto de una larga y laboriosa educacion: uno solo puede introducir el vicio y la muerte en una familia desde largo tiempo christiana y arreglada. En fin no hay peste tan mortífera y que comunique su infeccion con tanta rapidéz, como se propaga el vicio en nuestro débil corazon.

Sed pues inexorable contra todo lo que pudierais exponeros y exponer á quanto os rodea á tanto daño. Esconded á los ojos de vuestros hijos y familia todo ejemplo que pudiera tentarlos. Apartad sus ojos de todo discurso que los pudiera seducir: les debeis buen ejemplo, instruccion y enseñanza; pero debeis cuidar tambien y con gran vigilancia, que nadie pueda destruir lo que vos edificais.

Vos debeis suponer, que no habiéndoos procurado en vuestra vida pasada criados cristianos, ni amigos virtuosos, estais en nueva obligacion de examinar su conducta, y de reparar este mal con el mayor esmero. Que vean en vuestras acciones otro modo de obrar, y que vuestros discursos les manifiesten otro modo de pensar. Pero ántes de convertirlos con las palabras, dejad

que hablen vuestros ejemplos, y que vuestra conducta práctica sea la primera de las exhortaciones. Si esto no basta, procurad persuadirlos con celo, pero con dulzura y prudencia; y cuando esto no bastare, no hay que detenerse, alejadlos de vos, y de la parte de sociedad que la Providencia os ha confiado.

Por otra parte, señor, reflexionad, que el que no teme á Dios, así como no puede ser buen padre ni buen hijo, tampoco puede ser buen amigo ni buen criado. ¿Cómo os guardará fidelidad el que no la guarda á su Dios? Sin el temor de Dios no hay freno que pueda detener á los hombres desde que las pasiones los excitan, ó el interés los tienta. ¿Quién puede responderos de un criado cuando el amor propio le seduce á un delito secreto, que espera dejar escondido si la propia conciencia y la idea de un Dios vengador no le detiene? ¿Y cómo podeis contar con el amigo? ¿Cómo podeis confiar vuestros secretos y el honor de vuestra casa á un hombre, que cuando una pasion le arrebatá, no puede hallar en la Religion un freno que le contenga? ¿Cómo podeis esperar que los intereses de su fortuna y de su corazon no sean preferidos á los vuestros?

Desengañaos, señor; no es posible hallar buenos amigos ni buenos criados, sino entre las personas que temen á Dios, y viven arregladas á los principios de la Religion. El mundo presenta

muchos hombres que se distinguen en el arte de hacer demostraciones de amistad. Nada es más persuasivo que su estilo; nada más seductor que sus caricias. Los imprudentes, persuadidos de su propio mérito, se dejan engañar; pero nada es más frívolo ni más falso; á la más ligera ocasión de interes propio todas estas protestas se deshacen como humo. Por el contrario, no hay más sincera amistad que la del cristiano; es hombre de bien porque el Dios de verdad lo prescribe así. El mundo puede darnos aduladores, compañeros del placer y del desorden; pero la virtud sola da amigos verdaderos.

Por otra parte nada hay que nos inflame más en el deseo de servir á Dios con fervor, que el comercio y trato de las buenas conversaciones que tenemos con ellos. Son una especie de oración continua, un ejercicio habitual de adoración y amor. Nuestro corazón se purifica y abrasa; nos encendemos en su mismo fuego, y salimos llenos de ardor para renovar nuestra oración, y presentar á Dios los ejercicios de nuestro culto. ¿Cómo podeis esperar este efecto, no digo de los malos y escandalosos, sino de aquellos que viven en el siglo entregados á las sociedades profanas? ¿Qué sentimientos pueden llevar estos hombres al templo del Señor? ¿Cómo pueden oír las alabanzas de Dios; penetrarse de la idea de su grandeza, y comunicarla á los demas

fieles? ¿Qué figura pueden hacer en las juntas de la Religión? Léjos de enseñar á los pueblos á celebrar las maravillas de Dios, les dan el ejemplo de la inmodestia, de la disipacion, sin contar el fausto que ostentan á los piés de un Dios crucificado.

Si quereis ser bueno, vivid con los buenos: si quereis que vuestra familia sea arreglada, no dejéis en ella ninguno que la desordene; si quereis tener criados fieles, escogedlos entre los que temen á Dios; y si quereis amigos sinceros, elegid á los que aman y respetan la Religión. Es menester ser buen cristiano para ser bueno en cualquier otra línea; solo los que profesan con sinceridad el cristianismo, pueden ser fieles, honrados y seguros.

El verdadero cristiano reúne dos calidades que parecen opuestas: sabe conciliar los inevitables males de la vida con la paz del corazón, con la alegría interior y contento del alma. Es rico en la pobreza, y dueño de todo sin poseer nada. Se consuela cuando vive, porque viviendo tiene tiempo para amar á su Dios; y desea morir para gozar de su Dios eternamente. Todo su tesoro, todos sus conocimientos, y todos sus amigos están en el cielo. Procura ser útil á sus hermanos en la tierra; á lo ménos pide por ellos. Sus mejores y más frecuentes alimentos son la oración y la sagrada comunión, fuentes inagota-

bles de riquezas. Sabe la vida de Jesucristo, y la estudia sin cesar para imitarle. Este es el primer estudio que le ocupa, y el que le encanta, le eleva y le consuela. Habla poco; pero siempre con dulzura, caridad y cordura. Incongnito al mundo, no desprecia á nadie; solo piensa en servir á Dios, y en imitar á Jesucristo: siente no haberle conocido mas pronto, y no haber consagrado á su amor todos los instantes de su vida.

Ved aquí, señor, los hombres á quienes debéis asociaros, si queréis no desviaros jamas de las sendas de la justicia. Ved aquí los hombres que debéis escoger por compañeros, amigos y criados; y yo os aseguro que no solo os serán útiles para sostener vuestra virtud, sino que tambien os libraréis de muchos discursos, y tendréis todos los consuelos que se conceden á los hombres en la tierra. Otras muchas cosas me dijo el padre en el discurso de esta feliz semana. En mi primera te contaré lo que me sucedió despues. A Dios, amigo mio.

que la virtud es suya, y que los otros
de la virtud son personas á los que
practica. Por desgracia que ha tantos años
tanto á los vicios. Pero por mi dicha solo la
esperanza me ha enseñado que la vida cristiana
es y conpara

CARTA XXXI.

EL FILOSOFO A TEODORO.

Acabose por fin, y con dolor mio, amigo Teodoro, aquella bienaventurada semana, la mejor y mas dichosa de mi vida: semana como yo deseaba que hubiera sido todo el tiempo de mis dias infames. Toda entera se me hizo un soplo, y cada dia que pasaba, me afligia con la idea de que me quedaba uno ménos. Yo no hubiera imaginado jamas, que dias pasados en ejercicios devotos, sin ninguna mezcla de distraccion y entretenimientos, corriesen tan rápidos, se pasasen tan sin sentir, y fuesen mas agradables que los que se pasan en el mundo en medio de sus placeres y delicias.

Empecé, amigo mio, á comprender por experiencia propia (que es la mejor manera de comprender bien) cuán engañados viven los hombres del siglo que buscan tan en vano la felicidad donde no se halla. ¡O cuánto yerran, cuando se fi-

bles de riquezas. Sabe la vida de Jesucristo, y la estudia sin cesar para imitarle. Este es el primer estudio que le ocupa, y el que le encanta, le eleva y le consuela. Habla poco; pero siempre con dulzura, caridad y cordura. Incongnito al mundo, no desprecia á nadie; solo piensa en servir á Dios, y en imitar á Jesucristo: siente no haberle conocido mas pronto, y no haber consagrado á su amor todos los instantes de su vida.

Ved aquí, señor, los hombres á quienes debéis asociaros, si queréis no desviaros jamas de las sendas de la justicia. Ved aquí los hombres que debéis escoger por compañeros, amigos y criados; y yo os aseguro que no solo os serán útiles para sostener vuestra virtud, sino que tambien os libraréis de muchos discursos, y tendréis todos los consuelos que se conceden á los hombres en la tierra. Otras muchas cosas me dijo el padre en el discurso de esta feliz semana. En mi primera te contaré lo que me sucedió despues. A Dios, amigo mio.

que la virtud es suya, y que los otros
de la virtud son pocos, y los que son
practicar. Por desgracia que ha tantos años
tanto á los vicios. Pero por mi dicha solo la
esperanza me ha enseñado que la vida cristiana
es una guerra.

CARTA XXXI.

EL FILOSOFO A TEODORO.

ACABOSE por fin, y con dolor mio, amigo Teodoro, aquella bienaventurada semana, la mejor y mas dichosa de mi vida: semana como yo deseaba que hubiera sido todo el tiempo de mis dias infames. Toda entera se me hizo un soplo, y cada dia que pasaba, me afligia con la idea de que me quedaba uno ménos. Yo no hubiera imaginado jamas, que dias pasados en ejercicios devotos, sin ninguna mezcla de distraccion y entretenimientos, corriesen tan rápidos, se pasasen tan sin sentir, y fuesen mas agradables que los que se pasan en el mundo en medio de sus placeres y delicias.

Empecé, amigo mio, á comprender por experiencia propia (que es la mejor manera de comprender bien) cuán engañados viven los hombres del siglo que buscan tan en vano la felicidad donde no se halla. ¡O cuánto yerran, cuando se fi-

guran que la virtud es austera, y que los ejercicios de la devocion son penosos á los que los practican! Error deplorable que da tantos sectarios á los vicios. Pero por mi dicha solo la experiencia me ha enseñado, que la vida cristiana y ocupada es mas agradable, y que los que viven en el retiro, en la inocencia, y con la esperanza de la vida eterna, son mas felices aun en la tierra, que los que se entregan á las pérdidas dulzuras del placer.

Así lo ha dispuesto Dios, y la razon alcanza que así es. El hombre siempre ansioso é insaciable de felicidad, desde que empieza á buscarla donde no la puede hallar, desde que ha errado el camino, á cada paso que da se extravía mas. Un placer engañoso que no le ha satisfecho, ó que le ha saciado, es un nuevo estímulo para buscar otro que no le satisface mas, ó que no le sacia ménos. La ociosidad, que no piensa mas que en llenar aquel vacío del corazon, la necesidad de buscar sensaciones dulces, para que le saquen de aquel letargo, y el falaz aspecto de placeres nuevos, que prometen lo que no cumplen, enredan al alma en una complicada y sucesiva cadena de errores y deseos, que la precipitan de vicio en vicio. Dichoso aquel á quien una luz temprana le ataja ántes que se despeñe, y le descubra el verdadero camino de la felicidad!

Entónces distingue mejor los objetos: entónces alcanza á ver el término de la dicha, reconoce el camino que conduce á ella, y le sigue con ardor y sin peligro. Este es ya el único deseo que le ocupa. Arroja de sí la ociosidad; el tiempo que le pesaba ántes tanto, que procuraba engañarle á costa de su inocencia, entregándose á los placeres rápidos de los sentidos, era la causa verdadera de todo su desórden; ya lejos de sobrarle, no le basta para las ocupaciones serias, y le llena todo con la satisfaccion de saber al fin del día que le ha empleado bien.

Los mismos ejercicios que parecen tan insupportables al profano, son los que contribuyen mas directamente á su felicidad, y á que se le pase el tiempo sin sentir; porque los que se destinan á llenar en compañía de otros y en prácticas de virtud todas las horas de su existencia, hallan en ellas mil ventajas, que no pueden tener los que viven entregados á sí mismos; y estas ventajas son tan visibles, que la razon y santa filosofia debieran reconocerlas aun sin las luces de la Religion.

Los cristianos, que unidos entre sí por la misma fe y la misma esperanza, marchan juntos al término que buscan, recíprocamente se esfuerzan. Solo con estar ocupados, y tener todos los momentos del día distribuidos en devotos pero varios ejercicios, destierran la ociosidad, y con ella

los vagos ó los malos pensamientos que son padres de las acciones delincuentes.

La suave fatiga del dia les procura un apacible sueño, que les preserva de muchos peligros; porque los aleja de su imaginacion. El mutuo ejemplo los fortalece, las continuas instrucciones los sostienen, y la santa emulacion los anima. Por eso las sociedades voluntarias y cristianas, léjos de ser un trabajo de que deba afligirse la naturaleza, no son otra cosa que medios prudentes y bien entendidos, que la razon inspirada de Dios ha inventado para ayudar á su flaqueza, para socorrerla, y hacerla mas fáciles los caminos del cielo.

Nada de esto habia yo comprendido hasta que ví esta santa comunidad; y no solo lo comprendí, sino que lo sentí y experimenté. Aquellos pocos dias se me pasaron como un relámpago. Y no se me escondia, que si esto sentia yo en mi corazon, sentirian mejor en el suyo este efecto divino aquellos varones santos, que habian merecido mayor gracia, y que por una larga costumbre estaban mas habituados á sus sagrados ejercicios. Pero tampoco era posible dudarlo; y me lo hacian ver con evidencia el celo ardiente, la dulce alegría y la presurosa puntualidad con que los practicaban. Su ejemplo hizo tal impresion en mi alma, que á pesar de mi corrupcion y mis vicios me reconocí lleno de ardor de imitarlos.

Quando los veia correr con tan alegre actividad á todos los establecimientos de su regla, me decia á mí mismo: ¡Dichosos vosotros, que después de haber pasado tantos años en la inocencia, continuais siempre en buscar á vuestro Dios con tantas ansias! ¡Dichosos vosotros, que dais cada dia tantos pasos hácia la gloria, en que vuestro Dios os espera! ¡Y dichosos tambien, porque con ménos riesgos y penas que los mundanos habeis hallado la senda ménos áspera, y que un dia os encontraréis á las puertas de vuestra feliz eternidad, sin haber sentido el peso de la vida!

Inflamado con estas ideas, se las comuniqué á mi santo conductor uno de los primeros dias de aquella feliz semana, y le pedí alargase mas el término de mi residencia en su santa casa. El me respondió: Me alegro, señor, de veros en tan santa disposicion. Dios nos favorece mucho, cuando nos hace conocer las ventajas de la virtud. Para amarla es menester conocer que es amable; pero unas virtudes son mas propias de unos estados que de otros, y la santidad no es otra cosa que cumplir cada uno con las obligaciones del suyo. Estos padres, á quienes Dios hizo la gracia de sacarlos del mundo, no han dejado en él nada que les obligue á fijar allí su atencion. Libres de todo cargo han venido aquí á buscar á Dios. Se han sujetado á las prácticas

que les impone la regla, y su virtud consiste en su observancia.

Pero vos, á quien el cielo hizo señor de vassallos, y le dió hijos, criados y amigos, teneis otras obligaciones, y vuestra virtud será cumplir con ellas. Ya os habeis reconciliado con Dios, ya habeis sosegado vuestra conciencia: esto era lo esencial; así ahora debeis volver á vuestra casa y arreglarla, pensar seriamente en la educacion de vuestros hijos, cuidar de vuestros criados, y entablar una vida cristiana; y si teneis proporcion, instruir y persuadir á vuestros amigos las verdades de la Religion que Dios os ha mostrado, y sobre todo enseñar á todos con vuestro ejemplo la práctica del Evangelio.

Ved aquí, señor, las virtudes de vuestro estado y circunstancias. ¿Y quién sabe los designios de la Providencia en vuestra conversion? No es posible errar, quando se sigue el camino que nos indica el cielo, por la situacion en que nos pone; en vez de que la senda que escoge nuestro arbitrio, puede ser obra de la ilusion ó del amor propio. Dios no estima estas virtudes momentáneas que producen un fervor súbito, y que despues suele entibiar el tiempo, y solo ama las que son estables y prudentes, las que la razon aprueba, y que el propio estado exige.

Lo único que quisiera aconsejaros es, que pues estais resuelto á pasar esta semana con nosotros,

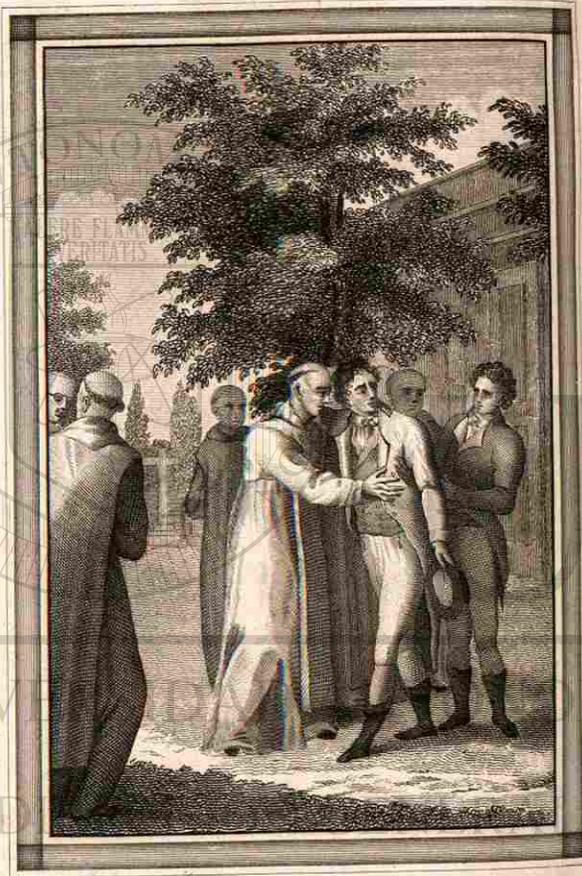
la aprovecheis, para prepararos de nuevo, y recibir otra vez el domingo, que será el último dia de nuestra compañía, los santos sacramentos. Pero yo quisiera, que esta comunión fuera pública, que la recibierais en la iglesia, para que la vieran todos, para que vuestro corazón diese á Dios este testimonio patente de religion y culto, y que este fuera el primer paso de la profesión pública de cristiano, de que debeis gloriaros en adelante. Yo me sometí á todo lo que el padre me dijo, y desde aquel instante volví á recoger mi corazón, para prepararle al augusto sacramento que debía recibir otra vez. En efecto le recibí el domingo; y debo añadir, Teodoro, que me parece, que aunque aquella comunión fué en la iglesia, y á vista de todos, me fué muy saludable y provechosa por el recogimiento y devoción que experimenté.

Quando despues de concluidos estos santos oficios, el padre y yo volvimos á mi aposento, encontramos en él á Simon, que en conformidad de mis órdenes me vino á buscar. Su vista excitó en mí un sentimiento de pena, despertándome la idea de que venia á separarme de una compañía, y de una vida en que estaba tan bien hallado. Mi sumision á los consejos del padre me hizo ocultar esta sensación penosa. Simon me dijo, que no habia novedad en mi familia, y que todos me esperaban con impaciencia y alegría.

Yo dije al padre, que por lo ménos aquel día era mio, y que pues estaba resuelto á partir en él, siquiera me permitiese pasarlo todo en aquella casa, y partir al anochecer.

El padre condescendió, añadiéndome: Pues hoy es día de recreacion, los padres bajarán esta tarde á la huerta, y tendrán el gusto de veros; y así podréis tambien, hablando con ellos, edificaros de nuevo con la sinceridad y uncion de sus santos discursos. Simon nos pidió permiso para acompañarnos á todo. Yo lo extrañé, sabiendo que estas ocupaciones no podian ser de su gusto; pero me pareció, que por un lado la curiosidad, y por otro el temor de no saber qué hacer si se quedaba solo, le hacian determinarse á venir con nosotros; y habiendo manifestado el padre que no habia en esto dificultad, le permitió que nos acompañara.

En efecto nos siguió á todo, y cuando llegó la hora de ir á la huerta, fuimos todos juntos. Aquellos benditos padres volvieron á rodearme, dándome nuevas muestras de aquel amor universal con que aman á Dios en todas sus criaturas, y que tiene tanto carácter de santidad. Yo volví á sentirme enternecido de ver tanta benevolencia y atencion en favor de un indigno que no merecia besar la tierra que pisaban. Nuestra conversacion fué muy devota, y mas animada que la primera vez.



Apesar de mi dolor me fué necesario decir á Simon que hiciera acercar nuestros Caballos.

Me parecia que me trataban ya con mas cordialidad y confianza. Comprendia cuánto hubiera podido aprovechar con sus santos discursos, si los hubiera escuchado con mas frecuencia. Sentia que solo su venerable aspecto, al tiempo que me inspiraba veneracion, me infundia deseos y amor á la virtud; pero al fin llegó el momento preciso. A pesar de mi dolor, me fué necesario decir á Simon que hiciera acercar nuestros caballos; y cuando volvió á advertirme que estaban prontos, tuve que hacerme violencia para arrancarme de tan dulce sociedad.

No pude hacer tanto esfuerzo sin destrozarme el corazon, y anegarme en un diluvio de lágrimas. Todos los respetables varones mostraron la misma sensibilidad, y me vinieron á acompañar hasta la puerta. Allí se despidieron, y se dignaron de estrecharme en sus santos brazos, y yo sentí tanta confusion como consuelo de verme enlazado con tantos hombres, que eran sin duda gratos á los ojos de Dios. Yo les pedí sus oraciones. Ellos me las prometieron, y tuvieron la humildad de pedir las mías. ¡Pero cuánto me costó, Teodoro mio, arrancarme de los brazos de mi director! ¡de aquel ángel de luz destinado por el cielo para mi regeneracion! ¡de aquel mas que padre, á quien debo lo que puedo llamar mi eterna fortuna! Al fin fué indispensable; y tan lleno de amargo disgusto, como cubierto de tierno llanto, monté á caballo, y partimos.

¡Pero ay! ¡qué otras nuevas conmociones me esperaban en mi casa! Los primeros objetos que se presentaron á mis ojos, fueron mis dos hijos, víctimas hasta entónces de mi desórden y descuido. Yo los amaba, pero con amor grosero. No era mas que aquel ciego sentimiento que la naturaleza inspira aun á los brutos. Hasta entónces no los habia visto sino como renuevos de mí mismo, y como destinados á continuar mi nombre y el esplendor de mi casa. Todas mis ideas no habian tenido otro objeto, que el de criarlos y hacerlos adelantar en la educacion de caballeros, para que se presentasen en el mundo con gentileza y gracia. Todas mis atenciones se limitaban á lo que podia contribuir á su elevacion y fortuna. Estaba muy léjos de pensar en instruirlos en la Religion, y en las obligaciones de cristianos.

No pude dejar de enterrecerme cundo se me arrojaron al cuello, dándome el dulce nombre de padre. Los estreché en mis brazos, y recibí sus dulces caricias, correspondiendo con las mias. Me sentí tan conmovido, que me saltaron por los ojos dos arroyos de lágrimas. Y este llanto no era solo de ternura sino de dolor, porque yo mismo me confundia de mi ceguedad, y me acusaba de mi mucha negligencia; pues habian perdido por mi descuido mucho tiempo, y recibia que á pesar de su norta edad mi mala con-

ducta les hubiese producido alguna mala impresion.

Conocia muy bien cuán funestos son los malos ejemplos, que se graban con las primeras ideas. Pedia perdon á Dios, y le decia en lo íntimo de mi corazan: ¡O Señor de misericordia! yo pongo desde este instante bajo las alas de tu providencia estas dos juvenes plantas que me has fiado para que las cultive para tí, para que las crie en ta amor y en la guarda de tu santa ley. Perdona mi descuido pasado en favor del celo con que me propongo desempeñar tan digna confianza en lo sucesivo. Dirige al padre, y protege á los hijos.

Volviendo los ojos encontré á su ayo, que me cumplimentaba, y no pude verle, sin que me diese un vuelco el corazon. Yo habia escogido á este hombre precisamente por lo que hubiera debido alejarle. Era un ayo á la moda, hombre de algun talento, muy instruido en toda la erudicion profana; pero tambien muy propio para corromper la juventud, filósofo por orgullo, incrédulo por comodidad, ó á lo ménos indiferente en materia de Religion: con esto está dicho que era de perversas costumbres.

Su aspecto solo me hizo estremecer, considerando las manos en que habia puesto la inocencia de mis hijos; y miéntras él me hacia sus cumplimientos, yo resolvia en mi interior separarle

cuanto ántes, buscando medio de despedirle con decencia; pero entónces me pareció prudente disimular, y solo le dije, que esperaba aliviarle mucho de su aplicacion; porque conocia que mi primer deber era ocuparme seriamente en la crianza de mis hijos.

Despues vinieron á presentármese los demas criados. ¡Ay Teodoro! los mas de ellos habian sido los instrumentos ó los ministros de mi corrupcion, y todos eran testigos de mi desenfreno, pues jamas me contuvo el temor del escándalo. No pude verlos sin una especie de sentimiento penoso. Me llené de rubor, considerando que no podia volver los ojos á nadie, que no conociera toda mi pasada depravacion, y que no me causara un cierto rubor. Solo ví, y descansó mi corazon en un criado anciano, llamado Ambrosio, que habia servido á mis padres, hombre de tan buen natural, que á pesar de toda la corrupcion que yo habia introducido en mi familia, habia conservado sus costumbres antiguas, manteniéndose siempre en una vida cristiana y arreglada.

Por lo mismo habia sido siempre el objeto de nuestros desprecios, el blanco de nuestras burlas. Le teniamos por un insensato, y si yo le conservaba en mi casa, era por pura humanidad, por no despedir sin motivo á un criado de mis padres, que les habia servido muy bien, y por su

misma utilidad. Pues bien, Teodoro, este Ambrosio tan despreciado y abatido, fué entónces entre todos el único objeto que ví con satisfaccion, el único que fijó mis atenciones; ¿pero qué digo atenciones? si ya empezaba á mirarle con veneracion y respeto, ascendiente irresistible de la virtud, cuando se sabe conocerla. Necesité de prudencia para contenerme, y no mostrarle de golpe las caricias que mi corazon me inspiraba.

En fin, Teodoro, todos los objetos habian mudado de apariencia á mis ojos. Esta casa que yo habia despreciado siempre por su sencillez, me pareció por lo mismo un asilo muy oportuno para mi situacion. Los adornos brillantes, los muebles magníficos que tanto habian lisonjeado mi orgullo, me daban ahora en rostro, y no podia verlos sin enfado. Los ricos vestidos, que habian fomentado mi insensata vanidad, y con los que cubria mi corrupcion, me ocasionaron el mismo efecto. Mi mano los rechazó con horror, y escogí el mas sencillo para mi uso. ¿Quién pudo hacer tanta mudanza en mi alma? ¿Quién sino la gracia del Señor, la luz del desengaño, y la doctrina del Evangelio?

No solo sentí esta mudanza en mis gustos, si no tambien en mis opiniones. Mi transformacion fué general y tan completa, que precisamente lo que ántes apetecia ó estimaba mas, era lo que ahora me gustaba y apreciaba ménos.

Los hombres que ántes me parecían desagradables ó de poco mérito, porque no tenían este barniz ó colorido brillante, que el mundo estima tanto, ó porque no nacieron dotados de aquella viveza, perspicacia y gracias que tanto arrastran á la prevaricacion, me parecían ahora los solos que se debían estimar, cuando mejoraban el defecto de estas calidades con la prudencia, moderacion y demas virtudes.

Los hombres consagrados á los ejercicios de la Religion, que trabajan seriamente en sacar del mar del mundo y sus peligros su barca al puerto de la salud, me parecían los únicos discretos, los solos sabios, los que merecían únicamente nuestro respeto y nuestra emulacion; y al contrario los que embriagados con las falsas ideas del lujo y del orgullo, no pensaban en otra cosa que en riquezas, grandezas y placeres, me parecían insensatos, furiosos, y que ciegos corrían sin saberlo al precipicio.

Lo que mas me asombró de mí fué, que mi falsa filosofia me habia inspirado una especie de rabia homicida y feroz contra los pobres. Como en sus principios no hay moderacion, y que las pasiones trastornan hasta las ideas mas sanas, llevándolas á un extremo en que ya no puede haber razon, yo me habia dejado seducir de un principio, que aunque justo en sí mismo, le hacia odioso el exceso de su aplicacion. Yo sabia, que na-

da es tan útil al estado como el que todos trabajan; que la ociosidad es un mal, y que seria util extirparla. Yo repetía las máximas triviales de los sofistas, de que no se debe dar limosna; pues si nadie la diera, no la pedirían los holgazanes; y adquirí con estas ideas inhumanas una aversion tan inflexible, que cuando se me presentaba un pobre, le veía con indignacion, y le rechazaba con dureza.

Pero no me hacia cargo de que mientras el gobierno no los recoge y les procura socorrer, es indispensable socorrerlos, y que si hay muchos pobres fingidos que pudieran trabajar, hay otros verdaderos que no pueden; que en la duda, mejor es dar al que no lo merece, que dejar de socorrer al que lo necesita, y aunque nada necesita tanto de ilustracion y prudencia, como el uso y la aplicacion de la limosna, esta distribucion que debe ser bien entendida, no debe degenerar en rigor; que Jesucristo nos ha mandado dar lo superfluo; que yo no era juez de la causa pública, y sobre todo, que nadie me daba derecho para tratar á los infelices con dureza tan bárbara.

En verdad, Teodoro, que ahora que lo considero, no comprendo qué es lo que ha podido tenerme tanto tiempo en una ilusion tan odiosa, dando á mi corazon sentimientos tan inhumanos. ¿Será que el aspecto de la miseria importunaba á mi amor propio, y queria alejarla de mi vista?

¿Será que endurecido con mis vanidades y placeres me habia hecho insensible á los males ajenos? ¿Será que no pareciéndome nada bastante para satisfacer mi orgullo y contentar mis caprichos, una secreta codicia me detenia la mano, y cubria su injusticia con tan viles pretextos? ¿Será en fin, que duro é insensible á toda humanidad, mi corazon era de acero para los otros hombres? No lo sé, amigo; pero temo que sea todo esto junto.

Lo que sé es, que desde que la luz del Evangelio brilló en mi alma, de repente, y sin ninguna nueva reflexion, se disiparon estas inhumanas ilusiones, que sentí toda la iniquidad de mi conducta, y que tuve horror y vergüenza de mí mismo. Como si Dios me hubiera querido mostrar lo absurdos que eran mis sentimientos, y lo opuestos que eran á su divina ley, me ha hecho reflexionar en los sentimientos de compasion con que los trataba Jesucristo. Y me horrorizo de mi dureza, cuando me acuerdo que el mismo Señor decia: Lo que hiciéreis por uno de estos pobres, es como si lo hiciérais por mí. Sí, amigo; mi corazon se ha mudado. Ya un pobre para mí es un objeto de respeto interior. Envidio su pobreza cuando me parece que hace buen uso de ella y estimo mas sus sufrimientos y miserias, si las lleva con paciencia y resignacion cristiana, que todas las riquezas y las pompas del mundo.

Si me parece que por su edad ó su salud no debiera mendigar, le despediré con moderacion; pero no me permitiré el bárbaro desprecio con que los rechazaba. ¡Ay amigo! ¡yo he estado muy engañado, muy pervertido! Este es uno de los artículos de mi corrupcion, que me atormenta mas. Yo he tratado á los miembros de Jesucristo con tal indignidad, que su memoria es uno de los mas punzantes remordimientos de mi corazon; pero espero vengarlos en mí, y honrar en ellos á Jesucristo.

En fin, Teodoro, seria muy largo referirte por menor todos los desengaños que me ha traído esta divina luz. Lo que puedo decirte en general es, que ella me ha hecho conocer que toda mi presuncion era ridícula, que mi ciencia era ignorancia, y que estaba lleno de errores; que las ideas de mi entendimiento eran absurdas, y las pasiones de mi corazon viles y corrompidas, que yo procuraba cohonestarlas con los sofismas de una filosofia temeraria; pero que sus frívolos pretextos no me alucinaban sino porque lisonjeaban la corrupcion de mis pasiones.

Tan ciegos como yo, tan prevaricadores como yo estan todos los que viven en el mundo, cuando le estiman y aman, cuando se gobiernan por sus falsas máximas, cuando adoptan esta filosofia perniciosa: todos, Teodoro, y tambien tú mismo. El cielo te envíe la misma luz que á mí, y tú co-

mo yo te asombrarás de haberte dejado seducir de unos errores tan groseros, que no pueden resistir al menor rayo de la sana razon. El primer beneficio de la Religion es disiparlos. ¡Cuántos he perdido ya! ¡Cuántos me quedarán que perder! Este debe ser ahora el estudio de mi vida; pero volvamos á la historia.

Al otro dia de mi llegada fuí á la parroquia, conduciendo á mis hijos. Despues de haber oido con ellos la misa, pregunté por el cura, que no habia venido á verme, y me encaminé á su casa. Encontré á un anciano venerable, que me recibió con atencion y urbanidad; pero que me pareció fria y circunspecta. Su conversacion me dió la idea de que era un hombre instruido y sólido, y de que sabia unir la simplicidad de sus discursos con la seriedad de su carácter. Sentí una viva secreta satisfaccion, de que Dios me hubiese deparado un cura tan respetable. Le dije que yo era un nuevo feligres, una oveja nueva, que venia á reconocer su pastor y ponerse en su aprisco. El me respondió tibiamente; me dijo que hacia veinte años que era cura de aquella parroquia, y que se hallaba muy bien en ella. Pero aunque procuré hablarle con cordialidad y abrir muchos asuntos de conversacion, observé siempre que me respondia con sequedad, que no se prestaba á mis esfuerzos, y que no acababa de abrirse conmigo.

No era extraño, Teodoro; yo pagaba allí las deudas de mi reputacion. Despues supe, y el mismo cura me lo ha confesado, que sabia la historia de mi mala vida, que la noticia de mi llegada habia traído la de mis escándalos, que las personas juiciosas del lugar se habian affigido de mi venida, y que el buen cura se habia consternado temiendo que yo y mi familia acabásemos de romper un pueblo que él trabajaba por convertir á Dios.

Como yo ignoraba esto, iba adelante en todo lo que podia satisfacer mi curiosidad, ó darme idea para el logro de mis futuros proyectos; y supe por él que aquel lugar era muy grande, que habia en él cerca de tres mil personas de comunión, pero la mayor parte pobres; que habia algunos labradores, pocas ó ningunas artes, y mucha miseria; que su renta era corta, y que aunque él distribuia todo lo que era posible entre los pobres, como eran estos tantos, no podia socorrerlos á todos; y que esto era lo único que le hacia penosa su situacion, porque todos los dias era inútil y triste testigo de graves necesidades que no podia remediar.

Yo le respondí: El cielo me ha concedido algunos bienes de fortuna, y sé que mi obligacion es distribuirlos entre los que no los tienen. Pues la Providencia me ha conducido á este lugar, ya me ha indicado los pobres que debo socorrer, y

me presenta en nuestro pastor el órgano por quien lo debo hacer. Yo deseo, señor cura, contribuir al alivio de todos en cuanto se extiendan mis bienes. Así os pido me hagais saber todas las necesidades que interesan vuestro buen corazon, y estad seguro de que os ayudaré en cuanto alcance, y que en nada me daréis mayor gusto.

El buen cura me escuchó con atencion, y observé que me miraba como con sorpresa. Entónces no me paré á hacer reflexiones, y ocupado con la idea de que era menester darle desde luego alguna cosa para que socorriese las necesidades mas urgentes, no pensé mas que en sacar mi bolsillo. Por fortuna aquella mañana, vistiéndome, lo llené, y habia en él una cantidad razonable. Se la ofrecí al cura, diciéndole: Ved aquí este socorro ligero por ahora. Es natural que tengais necesidades que exijan un remedio pronto. Servios de esto; otra vez nos veremos mas despacio, y tomaremos medidas mas eficaces para socorrer la pobreza, ó lo que seria mejor, para desterrarla.

El cura con mucho modo tomó el bolsillo, y me dijo: El cielo, señor, os lo pagará, y debo decirlos para vuestra satisfaccion, que es su providencia la que os ha inspirado. Yo estaba en este momento muy affigido, y voy á explicaros la causa. Un jornalero, hombre de bien y buen cristiano, que con su trabajo mantenía á su mu-

ger y siete hijos, y el mayor de diez años, por un accidente fatal se quebró una pierna habrá ocho dias; fui á verle, hice venir á un cirujano de la ciudad mas inmediata, fué menester pagarle, y hacer muchos gastos en los remedios necesarios. El infeliz no tenia nada. No hacia poco en mantener tristemente una familia tan numerosa, y en aquel momento en que no podia trabajar, no solo era preciso pagar los gastos de su curacion, sino hacer subsistir á él y á toda su familia. Yo lo he hecho hasta ahora, apurando mis propios medios, y los de las personas en quienes hay alguna caridad.

Pero esta mañana una de sus hijas ha venido á avisarme que su madre ha parido esta noche, y que me llama. Yo he quedado traspasado de dolor, considerando que esta pobre muger es la única que podia servir á su marido, que yace en su lecho todavía con las ligaduras, y que ahora léjos de que pueda servirle como ha hecho hasta aquí, necesita ella misma de que la sirvan, fuera de los gastos y cuidados inseparables de su situacion. Apenas tenia valor para presentarme á los ojos de esta familia desgraciada, no teniendo el menor socorro que llevarla, ni saber á quien pedirlo.

No obstante, impelido por mi obligacion, me disponia á salir por ir á verlos, quando la Providencia os ha hecho venir, y ha movido vuestro

corazon á ofrecirme esta tan generosa limosna para los pobres. Yo creo deber referiros estas circunstancias para que alabemos á este Padre universal, que nunca nos olvida, para que os alegréis de haber sido escogido instrumento de tan urgente socorro, y para que tengais el consuelo de saber el buen uso que voy á hacer de vuestra generosidad. Yo levanté el corazon á Dios, dándole gracias de su inspiracion, y me propuse para toda mi vida no solo aprovechar estas felices ocasiones, sino buscarlas.

Tambien tuve otra agradable satisfaccion; porque cuando el buen cura nos contaba el estado de aquella triste familia, observé que mis hijos le escuchaban con interes, y que las lágrimas se les asomaron á los ojos. Tambien ví la complacencia de su corazon, viendo los medios que habia presentado de remediarla, tuve mucho gusto en reconocer en ellos disposiciones tan felices, y me dije á mí mismo: Hijos queridos, si el cielo os ha hecho el don inestimable de un corazon sensible, yo le procuraré cultivar. Me ocurrió pedir al cura nos llevase á la casa de los infelices, para hacerlos testigos de aquella miseria; pero me pareció demasiado presto, pues yo acababa de llegar, y este paso podria tener el aire de afectacion. Me reservé pues para tiempo venidero, en que podria hacerlo con mas oportunidad.

Vuelto á mi casa, traté de arreglar las horas y las ocupaciones de todos. Yo debia levantarme muy temprano y el primero de todos, á fin de reservar la primera hora del dia para adorar á Dios, y darle gracias de la vida que me conservaba. Mis hijos debian levantarse despues, y darlas conmigo y con su ayo; todos debiamos ir juntos á la iglesia á oír misa, y á la vuelta desayunarnos. El ayo debia darles leccion en mi presencia, para que yo pudiera tomar parte en ella, si me parecia conveniente; y tanto en este tiempo como en el que la repasaban, yo queria estar á su vista, y aprovecharlo en mis propios negocios; y en efecto, querido Teodoro, este es el tiempo de que me he valido y me valgo para escribirte.

Cuando mis hijos me parecen fatigados, los envío á correr por el jardin, y tengo el cuidado de interrumpir sus ejercicios, así para que no se fastidien, como para que hagan en él mucho ejercicio, que es tan necesario en su edad. Por esto despues de comer salimos al campo á tomar el aire puro: yo los exhorto á correr y jugar, con lo que no solo se divierten, sino que adquieren fuerzas, y fortifican su temperamento. Al ponerse el sol volvemos á casa á dar la segunda leccion, y yo continúo mis ocupaciones ordinarias.

A las siete con corta diferencia se junta toda la familia. Se hace una lectura espiritual en comua, se reza el rosario de la Virgen, y tam-

bien las oraciones de la noche. Despues de esto se cena. Mis hijos van á acostarse; yo me quedo para dar las órdenes que me parecen necesarias hasta que llega la hora de recogerme. Ve aquí el orden que quise establecer en mi familia mientras lo permitan las circunstancias; y para que se siguiese con fidelidad, tomé las medidas convenientes.

Mandé que mis hijos habitasen en un cuarto inmediato, y donde no se podía entrar sino por el mio. Hasta allí el ayo habia tenido su lecho en el mismo cuarto que mis hijos; pero yo le dije, que pues me hallaba allí, debía dispensarle de esta pena, porque el cielo y la naturaleza me habian destinado para custodia de mis hijos. Reglé las horas de las comidas, y las comidas mismas, reduciéndolas á lo suficiente, simple y sano; desterré todo fausto y ostentacion; en fin, dispuse todo lo que creí mas oportuno para el régimen de una vida arreglada y cristiana.

Mis criados estaban atónitos, y yo mismo leia en sus ojos la extrañeza y el espanto que les causaba una mudanza de conducta tan entera. No sabian á qué atribuirla, porque todos ignoraban mi retiro y residencia en la santa casa. Simon me habia guardado el secreto con fidelidad. Pero el que estaba mas sorprendido, y el que podía disimularlo ménos era el ayo. Acostumbra do á mis discursos ligeros, á mis costumbres re-

lajadas, y á ver todas mis pasiones en movimiento, no podia entender cómo tan de repente me escuchaba discursos cuerdos y medidos, me veia acciones justas y compasadas, y en fin, pensar seriamente en establecimientos tan contrarios á mis procederes antiguos; pero ni él ni los demas se atrevian á decirme nada. Obedecian sin réplica lo que yo mandaba; pero no sabian esconder su asombro.

En cuanto á mí, yo tampoco me atrevia á mas. Me parecia que un infeliz como yo, que apenas salia de la inmundicia de una vida aboninable, y que los perversos ejemplos estaban todavía tan recientes, no debía permitirse el título ni los derechos de predicador; que no era lícito tomar el tono y el carácter de apóstol al que apenas estaba convertido. Creí pues que no debía predicar sino con el ejemplo; que no eran mis discursos, sino mi conducta la que debía persuadir, sin dejar la determinacion de separar de mi familia todos aquellos á quienes un ejemplo largo y sostenido no pudiera convertir.

Una de estas tardes salimos á recorrer una parte de las tierras y propiedades que me dejaron mis padres en las inmediaciones. Y esta fué la primera vez que reflexioné, que aquellos pobres y honrados labradores, que habia visto hasta allí con tanto desden, son los que nos mantienen á costa de su propio sudor; que siendo mas útiles

que los ociosos, que ellos mismos alimentan con sus afanes, son tambien mas dignos de estimacion por la inocencia de sus costumbres, y porque por lo comun estan mas exentos de sus vicios.

Explicame, Teodoro, ¿cómo ó por qué milagro, yo que estaba lleno de ilusiones y errores, yo que me habia pervertido tanto con las falaces máximas del mundo, yo que con tan intrépida osadia me habia forjado un sistema de moral cómodo, y defendia con tenacidad y presuncion las mas absurdas y temerarias paradojas; cómo, digo, en tan breve tiempo he mudado tanto todas mis opiniones?

Explicame ¿quién me ha quitado este velo tupido que me cubria las potencias del alma? ¿Quién ha purificado el aire infecto que corrompia mi débil corazon? ¿Quién ha de ser, Teodoro mio, sino la luz del Evangelio? Ella me hace mirar las cosas no como parecen, no como el mundo las estima, sino como son en sí, y como las estima Dios. Ella me ha arrancado de las manos la balanza engañosa de que se sirven las pasiones para pesar los bienes y los males de la tierra, y me ha dado la balanza del santuario.

Ahora voy recorriendo y visitando las muchas tierras y posesiones que tengo en este vecindario; y aunque poco entendido en su administracion, por el desden con que siempre he visto estos objetos, me ha parecido que con algun cuidado y

atencion pueden mejorarse mucho. Como ya los hombres simples, los de corazon sano, los pobres, sobre todo si son aplicados, son para mí objetos de veneracion, hablo con los paisanos mis arrendadores, ó con los que dirigen y cultivan mis tierras, con dulzura y cortesía; y no solo les hablo de mis propios negocios, sino de los suyos. Me informo de sus familias, de las personas que las componen; les manifesto interes y deseo de su prosperidad y disposiciones para contribuir en cuanto pueda á su bienestar.

Pero debo decirte para oprobio y vergüenza de nuestro siglo, que estas gentes sencillas estan asombradas de verme hablar con ellas con tanta aficion y humanidad. A cada instante me repiten que soy un señor muy bueno; y no es esta una expresion de cortesía ó de humildad, pues veo en sus ojos que es un sentimiento vivo que nace de la sorpresa y de la novedad: tan comun es el injusto desprecio con que los tratan las personas distinguidas, y tantas las humillaciones que experimentan de la insoportable dureza de los ricos.

Miéntras yo arreglaba mi casa, y cuando ya me parecia que el interior iba bien, y que era tiempo de poner en planta otras ideas, observaba con pena, que Simon desde el momento que me halló en la casa santa, habia mudado conmigo de estilo y de conducta. Antes estaba acostumbra-

do á hablarme con aquella familiaridad y licencia á que da lugar, á pesar de la desigualdad de las personas, la igualdad de los excesos. Y aunque era justo se corrigiese entre nosotros la confianza del vicio, yo hubiera querido se mantuviese la de las personas; porque esta me parecia conveniente para los proyectos que yo tenia de su conversion.

Pero á pesar de mis esfuerzos no lo podia conseguir. Simon, desde que me descubrió en mi retiro, me veia con cierto ceño y embarazo. Léjos de permitirse la antigua libertad, apénas respondia á lo que le preguntaba. Me obedecia sin replicar, y conservaba siempre un semblante obscuro y taciturno. Creí que el nuevo género de mi vida le desagradaba, y que previendo la tristeza y retiró en que yo me proponia vivir, estaba descontento.

Este pensamiento me afligió mucho, porque estaba determinado, si mi ejemplo no le mudaba, á alejarle de mí. Sus largos servicios, y el mucho amor que le tenia, no hubieran bastado para dejarle en mi casa. No era posible tener en mi familia y con mis hijos á un hombre envejecido en el desórden, y que si resistia á la fuerza de mis ejemplos, no podia darlos mas que malos; pero me costaba mucha pena no persuadir á un hombre que yo habia corrompido tanto, y verme en la necesidad de separarme de él para siempre.

Una mañana, miéntras el ayo daba su leccion á mis hijos, y que yo me ocupaba en escribirte, Simon se llega á mí, y me dice con voz baja, que tiene que hablarme: yo me voy con él á un cuarto donde nadie podia oirnos, y empezó entre nosotros el diálogo siguiente.

Me parece, señor, me dijo Simon, que ya vuestra casa está arreglada, y que por ahora ya no tenéis necesidad de mí.—„Yo tengo siempre necesidad de un amigo que amo. ¿Pero qué es lo que quieres?“—Yo quisiera hacer un viaje.—„¿Viaje? Jamas nos hemos separado.“—„¿Jamás nos hemos separado? ¿cómo si no hubiérais estado mas de un mes sin que yo supiera dónde? ¿cómo si no hubiérais ido al convento sin mí?—„Aquel fué un accidente impensado, que yo no pude prevenir. ¿Pero qué; ¿te disgusta la novedad de mi vida, y no te puedes acomodar con ella? ¿Y adónde pretendes ir?“— Al convento. „¿Al convento? ¿y á qué?“—A salvarme: ¿quereis salvaros solo? ¿No será justo que cuando yo he sido el compañero de vuestra mala vida, lo sea tambien de vuestra penitencia?“—„¿Qué me dices, Simon querido; ¿Dios te ha tocado tambien el corazon?“

Si señor, me respondió Simon anegado en llanto, y poniéndose de rodillas me añadió: Yo no os pido otra cosa sino que me deis licencia para pasar allí algunos dias, y que me deis una carta pa-

ra aquel buen padre, que haga conmigo lo mismo que ha hecho con vos.

Yo quedé tan agradablemente sorprendido, y mi corazón sintió tan viva conmoción, que también el llanto me salió á los ojos, y sin saber lo que hacia, me puse de rodillas exclamando: ¡Dios de misericordias infinitas, por cuántos modos me muestras tu bondad! Fué menester algun tiempo para que uno y otro pudiésemos sosegar la agitación de nuestras almas. Cuando me sentí algun tanto recobrado, le hice sentar junto á mí, y le dije: Explicame bien, querido Simon, ¿cuáles son tus ideas, tus intenciones, y cuándo ó cómo Dios te ha alumbrado con su divina luz? Simon me respondió:

Señor, desde que logré hallaros en aquel convento despues de tantas y tan varias solicitudes, sentí que el corazón me dió un vuelco. Apenas entré y ví aquellos largos y silenciosos claustros, al punto me llené de estupor. Me pareció que respiraba un aire muy diferente del de fuera, y que habia en aquel recinto alguna cosa que me inspiraba respeto y temor. Esta impresión se aumentó mucho, cuando entré y os ví en aquella pobre y desnuda celda, en que me pareció que estábais tranquilo y contento.

Vuestra figura me pareció tambien diferente: yo os encontré con un semblante serio y circunspecto, que no os era familiar, y que me inmutó

mucho. La viveza natural de vuestro carácter se me figuró transformada en moderacion y cordura. Vuestras palabras lentas y sosegadas, dichas con peso y circunspeccion, me asombraron. En fin, yo ví otro del que siempre os habia visto, y no podia comprender tanta mudanza en tan poco tiempo; pero cuando ví aquel padre venerable con un aspecto que infundia devocion, cuando le oí aquellas dulces palabras que salian de sus labios, me pareció ver y oír un ángel del cielo, y me dije á mí mismo: Este es otro mundo del que yo conozco, y parece que aquí son mejores las gentes que por allá.

Desde entónces yo hubiera querido no salir de aquella casa, y acompañaros; pero viendo que me dábais órdenes, me pareció que debia empezar por cumplirlas. Desde aquel instante no se han separado estas ideas de mi corazón. Los viajes que hice despues las han fortificado mucho, sobre todo el último día en que tuve el tiempo y la ocasion de observar bien aquellos benditos padres: todo lo que ví, tanto en el coro y demas oficios, como en el jardín, me ha hecho conocer que los que estamos en el mundo, vamos errados; que los que se abandonan á sus gustos, son locos; y los que viven sin temor de Dios, son ciegos é insensatos.

Sí, señor, aquellas buenas almas lo entienden mejor. Allí son mas felices que nosotros, y des-

pues tendrán la gloria. Yo soy un pobre ignorante; pero todos los días doy gracias á Dios de que os haya llevado allá, y le pido que me lleve á mí. No me he atrevido hasta ahora á pedir licencia, porque ví que era menester servirlos, hasta que pudiérais dejar corriente el establecimiento de esta vuestra casa; y pues ya lo está, permitidme que vaya al convento, y que os imite en lo bueno, como os imité en lo malo.

„Si tú supieras, querido Simon, le respondí yo echándole los brazos al cuello; si tú supieras la enorme losa que me quitas del corazón, los motivos que me ofreces de dar gracias á Dios, y cuán dulce es para mí saber que ya puedo y estoy seguro de vivir siempre contigo en la mas estrecha é inalterable union, pudieras conocer lo feliz que me haces. Mira, Simon, yo habia interpretado mal tu triste severidad conmigo. La habia atribuido á tu disgusto de verme mudar de sentimientos, y á tu poca disposicion de imitarlos. Esto me affigia mucho, porque me obligaba á la triste necesidad de separarme de tí; pues no es posible que yo deje cerca de mis hijos cosa alguna que no los edifique.“

„Yo te he juzgado mal, querido Simon; tus sentimientos eran muy diferentes, y Dios me da en ellos el consuelo de que no nos separémos nunca. Sí, Simon mio, desde ahora te miro como mi mejor amigo. Antes lo éramos; pero ami-

gos funestos y fatales, que todos los días nos dábamos uno á otro la peor de las muertes. Antes nos empujábamos mutuamente al precipicio en el camino de la perdicion, y ahora nos ayudáremos en el de la felicidad.“

„Ningun motivo humano es capaz de obligar, me á detenerte un instante en resolucion tan santa. Yo debo darte sin cesar buenos ejemplos, para reparar en parte los grandes males que te he causado; y debo rogarte mucho que me perdones haber sido el motivo infeliz de que por complacerme hayas faltado tanto á Dios. Espero que me lo perdones, y que pedirás á Dios por mí, como yo le pediré por tí. Simon, parte cuando quieras; ántes hoy que mañana. Ese ángel del cielo que me ha curado de mi ceguedad, te curará de la tuya. Ponte en sus manos, y vuelve cuanto ántes á gozar en nuestros brazos y compañía de la dulce union cristiana que formaremos entre nosotros.“ Simon me pidió que le diese una carta para el padre; yo se la di, y partió al día siguiente.

Simon me hace mucha falta en mi actual situacion; pues aunque me hallo rodeado de una familia numerosa, estoy solo, á causa de que ninguno de los que me cercan puede servir á mis designios; todos son los compañeros de mi mala vida, y ya pago la pena de los malos que alejan de sí todos los buenos, y cuando una nueva luz los

desengaña, no tienen á quien volver los ojos. Ya puedes considerar que siendo los que estan aquí conmigo los mismos que me servian en mis desórdenes, no pueden ayudarme en cosas útiles, porque ocupados conmigo solo en vicios y placeres, han hecho lo que yo, que es no aprender nada.

Yo los pruebo ahora, y les doy tiempo para ver si quieren mejorar de costumbres y empezar una vida cristiana; pero me parece que algunos todavía estan léjos, y temo que me veré obligado á despedirlos. Lo que mas me aflige es conocer mi propia insuficiencia, que no soy capaz por mí de exhortarlos, ni de dirigirlos; tengo bastante luz para ver toda la extension de mis deudas, y no la tengo para proporcionar las pagas. Dos hijos que criar, una casa que dirigir, muchas tierras que administrar, grandes riquezas que distribuir; todo esto es un peso enorme para mí, que no sé ni me he aplicado á nada. Siento la necesidad de tener á mi lado una persona inteligente y cristiana que quiera asociarse á mis trabajos; pero dónde la encontraré?

No será en este lugar, donde no es regular que las haya, aunque todavía no le conozco bien. Sin duda que las habrá en esa populosa capital que habitais; pero yo no las conozco ni puedo conocerlas. Los buenos huyen de los malos, y los malos no los buscan. Despues de haber vivido

en ella muchos años, y consumido tesoros en fiestas, convites y sociedades, me hallo solo, aislado, y sin conocer á quien dirigirme, que esté en estado de buscarme sujetos de virtud y probidad. Tú mismo, Teodoro mio, estuvieras muy embrazado si me dirigiera á tí para este encargo, sobre todo si te pidiera que me buscaras un ayo instruido y virtuoso para mis hijos, que es lo que en el dia necesito mas.

Felix tiene diez años cumplidos, y Paulino se acerca á los nueve. Esta es precisamente la edad en que mas necesitan de un guia atento que los instruya, de un mentor cristiano que les inculque las verdades de la Religion y los principios de la moral que debe dirigir su corazon al amor y á la práctica de las virtudes. Las impresiones que se reciben en esta edad, son las mas tenaces, las que mas influyen en el discurso de la vida. Temo haberles hecho perder dos años enteros; este es el tiempo que ha pasado despues que les falta su virtuosa madre. Y quiera el cielo que no les haya dado funestas impresiones este preceptor filósofo.

Esta memoria me amarga mucho. Yo no imaginaba cuando ahora dos años ví con tanta indiferencia la muerte de mi buena muger, que presto lloraria su falta, y conoceria muy tarde el bien que habia perdido: tan ciego estaba entonces, que no supe distinguir el resplandor de sus

altas virtudes: ahora es cuando la reflexion me las hace conocer. ¡Qué consuelo hubiera sido para ella verme volver á entrar en los caminos de la Religion y de la virtud! ¡Qué dulzura fuera para mí pedirla perdon de mis iniquidades, y poder repararlas con el arrepentimiento y el amor!

Esta santa muger que sufría con tan heroica paciencia mis agravios, y disimulaba con tanta discrecion mis injusticias, no pensaba en su modesto retiro mas que en la educacion de sus hijos. Ella era la que los instruía en sus primeros años. Ella les enseñó á leer y escribir, y sobre todo los primeros elementos de la Religion. Parece que no los han olvidado, pues el otro dia examinándolos por el catecismo, no han dejado de repetirlos bien, y con una inteligencia superior á sus cortos años; pero no creo que después de dos años hayan aprendido nada. Es verosímil que el nuevo ayo no se haya dignado de pensar en esto, y que si se ha aplicado á instruirlos en algo, no sea mas que en fábulas y en cosas profanas. Digo esto, porque el otro dia estaba muy satisfecho, porque les hizo repetir delante de mí una relacion de comedia. Yo sufría, pero disimulaba, porque veía inútil toda reconvenccion, y que este mal no se puede curar sino con remedios radicales.

Te añadiré, Teodoro, un rasgo de su conducta, que te lo hará conocer mejor. Yo no he

mandado positivamente á ninguno que venga á los ejercicios de la noche. Me parece que mi conducta precedente, todavía tan fresca, me quita todo derecho de mandarlo con autoridad; pero he dicho que podían venir los que quisieran, y aplaudo y acaricio á los que vienen. Con esto han venido los mas; este filósofo no ha venido nunca, y tiene el atrevido valor de dejarnos solos. Esta falta de pudor me dió idea de su carácter, y me determiné á separarle de mis hijos. Ya le despedí; y así me he quedado solo, y yo no soy capaz de tan difícil encargo.

Ya ves, pues, que me es indispensable buscar alguna persona en que pueda fiarme, para que se dedique á la educacion de mis hijos; y ya ves tambien que no es fácil encontrarla con las calidades que exige una confianza tan elevada. No hay sacrificio que yo no hiciera en favor de un hombre, en cuya virtud y talentos pudiera reposar, porque conozco toda la importancia; pero ¿dónde le encontraré? Los sujetos de esta especie son raros, y cuando pudiera hallarse alguno, ¿cómo puedo esperar que un hombre de mérito quiera encargarse de la educacion de unos niños, cuyo padre por su mala reputacion lo ha de rechazar? En este conflicto me ha ocurrido una idea que voy á proponerte, y su logro me haría muy feliz.

Ya te acuerdas de Mariano, aquel pobre pa-

riente mio, á quien á pesar de nuestro parentesco y relaciones nosotros veiamos poco, porque sus costumbres no se parecian á las nuestras, y porque nuestra relajacion no se acomodaba con su virtud. A pesar de nuestra disonancia en el modo de pensar, siempre me ha tratado con cariño, ó para decirlo con mas propiedad, siempre me ha visto con lástima. ¡Cuántas veces me solia decir: Todavía no ha llegado el momento de la misericordia; pero llegará!... Y ¡cuántas me han acordado mis remordimientos el desprecio que hice de sus exhortaciones, como se lo he referido á mi director, cuando le he pintado su virtud! Ya sabes tambien que en los tiempos de nuestra educacion él era el que por su conducta y talentos se distinguia mas entre nosotros. Tampoco ignoras que es hijo tercero ó cuarto de un padre poco acomodado, que quedó con pocos bienes de fortuna, y que si vive independiente y contento, es únicamente por la sobriedad de su vida, y por la moderacion de su espíritu.

Me parece, Teodoro, que el cielo no me podia hacer mayor presente. Si fuera posible que Mariano se resolviera á venir aquí á vivir conmigo, y encargarse de la educacion de mis hijos, nada pudiera contribuir mas á mi felicidad. Mis hijos tuvieran un ángel tutelar que los encaminara al cielo: yo un amigo esclarecido que me ayudara en mis buenos pensamientos, que me

sostuviera en la virtud y me dirigiera con sus buenos consejos. ¿Pero cómo esperar que un hombre tan justo, tan virtuoso, que me conoce tanto, y que ha sido testigo tan inmediato de mi deplorable conducta, quiera vivir conmigo, pues mejor que nadie sabe cuán digno soy de desprecio? ¿Cómo he de pensar que se digne de asociarse á una familia que yo presido, ni criar hijos de tan mal padre? ¿Cómo podrá perdonarme mis escándalos públicos? ¿No se creeria deshonrado si habitara en la misma casa que yo?

Con todo, Teodoro, tengo tan alta idea de su humildad y su virtud, que no desespero de que la caridad le obligue á tanto sacrificio, y ve aquí el pensamiento que me ocurre. Hazme el gusto de remitirme todas las cartas que te he escrito, para que las lea sucesivamente, que dé gracias á Dios por mí, que vea que este momento que esperaba de la bondad divina, ya ha venido, y que si quiere puede ser el instrumento con que el cielo acabe de cumplir y perfeccionar su obra. Que lea pues, todo lo que te he escrito, y que llegando á este punto, halle y lea lo que escribo para él.

Querido y respetado Mariano: Levanta á Dios tu puro corazón, consulta su voluntad y su gloria; y si su bondad te lo inspira, corre al socorro de un amigo que necesita de tu amistad. Ya tengo buenas resoluciones; ven á sostenerlas: ya

amo la virtud y la busco; ven á enseñármela: ya tengo pensamientos cristianos, y deseos de hacer todo el bien que pueda; ven á ayudarme.

Sobre todo, ven á recibir mis dos hijos, que tomaré entre mis brazos para ponerlos en los tuyos. Recíbelos en nombre de Dios que te destina para criarlos en su temor y formarlos para su gloria: recíbelos en nombre de la amistad que te implora, y que los fia á tu discrecion y vigilancia. Yo te cederé todos los derechos de padre: trae contigo algun criado de tu confianza, que bajo de tus órdenes pueda cuidarlos y servirlos. Yo estoy resuelto á separar de mí todos los que me han servido en el tiempo de mi depravacion, si la mudanza de mis costumbres no basta á mejorar las suyas.

Si conoces personas virtuosas que puedan reemplazarlos, no las pierdas de vista, y tenlas preparadas para cuando vengas aquí, para que con conocimiento de las cosas las puedas hacer venir: tú dispondrás de todo, tú lo arreglarás todo, como tu religion y conciencia te lo inspiren. Yo te espero como al hombre que Dios me señala para amigo, maestro y compañero en sus caminos; y le pidó que á tantas misericordias que me ha hecho, añada la de mover tu corazon, y determinarle por su amor á tanto sacrificio.

Que ese Dios de bondad que me da tantas señales de proteccion, te inspire, que con las alas

de su Espíritu Divino vuelas á este retiro, que deseo consagrar al ejercicio de todas las virtudes, y haga que yo te vea presto entrar por mis puertas, y que mi corazon pueda arrojarse entre tus brazos. A Dios, Mariano querido, á Dios hasta el dichoso momento en que Dios nos una para no volver á separarnos.

Y tú Teodoro mio, sírveme de intercesor con Mariano. Haz por estar con él, y persuádele, que no resista á mis instancias. Dile que esta es una obra del cielo, que venga á socorrer una familia descarriada, que ha conocido sus errores, para que no se vuelva á descaminar; á una familia que desea gobernarse por su direccion y sus ejemplos.

Ya te acordarás, que al principio de nuestra correspondencia te dije que no me respondieras hasta que yo te avisara, porque queria que no me dijeras nada hasta que supieras toda mi historia, y que estuvieras enteramente instruido. Ya lo estás, Teodoro mio. Ya sabes todo mi suceso asombroso. Ya no te hablo de cosas pasadas, sí solo de los momentos presentes. Responde-me, pues, y dignese el cielo de mover tu corazon bueno, generoso y noble, pero iluso y engañado como el mio. Por otra parte, me importa mucho saber la resolucion de Mariano para tomar partido.

Lo que tambien me aflige en mi situacion ac-

tual es, hallarme léjos de la santa casa en que he renacido, y no poder ir á ella con la frecuencia que quisiera. Me seria muy dulce poder ir todos los dias; pero será preciso contentarme con ir á pasar un dia cada mes en tan agradable compañía. Me han informado de que á ménos de una legua de aquí hay cierta especie de solitarios que viven juntos con mucha edificacion. Yo quisiera hallar entre ellos una semejanza con los otros que me pudiera suplir su falta, y llenar los momentos que me dejen libres mis ocupaciones. Mañana iré á verlos, pues que su proximidad me lo facilita. A Dios, Teodoro mio.

CARTA XXXII.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

EN mi última te dije, Teodoro querido, que deseaba ir á ver cierta especie de anacoretas ó solitarios que vivian con edificacion cerca de este lugar; y en efecto, al dia siguiente despues de haber comido, salí con mis hijos al paseo, los dejé al cargo de un criado, y me encaminé sólo al

sitio de su habitacion. Iba meditando las lecciones de mi santo director, que son las delicias de mi alma, y las medito cada dia con una impresion mas viva, porque cada dia descubro en ellas nuevas luces, que ennoblecen mas á mis ojos las ideas de la Religion.

En fin, cuando estuve cerca del lugar indicado, ví una mediana aldea. Pregunté á un hombre dónde vivian los santos solitarios, y me mostró una habitacion, que me pareció muy humilde. Me dirigí á ella, y sin encontrar nadie que me estorbase el paso, me hallé en una especie de huerta con alguna espesura de árboles. Dí algunos pasos, esperando que pareciese alguno para hablarle, y vagando por un lado y otro, divisé una capilla.

Me llevo mas cerca, y veo arrodillado en ella un hombre vestido con un saco: tenia en las manos un crucifijo, cuyos piés acercaba con frecuencia á sus labios, y parecia tener en él fijos los ojos con la expresion del afecto mas compungido. No dudé que fuese alguno de los anacoretas. El respeto y la curiosidad me excitaron el deseo de verle mas de cerca, y observando que un poco mas arriba habia un entretejido de árboles, en cuya espesura me podia esconder, me dirigí á ella con mucha precaucion para no ser sentido. Mi deseo era observarlo sin distraerlo.

tual es, hallarme léjos de la santa casa en que he renacido, y no poder ir á ella con la frecuencia que quisiera. Me seria muy dulce poder ir todos los dias; pero será preciso contentarme con ir á pasar un dia cada mes en tan agradable compañía. Me han informado de que á ménos de una legua de aquí hay cierta especie de solitarios que viven juntos con mucha edificacion. Yo quisiera hallar entre ellos una semejanza con los otros que me pudiera suplir su falta, y llenar los momentos que me dejen libres mis ocupaciones. Mañana iré á verlos, pues que su proximidad me lo facilita. A Dios, Teodoro mio.

CARTA XXXII.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

EN mi última te dije, Teodoro querido, que deseaba ir á ver cierta especie de anacoretas ó solitarios que vivian con edificacion cerca de este lugar; y en efecto, al dia siguiente despues de haber comido, salí con mis hijos al paseo, los dejé al cargo de un criado, y me encaminé sólo al

sitio de su habitacion. Iba meditando las lecciones de mi santo director, que son las delicias de mi alma, y las medito cada dia con una impresion mas viva, porque cada dia descubro en ellas nuevas luces, que ennoblecen mas á mis ojos las ideas de la Religion.

En fin, cuando estuve cerca del lugar indicado, ví una mediana aldea. Pregunté á un hombre dónde vivian los santos solitarios, y me mostró una habitacion, que me pareció muy humilde. Me dirigí á ella, y sin encontrar nadie que me estorbase el paso, me hallé en una especie de huerta con alguna espesura de árboles. Dí algunos pasos, esperando que pareciese alguno para hablarle, y vagando por un lado y otro, divisé una capilla.

Me llevo mas cerca, y veo arrodillado en ella un hombre vestido con un saco: tenia en las manos un crucifijo, cuyos piés acercaba con frecuencia á sus labios, y parecia tener en él fijos los ojos con la expresion del afecto mas compungido. No dudé que fuese alguno de los anacoretas. El respeto y la curiosidad me excitaron el deseo de verle mas de cerca, y observando que un poco mas arriba habia un entretejido de árboles, en cuya espesura me podia esconder, me dirigí á ella con mucha precaucion para no ser sentido. Mi deseo era observarlo sin distraerlo.

Me pareció pálido, macilento, y que estaba cubierto de lágrimas; pero ¿cuál fué mi asombro, cuando mirándole con mayor atención, me pareció ver el semblante de Manuel, de aquel infeliz Manuel, cuya muerte lloraba yo tanto, y cuyo incierto y peligroso destino en la eternidad me tenía en la aflicción mas amarga! ¿Cómo te pintaré, Teodoro, la conmoción que me causó una aparición tan impensada! Yo me estremecí; el corazón no me cabía en el pecho, y una semejanza tan entera me turbó de tal modo, que no sabía lo que me pasaba.

Quería persuadirme, que aquello no era realidad, y que era un sueño, un delirio de la fantasía, un fantasma de la imaginación; pero cuando para desengañarme volvía á mirarle con mas cuidado, me hacia temblar de nuevo la identidad de su figura. Algunos momentos duró esta perplejidad, y viendo que cuanto mas lo examinaba, mas me parecia él mismo, no fuí ya dueño de mí. Con un impulso superior á mi prudencia, exclamé gritando: ¡Santo Dios! ¿no es Manuel! ¿Cómo el que yace en la tumba, puede adorarte entre los vivos? Y diciendo esto, con un movimiento indeliberado salí de la espesura para acercarme y reconocerle mejor.

El ruido que hice, y el grito de una exclamación pronunciada con tanta fuerza, sacaron al anacoreta de su profunda meditacion. Alzó la

cabeza, fijó los ojos en mí, me consideró algun tiempo con atención y sorpresa; y levantándose vino hácia mí, diciéndome: No te engañas, amigo, yo soy el infeliz Manuel: ¿por qué vienes á turbar mi amada soledad? Yo esperaba sepultar aquí, ignorado de todos, los restos de una vida cargada de delitos. ¿Qué funesta fatalidad te ha conducido á descubrir un secreto que debía morir conmigo en este retiro solitario!...

Pero ¿qué es esto? ¿Tú lloras? Yo te veo con un traje tan simple, con un semblante modesto, con toda la apariencia de un hombre desengañado y convertido. ¡Gran Dios! ¿tus misericordias se han derramado al mismo tiempo sobre dos corazones que las mismas pasiones habian pervertido? Amigo, explícame presto este misterio: tú me asombros tanto como yo te asombro. La divina bondad me reservaba este consuelo. Era el único que faltaba á los muchos que derrama sin cesar sobre los días de mi penitencia.

Cuando al fin pude sosegar un poco el tumulto de mis sentidos, y me ví en estado de articular palabras, le pedí que nos sentásemos, porque no me podia sostener, y despues le conté con brevedad todo lo que me habia sucedido desde el momento de nuestra separacion, y la falsa noticia de su muerte. El me escuchaba con una admiracion y alegría que no te la puedo ponderar. No hay colores ni pinceles para dibujar

esta escena. Era menester verla en su original, y tener un corazón para sentirla. Después que se informó de todos mis sucesos, después que derramó muchas lágrimas de consuelo, y que dió á Dios las mas rendidas gracias, empezó á informarme de las causas que habian contribuido á la mudanza de su corazón y á la determinacion de abandonar el mundo.

Tú has creído, amigo, y todos nuestros compañeros han debido creerlo, que yo era un disoluto, impávido y temerario; que mi corazón estaba empedernido, que era insensible á todo remordimiento, y superior á toda inquietud; que yo vivía dando entero contento á mis pasiones, y gozando en nuestra comun depravacion de la calma de una conciencia imperturbable. Así debia persuadirlo á todos la temeridad de mi desenfadada conducta, y así yo mismo procuraba afectarlo; pero ya comprendes que pues yo procuraba afectar esta insensata tranquilidad, no la tenia.

En efecto, amigo, á pesar de todos mis esfuerzos jamas pude adquirirla; jamas pude vencer un importuno y secreto terror que me amargaba todos mis placeres; jamas pude acallar una voz interior que me amenazaba con una eternidad de tormentos; y ahora conozco que muchos ostentan por afectacion vivir tranquilos en el desorden, á pesar del gusano roedor que los devora. Parece incomprensible esta monstruosa con-

ducta; pero tal es la ferocidad de las pasiones: su violencia y la corrupcion de los ejemplos producen y sostienen esta loca é incompatible mezcla de contradicciones.

Yo me mostraba siempre el mas intrépido en todos los delitos, el mas fogoso, el mas resuelto á desafiar la cólera del cielo, y á pesar de mi afectada seguridad, era una continua víctima interior de todos los terrores. Un trueno, un incidente repentino, la menor apariencia de la muerte, me hacian temblar, y destrozado siempre por estas inquietudes, no podia gozar en paz de mis perversidades. No obstante, las multiplicaba, como si el medio de sosegar mis turbaciones fuera hacer mas execrables excesos, ó como si la reputacion de inicuo, que tanto me costaba, pudiera recompensarme de lo que sufría. En fin, como otros son hipócritas de la virtud, yo lo era de la depravacion y de la incredulidad.

Tal era mi situacion, querido amigo, cuando me aparté de vosotros aquella noche para preparar la infame diversion proyectada para el siguiente día. Mi historia no será larga. Habiendo ya hecho una gran parte del camino, sin saber cómo ni por qué, perdí el conocimiento. Sin la menor preparacion, sin el menor accidente precursor que me advirtiese mi peligro, perdí el uso de los sentidos. Así no puedo dar razon de lo que me sucedió. La única idea de qué conser-

vo la memoria es, que al despertar de este fatal letargo me hallé en medio de una sala. Mis primeras percepciones fueron débiles y confusas: todo me inspiraba terror, y no podía distinguir nada; poco á poco se fueron disipando las nieblas que me ofuscaban, y al fin llegué á discernir los objetos.

¿Pero cómo me ví? ¡gran Dios! En un lecho fúnebre, amortajado, con las manos y piés atados, con cuatro luces que rodeaban mi féretro, y una cruz sobre el pecho. Este espectáculo me horrorizó. Volví los ojos á todas partes para examinar si habia alguno, y ví que estaba solo. Quise gritar y no pude, no tanto por falta de fuerzas, como por estar sobrecogido de terror. Entró poco despues una muger; yo la dije algunas palabras mal articuladas: ella se espantó de verme vivo, dió pavorosos gritos, y salió huyendo.

A poco rato vino un hombre vestido con el mismo traje en que me ves. Se llegó á mí con paso lento, como si fuera á mirar si era cierto lo que le refirió la muger, ó como si temiera incomodarme. Viéndome con los ojos abiertos, y oyéndome que le preguntaba qué era aquello, me respondió con mucha dulzura: No os inquieteis, señor, sosegaos: Dios os vuelve á la vida, y espero que vais á recobraros. Al instante empieza á quitarme las ligaduras, me despoja de todos los arreos de la muerte, llama á dos paisanos pa-

ra que le ayuden; entre los tres me transportan á otra pieza, y me ponen en una cama.

Yo les dejaba hacer, sin comprender nada; pero cuando al fin ví que todo estaba hecho, le pregunté por qué me hallaba en aquel estado. El me dijo: De todo os daré razon cuando os vea restablecido y en disposicion de oirme. Ahora estais delicado, y cualquiera impresion fuerte os pudiera hacer mal. Conviene, pues, que reposéis primero, que tomeis algun alimento para reparar vuestras fuerzas, y sobre todo, que no habéis ni os agiteis. Solo os diré, con el fin de tranquilizaros, que en vuestro coche os ha sorprendido un letargo tan profundo, que os hemos creído muerto, y esta es la causa por que os habeis visto en aquel estado; pero Dios os ha conservado la vida. Espero que no será nada, y que en poco tiempo con algunos remedios y mucho sosiego os veréis recobrado. Así, señor, os pido por ahora tranquilidad y silencio.

En este tiempo se iban desenvolviendo mis ideas. La primera fué extrañar el no ver conmigo los dos criados que me acompañaban, y á pesar de sus recomendaciones de silencio no pude dejar de preguntarle por ellos. El me respondió: El uno, señor, persuadido de que ya habiais muerto, partió del mismo camino para avisar á vuestros amigos: el otro yace en el lecho gravemente enfermo. Esta casa es de mi padre,

está solitaria, y en medio del campo; pero mi padre ha ido al lugar mas inmediato para llamar al cirujano. No hay actualmente en ella mas que mi madre y una criada, que es la que se espantó cuando le hablasteis. Ya estais enterado de lo mas preciso, y esto debe bastaros por ahora. Con esto hizo señas á su madre, para que se acercara. Yo la ví, pero volvió á recomendarnos el silencio.

Esta buena muger, y aquel bendito ermitaño me asistieron con mucho cuidado, y me dieron todos los socorros que mi situacion necesitaba. Pocas horas despues me sentí muy aliviado, y casi como si nada hubiera tenido. Dueño ya de mí y de mis ideas, les pedí me contasen mas por extenso todo lo que habia pasado por mí: ellos lo hicieron explicándome, que esta era una *asphixia*, ó muerte aparente, accidente no raro, pero que ellos esperaban no tendria consecuencias. Me volvieron á decir, que Jacinto, que era el criado que se quedó conmigo, no habiendo podido resistir al dolor y á la fatiga, habia caído con una fiebre violenta, y que estaba de peligro.

Todas estas noticias me inquietaron mucho. Este accidente tan impensado y súbito de que acababa de salir, la idea de lo que hubiera sido de mí, si la muerte que me habia rodeado tan de cerca, hubiera descargado el último golpe contra mi vida, y el temor de que me volviese á repetir,

me turbaron mucho el corazon. Se me presentó á la vista con terrible aspecto el envejecido desórden de mi conducta, mis delitos, blasfemias y abominaciones. Ví con horror el profundo abismo en que me encontraba sumergido, y al fin empezó á alumbrarme la luz del desengaño.

Poco despues se apoderaron de mi corazon el pavoroso terror, las angustias devorantes, los feroces remordimientos. Hubiera dado quanto tenia por salir de aquel estado de congojas; pero no sabia como. No me olvidé de la misericordia divina; pero el peso y la enormidad de mis delitos me abrumaba. Por otra parte ni veia allí á quien dirigirme, ni sabia por donde empezar. Estas mortales agonias me causaban frios y espesos sudores con que me sentia desfallecer. El temor de otro nuevo accidente me redoblaba las angustias.

Lo que mas me affigia era que la suerte me hubiera traído á una casa sola en medio de un yermo, donde no habia un sacerdote que me pudiese socorrer, y esta circunstancia me parecia un castigo de Dios, que no me queria perdonar. Los vuelcos que daba en la cama, los violentos suspiros que me arrancaba la inquietud, y los mal articulados acentos que se me escapaban de los labios, excitaron la atención del ermitaño, que se acercó á mi lecho para ver si necesitaba de algo. Yo le pregunté, qué hora era: me respondió, que

media noche: que su anciana y enferma madre se había ido á acostar; pero que él me velaba, y estaba allí para asistirme en lo que fuera necesario.

Yo hubiera querido explicarle la causa de mi turbacion, pero una falsa vergüenza me detenia. Por otra parte ¿qué adelantaba en descubrirme á un hombre, cuyo traje acreditaba su rusticidad, y que era incapaz de socorrerme en mi deplorable situacion? Combatido con esta lucha de temores y desconfianzas, sin ver un rayo de esperanza, ni medio que me pudiera salvar de tanto riesgo, me asaltaron al corazon algunos movimientos de despecho, y no pudiendo resistir á tanto trópel de angustias, caí de nuevo en el mismo accidente. Volví á cerrar los ojos á la luz, y enagenarme por entero.

Quedé tan fuera de mí como la primera vez; pero supe despues, que este segundo accidente no fué tan largo como el primero, y que volví en mí á las cuatro de la mañana. Lo que por mí puedo decir es, que habiendo vuelto á recobrar los sentidos con la misma pausada lentitud que la vez primera, me hallé otra vez en el lecho, sin estar bien en mi acuerdo, y que el primer objeto que se presentó á mi vista fué el solitario, que leia en un libro. Di un suspiro, y él vino presuroso con aire alegre; me dijo algunas palabras para consolarme, y me volvió á pedir con

encarecimiento que no hablara, porque todo esfuerzo me seria peligroso. Pero mis deseos eran diferentes; porque entónces ya pude recoger mas pronto mis ideas, y conocí distintamente, que había estado otra vez en un profundo letargo. Lo que mas me afligia era considerar que caia en tan deplorable estado, sin la mas ligera indicacion precedente, y que la naturaleza no me daba el menor aviso; que se repetian los accidentes, pues en tan corto intervalo ya me habían acometido dos veces; que era verosímil me viniesen nuevos ataques; que alguno de ellos, y quizá el primero podia ser el último, y hallarme sin pensarlo en los abismos de la eternidad.

Estas lúgubres ideas volvieron á renovar todas las ansias de mi terror, y sentí que se me erizaban los cabellos. Allí se me representaron como en compendio todos los horrores de mi vida; y se me figuró que no había remedio para mí; ¿Qué hubiera dado entónces por tener un sacerdote que me aconsejase ó instruyese! Porque mi mal no daba tiempo, ó podia no darle á causa de los accidentes que se repetian tan continuos.

Tan amargas reflexiones, que se atropellaban unas á otras, me atormentaron tanto, que no siendo capaz de moderar mis movimientos, empecé á dar voces como un furioso. Mi buen compañero quiso consolarme con sus dulces palabras; pero yo no escuchaba nada, y prorrumplia en dis-

ursos insensatos, sin saber lo que decia. Es natural que se me escapase algo de mis remordimientos y temores, pues aquel buen hombre, despues de dejarme sosegar, me dijo: Señor, si tenéis alguna inquietud de conciencia, yo soy sacerdote. ¿Vos sois sacerdote? le respondí con ansia; ¡pero qué importa, si parece que Dios no quiere perdonarme?

Entonces el buen ermitaño empezó á decirme con suavidad algunas palabras para excitarme á confianza. Yo las escuchaba con interes, y me dijo tanto, que al fin mi corazon se abrió á la esperanza. Ni el tiempo ni el modo en que nos hallamos, me permiten referirte la larga é interesante conversacion que tuvimos entonces. Baste decirte, que yo temeroso de la repetición del accidente, y gobernado por aquel hombre de Dios, que despues reconocí ser tan sabio como santo, hice una de aquellas confesiones apresuradas á que obliga el miedo de la muerte, con poco tiempo y disposiciones sospechosas; confesiones que solo Dios puede saber si son buenas, y yo le doy muchas gracias de que no ha permitido que fuese á darle cuenta con la mia.

No obstante que esta confesion no debia dejarme satisfecho, conseguí alguna calma con la esperanza de hacerla mejor, si Dios me daba tiempo. Me sentí algo mas sosegado. El ermitaño, que yo habia visto hasta allí con indiferencia,

porque me habia parecido lego é ignorante, ya me inspiraba un gran respeto. Su calidad de sacerdote, de que no tenia ántes idea, me hacia le mirase con otros ojos, y su prudencia, celo y caridad me habian ya ganado el corazon. Por otra parte este hallazgo súbito é impensado, esta dicha de haber encontrado en él contra todo mi esperanza un ministro de la Religion, excitó en mí la reflexion de que Dios me le habia deparado para remedio mio, y este pensamiento me llenó de indecible consuelo.

Yo resolví pues dejarme conducir por él, mirandole como un ángel venido del cielo, que la misericordia divina me habia enviado. Su celo no se desmayó un instante, y aunque observé que procedia con mucho miramiento por el temor de fatigarme, ví tambien que aprovechaba todos los momentos, y que me hablaba sin cesar, aunque con mucha dulzura, de la bondad de Dios, de su deseo de perdonar al verdaderamente arrepentido. En fin, se valia de todos los medios para desahogar mi corazon, y para avivar mi confianza. Todo su afán era excitarme á contrición, amor y propósito de mudar de vida.

En este tiempo volvió el amo de casa, trayendo consigo un cirujano, que me suministró algunos remedios. Su venida me pareció tambien muy oportuna para el infeliz Jacinto; pero ¡ay! no le pudo salvar: su calentura le arrastró al se-

pulcro, y yo tuve el consuelo de saber, que por lo ménos murió en las manos de mi buen director, que le confesó y le auxilió en sus últimos alientos. ¡Cuántos nuevos remordimientos se avivaron en mi alma con la muerte de este criado que tenia tanta parte en mis iniquidades! ¡Cuántos nuevos motivos de agradecimiento de que Dios se dignase darme mas tiempo para prepararme mejor á una saludable confesion!

Dos dias mas se habian pasado en este estado sin que me volviese á atacar el accidente. Yo me sentia tan recobrado, que me quise vestir, y lo hice sin peligro. El santo ermitaño me asistia á todo, y me servia hasta de criado. Yo me confundia de ver un hombre á quien veneraba, ocuparse conmigo en tan bajos oficios; pero su humildad no reparaba en nada, y la necesidad me forzaba á recibir sus obsequios.

Cuando estuve vestido me hizo sentar, y poniéndose de rodillas me dijo: El primer paso despues de recobrar la salud sea, señor, dar gracias al Autor de todo bien por este beneficio, y prometerle de nuevo una entera reforma de vida, y empezar desde ahora á preparar con tiempo y despacio una buena confesion general, que repare los inevitables defectos que ha podido tener la pasada: una confesion, que os abra con seguridad las puertas de la misericordia divina, los brazos de nuestra santa Madre la Igle-

sia, y que os establezca mas firmemente en su divina amistad.

Este discurso y el ademan fervoroso y caritativo con que me lo dijo, me conmovieron mucho. Las lágrimas me vinieron á los ojos. Yo pensé tambien ponerme de rodillas; pero me lo embarazó, diciéndome, que Dios no queria mas que el corazon. Con este motivo se levantó él mismo, y yo confirmé todas las promesas que pedia de mí. Despues se sentó á mi lado. ¿Pero cómo es posible te repita todo lo que me dijo este siervo del Señor acerca de lo poco que hay que fiar en una confesion hecha tan de prisa, y únicamente inspirada por el temor de la muerte? ¿cuánto era necesario que empezase á hacerla de nuevo, aplicándome á ejecutarla con todo el ardor de mi alma, y con sentimientos mas dignos del Dios de misericordia, que me daba tiempo, y me llamaba visiblemente á la enmienda de mi vida?

Este santo hombre me hizo deshacer en llanto. Yo le respondí, que pues el cielo le habia designado para mi bien, estaba dispuesto á dejarme conducir por sus consejos, y que haria cuanto me mandase. El me replicó, que pues aquellos accidentes eran tan súbitos y traidores, era prudente no malograr un instante; y desde el momento mismo volvimos á renovar las memorias de mi confesion primera, y á desenredar la enmarañada madeja de mi desastrada vida.

Tres dias habiamos dado ya á este ejercicio, cuando estando ocupados en él, se avisó al ermitaño, que un propio le buscaba con una carta, que leyó en mi presencia. Advertí en su semblante una sensible alteracion, y preguntándole el motivo, me dijo: Es, señor, una novedad, que siento mucho; porque me pone en la precision de hacer un viaje, y separarme de vos por algun tiempo. Mi comunidad me llama; uno de nuestros compañeros está en el artículo de la muerte, y desea que yo le asista en sus últimos momentos.

¡Y qué, amigo! le dije yo asustado, ¿me abandonaréis en estas circunstancias? Es imposible me respondió, que pueda negarme á oficios que son entre nosotros de la mas estrecha obligacion. Espero, que de un modo ú de otro presto estaré de vuelta, y volverémos á anudar el hilo, que dejamos suspendido. ¡Pero si entre tanto, le repliqué yo con viveza, me sorprende otra vez el parasismo? No lo querrá Dios, me volvió á decir: el Señor no empieza sus obras para dejarlas imperfectas.

Yo quedé sumergido en el mas profundo dolor. El queria que miéntras se disponia su viaje, renovásemos nuestra confesion, pero yo no estaba en estado. Mi turbacion era extrema; y me sentia desfallecer. El me hizo reflexionar de nuevo las razones que le hacian este viaje in-

dispensable, y con este motivo me explicó que su comunidad se componia de doce individuos que voluntariamente se habian unido con la intencion de vivir en comun, y ejercitarse en actos de religion y penitencia: que siendo todos legos habian buscado un sacerdote para que viviese con ellos, les dijese la misa, y les administrase los sacramentos: que á pesar de su indignidad habian echado los ojos sobre él, y le habian hecho esta proposicion, y que él la habia aceptado con mucha complacencia.

Me añadió, que hacia tres años que esta comunidad se habia establecido á doce leguas del lugar donde estábamos, en una casa que pertenecia á uno de ellos, y que habia cedido para el uso de todos: que en ella se habia erigido una capilla con licencia del obispo y de los magistrados: que él habia vivido allí continuamente desde su principio; pero que su madre le habia hecho tantas instancias para que la viniese á ver una vez ántes de morir, que él habia creído no deber negarse á su tierna solicitud, y que con licencia de sus compañeros habia venido con el designio de pasar pocos dias en compañía de sus padres, y con la precaucion de haber dejado á su superior noticia de su paradero, para que le avisasen si habia necesidad de su ministerio.

Ya veis, señor, concluyó, que yo soy el único sacerdote de aquella casa: ¿cómo puedo pues dexar

jar de ir en un momento tan esencial como la muerte de un compañero? Yo le confesé que conocia toda la fuerza de su razon; pero que eso no sosegaba mi inquietud, ni me disipaba el temor. En esto me ocurrió que yo podia ir con él, y se lo propuse; pero me respondió que mi estado de salud no permitía emprender aquel viaje; que por otra parte allí no encontraria ni las comodidades á que estaba acostumbrado, ni los remedios que exigia mi situacion actual. Yo le dije, que en cuanto á mi salud, me sentia en disposicion de hacer viaje tan corto, y que en cuanto á mis comodidades un pecador como yo debia tenerse por dichoso, si participaba de las austeridades de aquella santa comunidad. El buen ermitaño quiso replicarme todavía; pero le hablé con tanta resolucion, que no se atrevió á insistir mas. Al fin le dije: Amigo, si no me teneis por indigno de vuestra compañía y la de vuestros santos compañeros, llevadme con vos, llevadme á ver los ejemplos de esos penitentes, que no tienen que llorar tantos pecados como los míos. El buen sacerdote me dijo: No replico mas. No permita Dios que yo me oponga á designios que tal vez son inspiraciones.

Al otro dia, ántes de ponerse el sol, llegamos á esta humilde casa, cabaña á los ojos de los hombres, pero espléndido palacio á los del cielo. Esta es una habitacion de santos. Mi corazon,

ya prevenido por el impulso de la divina gracia, no pudo resistir á la impresion de los graves y austeros ejemplos de virtudes y religion que se me presentaban todos los dias en el recinto de este augusto retiro. ¡Qué hombres, amigo! ¡qué silencio! ¡qué fervor! ¡qué felicidad tan pura! La vista de este órden, de esta severa armonía, tan nueva para mí como digna de veneracion, me elevó el alma. Conocí que habia otras delicias en la tierra muy superiores á las que yo experimentaba cuando vivia á gusto de mis sentidos, y segun las máximas del siglo. Los benditos ermitaños me recibieron con aquella dulce y sincera benevolencia que el mundo afecta, y solo es propia de la caridad cristiana.

Aquí fué donde acabé mi confesion general. Aquí se dignó el Señor asistirme para mi reconciliacion por medio de su santo sacerdote. Aquí recibí el pan del cielo. El tiempo y la circunstancia en que estamos, porque ya se llega la hora de ir á la capilla, no me permiten extenderme; pero si podemos vernos otra vez mas despacio, te contaré cosas admirables, en que verás los prodigios de la Providencia y la extension de sus misericordias.

Solo te diré, que despues de haber hecho todo lo que debia, me apliqué por consejo de mi confesor á repasar todos los cargos de mi conciencia, y á poner órden en mis negocios; pero

que hice todo esto en secreto y de manera que no se supiera que era yo. Mi intencion era morir al mundo, y no desmentir la noticia que habia corrido de mi muerte, para llorar aquí mis errores, y consagrar el resto de mis días á los gemidos de la penitencia. Mis santos hermanos se dignaron de admitir entre ellos al que no es digno sino de admirarlos y despues de algunos dias procuraron imitar aunque muy débilmente sus ejemplos.

Puedo añadirte, que jamas he sido tan feliz, que nunca he pasado dias tan serenos ni tan llenos de consuelo y de paz, que no puedo ahora explicarte ni todo lo que debo á Dios, ni la dulce tranquilidad de que gozo. Conténtate ahora con haber sabido la razon por que me hallas aquí, cómo Dios me ha conservado la vida, y dale gracias de encontrar al antiguo y pérfido apóstol de la incredulidad, al insensato predicador de iniquidades y delitos en la casa del Señor, y vestido con el traje de la penitencia. Lo único que me affigia era considerarte todavía sumergido en el error. Así puedes considerar el consuelo que recibo cuando veo que el mismo suceso que me ha conducido al arrepentimiento y al dolor, ha contribuido para concucirte á la Religion y á la virtud. ¡Qué asombrosa! ¡qué admirable es esta tan incomprendible y escondida combinacion de las ideas del Señor! ¡Quién podia prever que en los consejos del Omnipotente esta-

ba señalado el mismo instante para la conversion de dos hombres tan estragados, de dos monstruos que se habian entregado tan desenfrenadamente á la perversidad de las opiniones y costumbres? Mas... pero la campana toca: á Dios, amigo, que aquí no nos hacemos esperar. Manuel se fué, y yo quedé tan sorprendido como el caminante á cuyos piés cae precipitado un rayo. Necesité de mucho tiempo para salir del profundo estupor en que me hallaba sumergido. ¡O Dios! decia yo saliendo de esta dichosa huerta en que acababa de ver y oír cosas tan inesperadas, ¡ó Dios! ¿quién que de buena fe examine el origen de una transformacion tan universal y tan completa, puede desconocer la fuerza de tu brazo?

¡Pero qué! ¿Dios de bondad, este descubrimiento tan increíble como impensado no es un aviso tuyo para advertirme que yo no he cumplido todavía con todo el designio de tu misericordia? ¡Qué, Señor! ¿debo yo buscarte ménos? ¡No debo siquiera hacer lo mismo que hace el amigo, el compañero á quien he igualado y quizá excedido en la multitud y enormidad de los vicios? Dios de misericordia... Yo prometo en presencia del cielo, único testigo de mi entrevista con Manuel, que pues le imité en los excesos, le imitaré en la enmienda, que seguiré sus huellas, y que vendré á sepultar mi vida y expiar mis delitos en el mismo sepulcro.

¡Qué! mientras el compañero de mis desórdenes llora su iniquidad con la austera librea de los mártires de la abnegacion; cuando le veo incorporado en la penitente sociedad de los atletas de la cruz; cuando pasa sus días en la meditacion de los años eternos, y une los tiernos gemidos de su doliente voz con los sagrados cánticos que resuenan en el largo silencio de las noches; cuando Manuel sobre la dura tierra y en un lugar consagrado á los suspiros y á las lágrimas, pide á Dios sin cesar perdon de los delitos que hemos cometido; cuando en fin, la imagen de su austeridad y penitencia me seguirá por todas partes, ¿tendré la temeridad de verme sin rubor en una casa cómoda, y vivir en el seno de la abundancia? No, no; pues le acompañé en los delitos, es justo que le acompañe en las expiaciones.

Dios mio, sosten mis resoluciones. Espero que te será agradable, pues que tú me la inspiras. No me has hecho venir aquí en balde, sino para enseñarme el camino que debo seguir. Sin duda que la aprobará el santo director de mi conducta, pues es tan conforme á sus principios y á la firmeza de los propósitos que me ha inspirado. Al instante que llegué á mi casa le escribí lo que me habia sucedido, y el ánimo en que me hallaba. Le dirigí mi carta con un expreso, y este al cabo de tres dias me trajo la respuesta que te voy á copiar. Dice así:

et aliter im istudque & et aliter cop
et aliter que omnia in us.

¡Qué admiracion, qué placer me ha causado vuestra carta! ¡Cuánto debemos adorar y amar á este gran Dios, que en medio del tumulto que producen las pasiones y movimientos de la tierra, forma en silencio sus escogidos para sacarlos del abismo en que su flaqueza los sumerge, y levantarlos hasta su luz inaccesible! ¡Cómo este mundo tan miserable y tan pequeño por la calidad de los intereses que le agitan, se transforma á los ojos del sabio que observa con la luz del Evangelio, en un inmenso y magnífico teatro en que se reconoce la mano poderosa de la eterna Sabiduría que le dirige y gobierna; esta mano dulce y próspera, que del fondo del barro mas deleznable saca seres, en que reverbera el esplendor de su divinidad; esta mano sabia, que por caminos inexplicables y profundos los dirige al término excelso de su reino; esta mano misericordiosa que quiere conducirlos para que en el dia triunfante de la ascension de los miembros de Jesucristo vayan con ellos y tengan asiento en el seno de su reposo, de su alegría y perpetuidad!

¡Cuántos motivos de admiracion me produce el suceso que me referis! Vos no buscábais mas que el inocente placer de un paseo silencioso, y Dios os ha hecho conocer en el fondo de un austero retiro toda la invencible fuerza de su poder, y con un ejemplo extraordinario, que os toca tan

de cerca, os ha manifestado que en medio de los males que ocasiona la corrupcion humana, se ocupa en separar de ella á los que quiere glorificar en su mansion divina; y que con una rapidez que asombra á los espíritus celestes, sabe hacer que los mas perversos de los hombres pasen á la clase más augusta y venerable de sus escogidos.

¿Cómo ó por qué Don Manuel ha podido en tan poco tiempo ser objeto del amor y las atenciones del Eterno? ¿De dónde le ha venido esta fuerza que de repente y contra sus propias esperanzas le ha hecho superior al mundo, á sus sentidos y á toda esa multitud de vicios y cadenas que le hacian un monstruo de incredulidad y depravacion? ¿De dónde descendió esta nueva luz que le hizo ver tan prontamente las vanidades de la vida y los arcanos de la eternidad? ¿Dios infinito! ¿Dios bueno! estas son tus obras, siempre grandes y admirables. Solo tu brazo invisible y omnipotente puede ejecutar en la tierra prodigios y vocaciones de un orden tan superior al poder humano, y tan contrario á todas las verosimilitudes de nuestras ideas.

Vos habeis hallado, señor, sin esperarlo, una repeticion asombrosa del gran milagro de misericordia que la honddad divina ha obrado en vuestro corazon. Este Dios piadoso os ha proporcionado este encuentro maravilloso, para hacer os

mas completa vuestra felicidad por haber salido de un abismo. Tambien ha querido quitaros la amargura por el temor que Don Manuel hubiese muerto sin haber tenido tiempo para llorar sus escándalos y purificar sus últimos suspiros. Dadle gracias, señor; pero considerad que la terrible imágen de una muerte imprevista y precipitada no pierde nada de su verdad ni de su fuerza, por no haberse realizado en aquella circunstancia que os produjo una impresion tan profunda como saludable. Miéntas el amigo que llorábais muerto, estaba vivo, la desgracia que él no sufría, se verificaba en muchos lugares de la tierra en personas igualmente culpadas, y tan mal dispuestas á presentarse en el divino tribunal.

Tambien me ha causado mucha complacencia la noble y valerosa emulacion que os inspira este ejemplo; porque anuncia un corazon dispuesto á todo y capaz de los mayores sacrificios. Sin duda que los tabernáculos del Señor son amables, y que en ellos habitan los dichosos; pero hay reglas de moderacion y de prudencia, que no debemos olvidar ni aun cuando buscamos á Dios y la virtud. S. Pablo quiere que seamos reservados y discretos hasta en el bien. Todos debemos obedecer á la ley del Evangelio; pero este nos enseña diferentes caminos para la santidad, y ninguno debe escoger los que pueden alterar las

leyes de la naturaleza, cuando esta nos ata con vínculos y lazos mas estrechos, y despues de tomar estado, de superior importancia á las mas santas instituciones.

Dios, que es el Autor supremo de la Religion, ha sabido unirla con la naturaleza de manera, que siempre aliada con ella, léjos de contradecirla, no hace mas que sublimarla. Así quiere que vayan de concierto, y que el cristiano respete en cada una los designios del Autor de las dos. Entre todas las relaciones que produjo en la sociedad, á ninguna dió un carácter tan tierno y tan augusto como el título de padre. Cuando bajó á la tumba la virtuosa compañera de vuestra vida, dejó en vuestros brazos dos hijos, y vos les debéis cuidados, instrucciones y ejemplos.

Don Manuel no tenia estas obligaciones. Se hallaba libre, y no vivia sino para sí mismo. Así su retiro no podia producir quiebra ni falta en el órden social. Le era, pues, permitido entregarse todo entero al ardor de su celo y de su penitencia; pero Dios os ha dictado vuestras ocupaciones cuando os dió esta preciosa posteridad, que debe crecer y criarse á vuestro lado. Si este imperioso impulso no ha detenido algunas almas extraordinarias, si á pesar de los gemidos de la naturaleza se las ha visto volar á los desiertos, si han tenido el valor de romper las barreras que las ponia su propia sangre; estas son excepcio-

nes que solo puede autorizar la profundidad de la inspiracion divina, y no pueden servir de regla en el curso ordinario de la vida, ni determinar el género de nuestros sacrificios y expiaciones.

Cuando viviais sin ley y sin principios, entonces hubiera sido útil á vuestros hijos que os separáseis de ellos para esconderles la contagiosa vista de costumbres irreligiosas y desenfrenadas; pero ahora que pueden ver en vuestra conducta lo que los hará muy dichosos si lo imitan, vuestra separacion les seria muy nociva, porque los privaria del mejor preservativo que ha podido proporcionarles la piedad divina contra el contagio de este siglo. Vos no sois verdaderamente padre, sino desde que temeis al Señor, y cuando ya sois capaz de manifestar su gloria á dos inocentes criaturas, por cuyas venas corre vuestra sangre.

¡Ay, Señor! pues vuestra tierna esposa fué digna de vuestro respeto, y lo es ahora de vuestra pena, tened por cierto que no pudo morir sin el dolor de no ver logrado el mas ardiente de sus deseos, y la mas dulce de sus esperanzas. No dudeis que murió, pidiendo al Dios que iba á juzgarla, que moviera vuestro corazon y os hiciera digno del título sagrado de padre. Haced pues ahora con vuestro celo paternal que ella goce en el ciclo del fruto de su oracion postrera, y re-

compensadla con vuestra aplicacion de las amarguras con que habeis emponzoñado su inocente vida: trabajad con ardor en la educacion y felicidad de los hijos que llevó en su vientre, que crió con tan solícitos afanes, y que estrechó tantas veces con su materno corazón.

Quedaos pues, señor, en medio de esos tiernos y sagrados frutos de una union que vos hubiérais debido enlazar mejor, y cuyos agravios estais obligado á reparar. Nada hay tan grande ni tan meritorio en la tierra, como formar hombres religiosos, enseñándoles el conocimiento de Dios y el amor de la virtud. Nada es tan delicioso ni tan dulce como ejercer este sublime empleo con aquellos cuya felicidad nos interesa, porque amamos en ellos nuestra propia substancia. Imaginad qué gozo debe ser para un corazón iluminado por la fe poder decirse á sí mismo: Este niño tierno que amo tanto, que es á mis ojos tan amable y precioso, va á ser santo de Dios, será llamado hijo del Altísimo, y se verá dentro de poco elevado á la posesion de un imperio que ninguna revolucion podrá destruir. ¡O Religion divina! ¡sola tú puedes coronar con tanta magnificencia los afectos de la naturaleza! ¡solo los que se gobiernan por tu luz pueden gustar con tanta dulzura la dicha de ser padre!

Me ha parecido, señor, haceros estas reflexiones para confirmaros en la resolucion de pensar

muy seriamente en la educacion de vuestros hijos, sobre todo en la religiosa. Yo quisiera poder indicaros, aunque ligeramente, el punto de vista, ó el aspecto en que me parece debiérais enseñarles el espíritu y las intenciones del cristianismo; y si me lo permitis, lo podré hacer otra vez mas despacio. Este asunto es el mas esencial de todos, porque la Religion, bien conocida, es el mejor preservativo para las costumbres, y el antídoto mas seguro contra la incredulidad.

Hay ciertas gentes, por la mayor partes buenas, pero muy tímidas, que quisieran prohibir á los simples todo exámen en materias de religion: Esto nace de que no la conocen bien. Acaso este sistema de fe sencilla y ciega pudiera ser mas seguro, si las costumbres y el carácter del siglo la respetaran, si la dejaran intacta y no trabajaran por alterar su pureza; pero cuando la corrupcion de los sentidos y los errores de los sofistas multiplicando sus ataques, hacen tantas conquistas sobre la brillante juventud que se jacta de instruida, fuera culpable indolencia no servirse para defenderla de las armas superiores que la aseguran la victoria.

Esta juventud seducida, porque no está ilustrada mas que á medias, no tiene con que instruirse mejor y desengañarse de los sofismas que la perverten. Y como por las ventajas de su nacimiento é instruccion da el tono á lo que la rodea,

sus discursos y sus ejemplos se propagan hasta las clases inferiores, y ved aquí cómo se inficiona progresivamente toda la masa de la sociedad. El grande remedio de este mal es enseñar bien la Religión, reproducir continuamente los sólidos fundamentos que la prueban, las evidentes é irresistibles razones que la demuestran; y no teman esos genios pusilánimes el que la Religión sea examinada por todos sus aspectos; pues ninguna cosa la puede hacer adorar tanto como un examen apurado y circunspecto. En los tímidos cesaría esta inquietud si ellos mismos la conocieran más á fondo.

Pero en fin, señor, esto toca al gobierno, y no podemos hacerlo nosotros. Me parece que en nuestras primeras conversaciones ya os dije algo sobre cuánto contribuye á la incredulidad la insuficiencia de nuestra educacion; y si os lo repito aquí, es para haceros conocer la indispensable necesidad en que estan los padres de familia de ejercer una especie de magisterio doméstico, y de ser en medio de sus hogares los ayos y los apóstoles de sus hijos. Un padre que conoce la fe y vive con la esperanza de sus promesas, no puede ver sus tiernos renuevos que crecen á su vista, sin derramar lágrimas de alegría y de consuelo, cuando considera el alto destino que puede preparar á estos objetos de su amor con la instruccion y la vigilancia.

¡O infancia inocente y preciosa! ¡quién puede verte sin amarte, y quién puede amarte sin deplorar la incomprendible ceguedad de estos padres crueles, que no procuran darte mas instruccion que la que puede pervertirte, atormentarte y perderte, como se pierden ellos?

Esto basta por hoy; no quiero detener mas vuestro correo. Mi designio por ahora es solo responder á vuestra carta, y haceros conocer la necesidad de corresponder á vuestra vocacion, cumpliendo con las obligaciones del estado en que Dios os ha puesto; y que entendais que vuestros hijos, familia, criados, vasallos y conciudadanos son los objetos que ha puesto á vuestro cargo el gran Padre de la familia humana. En esta he procurado haceros conocer, que esta obligacion es necesaria: en otra os expondré algunas reflexiones que podrán ayudaros al desempeño de tan alta confianza. Yo pido á Dios que os sostenga, y os guarde muchos años.

¡Qué dices, Teodoro, de esta carta? Yo no esperaba esta resolucion. ¡Pero qué puedo hacer sino someterme á dictámen tan luminoso y cristiano? ¡Qué puedo hacer sino recibirle como oráculo dictado por la voluntad soberana? Mil veces bendigo cada dia al hombre virtuoso que de todo se sirve para confirmarme en la fe, y que prometiéndome un plan para que ense-

ñe la Religion á mis hijos, me facilita los medios de que yo mismo la aprenda.

Pero en fin, Teodoro, ¿qué cargo, qué empresa es la que se me prepara! La crianza de mis hijos, el gobierno de una familia numerosa, su conversion, pues que tanto he contribuido á pervertirla, la destribucion de mis rentas, en que los indigentes deben tener la mejor parte, el buen ejemplo que debo á todos para contrarestar mis públicas disoluciones, y restablecer mi pérdida reputacion, los medios de hacer el bien que pueda con oportunidad, ilustracion y prudencia. ¡Cuántas cosas tan superiores á mis fuerzas, y para que necesito de un amigo sólido, de un guía esclarecido, que no solo me dirija, sino que me sostenga!

Teodoro mio, haz tambien leer á Mariano esta carta, y todas las demas que te escriba: invoca su amistad, excita su celo, apresura su diligencia, no le des cuartel; y díle que un amigo que lo necesita, lo aguarda con inquietud, que ya tiende los brazos para recibirle; que venga á conducirlo al cielo, despues de haber enseñado el camino á sus hijos, y á toda su familia que va á adoptarle por su padre común, y bienhechor universal. A Dios, Teodoro.

CARTA XXXIII.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

QUERIDO Teodoro: ya recibí la nueva carta que me habia prometido mi celoso director, y me apresuro á enviarte una copia. Dice así:

Señor: para explicaros mis ideas sobre los medios de hacer conocer y amar la Religion á vuestros hijos, debo empezar por deciros, que el logro de este digno afan depende de hacerles entender bien el espíritu y el verdadero objeto de la fe; y para esto debeis principalmente ocuparos en la meditacion de los santos libros, porque solo en esta pura inagotable fuente se bebe el agua cristalina que purifica nuestras almas, y nos hace capaces de heroicos y sublimes esfuerzos.

Solo en las sagradas Escrituras se pueden hallar los principios verdaderos, que nos pueden instruir, fijando nuestras ideas de orden, de justicia y de felicidad. Solo en ellas podemos encontrar espectáculos dignos de la grandeza de nuestra imaginacion, objetos proporcionados á la necesidad y propension que sienten los espíritus

ñe la Religion á mis hijos, me facilita los medios de que yo mismo la aprenda.

Pero en fin, Teodoro, ¿qué cargo, qué empresa es la que se me prepara! La crianza de mis hijos, el gobierno de una familia numerosa, su conversion, pues que tanto he contribuido á pervertirla, la destribucion de mis rentas, en que los indigentes deben tener la mejor parte, el buen ejemplo que debo á todos para contrarestar mis públicas disoluciones, y restablecer mi pérdida reputacion, los medios de hacer el bien que pueda con oportunidad, ilustracion y prudencia. ¡Cuántas cosas tan superiores á mis fuerzas, y para que necesito de un amigo sólido, de un guía esclarecido, que no solo me dirija, sino que me sostenga!

Teodoro mio, haz tambien leer á Mariano esta carta, y todas las demas que te escriba: invoca su amistad, excita su celo, apresura su diligencia, no le des cuartel; y díle que un amigo que lo necesita, lo aguarda con inquietud, que ya tiende los brazos para recibirle; que venga á conducirlo al cielo, despues de haber enseñado el camino á sus hijos, y á toda su familia que va á adoptarle por su padre común, y bienhechor universal. A Dios, Teodoro.

CARTA XXXIII.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

QUERIDO Teodoro: ya recibí la nueva carta que me habia prometido mi celoso director, y me apresuro á enviarte una copia. Dice asi:

Señor: para explicaros mis ideas sobre los medios de hacer conocer y amar la Religion á vuestros hijos, debo empezar por deciros, que el logro de este digno afan depende de hacerles entender bien el espíritu y el verdadero objeto de la fe; y para esto debeis principalmente ocuparos en la meditacion de los santos libros, porque solo en esta pura inagotable fuente se bebe el agua cristalina que purifica nuestras almas, y nos hace capaces de heroicos y sublimes esfuerzos.

Solo en las sagradas Escrituras se pueden hallar los principios verdaderos, que nos pueden instruir, fijando nuestras ideas de orden, de justicia y de felicidad. Solo en ellas podemos encontrar espectáculos dignos de la grandeza de nuestra imaginacion, objetos proporcionados á la necesidad y propension que sienten los espíritus

nobles y elevados de contemplar y admirar lo que es grande y magnifico, y afectos dignos de excitar la sensibilidad de un corazon tierno y generoso.

Si conociéramos bien la constitucion humana, veriamos con claridad, que lo que por lo comun aleja á los hombres de los bienes que la fe promete, es una enfermedad de su naturaleza, mas fuerte que todo el poder de su razon. Y el que supiere persuadir, que la naturaleza misma hallará su interes unido con el de la Religion, ese es el que podrá hacerla amar. Es mas raro de lo que parece, que la razon sola determine la estimacion, las preferencias y la conducta de los hombres. La imaginacion y la voluntad son potencias mas poderosas, y logran por lo comun inspirarnos sus opiniones.

Esta disposicion general que nace de nuestra flaqueza, es mayor en los niños, y es, digámoslo así, su carácter. Sus almas inexpertas solo saben mirar y sentir. Apénas pueden creer, que verdaderamente exista, sino lo que ven con sus ojos, ó lo que tocan con sus manos, y nosotros por la mayor parte somos niños toda nuestra vida. Así vemos por experiencia, que no creemos lo que no vemos, ó si impelidos por la autoridad lo creemos, es con frialdad, y de manera que aquellos objetos no nos producen impresiones fuertes.

Por eso cuando nuestra razon convencida no pueda resistir á las demostraciones acerca de la fe, procuramos excitarnos al amor de la Religion, presentandola á nuestra alma con objetos mas capaces de ser imaginados ó sentidos, y para esto preferimos las imágenes mas análogas, ó que son mas parecidas á las que nos interesan y conmueven en el órden de la naturaleza y de la sociedad.

El gran secreto que puede hacernos amar la Religion es hacernos conocer, que de ella pende todo lo que mas deseamos, lo que buscamos con mas ansia, y que es el fin último de nuestra felicidad, las verdaderas riquezas, la solida gloria, la prosperidad soberana, la inmensa fortuna; en fin, que todo lo que mas halaga al corazon humano, todo está comprendido en la grande salud que trajo á la tierra Jesucristo.

Bien sé que el establecimiento del reino de Dios no es obra de la prudencia de los hombres; pero como ha subrogado en estos el decoroso encargo de preparar los animos á los triunfos de su gracia, los hombres deben servirse de todo, hasta de nuestras pasiones y flaquezas, para conducirnos al conocimiento y amor de la verdad, y para disponernos á recibir aquella gran luz, con la que ya no se necesita ni de exhortaciones ni documentos.

Por eso Dios, que queria abrir las puertas de

la vida eterna así á los mas incultos hijos de los hombres, como á los ingenios mas sublimes, se dignó de encerrar toda la Religion en una órden ó serie de sucesos que son palpables para todos, y que adquieren un ascendiente victorioso en las almas sensibles y rectas. Desde aquel instante solemne en que Dios rompió su eterno silencio, y mandó á la luz que saliera del caos de la noche, hasta el establecimiento de su pueblo en la tierra prometida, y el triunfo de su culto en medio de Jerusalem y del mundo; todo es una cadena de hechos y prodigios, que por sí sola debiera excitar á curiosidad, aun cuando un aparato tan augusto no tuviera otro fin mas alto, ni nos produjera un interes tan personal.

En la historia sagrada se lee, que los hijos de los patriarcas y profetas no hallaron el consuelo de sus tardias esperanzas, ni verdaderos motivos de paciencia y constancia en las vicisitudes alternadas de sus destinos, sino en los continuos recuerdos de las maravillas que hizo Dios para establecer su antiguo imperio. Sus padres, para enseñarles la Religion, les mostraban los monumentos de lo que habia hecho Dios per sus mayores, y exponian á sus ojos la larga historia de los hechos milagrosos que prepararon aquel gran día en que debía consumarse todo con la muerte y resurreccion del divino Mesías.

Así lo hicieron tambien nuestros ascendientes;

y nuestros abuelos estaban mejor instruidos que nosotros, porque en los siglos pasados hubo escritores que hicieron renacer este método tan natural, tan cierto y seguro para conocer y amar la Religion. En efecto, las mejores pruebas de su divinidad se sacan de su historia, y de la magestad de su grande espectáculo. Hasta ahora existen como memorias, como reliquias que guarda la curiosidad, monumentos antiguos en que el buril y el pincel grabaron ó dibujaron todos los hechos, guardando el órden cronológico. Por este medio los niños, con placer de sus ojos y deleite de su imaginacion, grababan los sucesos en su memoria, y aprendian, casi divirtiéndose, su Religion.

¿Cómo pues un método de aprender, que fué tan útil á nuestros antepasados, ha podido perderse en nuestros dias? ¿Cómo el arte superior á todos los artes, la enseñanza únicamente necesaria, ha podido descuidarse tanto? ¿Cómo ha podido acaecer, que se haya casi abandonado para la instruccion pública el depósito de las divinas Escrituras, que es el patrimonio de los hijos de Dios, y el tesoro de todos los cristianos? ¿Y cómo no gemimos al ver la ignorancia lamentable de tanto número de fieles, que no saben ni los principios, ni las pruebas, ni los hechos de que se compone la sustancia de su Religion? Cuando un ieraelita religioso queria recogerse

para admirar la conducta y las altas ideas de la divina ley, le bastaba recapacitar la memoria de Noé, de Abraham, Isaac y Jacob. El inflamado David se presentaba á la suprema Magestad con una alma asombrada de considerar la inefable grandeza de sus planes, y fuera de sí de contento entonaba este cántico (1): „O Eterno „Dios! nosotros hemos oído, y nuestros padres „nos han contado las magnificas obras que vie- „ron, y que tu poder ejecutó en los siglos anti- „guos.”

Y hoy que la historia de la Religion se ha completado; hoy que ya casi tocamos el cumplimiento y término de las profecías antiguas y de las nuevas; hoy que ya apenas queda revolucion que ver, y que el estado actual del cristianismo se debe conservar inviolable hasta el dia feliz de la triunfante ascension de la Iglesia á la gloria de Dios; hoy que todos los secretos y designios divinos estan ya descubiertos; hoy que todo anuncia el fin y la consumacion total de la empresa sublime, cuando el Leon de Judá ya ha vencido, cuando los templos de Cristo estan levantados sobre los profanos monumentos, cuando torres innumerables ponen cerca del cielo la señal adorable de la cruz en que se obró la redencion humana; hoy en fin, que todo está revelado y des-

(1) Psalm: XLIII. 1. 2.

cubierto, los cristianos no tienen mas que ideas imperfectas, noticias confusas y oscuras. ¿Cómo podrán ver á un tiempo toda la magestad del edificio de la fe? ¿Cómo podrán admirar el modo con que todas sus partes se corresponden, se comunican y se enlazan? Pues apenas perciben ángulos y superficies, ignoran el principio y el fin de las ideas que nós ha revelado el Eterno; no se les demuestran las relaciones admirables, las conexiones íntimas que atan y eslabonan los sucesos de la antigua economía con los misterios de la alianza postrera.

¿Y qué ha resultado del abandono de tan saludable estudio? Que la inteligencia de las divinas Eserituras casi se ha perdido en la mayor parte de los fieles: que su lectura parece ingrata y fastidiosa al comun de los hombres: que pocos tienen justas ideas del gran designio y verdadero espíritu de la fe, y que miramos como extranjero todo lo que ha pasado ántes de nuestros dias: nos hemos olvidado de que Dios nos tenia presentes en la creacion del mundo, que entonces fuimos objeto de sus ideas divinas, que hoy somos la realidad de las figuras, y el cumplimiento de las profecías: que por nosotros ha habido un Abraham y patriarcas, un Moises y profetas, una Jerusalem y un templo; y en fin, que todo se ha hecho y se conserva por los santos.

¿Y de esto qué ha nacido? El poco aprecio de nuestra vocacion, la inestabilidad ó flaqueza de nuestra virtud, el ascendiente casi siempre vencedor de nuestras pasiones, la facilidad de sacrificar todos los días las esperanzas eternas con que nos anima el Evangelio, al péfido placer de la concupiscencia y del orgullo; y en fin, el deplorable progreso de una filosofía perversa, que se atreve á desacreditar la Religion, aniquilar toda creencia y desterrar toda virtud.

En el origen del cristianismo bastaba que un apóstol explicase á una concurrencia numerosa, como los misterios de Jesucristo estaban enlazados con los acontecimientos dispersos en la inmensidad de los tiempos que precedieron á su Resurreccion, para que millares de hombres se postrasen á los piés de la cruz, y pudiesen ser incorporados en su alianza; pero hoy vemos con dolor, que ni los incrédulos se convierten, ni los creyentes perseveran; porque los primeros nunca han visto la luz, y los segundos apenas la han brujuleado. Ni aquellos ni estos han conocido el don de Dios en toda su excelencia y extension. Y solo esto puede explicar, por qué los unos lo reprueban, y los otros lo abandonan.

Después de su Resurreccion Jesucristo, explicó á sus discípulos el modo con que se habia cumplido cuanto los profetas habian anunciado.

¿No es verdad, decian ellos, que cuando nos explicaba el sentido de las Escrituras, ardian nuestros corazones con un fuego divino? Lo que el Salvador les manifestó de sus humillaciones y su gloria, estaba enlazado con todos los sucesos, todos los oráculos, y con la historia entera de los tiempos figurativos. Y esta conexión, esta dependencia entre la antigua y la nueva alianza, es la que forma un mismo cuerpo de Religion, una misma serie de designios, un concierto armonioso, en que reluce la magnificencia de la obra y la ciencia del Redentor. Esta admirable consonancia de las predicciones con los sucesos, era la que producía en los discípulos aquel embeleso, aquel calor celeste que les inflamaba el corazón.

Estaba, dicen los Actos de los apóstoles (1), lleno de gracia y de fuerza: asombraba á cuantos le escuchaban sus discursos. No era posible resistir á la abundancia y magestad del espíritu que hablaba por sus labios. *Hermanos míos, les decía, estad atentos.* ¿Qué es lo que va á decirles? Les pone á la vista las maravillas del Señor. Les recuerda que las profecías más recónditas en la obscuridad de los siglos antiguos acaban de cumplirse en la muerte y Resurrección de Jesucristo: que una voz del cielo separa á Abraham del

(1) Act. vi. á v. 8.

pais de la idolatría: que Dios le acompaña en su fuga, que le hace amable á los ojos de los extranjeros, y le llena de bendiciones y riquezas: que hace volar su nombre hasta los confines del mundo, y consuela su vejez con el nacimiento de un hijo milagroso: que esta familia querida del Señor se extiende y multiplica como las arenas del mar, tanto, que en breve tiempo ya no era una familia, sino una nacion que merecia las atenciones del Omnipotente.

Les añade: que desde que los descendientes de Abraham se vieron tan multiplicados, Dios les suscitó un conductor, en cuyas manos puso su autoridad y su poder: que Moises habla, y los milagros van siguiendo sus huellas; que las olas le obedecen: que el mar separa en dos montañas sus ondas espumosas, y que el abismo levanta al cielo sus enormes masas: que el Eterno hace que se desplome de las nubes el alimento para un pueblo innumerable: que de los áridos peñascos, únicos pobladores del desierto, nacen torrentes abundantes para refrescar los fatigados pasajeros, y regar sus arenas inflamadas.

Que los hijos de Abraham, de Isaac y de Jacob entraron en la tierra prometida: que el solo nombre de Josué hizo temblar sus enemigos: que á su voz los astros se detuvieron, las murallas se desmoronaron, los imperios y estados se deshicieron; y que al fin Israel cantó en paz las mise-

ricordias del Dios que le sacó de Egipto, en el templo mas magnifico que ha visto el universo. Ve aquí los augustos preparativos de la venida del Mesías, la luminosa aurora que precedió al gran dia del Evangelio; y estos objetos, que dieron asunto á David para entonar los mas sublimes cánticos que los hombres oyeron, son los mismos que hacen brillar el semblante de Esteban con tan divino resplandor.

Del mismo método se vale el grande Apóstol para anunciar el Evangelio. ¡Con qué enérgicos pinceles dibuja cuanto le ha precedido! En su pluma esta Religion es eterna, y descende á la tierra de la altura de la inmensidad divina. Adán es su primer templo. Nos explica, por qué Dios ha criado al mundo; por qué crio unas inteligencias capaces de adorarle; cómo á pesar de la degeneracion de la especie humana, la virtud del Todopoderoso la conservó un santuario, y la salvó con Noé de las aguas que sumergieron la tierra, y con ella todos los vicios y pasiones que la tenian pervertida.

Nos pinta la magestuosa y circunspecta lentitud, con que por entre las revoluciones, choques y ruinas de los imperios se encaminaba al último de los días: las prudentes y suaves gradaciones, con que en su pausada marcha se va desembarazando del velo misterioso que la cubre: cómo todo cede en el universo al que ha resuelto hacer-

la triunfar de toda dominacion y potestad: cómo todos los reinos y todos los hombres por sus vacilaciones, empresas, victorias y derrotas, en fin, por todos los movimientos con que se agitaron, prepararon sin saberlo las vias á la aparicion de esta grande y radiosa luz que los conducia consigo.

Cómo en fin, en nuestros dias, que son ya la plenitud de los tiempos, se manifiesta subsistente y visible en medio de nosotros, por haberse cumplido el gran misterio predicho y esperado desde el origen del mundo, el océano de bienes y riquezas, en que hoy hace nadar á sus fieles discípulos: cómo se incorpora en nosotros: cómo eleva nuestra naturaleza: cómo hace adquirir á los hijos de su alianza la inmortalidad y la gloria del Cristo, Hijo de Dios: cómo de su cabeza universal, que tambien es Príncipe del siglo futuro, y de todos los que han recibido sus promesas, se forma un mismo cuerpo, una sociedad, una sola familia, que el Dios de la eternidad acogerá en el seno de su esplendor el último dia, para que viva con él por los siglos de los siglos.

Estos son, señor, los grandes objetos que la Escritura nos propone, el magnífico espectáculo que la Religion nos presenta, y este es el hermoso aspecto con que en todos tiempos la han visto y la ven los espíritus humildes y aplicados, á quienes con el fuego del amor alumbró la antorcha

de la fe. Estas son las luces que muestra Dios á los pequeños, y esconde á los soberbios; y este es el camino por donde debeis conducir á vuestros hijos. ¡Dichoso vos si alcanzais á ponerlos en posesion de esta grande sabiduría, si lograis guiarlos por este plan sublime! Yo os lo indico muy ligeramente; pero vos conoceréis su importancia, y veréis que su ejecucion no es difícil.

Seria de desear, que una nacion tan religiosa como la española, que una nacion en que el cristianismo tiene su primer trono, adoptase en general un método tan simple, tan cómodo y seguro para la educacion cristiana de sus hijos. Nunca se pudiera lograr mejor esta idea que en el tiempo presente; pues en nuestros dias el arte de la imprenta ha llegado entre nosotros á un grado de perfeccion que nunca tuvo, y que es hoy la envidia y emulacion de los extrangeros. El grabado tambien se ha extendido y perfeccionado. ¡Cuántos talentos eminentes abundan entre nosotros, que ilustran la nacion con producciones estimables! Así por la reunion de estas artes han salido de nuestras prensas ediciones soberbias, que son el asombro de las naciones. El Salustio apenas conoce igual, y el Don Quijote ha admirado á la Europa por su riqueza y perfeccion.

¡En qué pudieran ocuparse mejor estas imprentas y estos grabadores, que en imprimir y estampar todos los sucesos de la historia de la Re-

ligion desde la creacion del mundo hasta el establecimiento de la Iglesia, y formar una coleccion completa y seguida, guardando el órden cronológico de los tiempos? Cada hecho digno de memoria, y que está enlazado con los que le preceden y le siguen, debia tener su estampa separada, que representase con exactitud la historia del hecho que refiere: y á fin de conservar la verosimilitud en lo posible, los pintores debieran dar la misma fisonomia á los principales personajes, cuya figura haya de repetirse con frecuencia.

Cada estampa debia tener al pié una sucinta explicacion; pero exacta, clara y en términos que hasta el pueblo pudiera comprenderla; de modo que los niños y los grandes, incultos y groseros, que en su capacidad son como los niños, puedan aprenderla sin trabajo. Los que por defecto de edad ó de instruccion tienen pocas ideas, apenas pueden figurarse, que puede existir lo que no ven. Los ojos son los únicos órganos que les conducen las ideas, y un cuadro ó una imágen es lo único que en su ánimo puede suplir á la realidad ó presencia de los objetos.

Esta coleccion pudiera dividirse por épocas, para grabarlas mejor en la memoria, á lo menos por el Antiguo y Nuevo Testamento. Yo quisiera que se hiciera una edicion magnífica, y tal como la pueden hacer los hábiles artistas que hoy residen entre nosotros; porque este seria un glo-

rioso monumento que haria honor á la nacion, y que daria nuevo estímulo al progreso de estas artes; pero como su precio fuera costoso, y yo deseo que esta instruccion sea general, y se extienda á todas las clases del pueblo, tambien quisiera que se hiciera otra mas barata para aprovechar á todos.

Esta empresa mirada por todos sus lados, me parece digna de un gobierno ilustrado. No solo facilitaria el medio mas cómodo y fácil de aprender la Religion, sino que produciria utilidades pecuniarias al estado. Tengo por cierto que una obra de esta especie, hecha con la perfeccion de que son capaces nuestros artistas, seria buscada por todas las naciones cultas, que se apresurarian á comprar un objeto precioso, que satisface á todos los gustos.

Pero dejando consideraciones que no son de mi asunto, me basta que se hagan dos ediciones, una que pueda servir á la clase rica, y otra para que de ella se aproveche la pobre; porque yo quisiera que se distribuyeran ejemplares á las escuelas con encargo á los maestros de enseñarlos á toda especie de niños. No tengo duda de que este estudio, lejos de serles molesto, seria el de mayor recreo de su educacion, y de que por este medio se propagaria presto la enseñanza de la historia de la Religion aprendida con órden y exactitud.

Pero como esta idea no es mas que un pensamiento, y la edad de vuestros hijos exige un remedio mas pronto, os aconsejo que os sirvais del mismo método por otros medios. En los siglos pasados, cuando los hombres pensaban que era mas glorioso y seguro seguir la Religion de sus mayores, se eligió el método de enseñarla como ahora os propongo. La filosofia hizo abandonar este estudio, porque se dedicó á las ciencias profanas; pero estas obras subsisten todavía como monumentos. He visto diferentes ediciones de estas estampas con sus explicaciones cronológicas. Hago memoria de una en folio, que se intitula: la Biblia de *Montier*, de otra en cuarto que se llama: *Figuras de la Biblia*; otra muy á propósito de *Royaumont*, y las que se estan grabando para la Biblia española, y sobre todas las de Arias Montano.

Quizas habra otras y mejores; pero como para la educacion particular de vuestros hijos no hace nada la perfeccion del arte, y basta la exactitud y el orden de los hechos, os aconsejo que os procureis una de estas obras, y que hagais de ella vuestra ocupacion y su entretenimiento. Me parece que no debeis proponerles esto como un estudio serio, y que merezca vuestra primera atencion, aunque así sea, sino como recreo ó recompensa de los otros: quiero decir, que vuestro arte debe ser esconderles la importancia que

hay en eso; y que pues los niños gustan tanto y se divierten con las estampas, os aprovecheis de esta disposicion, para persuadirles que esta ocupacion no es mas que un descanso de los otros estudios, y una diversion que les dais para desquitarlos de las otras ocupaciones.

Con este ardid haréis que se ocupen en este objeto sin fastidio, que lo aprendan con gusto; y cuando tuviéreis motivos de mostraros contento de ello, podeis darles algunas de estas estampas para que las pongan en su cuarto. Haced de modo, que al fin se las deis todas, y que su habitacion esté guarnecida de estas imágenes puestas por sus manos; pero con el cuidado de que nunca se altere el orden de sus datas, á fin de que se fije en su espíritu con la noticia de los hechos la cronología de los tiempos.

Esto es sin duda bueno para instruir y ocupar la infancia; pero no dispensa de la primera y esencial atencion, que es enseñarles los motivos y fundamentos que hay para creer que estos hechos son verdaderos, y la conexion y enlace que tienen con los demas de la Religion: estudio serio y capital que debeis reservarles para cuando con mas edad le puedan hacer con fruto; pero este los preparará á recibirle mejor.

Pasemos ahora al trato de un cristiano con sus iguales. Vos me decis en vuestra carta, que deseais vivir solitario, y que antes de haber sido

llamado al retiro por el ejemplo de Don Manuel, estábais ya resuelto á vivir en vuestra casa separado del mundo, y partiendo vuestro tiempo entre Dios y el cuidado de vuestros hijos. Yo no apruebo, señor, las resoluciones prontas, sobre todo cuando son demasiado severas. La de romper sin particular motivo todo comercio con los hombres, no es del espíritu de la devoción sólida y amable, ni puede servir mas que de desfigurar á los ojos del mundo su augusto y venerable carácter.

Las roturas violentas son las mas veces hijas del humor, y suele haber en ellas una especie de dureza triste, que da pretexto á la malignidad para desacreditar la virtud y hacer ridículos los principios de los hombres religiosos. Los espíritus frívolos, que no conocen la Religion en ella misma, la juzgan por el carácter y las costumbres de los que la profesan. Suponen que la conducta de los discípulos del Evangelio es la práctica de su doctrina: así cuando el mundo ve christianos tétricos, que toman con extrema inquietud precauciones desconfiadas, atribuyen á la Religion lo que es defecto del genio; imaginan que el cristianismo destruye nuestras calidades sociales, que no es bueno mas que para hacer inútiles, y los que se sienten con algun deseo de volver á la virtud, resisten á sus remordimientos y temores por no parecer incommunicables y rudos.

Al contrario, señor, los buenos christianos deben ser amables y de la mas dulce sociedad. La mayor gloria de nuestra Religion es, que cuando es bien entendida y se practica segun su espíritu, inspira un gusto de benevolencia general, y produce un humor apacible, un corazón benéfico y tratable, y aun inclinaciones amigables y tiernas. ¡Cuántos genios violentos y feroces, cuántos naturales difíciles ó salvages se han transformado en hombres amenos y pacíficos, sin mas estímulo que el de la Religion? Santos hay que debieron el primer movimiento de su retorno á la virtud, á la dicha de haber encontrado justos llenos de blandura y de indulgencia.

Jesucristo no manda á los que reciben su espíritu y su nombre, que se separen por entero del mundo, ni que se escondan de los hombres; al contrario, les dice que su luz brille en medio de los profanos, para que admiren el poder de su doctrina, para que viendo como el Evangelio los ha transformado en útiles y buenos, procuren beber en la fuente pura de donde mana la verdadera dicha de la tierra. Compara su Iglesia con un campo en que crecen mezclados el trigo y la zizafia hasta el dia de la cosecha; y esta mezcla entra de tal manera en el plan de la sabiduría divina, que tal vez lo que admiraríamos mas en el dia de la revelacion de su gloria, será ver como todo ha servido á la formacion, al aumento y á la

consumacion del cuerpo eterno de sus escogidos, y que los mas horribles y escandalosos delitos concurrieron al triunfo de la gracia.

Amemos, pues, señor, á los hombres, y procuremos ser útiles. Nuestra santa y caritativa Religion, que muda el corazon de los mas pervertidos, y que transforma en humanos y sensibles los naturales mas feroces y mas duros, no puede enfriarnos nunca con nuestros hermanos. Parece que el que los huye, los desprecia: á lo ménos no les puede servir; y jamas será bueno darles una idea tan triste y tan injusta de los efectos que debe inspirar la Religion á los que la aman. Lo que ella nos prohibe no es el trato ni la sociedad de los que no han sido iluminados por el cielo, y estan todavía sometidos al yugo de las ilusiones y de los errores; solo nos advierte que no nos conformemos con el espíritu del siglo, y que estemos con cuidado para no corrompernos con el contagio de los malos ejemplos.

Quando Dios convierte á un pecador, su intencion tal vez no se limita á su conversion personal, y sus ideas suelen multiplicarse con una extension digna de la inmensidad de su misericordia. Quiere que cada conquista de su gracia sea una fecunda almáciga de escogidos, y que aquel á quien su poderosa voz hace salir de la obscuridad de su sepulcro, sea la luz que destierre otras tinieblas, y el instrumento de muchas re-

surrecciones. Señor, una alma es una cosa tan grande por la excelencia de su naturaleza, y por su capacidad de conocer y gozar del infinito, que aun en las mas depravadas debemos respetar la posibilidad de su conversion. Debemos venerar en ellas este poder que un soplo de la gracia puede animar para manifestar su gloria y la superioridad de la bondad divina sobre todas las verosimilitudes humanas.

Reflexionad pues, que la fe y la Religion no mudan nada á nuestras relaciones y correspondencias honestas con los demas hombres; que la sociedad humana no es ménos obra de Dios que la creacion del universo; que el Evangelio que es su mejor apoyo, no puede ser contrario á su conservacion; que su espíritu es ilustrarnos y santificarnos en nuestro estado de ciudadanos, y que por consiguiente nuestra santidad debe, como nuestra existencia, servir á la utilidad de nuestros hermanos. ¿Qué fuera del mundo si no quedaran en él mas que hombres sin Religion, sin costumbres, sin ley ni principio alguno de verdadera sociabilidad?

¿Sabeis, señor, por qué el vicio conserva todavía algun miramiento, y no se atreve á pasar de ciertos límites? Es porque la virtud le impone la necesidad de la decencia, y que la presencia de los hombres de bien opone una resistencia invisible y sorda á la intemperancia de las pasio-

nes y al desacato de los excesos. Por mas que la lieencia y la incredulidad afecten una independencia desenfrenada, reside en los siervos de Dios una secreta fuerza que modera su osadía, que contrabalancea sus escándalos y que lucha sin cesar contra el esfuerzo inicuo que trabaja por corromperlo todo. Si se destruyera la comunicacion y trato de los hijos de Dios con los hijos de los hombres, y que estos se viesen libres de toda sujecion y miramiento, no quedara en el mundo un principio de seguridad ó consistencia social, y se perderia enteramente el freno de las costumbres públicas, que es el asilo que queda en la declinacion de las virtudes.

Si quereis conocer mejor la fuerza de estas reflexiones, volved los ojos á vuestra antigua vida. ¿No es verdad que cuando estábais solo con Don Manuel, haciais entre los dos una sociedad muy depravada? ¿Que vuestras máximas eran horribles, vuestros discursos abominables y que vuestras acciones, proyectos y delirios se distinguian por un carácter espantoso de abandono total y corrupcion? ¿No es verdad que entónces hubierais dejado perecer el mundo entero por satisfacer vuestras pasiones, que el uno hubiera sacrificado al otro por su interes personal, y que hubierais trastornado un imperio, si vuestra fuerza igualara á vuestra perversidad, y si esta hubiera podido contentar la viveza de vuestros deseos?

Decidme mas. ¿No es tambien verdad que si en estas circunstancias hubiera venido á veros un hombre celoso, tal como me habeis pintado á Don Mariano, al instante vuestra sociedad hubiera presentado otro aspecto; y que un extranjero no hubiera visto en ella mas que tres hombres decentes, corteses y modestos? ¿No es verdad que no hubiera podido este observar mas que moderacion, que hubiera oido otros principios, y que el aspecto exterior fuera tan diferente que le hubiera sido imposible distinguir al verdadero virtuoso de los que solo imitaban el estilo y guardaban las apariencias? Así, es verdad señor; y podeis aplicar este ejemplo á toda la sociedad. Por él podréis tambien formar una idea de lo que esta debe á la ventaja de conservar en su seno algunos fieles discípulos de la Religion. Y no me digais, que todo el fruto de este imperceptible y mudo apostolado que ejercen en el mundo los buenos que viven confundidos con los malos, se reduce á formar algunos hipócritas, y que estas falsas apariencias no pueden producir bienes verdaderos; porque ya desde luego es una grande gloria de la Religion, que los que violan sus preceptos se vean forzados á fingir su carácter, y que les sea preciso esconderse para atropellar en secreto las virtudes y las obligaciones. Los buenos cristianos son los que con su buen ejemplo hacen infame y deshonrada la

profesion del vicio; y nada debiera alentar tanto á los perversos á abrazar el Evangelio, como la experiencia de que es necesario observar sus leyes aun para vivir estimados.

Rara vez es la depravacion tan extrema, que un hombre virtuoso no la contenga en los límites de la decencia. Lo mas comun es, que reciba la impresion íntima y verdadera que producen la Religion y la virtud, y que se esfuerce á no parecer lo que es, para obrar y hablar como el justo; pero este esfuerzo no es desmentido ni por su razon ni por su conciencia: ántes al contrario, quisiera tener la realidad; y si la aparenta, es porque conoce las ventajas, y porque se avergüenza de su mala conducta. Todavía hay en su alma una parte sana que le hace percibir que la semilla de la virtud está en su corazon.

Vos mismo habeis sentido esta disposicion secreta, cuando tratábais con Don Mariano. Entónces viviais abandonado á la ciega filosofia, que procuraba borrar los sentimientos de Dios y de la conciencia, y con todo os acordais distintamente que en el tono de cordura que el ascendiente de su virtud os forzaba á tomar, habia alguna cosa mas que fingimiento. Quizá estuviérais hoy en las mismas tinieblas si no hubiérais tenido la dicha de tratar con un justo en los dias de vuestros errores, y si no hubiérais tenido un amigo entre los amigos de Dios.

Considerad, señor, que conservando las relaciones á que os obligan vuestro estado y vuestra clase, no correis mas peligro del que corria Don Mariano, que trataba con vos en aquel tiempo, en que se os parecia tan poco. Si el espíritu del mundo y las costumbres de hoy no pretendieran como en los siglos pasados, mas que relajar la austeridad del Evangelio con opiniones dictadas por la indolencia y la sensualidad, y solo quisieran conciliar el cristianismo con nuestras flaquezas y defectos, su comercio seria mas peligroso, nos seria mas difícil perseverar en la alianza de Jesucristo. Entónces fuera menester huir y buscar en las montañas ó en las cavernas de la tierra un refugio contra la seduccion de tan pernicioso artificio.

Pero hoy puede decirse que el mundo á fuerza de depravarse ha dejado de ser peligroso. Hay tanta diferencia de las costumbres de un cristiano á las de los insensatos de este siglo, que la vista de los excesos que nos circundan no puede hacer vacilar nuestro amor y confianza en el Evangelio. Al contrario, un espectáculo tan escandaloso debe confirmar nuestra fe y estrechar mas los lazos que nos unen con Jesucristo; porque no hay cristiano que al salir de las asambleas ó concurrencias en que ha visto y oído los delirios de los hijos de la tierra, no se diga á sí mismo lo que se decia Salomon: ¡O inocencia! ¡O

virtud! yo volveré á encontrarte en mi estancia solitaria, y allí reposaré en tu amable seno.

Nunca los israelitas observaron mejor la santa ley, que en medio de los escándalos y abominaciones de Babilonia. Desde aquella tierra extranjera, sus ojos, cubiertos de lágrimas, se volvian hácia Jerusalem, viendo la sacrilega profanacion con que se derramaba el incienso á dioses de metal, y recogidos en su afligido corazon, exclamaban: *¡O Dios! ¡ó Dios de Israel! tú eres el solo Dios que se debe adorar.* Su trato con los escribas y fariseos en medio de Jerusalem, les era mas contagioso que todos los excesos de la idolatría; porque es mas difícil, cuesta mas y se tiene mas horror en atropellar de repente la Religión y la virtud, que no ceder insensiblemente á la lenta y porfiada tentacion que nos induce á alterar su austeridad, y á acomodarla á nuestros gustos y pereza.

Quando los fieles en el nacimiento de la Iglesia no se vieron cercados mas que de judíos ciegos y endurecidos que blasfemaban el nombre de Jesus, ó de gentiles que desconociendo al verdadero Dios se abandonaban á los excesos de la corrupcion mas brutal, los apóstoles no necesitaban de prevenir á sus discípulos contra el contagio de tan malos ejemplos, y jamas las virtudes del cristianismo se practicaron con tan sublime perfeccion.

La idea de alejarse del mundo y buscar asilos

en los desiertos, no nació entre los cristianos por evitar el trato de los incrédulos, ni por esconderse á la vista de las persecuciones: los primeros anacoretas no empezaron á temblar sino quando vieron que las costumbres evangélicas iban flojamente declinando en la misma Iglesia de Jesucristo. Quando el Evangelio que era ya la Religión pública, empezaba á desfigurarse con las interpretaciones y temperamentos que el espíritu del mundo introducía en la severidad de su doctrina, entónces fué quando los cristianos fervorosos se espantaron del peligro que les amenazaba; entónces empezaron á separarse de los hombres, á despojarse de sus bienes, y á esconderse en las grutas para conservar puro el incorruptible depósito de la doctrina y de la moral de Jesucristo.

Este fué el origen de la poblacion de los desiertos y el de los establecimientos monásticos. No fué el temor de imitar á los perversos, ni el de ser seducidos por los sofismas de los impíos, ó por las imágenes de una grosera corrupcion; fué el peligro de perecer al pié mismo de la cruz, fué el temor de resbalarse á los abusos y relajaciones de una moral que pretendia rebajar la sublimidad de la divina ley á la flaqueza de las imperfecciones y miserias humanas. Estó fué principalmente lo que pobló de repente los parages mas agrestes y rústicos, lo que obligó á los hom-

bres á ocupar las cavernas de las fieras. Las máximas relajadas de los que viven con nosotros, pueden tener mas fuerza para pervertirnos; pero la evidencia y el exceso de los escándalos son por lo comun un estímulo para la virtud.

Por desgracia, señor, nosotros no vivimos en aquellos tiempos ménos corrompidos, en que á lo ménos la fragilidad del corazón se conciliaba y podía consolarse con el respeto de la ley y con la esperanza de la enmienda. En medio del naufragio no se perdía de vista el fanal que dirige al puerto de la cruz; pero hoy en varios parages el vicio ha llegado hasta el último extremo, y no ha dejado una señal de cristiandad ni en el estilo ni en las acciones de los que ha logrado corromper. Hoy la osadía de no reconocer ninguna obligacion, el arrojado de destruir todas las verdades, la infamia de renunciar á la virtud y la disolucion de las costumbres, ha producido el horrible monstruo de la incredulidad.

Hoy pues, el mundo debe parecer muy espantoso á todo corazón recto, y no hay peligro de que pueda ser su seductor. Los buenos que estan forzados á tratarle, no pueden hallar en él mas que motivos para amar y practicar el Evangelio, y repetir sin cesar en su interior: *Señor, tú eres el solo Dios que se debe adorar*, para volver con nuevo placer y encontrar mayores embelesos en el recogimiento de sus pacíficos y amados asi-

los, y conversar transportados de gozo con los amigos de Dios, de las bellezas y dulzuras de su santa ley, como aquellos descaminados peregrinos, que despues de haber atravesado con terror por entre naciones bárbaras y feroces, hallan al fin habitadores humanos y apacibles. ¡O Dios! exclama David (1): *Los insensatos me han contado fábulas; ¡pero qué diferentes son de tus leyes admirables!*

No digo que debais arrojaros en el tumulto y torbellino de las falsedades humanas; solo quiero persuadiros que eviteis la afectacion de alejaros de vuestra familia; que no rompáis rudamente con los amigos que estaban acostumbrados á veros; que os presteis con dulzura y bondad á todo lo que os prescribe la decencia cuando no se opone á vuestras obligaciones; que veais con indulgencia, y soportéis todo lo que puede soportarse sin ofensa de Dios; que no seais el primero á romper con vuestras antiguas relaciones; que seáis como Jesucristo, amable modelo de indulgencia, recibir y comer con los pecadores: y tened por cierto que los que á pesar de vuestra reforma continuarán en ser vuestros amigos, no os servirán de obstáculo para que permanezcáis en la vida cristiana, y que aquellos á quienes vuestra sociedad no acomode, se retirarán ellos mis-

(1) Psalm. cxviii. 85.

mos librándoos de la pena de verlos y oírlos, sin darles motivo para que se quejen de vuestros procederes.

Por otra parte, vos sois de una clase en que todos respetarán la religiosa delicadeza de vuestros principios. Vuestra devocion no se hallará en el caso de devorar el amargo disgusto de oír blasfemar lo que adora. Las personas de vuestro nacimiento, sean las que fueren, sus costumbres y opiniones son de ordinario reservadas, circunspectas y decentes. Su educacion, el hábito de producirse en todas partes con atencion noble y cortesana, los hace capaces de acomodarse en todas circunstancias sin chocar en ninguna. Las irrisiones de las discusiones impías estan hoy desterradas de toda sociedad decente. Los detractores de la Religion no se manifiestan porque saben que serian mal recibidos, principalmente en nuestra nacion, en que al desprecio comun añadieran el peligro de ser denunciados á los celosos conservadores de la fe.

Fuera de esto, el respeto del culto nacional forma una parte de la probidad, y los ménos delicados al fin han conocido que el empeño de desacreditar la creencia y la moral solo cabe en la furia de un mal ciudadano que pretende perjudicar al bien público. Vos mismo, cuando estábais alucinado por el mundo, no hubiérais querido lastimar los oídos de los hombres respetables

que se encontraban en las concurrencias; y debéis esperar igual procedimiento de los que han tenido la misma educacion y viven con el propio decoro. Los que son verdaderamente decentes, saben conciliar el talento de no escandalizar á los hombres con la desgracia de ser ingratos á su Dios, y es lástima que esta calidad no sea un efecto de la virtud, sino de la crianza.

¿Por qué, pues, no tomaréis vuestra parte en las recreaciones inocentes y moderadas de vuestros amigos y parientes? *Alegraos*, decia David, (1); *alegraos en el Señor*. La virtud no es triste ni tiene mal humor, ni es desconfiada; es franca, dulce, benévola, paciente; todo lo sufre, todo lo perdona, se fortifica, se alimenta con todo. Es verdad que un penitente debe llorar hasta el sepulcro la desgracia de haber dado entrada en su corazon á la iniquidad; pero este mismo dolor, por mas vivo que haya sido, ha de ir acompañado de un sentimiento tierno y afectuoso que se hermana con la alegría de la virtud.

En efecto, no es posible acordarse del antiguo y pasado daño, sin hacer memoria del remedio y de la regeneracion presente. Así pues, debe haber un arrepentimiento filial de haber conocido demasiado tarde á un Padre que nos engrandece tanto y nos hace tan felices; y este arrepentimien-

(1) Psalm. xxxi. 11.

to debe ser la perfeccion de nuestra alegría, como el recuerdo de una grande dificultad superada aumenta el gozo que produce un gran logro, y como la memoria de la miseria pasada añade dulzura al placer de la abundancia actual. Los que han pasado por los insensatos tormentos del amor profano, son mas capaces de entender mejor esta verdad.

Ved aquí una idea compendiosa de los principios con que podeis gobernaros con vuestros iguales. Ahora voy á hablaros de vuestros inferiores, y espero que la suprema Sabiduría á quien imploro, no me abandonará. Yo no tengo mas gusto, cuando las ocupaciones diarias de mi estado me dejan algun tiempo, que emplearle en la edificacion y utilidad de una alma que Dios me ha hecho preciosa, dándola derechos tan santos á todas las solicitudes de mi celo. Empezaré por los criados que tienen con vos relaciones necesarias y domésticas, y despues hablaré de los pobres.

„Si alguno, dice S. Pablo (1), no cuida de los „que le pertenecen, sobre todo si son sus domésticos y habitan en su casa, ya negó la fe en su „corazon, y es peor que el infiel.“ ¡Setencia terrible! pero que no espanta como debia, porque los amos irreligiosos, que renuncian para sí mis-

(1) 1 Ad Timoth. v. 8.

mos las esperanzas de la fe, estan muy léjos de pensar en que tambien les prescribe obligaciones para otros, y que Dios los hace responsables de la condenacion de sus criados. Y el hombre justo, que no necesita mas que de su buen corazon para procurar la salvacion de cuantos le rodean, cumple con todos los preceptos de este artículo, aun ántes de saber que condena con tanto rigor la negligencia.

No es mi designio, ni fuera posible explicar en una carta todo lo que se debe á los criados; pero Dios, que os ha hablado con tanta eficacia y claridad sobre su ley divina, os dará sobre un artículo tan fundamental de las obligaciones evangélicas mas luces, que pudieran daros las lecciones de todos los doctores de la tierra. Desde que os hizo conocer la excelencia y grandeza de vuestra naturaleza, dovésteis conocer el precio y la dignidad de toda criatura, que tiene el mismo origen y el mismo destino que vos. Ya debeis conocer que todas estas distinciones que oponen tanta distancia entre los criados y los amos, son pequeñas, y como la nada á vista del excelso y eterno carácter que Dios ha dado á los unos y á los otros, y que la Religion y la virtud aniquilan todos los intervalos con que los hombres viven separados.

Jesucristo, considerando esta unidad de dichas y bienes inmortales con que debia elevar á los

apóstoles, exclamó con amorosa complacencia (1): ¡Ah! Ya no os llamaré mis siervos, sino mis amigos. Este divino Maestro nos dió á entender que solo este nombre correspondia á la grandeza de los que su gracia santifica, y nos manifestó el amor con que mora en cuantos deben vivir y reinar con él en la perpetuidad de su propio esplendor.

La Religion pues, confirma y consagra la fraternidad en que la naturaleza hace nacer á los hombres; pero hay esta diferencia, que aunque la naturaleza nos dice que todos somos hermanos, no consuela á ninguno de la dependencia y miseria, en que la inevitable imperfeccion de las sociedades tiene sujeta á la mas numerosa porcion de los que la componen: la Religion sola nos consuela á todos haciendo imperceptibles estas desproporciones, y absorviéndolas todas en la inmensidad de la gloriosa perspectiva que presenta á los hombres sin distincion.

La naturaleza no sabe confortar al débil, no tiene con que acallar las quejas de los infelices, ni puede moderar el orgullo de los ricos y los grandes, sino diciéndoles á todos: „Un dia vuestros huesos serán confundidos en el mismo polvo;” pero la Religion hace desestimar á los mas desgraciados, á los esclavos mismos que sufren el peso de sus cadenas, toda otra ventaja que la

(1) Joan. xv. 15. *non enim servos sed amicos*

de ser eternos: hace despreciar á los grandes su grandeza misma, y todos los títulos que los pudieran seducir; porque dice á todos: „Los que yacen sepultados y duermen en las entrañas de la tierra, se despertarán; los justos subirán á la gloria de Dios, y los malos serán precipitados á los eternos suplicios.”

Vos, señor, á quien la fe ha dado ya sus ojos, sus sentimientos y su espíritu; vos que ya sabeis, que sola la virtud puede dar al hombre un grado de verdadera superioridad sobre los otros; vos que aprendeis todos los dias en la escuela del Evangelio, que nada de lo que es humano puede ser ménos que vos; que la menor porcion de gracia en el corazon del mas mínimo de vuestros criados le da mas excelencia, que son capaces de dar todos los cetros y coronas; vos digo, ¿cómo pudiérais tener por indignas de vuestro celo y atencion unas criaturas que tienen tanto derecho á la eternidad como vos, y que os igualan en calidad, que únicamente puede hacerlos grande, que es la capacidad de ser santo, y la esperanza de reinar con Jesucristo en su imperio indestructible? ¡O hombres! ricos y pobres, grandes y pequeños, amos y criados: todos podeis ser reyes. ¿No es pues ridículo que os detengais en las pueriles y pasajeras diferencias que os distinguen en el rápido camino que haceis para llegar á vuestro trono?

Con esto solo, señor, ya es inútil articularos lo que debéis hacer. No es por falta de conocimiento, que se descuidan las obligaciones privadas y domésticas; es por falta de Religión, es por defecto de atención á los altos motivos que la fe nos presenta. Y ved aquí el origen de tantas omisiones tan graves y tan culpables: ved aquí lo que nos endurece tanto el corazón, que no sentimos la menor inquietud. Esto es lo que nos hace ver con fría indiferencia, que lo que depende de nosotros se desarregle y corra á su eterna perdición. ¿Cómo un hombre que circunscribe toda su atención á la vida presente, y que no aprecia su propia inmortalidad, se afanará por cuidar de la salvación de sus criados?

El que es malo para sí, decía el Salvador, ¿para quién puede ser bueno? Por eso cuando se quiere conocer el carácter y los principios de los que ocupan los palacios suntuosos, no es necesario entrar en su interior ni informarse de su conducta; basta ver esos pórticos soberbios en que un pueblo de criados ociosos ostenta todos los días con estupidez su grosero orgullo; esos zaguanes en que una multitud de domésticos sin ningún principio de moral, y cuya inutilidad sola es un escándalo público, se atreve acaso á insultar á la modestia del artesano y á la miseria del pobre. Este es el rótulo que indica el espíritu y las costumbres de muchos ricos. No es

menester verlos para conocerlos; basta pasar por las puertas de sus casas.

Vos no me habeis explicado vuestras ideas sobre las mudanzas ó reformas que pensais hacer en vuestra casa, pero no importa; porque desde luego imagino los proyectos que puede tener una alma que la gracia dirige. Estoy cierto que vuestro primer pensamiento será alejar de ella á todos los que no consiguiéreis hacer mejores; que volveréis los ojos como un santo rey de Judá, á los fieles de la tierra para incorporarlos en vuestra familia, y que no confiaréis el servicio de vuestra casa sino á personas de corazón recto y que marchen en el camino de la inocencia.

También estoy persuadido de que no permitiréis que se vuelvan á oír al rededor de vuestra habitación esos discursos libres, esos clamores indecentes de criados perezosos, que fiados en la indiferencia del amo para el bien, y revestidos de la librea de su grandeza, pierden el hábito del trabajo, de la modestia y de la sobriedad; preparándose días infelices y una vejez llena de oprobio y de miseria. Sin duda que escogeréis para criados hombres que debais estimar, que podais amar como honrados, y tal vez respetar como justos.

Estoy seguro de que vuestra casa, ántes teatro de una licencia sin freno y de una disipación sin medida, se transformará por vuestro celo en una

region de paz, de armonía, de tranquilidad, de buen orden y de caridad arreglada; que no se verán en ella hombres inútiles; que desaparecerán las superfluidades del fausto, y los excesos de la vanidad; en fin, que no volveréis á caer en la culpa imperdonable de los ricos del siglo, que para sostener el miserable cortejo de su orgullo quitan los labradores á los campos, los soldados á la patria, los artesanes á la sociedad, y contribuyen á los estragos del lujo y de la opulencia.

Espero que la reglaréis de modo que cada criado tenga su empleo, y cada hora su ocupacion; que velaréis para que todo se administre con orden y economía; que no desdeñaréis la primera y mas esencial de las obligaciones, la que es mas digna de un padre de familia, que es ponerse á la frente de su régimen doméstico, presidir á la conducta de todos sus negocios, verlo todo, y verificarlo con sus propios ojos. Esto es lo que el Espíritu Divino llama saber gobernar su casa. El amor del orden y la justicia deben dirigir estos afanes, y aquel que los descuida y se descarga sobre otros de cuidados que tanto le interesan, no conoce la sabiduría del Evangelio. Merece lo que sucede de ordinario á los que por pereza ó por orgullo abandonan esta vigilancia, que es ver presto su ruina, perder los medios de conservar su estado, la tranquilidad de su vida, y la fortuna de sus hijos.

En fin, señor, yo me represento vuestra casa como los apóstoles nos pintan las santas familias de los cristianos primitivos. Entónces se llamaban iglesias ó congregaciones de escogidos. Los amos eran buenos, dulces, indulgentes y moderados; porque no consideraban á los que les estaban sometidos, sino como hermanos y compañeros de la vocacion celeste. Los criados eran dóciles, humildes, laboriosos y fieles; porque temian ménos la cólera y el desagrado de sus amos, que los remordimientos de su propia conciencia.

En las horas consagradas á los ejercicios diarios de la Religion desaparecian todas las diferencias de fortuna, de estado y edad. Padres, hijos y criados se juntaban en el mismo lugar dedicado al culto doméstico, y los criados eran siempre advertidos para que concurriesen así á las lecturas devotas como á las santas instrucciones que los padres de familia daban en tiempos arreglados á sus tiernos hijos. ¡Ah, señor, solo un buen corazon es capaz de apreciar y sentir cuánta gloria se encierra en la sublime práctica de una conducta arreglada! ¡Qué feliz es el hombre que sabe ser tan útil á los que Dios ha confiado á su cuidado y celo! Considerad cuán hermoso es y cuán admirable ver cómo la Religion aniquila los errores de las pasiones, y cómo inspira á muchos grandes de la tierra procederes tan contrarios á los del mun-

do. Ella les hace respetar, como dotados de un espíritu inmortal y eterno, á los mismos miserables que el infortunio y la pobreza reducen á la servidumbre, á los mismos que parecen ménos que hombres á aquellos amos orgullosos que parecen tan sordos á la voz de la naturaleza como á la del Evangelio.

Yo he visto algunas veces con sumo gozo costumbres patriarcales y antiguas en medio de las ciudades populosas, entre familias recogidas. También las he encontrado en las habitaciones solitarias de personas desengañadas que se han retirado al sosiego tranquilo de los campos, y os aseguro que nunca se han reposado mis ojos sobre esta imagen apacible, sin derramar con abundancia lágrimas deliciosas. Jamas he pasado algunos dias en medio de costumbres tan cristianas y amables, sin afligirme de que mi vida no pueda ser una eslabonada cadena de momentos tan dulces; jamas he cesado de admirar estos asilos de paz en que Dios es tan grande y los hombres tan buenos y felices.

Penetraos, pues, del espíritu de los tiempos apostólicos, y nunca os olvidéis de que los que os sirven son hombres. Tened presente que si ellos sirven al Señor han de ser reyes, y que un dia juzgarán con Jesucristo á los jueces de la tierra y á los amos del mundo; que el primero y el mayor de los soberanos del universo, si no es

ligioso y justo, será infinitamente inferior al mas obscuro de los siervos de Dios; que cuando sea santo, tampoco será mas que su hermano, y que ninguna criatura puede tener otra excelencia ni otro precio que aquel que recibe de sus relaciones con el Hombre Dios por el valor que le comunica su soberana santidad.

Esta verdad es muy gloriosa á Dios, y debe consolar mucho á los pequeños y los pobres. S. Pablo estaba tan persuadido de ella, que se le vió hablar y ocuparse en la suerte de un pobre esclavo, con un celo tan vivo y tan ardiente, como hubiera podido hacer por el destino de los Césares ó por el interes de todas las naciones. El hecho que me da motivo á este discurso, merece que os lo refiera.

Onésimo era esclavo de un cristiano; Onésimo no confesaba á Jesucristo ni conocia su doctrina y promesas: así no es mucho que fuera un servidor infiel; en efecto engañó á su amo. Convencido de infidelidad huye, y por su dicha cae entre las manos de S. Pablo, por entónces cargado de cadenas en las prisiones de Roma. Este grande Apóstol se aplica á enseñarle la fe de Jesucristo, y hace un santo de un infeliz que estaba cerca de alistarse entre los salteadores; pero admirad con qué fuerza y ternura le recomienda á su amo, y con qué términos solicita el perdón de un esclavo que ya llora á los piés

de Jesucristo su infidelidad y su desercion.

Yo imploro, le escribe, vuestra bondad por mi querido hijo Onésimo, por este hijo que he engendrado en el Señor, hallándome en esta prision. Os le restituyo como un bien que os pertenece; pero ya apto para servirlos con utilidad: recibidlo como mi sangre y como un objeto muy precioso á mi corazon. Quizá Dios ha permitido que se alejase de vos algun tiempo para que vuelva mas digno de vos, y que os quede unido eternamente. El me ha servido con tierna aficion en la cautividad que sufro por el Evangelio, y le miraba ménos como siervo que como hermano querido y respetable. Si me amais, recibidle como á mi mismo, y cargadme de todas sus faltas. Este es el consuelo mas dulce que me podeis dar en las penas que sufro, y haréis respirar mi corazon, que está oprimido de angustias y de aficciones.

Y quién escribe esto? S. Pablo, un hombre divino, el terror de los mugistrados romanos, el destructor de la idolatría, el reformador del culto y de las costumbres del mundo entero, la antorcha mas brillante que ha mostrado la verdad al universo, la admiracion de Aténas, el oráculo de los Césares, y el mas venerable de los doctores y bienhechores de la tierra. Este hombre, uno de los mayores de los hombres, y del mas alto y elevado carácter, se interesa con tanto ar-

dor y ruega con estilo tan expresivo por un pobre esclavo que se ha huido de la casa de su amo.

¡Ay señor! es muy dulce repetirlo: la Religion cristiana es la única filosofia que sabe reparar las desigualdades que las instituciones sociales hacen inevitables; y por eso la porcion mas desgraciada y débil de la humanidad tiene muchos motivos para amarla, muchas razones para ser religiosa y adorar un Evangelio que la restablece con tanta gloria en su dignidad de hombres, y en su igualdad original con todo lo que el mundo llama grandeza y poder.

Cuando la Religion no hiciera otro bien á los hombres; cuando no tuviera otro influjo que el de enseñarnos la bondad, dulzura, estimacion y amor que debemos á todo lo que es de nuestra naturaleza y nuestra sangre, esto bastara para confesar que Jesucristo y sus apóstoles, á quienes debemos estos documentos, han sido verdaderos amigos de los infelices, y que tambien lo son de los poderosos, pues los hacen benéficos y humanos. Los sofistas de nuestro siglo, que sin cesar se quejan del orgullo y de la dureza de los ricos, debian poner todo su estudio en hacer que reciban y adoren la doctrina del Evangelio.

Aquí era el lugar de hablaros de los pobres; pero esta carta es ya demasiado larga, y temo importunar vuestra atencion, tanto mas, cuanto

es difícil hablar poco de los pobres, porque la materia es rica. Me parece mejor reservarlo para la primera que os escriba. Pedid á Dios que me dirija, como yo le pido que os guarde muchos años.

Teodoro, ¿no admiras la fecundidad y el infatigable celo de este varon incomparable? No me canso de dar gracias al cielo de haberme depurado un director que cada dia me hace descubrir nuevas hermosuras y grandezas en el carácter de la Religion. ¡Qué léjos estaba yo de conocerlas! ¡Cuánta razon tiene él, me digo yo cada instante, para asombrarse de que pueda haber incrédulos ó malos sobre la tierra, despues que el Evangelio ha brillado á la vista de los hombres! Al que llega á ver la Religion con ojos como los suyos, debe parecer imposible la demencia feroz de desconocerla ó profanarla. Yo te remitiré copia de la nueva carta que me promete; porque copiándolas las leo mejor y las estudio mas. Puedan ellas serte tan útiles como á mí. A Dios, Teodoro querido.

INDICE ALFABETICO

DEL TOMO TERCERO.



A

- Absolucion.** Con la absolucion de los pecados recibimos el Espíritu de Dios, *pág.* 70 y sig.
- Afectos** con que nos debemos llegar á los pies del confesor, imitando al hijo pródigo, 126 y sig.
- Con que nos debemos llegar á la sagrada comunión, 251, 280 y sig.
- Para ántes de comulgar, excitados de los que debió tener María Santísima comulgando, 275 y sig.
- Ambicion.** Cuán pocos la tienen por culpable en el mundo, 13 y sig.
- Amor grande** que manifestó Jesucristo á sus discípulos, 156 y sig.
- Amor.** Sin amor de Dios no hay justicia ni santidad, 24.

es difícil hablar poco de los pobres, porque la materia es rica. Me parece mejor reservarlo para la primera que os escriba. Pedid á Dios que me dirija, como yo le pido que os guarde muchos años.

Teodoro, ¿no admiras la fecundidad y el infatigable celo de este varon incomparable? No me canso de dar gracias al cielo de haberme depurado un director que cada dia me hace descubrir nuevas hermosuras y grandezas en el carácter de la Religion. ¡Qué léjos estaba yo de conocerlas! ¡Cuánta razon tiene él, me digo yo cada instante, para asombrarse de que pueda haber incrédulos ó malos sobre la tierra, despues que el Evangelio ha brillado á la vista de los hombres! Al que llega á ver la Religion con ojos como los suyos, debe parecer imposible la demencia feroz de desconocerla ó profanarla. Yo te remitiré copia de la nueva carta que me promete; porque copiándolas las leo mejor y las estudio mas. Puedan ellas serte tan útiles como á mí. A Dios, Teodoro querido.

INDICE ALFABETICO

DEL TOMO TERCERO.



A

- Absolucion.** Con la absolucion de los pecados recibimos el Espíritu de Dios, *pág.* 70 y sig.
- Afectos** con que nos debemos llegar á los piés del confesor, imitando al hijo pródigo, 126 y sig.
- Con que nos debemos llegar á la sagrada comunión, 251, 280 y sig.
- Para ántes de comulgar, excitados de los que debió tener María Santísima comulgando, 275 y sig.
- Ambicion.** Cuán pocos la tienen por culpable en el mundo, 13 y sig.
- Amor grande** que manifestó Jesucristo á sus discípulos, 156 y sig.
- Amor.** Sin amor de Dios no hay justicia ni santidad, 24.

Es necesario para ser absuelto de los pecados, 47.

Tiene muchos grados, 79, 81.

Estado de un corazón que aun ama tibiamen-
te á Dios: maniféstale S. Agustin por el suyo,
79 y sig.

Al que ama á Dios es necesario el sacramen-
te de la Penitencia: absurdos que se siguen de
sentir lo contrario, 76 y sig.

Amos. Sus obligaciones, 13 y sig.

Cómo deben tratar á sus criados, 457 y sig.

Atvicion. Cuál se requiere para la absolucion, 52.

Auxilios de Dios. Importa mucho declarar al
confesor el uso que se ha hecho de ellos, y
cómo se les ha correspondido, 6.

B

Basa. La primera basa de las virtudes es el re-
cogimiento interior, 325.

Bautismo. Es necesario aun á los que aman á
Dios, 76.

Perdona toda culpa y toda pena, 100.

Bernardo (San). Miraba los trabajos que Dios
nos envia en esta vida como efectos de su mi-
sericordia, 107.

Bienes grandes que nos vienen de Jesucristo, 155
y sig.

Los que se nos comunican en la sagrada co-
munion, 214 y sig.

*Bienes 6 efectos maravillosos que causa la abso-
lucion sacramental,* 142.

Bienes de fortuna. Son carga pesada, y ocasion
de muchos peligros, 342 y sig.

Bondad de Dios para con el hombre, é ingrati-
tud del hombre para con Dios, 237 y sig.

Bondad de Jesucristo. Al tiempo de comulgar
nos debemos alentar mas con la confianza en
su bondad, que intimidarnos con el conoci-
miento de nuestra indignidad y bajeza, 220.

Buscad al Señor. Explicase esta expresion del
profeta Isaias, 331.

Carácter. El de la justificacion evangelica es
transformar nuestra flaqueza en la fuerza de
Dios, 158.

Carne. Virtud de la de Cristo sacramentado,
288 y sig.

Cuán grande enemigo del hombre es su misma
carne, 90 y sig.

Circunstancias. Qué circunstancias de pecados
deben confesarse, 16.

Cólera de Dios. La excitamos con nuestras re-
caidas, 124.

Compañias malas. Cuánto las debemos huir, 343.

Comulgar en memoria de Jesucristo, qué es, 188

y sig.

Comunion. Con qué disposiciones se debe reci-
bir, 177 y sig.

- Importa mucho llegar con gran confianza en la misericordia de Dios, 255 y sig.
- La comunión es como un banquete donde solemniza Dios su reconciliación con el hombre, 241, 247.
- Daños que causa no frecuentar la comunión por timidez religiosa, 216 y sig.
- El espíritu de la Iglesia en no dar la comunión pascual sino después de cuarenta días de penitencia, 202 y sig.
- Concilio de Trento.* Su doctrina sobre la justificación, 27 y sig.
- Confesiones.* Cuánto debemos sospechar de muchas, 56 y sig.
- Confesores.* Dulzura y suavidad con que deben tratar á los penitentes, 8.
- Qué deben preguntar acerca de las riquezas ó bienes de fortuna, 16 y sig.
- Uno de sus mayores cuidados debe ser que el penitente no se engañe á sí mismo, 20.
- Cuán injustamente son tenidos algunos por rigurosos, 104 y sig.
- Consideraciones* piadosas para ántes de comulgar, 261 y sig.
- Contrición.* Como la define el Concilio de Trento, 49.
- Una es perfecta y otra imperfecta: cuánto conviene no confundirlas, 84 y sig.
- Conversion.* Es el paso de vivir según la carne, á vivir según el espíritu, 92.

- Corazon convertido de véras.* Pintura de su estado y nuevos afectos, 95, 161.
- No se convierte á Dios por solo temor, 30.
- Ama el retiro y la oración, 326 y sig.
- Señales para conocer cuándo nuestro corazon no está dispuesto como conviene para recibir la comunión con fruto, 188, 191, 258.
- Corneio el Centurion.* Pruebese por él, que el bautismo es necesario aun á los que ya tienen amor de Dios, 76.
- Criados.* Cuáles se deben escoger, 416 y sig.
- Cruz.* Es poderosa arma contra los demonios, 125.
- Cuerpo de Jesucristo.* Para recibirlo con fruto es menester llegarse con fe ardiente: qué significa esto, 187 y sig.
- Cuerpos.* Los debemos tratar como víctimas destinadas á la muerte, 114.

D

- Demonio.* Sus ardides para retraernos de la sagrada comunión, 254.
- Sus ardides para que el penitente no haga el propósito de no pecar, 64 y sig.
- Días.* Cómo empleariamos los inmediatos á la sagrada comunión, si nos llegáramos con fe viva que discierne tan admirable comida, 181 y sig.

Dignidad del hombre en gracia, 154.

Dios. Sus altos designios en la creacion del hombre, 153 y sig.

Si es terrible en su justicia es porque le obligamos á serlo, 37, 240.

Aunque es menester amarle para volver á su gracia, no es necesario que el amor sea á toda prueba, 83 y sig.

Disciplina. Aunque ha variado en órden á las penitencias que se imponen por los pecados, el celo de los ministros siempre debe ser el mismo, 100 y sig.

Disposiciones interiores con que cometemos los pecados, unas son generales, otras particulares: cómo las hemos de confesar, 6.

Disposiciones para comulgar dignamente, 218, 249.

Tres disposiciones con que se debe recibir la absolucion, 143.

Dolor. Qué tan grande debe ser para obtener la absolucion de los pecados, 50.

Ha de ir acompañado, á lo ménos, con un principio de amor, 51, 70.

Dureza del corazon. Es efecto de las recaídas, 123.

E

Efectos que produce el dolor de los pecados cuando es tal, cual se requiere para la absolucion, 50.

Los que produce la verdadera conversion, 95 y sig.

Los del Sacramento de la Eucaristía, 288 y sig.

Encarnacion del Verbo Eterno, 153 y sig.

Enmienda. Por qué se observa tan poca enmienda en los que confiesan su culpas, 68 y sig.

Excusas. En la confesion suelen ser hijas del amor propio, y cuánto perjudican, 18 y sig.

Cuán frívolas son las que alegan algunos penitentes para no admitir las penitencias que se les imponen, 104 y sig.

Espíritu del hombre. Su vida, por serlo de justicia, es verdadera vida, 89.

El Espíritu Santo es como un lazo estrecho que une con Dios al hombre por los méritos de Jesucristo, 159.

El espíritu de nuestra Religion es poner al hombre en dulce paz, 173

Estado interior de un penitente con amor de Dios todavía lánguido, 79 y sig.

Estado. Es conveniente que el penitente diga su estado ó profesion al confesor, 12.

En cualquier estado que se halle el hombre debe ofrecer á Dios su cuerpo como una hostia santa: cómo se ofrece, 114 y sig.

En aquellos estados en que se juzgan los hombres dispensados de la mortificacion, les es mas necesaria, 117 y sig.

El que tiene Cristo en la Eucaristía es el que debe tener el cristiano, ó á lo ménos aspirar á él, 198 y sig.

Estudio de la Religión. Importancia de saber los motivos ó fundamentos de credibilidad, 441.

Eternidad. Es utilísima su contemplacion, 340 y sig.

Eucaristía. Es un medio tan digno de la sabiduría de Dios, como de su amor, 174.

Es pan de justos, y tambien de penitentes: vianda sólida de robustos, y leche para flacos y enfermos, 217.

En la Eucaristía se nos da un fruto celestial opuesto al funesto fruto del árbol vedado, 287.

F

Fé. Es el principio, raiz y fundamento de toda justificacion: por qué, 28 y sig.

Cómo obra en la justificacion de un pecador, 31.

Cómo se aviva, 34 y sig.

Qué calidades ha de tener en el que se llega á la sagrada mesa, 177 y sig.

Fin. El mas puro y elevado que podemos tener cuando comulgamos es de comulgar por amor, 251.

Fruto. En el Sacramento de la Eucaristía se nos da un fruto de vida contrapuesto al fruto de muerte del árbol vedado, 287.

G

Grabado. Cuánto y cómo podía contribuir al estudio de la Religión, 437 y sig.

Gracia. Cómo y por qué grados obra en nuestra justificacion, 57.

La gracia que derrama el Espíritu Santo en nuestros corazones se nos hace propia, 71.

Excelente dignidad de la gracia, 159 y sig.

Medios para conservarla, 322, 326.

Primeros movimientos que obró la gracia en el corazon de S. Agustin, 79 y sig.

Efectos grandes de la gracia que se nos da en el sacramento de la Penitencia, 151 y sig.

Cuatro grados en la justificacion del pecador, indicados por el Concilio de Trento, 48 y sig.

H

Hijo pródigo. Reflexiones sobre esta parábola para alentarnos á confiar mucho en la misericordia de Dios, 126 y sig.

Hombre. Cuán poco dispuesto se suele llegar al sacramento de la Penitencia, 56.

Cuándo deberá sosegarse sobre la bondad de su confesion, 58.

Cuando se convierte á Dios de véras, solo le ocupa un deseo, 78.

Cómo podrá sosegar sobre la verdad de su contrición, 58 y sig.

Debe mirar la muerte como un sacrificio que hace á Dios por sus pecados, 115 y sig.

El hombre en gracia es en cierto modo como una repetición del Verbo Eterno hecho hombre, 154.

Le importa mucho acostumbrarse á tener á Dios siempre presente, 329.

Debe servirse hasta de sus pasiones y flaquezas para conducirse al conocimiento y amor de la verdad, 427.

Hombre virtuoso. Cuán útil, dulce y afable es su trato, 443 y sig.

Humillacion con que el penitente debe postrarse á los piés del confesor, 125.

I

Ideas. Cuán erradas son las que tienen los protestantes de los méritos de Jesucristo, 108 y sig.

Inspiraciones y remordimientos que se suelen tener al tiempo de pecar: conviene mucho manifestarlos al confesor, 6.

Intencion. Pureza de intencion con que nos debemos llegar á la sagrada mesa, 250 y sig.

J

Jesucristo calificó por bueno el temor de Dios, 27.

No padeció para descargarnos de toda pena, sino de la culpa y pena eterna, 110.

La gran confianza que debemos tener en su misericordia, 126 y sig.

Piadosas consideraciones contemplando á Jesucristo en la cruz, 134 y sig.

Jesucristo es Pontífice supremo, mediador y sacrificador, 145.

Juan Crisóstomo (San). Su testimonio acerca de la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, 190.

Justificacion. Empieza por un auxilio ó gracia de Dios, 28.

La fe la empieza, y la misma junto con la caridad, la perfecciona, 41.

Justo. Por qué teme á Dios, 37 y sig.

Aun en el mas justo queda la mala raíz de la concupiscencia, 93.

El justo obra por amor, 81.

El justo es como una rama, cuyo precioso tronco es Jesucristo, 163.

L

Legado. Jesucristo en su testamento y última voluntad nos dejó por legado la protección de

María Santísima, 139.

Ley de muerte llama el Apóstol á la ley de la carne, 94.

Leyes de estado y decencia con que quieren los hombres eximirse de la mortificacion y penitencia: pruebase cuán vanas son, 118 y sig.

Libros sagrados. Recomiéndase su lectura, 425.

Una nueva edicion de estampas de los memorables sucesos contenidos en los libros sagrados del Nuevo y Antiguo Testamento seria una obra útilísima, 438 y sig.

Libro de las Confesiones de S. Agustin, alabado, 7.

M

Males que provienen de la ignorancia de la Religion, 431 y sig.

Que causan las recaidad, 122 y sig.

María Santísima. Consideraciones piadosas contemplándola junto á la Cruz, 138 y sig.

María Magdalena (Santa) junto á la cruz, 140.

Medio sencillo y natural con que se resuelve la cuestion, al parecer difícil, sobre la verdad de la conversion, 89.

Méritos. Los de Jesucristo aunque infinitos no nos eximen de satisfacer por nuestros pecados, 107 y sig.

Método natural y seguro para enseñar bien la Religion, 427 y sig.

Ministros de la Iglesia. Halla el cristiano en cada uno de ellos á Jesucristo, 22.

Ministro de la Penitencia. Cuándo deberá desconfiar de la disposicion de sus penitentes, 67 y sig.

El ministro de la Penitencia ejerce dos funciones, de juez y médico, 103.

Misérias. El conocimiento de nuestras misérias léjos de acobardarnos debe alentarnos nuestra confianza, 39 y sig.

Modas profanas. No ha podido inventarlas la ley del espíritu, sino la de la carne y muerte, 97.

Motivos que nos deben mover á aceptar la penitencia que nos dé el confesor, 105 y sig.

Muerte. Es el alma de la penitencia segun los Santos Padres: explicase esta expresion, 113. Cuán útil es su meditacion, 338 y sig.

Muerte de Jesucristo. Varios modos de anunciarla cuando comulgamos, 194 y sig.

Naturaleza. Mutuo enlace puso Dios entre nuestra naturaleza y la Religion, 422.

Su interes unido con la Religion, 427.

Niños. Su carácter y flaqueza, 426.

Modo fácil y suave de enseñarles la Religion, 440 y sig.

Nombre. Rara vez está obligado el penitente á declararlo al confesor, 11 y sig.

O

Objetos. Dos objetos de nuestra Religion que nunca debemos olvidar: no temer nada de parte de Dios, temerlo todo de parte nuestra, 37.

Obligaciones. La de confesar los pecados no solo no es carga pesada, sino grande alivio para el penitente, 10, 21.

La Religion quiere y nos manda cumplir las del estado, 332 y sig.

Obras de carne. No basta no hacerlas para ser de Jesucristo, es necesario combatir las y debilitarlas, 94.

Valor sublime de las obras hechas en gracia, 152.

Ocasiones. El que se convierte de véras, no solo huye el pecado, sino las ocasiones, 99, 258 y sig.

Oracion. Qué calidades ha de tener, 330.

Cuán necesaria es para perseverar en gracia de Dios, 326.

Modo sencillo de hacerla por la mañana al levantarnos, 328 y sig.

Oracion panegirica, ó elogio de un penitente recién convertido, 150 y sig.

Otra, *patética*, excitando al penitente al amor de Dios y odio del pecado, 134 y sig.

Otra para quitar de nosotros la nimia timidez de llegarnos á la sagrada comunión, 209 y sig.

Otra exhortándonos á disponer para la sagrada comunión, 246.

P

Pablo (San). Un breve elogio de este grande Apóstol, 466.

Lo que ejecutó con él Ananías, prueba ser necesario el sacramento de la Penitencia aun al pecador que ya tiene amor de Dios, 76.

Padres de familia. Sus obligaciones, 14, 345 y sig.

Pasiones. Vivir segun las pasiones aun espirituales, es vivir segun la carne, 90.

Pecador. Debe contemplar á Cristo en el confesor, 9.

Un pecador arrepentido es espectáculo digno de Dios, 23 y sig.

Debe decirle á Dios la palabra que le dijo San Pablo, y esa le basta, 78.

El pecador, aunque es de sí indigno de recobrar la adopción de Dios, pero Jesucristo es dignísimo de que por sus méritos se le restituya, 128.

Pecados de una misma especie, cómo se han de confesar, 5 y sig.

Penitencias. Qué penitencias no puede rehusar ningun penitente, 103 y sig.

Penitente. Tanto debe evitar la negligencia, como la inquietud escrupulosa sobre la verdad de su contrición, 58.

Debe al mismo tiempo que considera el exceso de sus pecados, considerar la bondad infinita de Dios, 145.

Pensamientos afectuosos para alentar á un penitente, 25.

Perdon. Una sola palabra es poderosa para alcanzarlo, 146.

Perjurio sacrilego que comete un penitente que vuelve á pecar despues de haber sido absuelto, 124 y sig.

Peticion para recibir la absolucion, 146 y sig.

Para ántes de comulgar, 260.

Piedra de toque para conocer si tenemos verdadero propósito de no pecar, 67.

Placeres. Cómo van labrando la ruina de nuestra alma, 323 y sig.

Probarse el hombre ántes de comulgar; qué es, 182 y sig.

Propósito de no pecar, aunque basta el virtual, mas seguro es el expreso, 61.

Protestantes. Cuánto yerran en reprendernos por la penitencia que hacemos en satisfaccion de nuestros pecados, 108 y sig.

R

Recaidas en los pecados, por qué son tan frecuentes, 69 y sig.

Aunque no son prueba absolutamente cierta de que fué falsa nuestra conversion, pero son señal muy sospechosa, 121 y sig.

Recogimiento interior. Es muy importante en la vida cristiana, 325 y sig.

Reglas de moderacion y prudencia que debemos usar en la eleccion de un estado mas perfecto, 417.

Religion cristiana. Su mayor hermosura se nos descubre en la contemplacion de lo que tenemos mas cierto, que es la muerte, 115.

Breve compendio ó suma de la Religion cristiana, 336 y sig.

Cuánto importa que se enseñe bien, 422.

Cuánto se ignora, 429 y sig.

Reposo dulce de un pecador reconciliado con Dios, 169 y sig.

Resignacion en los trabajos. Señálase la raiz ó fuente de donde nace la obligacion de resignarnos, 113.

Resolucion firme de no ofender á Dios, cómo la puede hacer con verdad el hombre siendo de sí tan frágil, 64 y sig.

Juicio sobre las resoluciones muy severas, 442.

Retrato verdadero del feliz estado de un pecador recién absuelto, 148.

Ricos del mundo. No debieran olvidar que no son propietarios, sino ecónomos, 343 y sig.

S

Sacramento de la Penitencia. Es necesario aun al que está perfectamente contrito, 76.

Por qué no siempre con la culpa perdona toda la pena, 99 y sig.

Satisfaccion. Es parte esencial del sacramento de la Penitencia, 99 y sig.

Exige de nosotros tres disposiciones, 112 y sig.

Sentir los movimientos de la carne, es muy distinto de quererlos y consentirlos, 94 y sig.

Simil para conocer cuándo no tenemos la contrición que requiere el Concilio de Trento, 51 y sig.

Sinceridad del dolor, en qué consiste, 56.

T

Temor de Dios. Es como la primer basa de la virtud cristiana, 26.

Prepara á la justificacion unido con la esperanza del perdon, 27, 37, 47.

Dispone al pecador para la justificacion, pero no le justifica, 47, 48.

Con el temor de volver á pecar se puede tener firme propósito de no pecar, 64 y sig.

Explicase lo de San Juan, que el amor excluye al temor, 81.

Tentaciones. Reflexiones para conocer cuándo no somos vencidos de ellas, 95.

Terror religioso con que nos debemos llegar á la sagrada comunión, 179 y sig.

El demasiado terror de llegarse á comulgar puede ser una tentacion, 217.

Tribunal de la Penitencia. Allí mas que en otra parte se verifica lo de estar dos juntos en nombre de Cristo, 9.

U

Union. Cuán estrecha es la que causa la gracia entre Dios y el hombre, 154.

V

Vergüenza de confesar los pecados; consideraciones para vencerla, 16 y sig.

Victima. El hombre desde el punto que abraza la Religion debe ofrecer su vida como víctima á Dios, 112.

Vida regalada y sensual, amortigua la fe, 35.

La vida de la carne y sentidos es una muerte, 89.

Modestia y sencillez de la vida cristiana, 333 y sig.

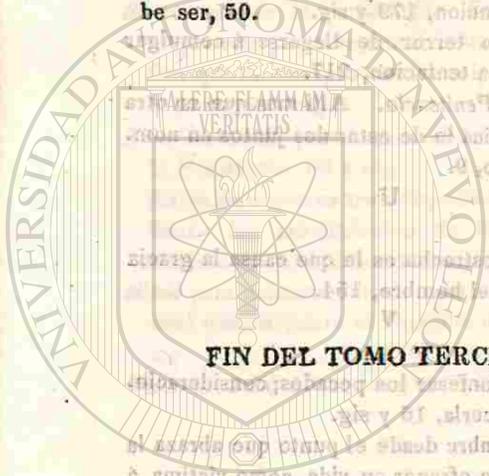
Diferencia de vivir en la carne, á vivir segun la carne, 92 y sig.

Virtud cristiana No es esquivia ni huye la sociedad, 443, 455.

488 INDICE DE LAS COSAS NOTABLES.

Por qué desmayamos en el camino de la virtud, 323.

Voluntad de no pecar, cuán grande y resuelta debe ser, 50.



FIN DEL TOMO TERCERO.

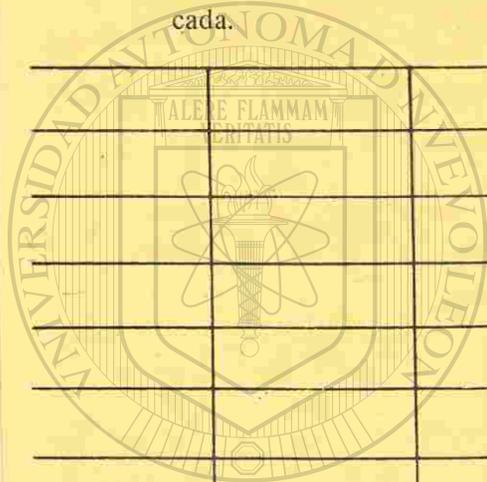
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

Esta publicación deberá ser devuelta
antes de la última fecha abajo indi-
cada.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

B2145

.E82

E8

v.3

1834

132951

AUTOR

SAINT-MARTIN, Louis Claude

TÍTULO

El evangelio en triunfo.

UANL

®

